
Vanny Ferrufino
Huir de un Escocés
El club de las solteronas V

© 2026 Vanny Ferrufino. Todos los derechos reservados.
Huir de un escocés

Portada: Arianne Farfán

Todos los derechos están reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor.

Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo

Sinopsis

Eugenia Armitage sólo deseaba tener un hogar, pero nunca imaginó que su refugio se convertiría en su propia ruina. Involucrarse con su jefe, Ibrahim Cumming, parecía el sueño ideal hasta que la verdad salió a la luz: él no la quería como esposa, sino como su amante. Una oferta humillante que le demostró que, para él, ella nunca sería lo suficientemente digna.

En su huida, el destino la arroja a los brazos de Killian Cumming, el escocés más terco, salvaje y magnético que ha conocido. Él es todo lo que Eugenia debería evitar, pero es el único dispuesto a sostenerla mientras su mundo se desmorona.

¿Bastará la protección de un hombre al que desprecia para sanar una traición? ¿Podrá Killian demostrar que no hace falta ser un caballero de modales perfectos para conquistar a la mujer de cabellos dorados?

Esta vez, por mucho que lo intente, Eugenia no podrá huir de él.

Prólogo

"Lord Randall Aldrich se ha retirado a Kent junto a su esposa e hija, me pregunto si hubo una reconciliación o sólo está siguiendo los pasos de su padre y hermanos. Sea cual sea el caso, trataré de mantenerlos informados de la situación
***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**".*

Killian Cumming jamás entendería cómo hicieron sus primos para sobrevivir en ese lugar. No era que Londres estuviera mal —había mucho que hacer y observar—, pero el verdadero problema para un escocés radicaba en el trato que los ingleses les brindaban. Los trataban como si fueran basura, como si no tuvieran el más mínimo valor, y eso dejaba en evidencia que allí no podría encontrar amigos o socios con facilidad.

No obstante, él no viajó hasta Londres, ni alquiló una casa modesta con sus pocos ahorros para hacer amigos. Estaba allí por una deuda de honor, porque necesitaba remediar el mal que sus difuntos padres causaron hace más de trece años. Ibrahim y Lilias debían recuperar parte de su herencia y eso incluía la partición de The Manor House y la destilería —la propiedad y el negocio familiar — que se encontraban en Speyside, en el corazón de las Tierras Altas. Pero existía un problema: ¿cómo iba a ofrecerles una mansión abandonada y un negocio que estaba en la quiebra?

Killian se frotó el rostro con abatimiento, observando las llamas de la chimenea con cansancio. La casa que alquiló era pequeña, de dos pisos para ser exactos, y estaba situada en una zona decente, pero alejada del lujo. Aunque era humilde, la estancia se sentía pulcra y

ordenada bajo el cuidado de su abuela materna, Morag Sinclair, una mujer difícil de carácter burbujeante.

«Debes darte prisa, ¿cuántos años más pretendes esperar para devolver lo que tus padres robaron?», las palabras de la anciana retumbaron en su cabeza y negó lentamente con la cabeza al darse cuenta de que aún no tenía un monólogo adecuado para disculparse con sus primos. Pero… ¿era él quien debía disculparse cuando fueron sus padres quienes mataron a sus tíos?

Él sólo fue una víctima más de la avaricia de sus progenitores.

—Todo es tan injusto —musitó y se reclinó en el sillón. La tapicería estaba algo desgastada, pero se sentía suave y cómoda, y encajaba perfectamente en aquel salón de techos bajos que olía a té y jabón de Castilla.

En Londres existía una chismosa de renombre, Lady Berricloth, una misteriosa dama que le ayudó a conocer el paradero y la situación de sus primos con bastante facilidad. Lillias se casó con el hijo menor de un duque acaudalado e Ibrahim pudo crear su propio imperio a través del mundo inmobiliario, según tenía entendido su empresa se llamaba La Alianza.

Al final de todo, gracias a los santos, ellos tuvieron mucha suerte una vez que huyeron de Escocia. Por un momento temió que la situación de sus primos no fuera la mejor, puesto que ahora mismo Killian no tenía nada para ofrecerles.

—No esperaba menos de Ibrahim —admitió en voz alta y se rio de igual manera, lleno de orgullo.

Tiempo atrás, cuando ambos solo eran dos chiquillos de catorce y quince años, habían sido los mejores amigos. Para él, Ibrahim siempre fue su hermano, pero ahora tenía la leve sospecha de que

Ibrahim lo odiaba con cada fibra de su ser y no podía culparlo por eso. Sus padres fueron crueles y ruines, y él un cobarde por no haber ido en su búsqueda desde un principio.

Lo cierto era que Killian llevaba más de dos semanas en Londres y aún no tenía el valor suficiente para presentarse ante su primo —buscar a Lilias no era una opción, la joven moriría de miedo si se presentaba ante ella—. Sabía que las palabras no serían suficientes para marcar una tregua entre ellos, quería devolverles todo lo que sus padres les robaron, pero ¿sería prudente ofrecerles una herencia que carecía de valor monetario?

Presionó el puente de su nariz, abatido. No quería que Ibrahim creyera que estaba allí para beneficiarse a su costa.

¡Heredó la destilería hace un mes!

No obstante, sabía que lo necesitaba para salir adelante. Su primo tenía dinero, contactos y un lugar en Londres a pesar de sus orígenes, algo que él no conseguiría fácilmente a corto plazo —ni a largo—. Allí no era nadie y los ingleses lo sabían muy bien.

Alguien llamó a la puerta, provocando que el asfixiante silencio se rompiera abruptamente. Killian cuadró los hombros y frunció el ceño. Nunca recibía visitas; nadie lo conocía ni conocía a su abuela. Dudaba que fuera el casero, pues había pagado tres meses por adelantado para asegurar un techo digno, pero económico durante su estadía en Londres.

«Y son las once de la noche», añadió mentalmente, observando el reloj empolvado que reposaba contra la pared, encima de la chimenea de la sala.

Abandonó su lugar con movimientos algo torpes —los muebles eran un poco pequeños para un hombre de su complexión—. Con su

metro noventa y sus músculos curtidos por el trabajo duro en la casa de su abuela, el espacio se le antojaba estrecho. Se echó la cabellera negra hacia atrás; como era tarde, dejó sus largos mechones libres y no se molestó en atarlos antes de abrir la puerta. Sus pobladas cejas se curvaron al ver cómo el protagonista de sus pensamientos se materializaba ante él.

Ibrahim lo había encontrado.

A diferencia de Killian, quien tenía la piel besada por el sol y una estructura ósea definida, Ibrahim se veía más como un inglés: cabellos castaños peinados a la moda, ropa elegante y costosa, y un cuerpo atlético pero delgado. Era evidente que su primo quería dejar atrás sus orígenes y hacerse de una nueva identidad.

—Pensaba visitarte mañana, primo —espetó con aspereza, levemente sorprendido por su presencia. No opuso resistencia cuando Ibrahim ingresó a la casa con altanería, en situaciones así, uno debía guardar la compostura.

Ibrahim no solo se veía como un inglés, sino que actuaba como uno. Killian se rio mentalmente y observó las escaleras de reojo. Su abuela seguía dormida en el piso de arriba, algo bueno si consideraba que ver a Ibrahim allí podría afectarle. Morag no compartía sangre con los Cumming, pero odiaba lo que sus padres les hicieron a los hermanos para quedarse con la destilería y su fortuna.

Para ella: Rodie Cumming, su yerno, fue el diablo en persona.

«Si tan solo mi madre hubiera seguido sus consejos», pensó con frustración.

—Seré claro contigo, Killian —espetó Ibrahim con tosquedad, arrancándolo de su letargo—. No permitiré que lastimes a mi

hermana y a su hija.

—¿Qué? —lo miró con incredulidad, ¿por qué diablos lastimaría a Lilias y a su pequeña?

—Tus padres murieron hace poco y estás arruinado, ¿no es así?

—No vine a Londres para extorsionarlos —farfulló. Era humillante que lo creyera igual que sus padres—. Estoy aquí…

—No me interesan tus razones —le cortó con frialdad—. Quiero que te alejes de nosotros. Somos más peligrosos de lo que te imaginas y ten por seguro de que no nos quieres como tus enemigos.

—Me gustaría arreglar las cosas —fue sincero.

Su primo se rio sin humor alguno, estudiándolo con ojo crítico y un gran rencor acumulado.

—¿Arreglar las cosas? —preguntó con voz gélida, penetrándolo con la mirada—. ¿Puedes devolverme a mis padres? ¿Eres capaz de borrar de la memoria de mi hermana los años de sufrimiento?

La piel se le erizó, ¿por qué le atribuía la culpa?

¡No fue él quien causó ese mal!

—Me estás juzgando injustamente —masticó sus palabras—. Sólo tenía un año más que tú cuando todo sucedió.

—Fui capaz de hacerme cargo de mi hermana a mis catorce años, por lo que tan imbécil como para distinguir lo que está bien o mal no podías ser.

Killian sí se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y cuando intentó hacer algo por ellos, las cosas salieron peor para él. A Gregory —su difunto padre— nada le interesó más que la herencia familiar, ni su hermano ni su hijo fueron razones suficientes para

detenerlo, pero no quería recurrir a la lástima para que Ibrahim cambiara de parecer.

—Tal vez no pueda borrar su sufrimiento —arrastró sus palabras, afectado—, pero puedo devolverles su parte de la herencia de la familia Cumming.

Esa afirmación hizo que el silencio se cerniera sobre ellos. A Ibrahim le interesaba recuperar lo que era suyo por derecho, por lo que Killian se vio obligado a hablar con la verdad: las arcas que sus padres llenaron juntos fueron vaciadas por la incompetencia de su padre para los negocios.

—Sin embargo… —el tono en su voz alertó a Ibrahim—. The Manor House no es habitable ahora mismo, el lugar está abandonado, y lastimosamente la destilería no cuenta con los recursos para volver a funcionar. Mis padres no supieron manejarla, pero tú y yo…

La risa amarga de Ibrahim lo obligó a cerrar los labios en una línea fina.

—No quieres devolvernos la destilería, quieres que invirtamos en ella para sacarla adelante.

Tal y cómo lo predijo: Ibrahim sólo estaba interesado en la destilería.

—¿Por qué no puedes creer que mis intenciones son buenas?

—Porque tu intención es sacarnos dinero para llenar tus propias arcas.

Killian odiaba la situación, pero sus opciones eran nulas. Nadie le daría un préstamo, no era una persona que tuviera la mejor preparación del mundo ni contara con buenos contactos para

obtener recomendaciones, y Morag dejó muy en claro, desde un principio, que nunca le entregaría ni un solo penique de su fortuna.

—Estás equivocado —dijo finalmente—. Siempre supe que el día que mis padres murieran, intentaría regresarles la parte de su herencia —admitió con aspereza—. Pero debo admitir que nunca me imaginé que la situación sería tan delicada.

Su padre lo desterró al día siguiente de la partida de sus primos, por lo que él vivió con Morag durante años y sólo supo de ellos cuando le informaron de sus decesos: ambos enfermaron gravemente y la primera en morir fue su madre, seguida por su padre una semana después.

Killian no sabía nada del negocio y, si era sincero, no estaba seguro de estar interesado en el mismo.

—No queremos la herencia —Ibrahim levantó el mentón con suficiencia, arrancándolo de su letargo—. Como ya pudiste ver, nosotros estamos perfectamente bien así.

—Si solo me dieras unos minutos para explicarte mi plan… —la cordura lo abandonó, su conversación no podía terminar en ese punto—. Les entregaré más acciones y, cuando el negocio se estabilice, renunciaré a mi parte si eso es lo que quieres.

Killian no pelearía por dinero, nunca sería como sus padres. Pero realmente necesitaba hacerse de un capital. Por todos los santos, no importaba cuanto trabajara y luchara, su sueldo nunca le permitiría ser alguien en la vida y odiaba esa mediocridad.

Ibrahim consideró la oferta por unos segundos, pero luego bufó con poca elegancia.

—Lo siento, pero no me interesa.

—Iré a verte a La Alianza de todas formas. —Ibrahim se tensó ante la mención de su negocio, pero lo pasó de largo para salir de su casa—. Te demostraré que no soy como mis padres y podemos volver a ser un buen equipo.

—Nunca obtendrás nada de mí —lo miró por encima del hombro —. Tú ya no eres mi familia.

Sus palabras lo hirieron profundamente y no pudo evitar que abriera la puerta de su casa, retenerlo no era una opción y desde un principio supo que su primer encuentro sería poco alentador. No obstante, sus alarmas se prendieron al ver una diminuta silueta bajo el umbral.

—Pero ¿qué diablos? —dijeron ambos primos al unísono.

Killian iba a atacar, pero todos sus músculos se relajaron cuando su primo sujetó al intruso, logrando que este emitiera un suave jadeo femenino.

¿Una mujer? ¿Por qué una mujer estuvo escuchando su conversación con Ibrahim?

—¿Quién eres? —exigió saber, pero no se movió cuando Ibrahim cubrió a la mujer con su cuerpo—. ¿La conoces?

Él ni siquiera intentó darle una explicación, sólo se centró en la fémina.

—Te dije que esperaras en el carruaje —su voz sonó gélida—. Vámonos.

Killian los siguió con la mirada. Por el trato que Ibrahim le dio a la mujer —arrastrándola hacia el coche y dándole una reprimenda—, dedujo que se trataba de su flamante secretaria, la misma que lady Berricloth, la chismosa más grande de Londres, mencionaba de vez en cuando en sus notas.

¿Cómo solía denominarla?

«Su mano derecha», pensó distraídamente, apoyándose en el marco de la puerta. Vio cómo el carruaje se alejaba por la calle silenciosa y esbozó una débil sonrisa. Le había ido mejor de lo esperado; Ibrahim solo lo había despreciado por su pobreza y no intentó asesinarlo como lo habría hecho un hombre con sed de venganza.

Estaba seguro de que con el tiempo su relación mejoraría.

Capítulo 1

Eugenia llevaba trabajando un poco más de tres años para los hermanos Cumming y nunca —ni en sus más locas pesadillas— Ibrahim la había tratado así. Tal vez cometió un terrible error al acercarse a la puerta de esa antigua casa para oír algo de la discusión, pero ¡por todos los santos! El hombre que amaba iba a reunirse con el asesino de sus padres.

¿Qué garantía tenía ella de que Killian Cumming no iba a hacerle nada a Ibrahim?

Aunque, si lo pensaba detenidamente, ni siquiera tenía algo con qué defenderse o ayudar en caso de que las cosas se hubieran puesto feas. Se frotó las sienes, nerviosa, y apartó la capucha de su capa con movimientos escuetos.

Ibrahim tenía razones de sobra para estar molesto con ella, le había pedido que aguardara en el carruaje, pero… Eugenia no lograba entender por qué la llegada de ese hombre a sus vidas la ponía tan ansiosa.

«Porque no te gustan los cambios», le dijo una vocecilla y ella tragó con fuerza.

Era verdad, desde que los hermanos Cumming la aceptaron en su vida, Eugenia había tratado de mantener una rutina junto a ellos. Quizá en un inicio fue dama de compañía de Lilias, luego la niñera de su hija y finalmente la secretaria de Ibrahim, pero todo se suscitó con las mismas personas. En ningún momento necesitó interactuar con más gente de la necesaria y eso era algo que ella agradecía,

puesto que nunca se imaginó que mantener contacto con su primo le permitiría confiar en personas tan maravillosas como ellos.

Decir que estaba asustada era poco para describir cómo se sentía. Eugenia llevaba más de un año conociendo el nombre y la dirección de ese hombre, pero nunca pensó en buscar a Seamus Armitage hasta que se vio obligada a huir de la casa del señor Morrison, su antiguo jefe y, lastimosamente, su primer amor.

Entrelazó sus manos sobre su regazo, odiando que temblaran con tanta violencia, y barrió la pequeña oficina con la mirada. Estaba tan nerviosa que no tenía la menor idea de qué más podía decir, el hombre que estaba frente a ella era cinco años mayor, tenía veintiún años, y era muy probable que no quisiera creer en sus palabras ni en la carta de su difunta madre, lo cual la dejaba en una situación bastante difícil porque no tenía a quién más recurrir.

—Bueno… debo admitir que esto me toma por sorpresa —reconoció el rubio, atónito—. Estaba al tanto que mi madre tenía una hermana que huyó hace muchos años, pero… ella simplemente desapareció.

Eugenia torció los labios con disgusto. Su madre no desapareció por voluntad propia, fueron sus padres quienes la echaron por haber cometido el terrible error de embarazarse sin estar casada.

—No vine a pedirle dinero —musitó finalmente, nerviosa—. Sólo necesito algo de ayuda para encontrar un trabajo y así poder estabilizarme en algún pueblo.

—Eres muy parecida a mi difunta madre —observó después, aún sorprendido—. Es muy probable que no lo sepas, pero trabajo para

la corona y hace unos días me regalaron un título. —La sangre se le congeló—. Soy el barón de Mountevans.

Esto era malo, ¿por qué un varón se relacionaría con alguien como ella?

—Lo siento —se encogió en su lugar, sintiéndose una mosca alrededor de la miel—. Mi intención no es perjudicarlo. —Su primo se rio por lo alto, inquietándola de sobremanera—. ¿Podrá ayudarme?

El rubio se dio unos minutos para acomodar sus pensamientos y finalmente suspiró.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis años.

—¿Por qué no me buscaste ni bien tu madre murió? —la sangre se le congeló y bajó el rostro, apenada.

—Tenía un trabajo decente.

—Pero… —la piel se le erizó y ella negó con la cabeza.

—Me despidieron —mintió y su primo la miró con fijeza, mas no hizo ninguna pregunta al respecto.

—No puedo darte dinero ni una carta de recomendación. —Su estómago se encogió—. Aún eres muy joven y tu belleza podría despertar a muchas bestias sin corazón. —Lo miró con sorpresa—. Ahora tengo una casa en Londres, por lo que puedes quedarte aquí. Mis criados te tratarán bien y no necesitas buscar un empleo.

—¿Qué? —se preocupó—. No, espere —suplicó cuando lo vio abandonar su lugar—, me gustaría trabajar y tener un sueldo.

Seamus frunció el ceño, confundido, pero finalmente asintió.

—¿Alguna habilidad?

—Sé leer y soy buena con los números, también hablo italiano y español.

—¿De veras? —la miró con sorpresa y ella asintió—. Bien, escribiré un par de cartas y veré si puedes dar clases en el colegio del pueblo.

—Muchas gracias.

—Pero vivirás aquí, bajo mi cuidado.

El miedo la carcomió por dentro y se vio obligada a plantear una nueva pregunta:

—¿Con usted?

Eso hizo que el rubio enarcara una ceja, curioso, y luego negara con la cabeza.

—Debo vivir en Londres, por lo que ahora esta es tu casa.

—¿Por qué confía ciegamente en mi palabra? —quiso saber.

—No lo hago, pienso hacer mis averiguaciones —aclaró, entretenido, y ella se tensó—. Sin embargo, sé lo que es no tener un hogar y no quiero dejarte sola, menos cuando te pareces tanto a mi madre.

—Muchas gracias.

—Mi nombre es Seamus, siéntete libre de llamarme así.

—Si no es mucho pedir, quisiera que nadie conociera nuestra relación —fue sincera, sorprendiéndolo de sobremanera—. No malentienda, es un honor para mí tener un primo barón, pero… yo no soy nadie importante y no quiero afectar su reputación.

Era una hija bastarda y si su secreto llegaba a saberse, el barón de Mountevans se vería muy afectado.

—Puede que tengas razón —admitió, pensativo—. Pero por el momento no pienses en eso, sólo descansa un poco que te ves fatal.

La vergüenza la carcomió por dentro, ¿sería muy notorio que hizo un viaje a pie y llevaba muchos días sin comer algo decente?

—Pediré que te preparen un baño y la cena, Nora te llevará a tu alcoba.

Eugenia no quería pecar de ingenua, pero estaba tan cansada que aceptó la ayuda del barón. Después de todo, ya no tenía nada que perder, lo peor ya lo vivió en Yorkshire, el lugar donde creció y el cual le costó tanto dejar atrás.

Seamus se marchó por meses y cuando regresó, nunca le comentó si hizo o no sus averiguaciones, sólo le presentó a su mejor amigo y la hermana menor del mismo: Ibrahim y Lilias Cumming, dos escoceses a los cuales intentó evitar por todos los medios durante seis años, hasta que un día Ibrahim llegó a su casa con una oferta de trabajo.

—Ven a América con mi hermana y conmigo, te daré un trabajo decente y un buen sueldo —le había dicho, tomándola por sorpresa.

—Pero… —la garganta se le cerró, ese hombre siempre la ponía nerviosa—. ¿Qué tipo de trabajo?

—Serás su dama de compañía y luego cuidarás de mi sobrino.

¿Su sobrino?

Según tenía entendido, Lilias estaba en medio de un divorcio con lord Aldrich.

La comprensión la golpeó con fuerza y el pánico la invadió: ¿Iban a esconder la existencia de la criatura para huir del noble y su familia?

—¿No hay nadie más a quien puedas recurrir?

—Hablé con Seamus sobre el tema. —Ibrahim y Lilias eran los únicos que conocían su parentesco—. Eres la única mujer en la que confío y… —no terminó la oración, era como si las palabras se

hubieran quedado en su garganta—. Por favor, Eugenia, sólo ven conmigo.

Se tensó.

Ibrahim nunca intentó propasarse con ella, pero siempre estuvo lo suficientemente cerca como para hacerle notar su interés y el cariño que le tenía. Y ella… no tenía la menor idea de cómo se sentía al respecto, sólo sabía que conocer América podría ser una gran oportunidad y así dejaría de sentirse como un estorbo para Seamus.

—Está bien —musitó finalmente y por primera vez, desde que se conocieron, él se atrevió a cruzar la barrera del contacto y la envolvió en sus brazos.

—Qué bueno —susurró contra su oído—, no quería dejarte aquí.

Hizo el viaje a América para probar suerte, pero la travesía de tres años la unió irremediablemente a los hermanos Cumming; para ella, Lilias era su mejor amiga e Ibrahim el hombre que amaba, con quien terminaría casada tarde o temprano, por lo que era normal que odiara con cada fibra de su ser al hijo de los hombres que les arruinaron la vida.

Killian Cumming no llegó a Londres con buenas intenciones, Eugenia se rehusaba a creer algo así, por lo que haría todo lo que estuviera en sus manos con tal de proteger a sus amigos y a la pequeña Rosslyn.

—Espero que sea la última vez que se te ocurra hacer algo así, Eugenia —la advertencia de Ibrahim la instó a volver en sí y lo buscó con la mirada—. No tengo la menor idea de qué es lo que Killian quiere, pero debemos ser muy cuidadosos a partir de ahora.

La piel se le erizó. Aún no había podido ver al escocés en persona, pero suponía que se trataba de un hombre aterrador.

—No te asustes. —La tensión abandonó el rostro de Ibrahim y se sentó junto a ella para tomar su mano—. Todo estará bien, Lilias ahora está en el campo con Rosslyn y su esposo, por lo que no hay nada de qué preocuparse.

—¿Y si intenta lastimarte? —lo miró con pesar y él le sonrió con ternura.

—Dudo que eso suceda, necesita de mi dinero para salir adelante.

—¿No existe una manera de enviarlo nuevamente a Escocia? —Eugenia necesitaba alejar a ese hombre de Londres—. Lilias volverá en cualquier momento, sólo se retiraron por un tiempo y lo sabes.

Su inquietud lo sacó de quicio e hizo que la liberara de su suave agarre.

—¿Crees que es fácil? —gruñó, furioso—. Llevo años tratando de enterrar mi pasado y el regreso de ese imbécil puede complicarlo todo.

—¿A qué te refieres? —frunció el ceño y él se tensó.

—No quiero que la gente recuerde de dónde vengo —fue sincero y ella evitó exteriorizar su disgusto.

Ibrahim odiaba ser escocés y evitaba hablar de sus orígenes con todos sus conocidos. Según su jefe: eso podría espantar a muchos socios y futuros inversores, algo que no podía considerarse prudente justo ahora que el negocio estaba creciendo a grandes escalas. Sin embargo, Eugenia no estaba de acuerdo con el hecho de que él siempre estuviera pensando en el qué dirán.

No era un noble, pero extrañamente actuaba como si tuviera la presión de uno.

—¿Por qué dices que necesita de tu dinero para salir adelante? —inquirió con cautela.

—Quiere devolvernos nuestra parte de la herencia. —Eugenia abrió los ojos de par en par—. Supuestamente, desea hacer lo correcto.

—¿Y eso no es algo bueno? —preguntó con cautela.

—El muy sinvergüenza quiere devolvernos una casa abandonada y un negocio en quiebra para que nosotros lo saquemos adelante y él solo reciba beneficios.

—Es una locura —musitó finalmente e Ibrahim gruñó con enojo.

Killian Cumming debía estar muy trastornado y necesitado para creer que Ibrahim y Lilias harían negocios con alguien como él.

—Me toma por estúpido, está muy equivocado si cree que conseguirá algo de mí.

Eugenia estaba segura de que la posición de Ibrahim no cambiaría, pero…

—¿Crees que se dará por vencido?

Ibrahim podía negar sus orígenes, pero su sangre era escocesa y ella mejor que nadie sabía lo explosivo que podía llegar a ser; no quería ni imaginarse cómo sería su primo si resultaba que tenían el mismo temperamento.

—Lo que él quiera o haga no es mi problema. —Se encogió de hombros con crueldad—. Puede quedarse en Londres el tiempo que quiera y buscarme tanto como se le apetezca, de mí no conseguirá nada.

El carruaje se detuvo en la entrada principal de la casa de Ibrahim y Eugenia no quiso comentar nada al respecto. Se consideraba una mujer inteligente, por lo que pocas veces se dejaba llevar por sus

emociones y sentimientos; comprendía que en situaciones como estas lo único que podían hacer era esperar y observar.

—¿Crees que es un buen momento para trabajar en los planos de la casa de Mayfair? —inquirió una vez que estuvieron adentro y, como de costumbre, se ruborizó cuando le entregó su capa al mayordomo.

Todos en esa casa estaban seguros de que pronto se convertiría en la señora del lugar, dado que era el tipo de criada que comía en la misma mesa de su patrón y se la pasaba la mayor parte del día junto a él. No obstante, Eugenia no podía dejar de preguntarse cuándo Ibrahim formalizaría su relación.

Londres nunca se callaba y ella sabía que las habladurías hacia su persona no eran las mejores. La veían como una mujer indecente por vivir bajo el mismo techo que su jefe, pero Eugenia jamás permitió que entre ella e Ibrahim sucediera el más mínimo de los acercamientos físicos.

Ella no daría ni un solo paso hasta después de su boda y si vivían en la misma casa se debía al hecho de que siempre estaban hablando de trabajo. Para asombro de todos, Eugenia tenía un gran talento con la decoración y remodelación de antiguas construcciones, por lo que era una pieza especial en la empresa de Ibrahim.

La Alianza no habría sido más que un frío intercambio de ladrillos y contratos de arrendamiento si no fuera por la visión de Eugenia, mientras Ibrahim recorría los clubes de caballeros y las casas de subastas en el West End, tejiendo alianzas con tasadores y cerrando la compra de propiedades en estado lamentable, ella era quien les daba vida a las estancias vacías.

En Londres, ser un constructor especulativo era un oficio de hombres toscos, pero la verdadera ganancia residía en las amplias mejoras que ella supervisaba con ojo clínico. Mientras Ibrahim se ocupaba de la logística financiera —asegurando terrenos que pertenecían a la corona o a ducados antiguos—, ella se convertía en el motor creativo del negocio. No se limitaba a elegir el papel tapiz de damasco o la disposición de las nuevas chimeneas de mármol; ella comprendía que una casa no se vendía por su estructura, sino por la promesa de un hogar sofisticado.

Bajo su mando, las viviendas lúgubres de techos altos se transformaban. Ella decidía dónde colocar las nuevas instalaciones de gas para que las lámparas de araña bañaran de luz los salones de baile, y qué molduras de escayola darían a una propiedad renovada el aire de distinción que un noble esperaría. Era una sociedad invisible pero infalible: él conseguía el esqueleto de la ciudad y ella le otorgaba el alma, asegurándose de que cada propiedad completamente modernizada se vendiera antes siquiera de que la pintura de los zócalos terminara de secar.

Ibrahim la presentaba como su mano derecha, pero todo Londres prefería decirle "la secretaria del señor Cumming" y lo cierto era que nada de eso le importaba, siempre y cuando pudiera seguir caminando, trabajando y creciendo junto a él.

—Vamos a mi despacho.

La casa de Mayfair era una propiedad que Ibrahim compró para él, pero que a Eugenia la llenaba de ilusión porque era el lugar donde vivirían juntos una vez que se casaran, donde crecerían sus hijos y crearían todos sus recuerdos. Era de lo más normal que

quisiera terminarla cuanto antes, quizá y eso alentaría al castaño a pedir su mano en matrimonio de una vez por todas.

Ocuparon la mesa vacía para extender los planos y estudiarlos, y durante los siguientes cuarenta minutos nada importó más que los trazos. Eugenia hizo un par de observaciones y no le tomó mucho tiempo percatarse de que él estaba muy distraído.

—¿Te sientes bien? —musitó, preocupada, y él negó con la cabeza.

—Estoy muy cansado —admitió, exhausto—. Tal vez cometí un error al ir a ver a mi primo. Ese imbécil drenó toda mi energía.

—Si gustas, puedo hacerlo sola.

—¿De verdad? —Ibrahim ni siquiera simuló vergüenza, sino que le regaló una radiante sonrisa en lo que abandonaba su lugar—. ¿Qué haría sin ti, Eugenia?

—Dime tú —bromeó ella y el castaño le guiñó el ojo.

—Te debo un bono por trabajar horas extras.

Quiso comentarle que era la quinta vez que le ofrecía uno —y aún le debía cuatro— pero prefirió guardar silencio. Eran un equipo; si uno no podía, el otro debía esforzarse un poco más.

Además, era muy consciente de que su sueldo era muy generoso para ser mujer; él le tenía consideración y por eso le daba una fuerte suma de dinero cada fin de mes. Difícilmente tendría el valor de cobrarle bonos y horas extras. Sin embargo, cuando sucedían este tipo de cosas, era inevitable no pensar en los errores que tuvo años atrás, cuando su lealtad fue entregada a la persona equivocada.

—¿Cómo te fue hoy, querida? —inquirió su madre, frotándole los hombros tensos, y Eugenia lanzó un largo suspiro—. ¿Tuviste mucho trabajo?

—El señor Morrison siempre me pide que le ayude con la limpieza de su hogar y luego le haga la cena —comentó, distraídamente—. A veces quisiera decirle que no tengo tiempo, pero… gracias a él sé muchas cosas y no quiero ser malagradecida.

Su vecino, un hombre apuesto de treinta y cinco años, era la razón por la que Eugenia sabía leer, sumar y contaba con un sueldo cada mes. A sus quince años, no era fácil encontrar un trabajo decente, por lo que Morrison parecía una bendición. Era apuesto y amable, a pesar de que siempre le pedía favores que estaban fuera de lugar.

—Si el señor Morrison te pide que hagas mucho, quizá debas renunciar —sugirió su madre, con cautela—. No me gusta que pases mucho tiempo con él.

Eugenia se ruborizó. Jamás entendería por qué a su madre no le agradaba. Lo cierto era que ella bebía los vientos por él y deseaba convertirse en su esposa; por eso seguía allí, mejorando para que él la mirara como algo más que un acto de caridad.

Pero Morrison no buscaba una esposa, sino una distracción.

«Eres una bastarda, querida, lo único que puedo ofrecerte es un lugar en mi cama en mis días de soledad».

Una vez que terminó los planos —a las dos de la mañana—, Eugenia se dirigió a su dormitorio que quedaba en el ático. A pesar de vivir ahí y participar en muchas actividades de la familia Cumming, ella seguía viviendo en el ala de los criados. En el fondo

sabía que no sería correcto que se mudara al segundo piso; aún no era la esposa de Ibrahim.

«Pero algún día lo seré, estoy segura de eso», determinó con alegría.

Ingresó a su habitación. El cuarto era pequeño y estaba frío, se había olvidado por completo que debía prender el hogar para calentar la estancia.

—Ya es tarde —suspiró, tendiendo varias mantas sobre su cama, y se acercó a la ventana de tamaño reducido para observar el cielo.

El invierno cada vez estaba más cerca, pero sabía que pronto se retirarían al campo y todo estaría mejor en Sussex. Tenía la leve sospecha de que estas fiestas navideñas serían muy diferentes, y todo porque Ibrahim estuvo mostrando ciertas actitudes románticas con ella durante los últimos meses.

«Eres muy hermosa, Eugenia». «No sé qué haría sin ti, prométeme que nunca me dejarás». «A veces quisiera huir de Londres, ¿vendrías conmigo?»

Ella lo seguiría sin dudarlo porque Ibrahim era lo que siempre soñó como esposo: un hombre que se preocupaba por los suyos y que jamás sería capaz de menospreciar a la gente que venía desde abajo, porque él también partió desde allí.

—Es perfecto —susurró, y con ese pensamiento se metió bajo el ropaje de la cama para descansar.

A la mañana siguiente, incluso después de haber dormido tan tarde, Eugenia abrió los ojos a las seis como si se tratase de un reloj. Se aseó, se vistió con una camisa de lino fino, una falda azul y sus botines más nuevos. A las siete y media, se dirigió al comedor.

Como era de esperarse, Ibrahim ya estaba ahí, más apuesto que nunca, leyendo el periódico.

—Buenos días —ingresó con una sonrisa y él la buscó con la mirada.

—Te ves hermosa —le sonrió con galantería.

—Terminé los planos a las dos —dijo ella, pasando su halago por alto, y se sentó a su lado.

Él hizo una mueca.

—Lo siento, a veces me siento un inútil junto a ti.

—Descuida, tuviste una noche complicada.

Su comentario hizo que Ibrahim cuadrara los hombros y carraspeara, acciones que prendieron sus alarmas. Lo conocía tan bien que sabía que estaba a punto de hacerle una petición. La garganta se le cerró y el tiempo se ralentizó a su alrededor.

¿Iba a pedirle que hiciera más planos o que revisara alguna obra en específico?

—Hablando de eso, me gustaría pedirte un favor.

Eugenia le dio un sorbo a su taza de té.

—¿De qué se trata?

Él volvió a carraspear y se frotó el puente de la nariz con inquietud.

—Bueno… creo que ya estás lista para supervisar muchas cosas de La Alianza sin mi ayuda.

Enarcó una ceja, ¿iba a dejarla a cargo de la empresa?

—Hay un asunto que últimamente me tiene muy inquieto y ocupado.

—Ya veo… —lo motivó a continuar.

—¿Podrías encargarte de la empresa y mi primo?

Eugenia se tensó. Una cosa era que le encargara la empresa, pero… ¿a su primo?

¡Eso era demasiado!

—Hay una casa que adquirí hace poco en las afueras de la ciudad. —Le tendió unas llaves—. Está vacía y quiero que sea un proyecto totalmente tuyo. Supervísala, amuéblala y decórala a tu gusto.

—No tengo ningún problema con cuidar de la empresa, pero…

—Killian es inofensivo —aclaró, inquieto, quería acabar la conversación cuanto antes, lo que quería decir que no pensaba darle más opciones—. Solo evítalo tanto como sea posible y despáchalo cada vez que quiera verme.

—¿Dejarás de ir a La Alianza por él? —la incredulidad se plasmó en su voz, eso era absurdo.

Ibrahim se tomó unos segundos para contestar. Podía ver cierta incertidumbre en sus ojos; probablemente no quería admitir que su primo lo intimidaba, por lo que Eugenia no tuvo más remedio que ceder.

—Está bien, si tengo algún problema mandaré a buscarte.

La tensión abandonó el cuerpo del castaño y Eugenia respingó cuando él posó una mano sobre la suya.

—Te prometo que te compensaré, no tienes idea de la sorpresa que estoy preparando para ti.

Su corazón empezó a latir sin control. Era imposible no determinar que se trataba de una propuesta matrimonial. Estaba segura de que muy pronto se convertiría en la señora Cumming.

Capítulo 2

"Para nadie es un secreto que Sr. Spinster es un hombre con suerte; no obstante, me pregunto si es algo sensato de su parte posar los ojos en la hermana del duque de Richmond, un hombre que jamás mancharía su linaje familiar por voluntad propia ***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth****".*

Los siguientes tres días fueron un descenso lento y tortuoso hacia una realidad que Eugenia se negaba a aceptar: sin Ibrahim a su lado, ella era invisible.

Su oficina en La Alianza, que antes se sentía como un santuario de creatividad y proyectos compartidos, se había transformado en un campo de batalla donde ella siempre llevaba las de perder. Se encontraba atufada, sepultada bajo una montaña de contratos, planos de alcantarillado y facturas de proveedores que exigían pagos inmediatos —los cuales, por supuesto, no era ella quien debía autorizarlos—. Pero el papeleo no era lo peor, sino los clientes.

—¿Y dice usted que el señor Cumming no volverá hasta la tarde? —inquirió un inversor regordete, mirándola con una mezcla de impaciencia y condescendencia, como si estuviera hablando con el mobiliario de la oficina.

—Como le he explicado, señor Collins, yo soy la encargada de supervisar la modernización integral de su propiedad. Puedo asegurarle que los planos de la nueva red de gas están...

—Mire, jovencita —la interrumpió el hombre con un suspiro de fastidio—, no dudo de que sea usted muy eficiente anotando recados, pero no voy a discutir la estructura de un edificio con una

secretaria. Avíseme cuando el señor Cumming decida que su empresa es más importante que sus asuntos personales.

Eugenia apretó los puños bajo su escritorio hasta que sus uñas se clavaron en las palmas de su mano. No era la primera vez que escuchaba algo así en estos tres días. Los caballeros que antes le sonreían cuando Ibrahim la presentaba como su mano derecha, ahora le daban la espalda o le pedían una taza de té como si fuera la última de las criadas.

Se sentía inquieta y con los nervios a flor de piel; pero lo que más le dolía, lo que le oprimía el pecho con una tristeza sorda, era la ausencia de Ibrahim. Siempre habían hecho todo juntos. Él era el ímpetu y ella la precisión; él era la voz y ella el cerebro detrás de cada diseño. Ahora, sin embargo, Ibrahim parecía vivir en otro mundo.

Cuando regresaba por las noches, estaba distraído y perdido en pensamientos que no compartía con ella. No preguntaba por los planos, no preguntaba por los clientes difíciles, ni revisaba los pendientes que dejaba sobre su escritorio. Él sólo tenía cabeza para el terreno que el duque de Richmond le robó y según tenía entendido esa noche él y el señor Spinster darían el primer paso para recuperar la tierra.

¿Por qué simplemente no buscaban otra y se ponían a trabajar?

Sin ningún hombre a cargo de La Alianza, los proyectos no avanzarían. Sin la autoridad de Ibrahim para respaldar sus decisiones, las obras se detenían y los proveedores se burlaban de sus órdenes. Tal vez pecó de ilusa al creer que podría ser alguien relevante, haría bien en recordar que para los demás: sólo era una mujer.

—Esto no debería ser así —susurró para sí misma, secándose una lágrima de frustración antes de que alguien pudiera verla—. Debería estar aquí, ayudándome con todo este caos.

Se sentía abandonada en medio del océano de la empresa, remando sola mientras el capitán se dedicaba a mirar las estrellas desde otro barco. Y en medio de ese caos, el miedo a Killian Cumming seguía allí, latente. Ibrahim le había encargado despacharlo, pero ella apenas tenía fuerzas para despachar a un cartero, y mucho menos a un escocés que cargaba con una historia de sangre y traición.

Sólo esperaba, de todo corazón, que no intentara lastimarla.

Esa noche se llevó una gran sorpresa cuando Ibrahim no llegó a dormir, pero su cansancio no le permitió molestarse como era debido, dado que ni bien su cabeza acarició la almohada quedó profundamente dormida.

Al día siguiente, alrededor de mediodía —mientras los clientes necios esperaban la llegada de Ibrahim, una que nunca sucedería porque no tenía ni la menor idea de dónde estaba metido— cuando el calor de la oficina se volvía insoportable y el eco de su propia inquietud la abrumaba, la puerta principal de la empresa se abrió con una fuerza que hizo vibrar los cristales de las ventanas.

Eugenia se puso de pie de un salto, alisando su falda con manos temblorosas, y supo, antes de verlo, que sus plegarias para que Killian no apareciera no habían sido escuchadas. Sus clientes podían ser groseros, intransigentes y necios, pero jamás entrarían a la empresa con tanta agresividad.

Ellos eran caballeros, personas con educación y fortuna.

«¿Qué me espera?» Se preguntó con inquietud, agradeciendo en silencio no estar del todo sola.

El hombre que entró a su oficina no era la figura refinada de Ibrahim, ni la silueta desgarbada de los dependientes. Era una presencia arrolladora, casi salvaje, que llenaba el espacio con una densidad palpable. Él era alto, su cabello negro caía sobre sus hombros como una capa oscura y tenía unos hombros tan anchos que amenazaban con derribar el marco de la puerta. Su ropa, aunque de buena calidad, carecía del pulcro refinamiento londinense; parecía hecha para resistir los vientos de las Tierras Altas, no el hollín de la ciudad. Sus ojos, del color del cielo, barrieron su oficina con una intensidad que hizo que los pocos clientes que quedaban se encogieran en sus asientos.

La garganta se le cerró y por varios segundos no supo cómo reaccionar. Se había imaginado todo tipo de escenarios para su primer encuentro, pero nunca pensó que la presencia de ese hombre le afectaría de una manera tan arbitraria.

Killian Cumming se detuvo un instante, observando el bullicio de la oficina con una expresión que alternaba la impaciencia con un desprecio a duras penas contenido. Sus pobladas cejas se fruncieron aún más cuando su mirada se posó en ella, la única figura que parecía tener algún tipo de autoridad en el lugar y, para su sorpresa, era femenina.

—¿Dónde está Cumming? —Su voz era profunda y áspera, con un acento escocés que resonó en el aire, ajeno a los tonos pulcros de la ciudad.

Eugenia tragó saliva. Su corazón, que ya latía desbocado por el cansancio y la frustración de los últimos días, ahora redoblaba su

ritmo con una mezcla alarmante de miedo y algo más, algo prohibido que se agitaba en su vientre bajo. Los anchos hombros de Killian, sus brazos musculosos, su cabello indomable… todo en él gritaba un peligro excitante que la atraía y la repelía a partes iguales.

—El señor Cumming no está disponible —logró decir, con la voz más firme de lo que esperaba, intentando aferrarse a su dignidad—. Él me ha encargado gestionar todos los asuntos de La Alianza en su ausencia.

Killian soltó una risa seca, sin humor, que hizo que un escalofrío recorriera su espina dorsal. No era una risa burlesca, sino de incredulidad, casi de ofensa personal.

—¿Me ha derivado a usted? —preguntó, y en su mirada había una chispa de furia que nada tenía que ver con ella, sino con su primo.

Eugenia casi y podía leer sus pensamientos; ese hombre estaba ofendido porque Ibrahim había osado en ponerle a una simple secretaria delante y aquello podía considerarse una ofensa directa, un modo de demostrar su desprecio sin mancharse las manos.

Sintió el aguijón de la humillación, tanto por ella como por la ofensa implícita a Killian. Pero no pudo evitar que una oleada de lujuria, cruda y desvergonzada, recorriera su cuerpo. Lo odiaba por ser el primo de sus amigos, le temía por ser un salvaje de las Tierras Altas, pero su cuerpo respondía a la intensidad de ese hombre de una forma que nadie, ni siquiera el apuesto Morrison o el gentil Ibrahim, había logrado.

Era una atracción genuina, nacida del contraste y del peligro que él emanaba.

Aturdida por su deducción, supo que era momento de recuperar la cordura y recordar con quién estaba tratando.

—El señor Cumming —replicó Eugenia, levantando el mentón, con la mirada fija en esos ojos de acero—, me ha confiado la dirección de la empresa. Si usted tiene algún asunto con él, tendrá que tratarlo a través de mí. Es lo que ha dispuesto —su voz sonó tan clara, que se sintió orgullosa de sí misma.

Después de todo, aún tenía coraje para afrontar al enemigo.

Killian dio un paso hacia adelante y la distancia entre ellos pareció encogerse. Eugenia no retrocedió —tenía su escritorio como escudo —, aunque su cuerpo gritaba con pánico.

El aire alrededor de Killian vibraba con su impaciencia y su rabia contenida hacia Ibrahim. Aquel hombre no solo era peligroso por su linaje; era un fuego que amenazaba con consumirlo todo a su paso. Y en el centro de ese fuego, Eugenia se sentía extrañamente viva.

¿Por qué?

Ella nunca iba hacia el peligro, siempre tomaba la opción más segura.

¿Qué era esa sensación que la estaba consumiendo por dentro?

—Entonces —dijo Killian, su voz más baja ahora, pero cargada de una amenaza implícita—, tendremos que hablar usted y yo, señorita…

—Armitage —terminó Eugenia, sintiendo que un hilo invisible, tenso y peligroso, acababa de unirlos. Y no sabía si aquello era lo que más la asustaba o lo que, en el fondo, más deseaba.

Killian no tuvo tiempo de responderle. Antes de que pudiera articular palabra, un hombre de mediana edad, vestido con un traje

de sastre impecable, pero con una expresión cargada de arrogancia, se levantó de una de las sillas de espera.

Era el señor Haddington, uno de los inversores más difíciles de la semana.

—¡Ya basta de esta farsa! —exclamó Haddington, golpeando su bastón contra el suelo, y la rubia se estremeció de la cabeza a los pies, alarmada—. He esperado media hora para que esta mujer me dé respuestas que no tiene.

Eugenia sintió que el rostro le ardía. Trató de mantener la compostura, pero la presencia de Killian, observándolo todo, la hacía sentir doblemente expuesta.

—Señor Haddington, por favor, le he dicho que el presupuesto de la cristalería...

—¡Me importa un bledo la cristalería! —la cortó el inglés con un tono despectivo que cortó el aire como un látigo—. Usted no es más que una secretaria con ínfulas de arquitecta. Deje de hacernos perder el tiempo con sus balbuceos y vaya a buscar a su jefe. O mejor aún, regrese a la cocina o a donde sea que Cumming la haya sacado, y envíenos a un hombre con el que podamos tratar.

El silencio que siguió fue sepulcral. Eugenia bajó la mirada un segundo, sintiendo el peso de la vergüenza quemándole la nuca. Tres días de ninguneos estallaron en ese insulto. Se sintió pequeña, desprotegida y, sobre todo, profundamente sola. Ibrahim no estaba allí para defender su intelecto; la había dejado a merced de lobos, y le parecía estúpido no poder defenderse sola.

¿Por qué? ¿Tan evidente era que se sentía poca cosa ante todos esos hombres?

Pero entonces, cuando se planteó la idea de abandonar su lugar de trabajo, el aire en la oficina cambió.

Se volvió gélido y pesado.

Killian Cumming, que hasta ese momento se había mantenido como una estatua de granito, dio un paso hacia el señor Haddington. No fue un movimiento rápido, pero tuvo la inexorabilidad de un alud de tierra. Su sombra cubrió por completo al inglés, quien de repente pareció haber encogido varios centímetros.

—Repita eso —dijo Killian. Su voz no era un grito; era un rugido bajo, vibrante, que nacía desde lo más profundo de su pecho escocés.

Haddington tragó saliva, su arrogancia tambaleó ante la presencia física de ese gigante que olía a turba, cuero y una furia ancestral.

—Yo... yo solo decía que la señorita no tiene autoridad...

—Usted ha insultado a una dama en mi presencia —lo interrumpió el pelinegro, acortando la distancia hasta que su rostro quedó a escasos centímetros del inglés. Sus ojos brillaban con una luz salvaje, peligrosa, y por más que quiso interferir, Eugenia se quedó inmóvil en su lugar—. Y lo que es peor, ha insultado a la mujer que Ibrahim Cumming ha puesto al mando. En mi tierra —añadió, evocando una amenaza inquietante—, a los hombres que hablan así de quienes trabajan con el cerebro se les enseña modales en el barro.

Killian puso una mano sobre el escritorio de Eugenia, con los nudillos blancos por la tensión. Miró a Haddington y luego barrió con la mirada al resto de los clientes, que observaban la escena aterrorizados.

—Fuera —ordenó con una calma que daba más miedo que cualquier grito—. Todos ustedes. No volverán a poner un pie aquí hasta que aprendan a tratar a la señorita Armitage con el respeto que su posición merece —sentenció—. Si tienen algún problema con mi falta de refinamiento, pueden intentar decírmelo a la cara.

No hizo falta más. Haddington, rojo de furia y miedo, recogió su sombrero y salió casi corriendo de la oficina, seguido por los demás presentes, que evitaron incluso mirar al escocés al pasar por su lado. En pocos segundos, el bullicioso despacho se quedó en un silencio absoluto, solo roto por la respiración agitada de Eugenia.

¿Qué acababa de pasar?

¿Cómo era posible que, el hombre a quien tanto estuvo temiendo en los últimos días, la hubiera defendido de esa manera?

Levantó la vista, encontrándose con los ojos de Killian, y se enderezó con la poca dignidad que aún le quedaba. Él la observó con una intensidad distinta —como si la estuviera viendo por primera vez—, una que ya no buscaba a Ibrahim, sino que parecía intentar descifrarla a ella.

Eugenia tiritó. Estaba aterrorizada por la violencia contenida que acababa de presenciar, pero al mismo tiempo, una oleada de gratitud y una punzada de deseo tan aguda que le quitó el aliento la golpearon de frente. Nadie, ni siquiera Ibrahim, la había defendido con esa ferocidad animal.

—¿Se encuentra bien? —preguntó él. Su acento se había suavizado un poco, pero seguía sonando como una advertencia.

—Yo... sí —susurró, intentando que sus manos dejaran de temblar sobre los planos—. Gracias, señor Cumming… —El giro de los acontecimientos la dejaron abrumada—. Aunque ahora he perdido a

todos los clientes y es probable que eso me traiga un par de problemas.

Killian se encogió de hombros, y una sonrisa ladeada y peligrosa se asomó a sus labios.

—Si esos son los hombres con los que Ibrahim quiere construir un futuro, su imperio está hecho de paja. Ahora, señorita Armitage... —se inclinó un poco sobre su escritorio, invadiendo su espacio personal—, ya que nos hemos quedado solos, dígame: ¿dónde se esconde el cobarde de mi primo y por qué la usa a usted de escudo?

Capítulo 3

"¿Fue un disparo lo que se escuchó esta noche en Richmond House? De ser así, espero que toda la familia Humphrey se encuentre bien
***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**".*

Eugenia respiró hondo, tratando de que el aroma que emanaba de Killian no nublara su buen juicio. Ese que por el momento pendía de un hilo por una razón que era inexplicable para ella.

Se obligó a recordar las palabras de Ibrahim: *«es peligroso, es el hijo de las personas que traicionaron a mis padres».*

—El señor Cumming no es un cobarde —respondió ella, logrando que su voz sonara profesional a pesar del temblor de sus manos—. Es un hombre con responsabilidades inmensas. Si no está aquí, es porque sus negocios requieren su presencia en otro lugar.

Killian enarcó una ceja, divertido por la ferocidad con la que ella protegía al castaño. Se enderezó, pero no se alejó, manteniendo a Eugenia atrapada en su sombra e intimidante presencia.

—Su lealtad es admirable, señorita Armitage —comentó con fingida indiferencia, escudriñando los planos con curiosidad. Eugenia sujetó uno y lo enrolló en sus manos—. Pero ambos sabemos que un hombre que deja que una mujer libre sus batallas mientras él se oculta en algún club de caballeros, no está ocupado. Está huyendo.

—Él no huye de usted —mintió, sintiendo el peso de la mentira en la lengua, y por un momento deseó despotricar sobre Ibrahim. Odiaba que el escocés tuviera tanta razón—. Simplemente ha dejado claro que no tienen nada de qué hablar. Sus padres cerraron

cualquier posibilidad de diálogo hace catorce años con sangre. —El hombre se tensó visiblemente ante sus palabras, pero no hizo movimiento alguno al respecto—. Le ruego que sea caballero suficiente para aceptar una negativa y se retire.

Killian la observó en silencio durante un latido largo. Sus ojos recorrieron el rostro de Eugenia, deteniéndose en la firmeza de su mandíbula y el brillo inteligente de sus ojos violetas. Empezó a notar que no estaba ante una secretaria común y corriente. Su ingenio era afilado, y la forma en que manejaba los planos que aún descansaban sobre el escritorio delataba una mente técnica y brillante.

—Es usted muy valiente al recordarme los pecados de mi sangre —dijo Killian en un susurro ronco, inclinándose ligeramente hacia ella. Eugenia miró el escritorio con preocupación, como si temiera que de un momento a otro desapareciera—. Pero dígame, ¿por qué una mujer con su fuego y su capacidad para diseñar el futuro de Londres pierde el tiempo defendiendo a un hombre que no tiene el valor de mirarme a la cara?

Eugenia se ruborizó, pero no por vergüenza, sino por la intensidad de su mirada. Él la estaba viendo de verdad, reconociendo su talento de una forma que los clientes ingleses jamás harían, y eso le hacía sentir especial.

—Ibrahim me dio una oportunidad cuando nadie más lo hizo —musitó por fin—. Le debo mi carrera, mi posición y...

—Y su corazón, por lo que veo —la interrumpió, y de pronto, algo hizo clic en la memoria del escocés.

Killian entornó los ojos, analizando su estatura, la caída de su cabello dorado y esa forma tan particular en la que ella fruncía el

ceño.

—Espere un momento... —soltó una carcajada baja y profunda, una que vibró en el pecho de Eugenia—. Usted estaba allí. En mi casa. Es la mujer del carruaje, la que Ibrahim arrastró como si fuera una posesión preciada que no quería que yo tocara.

Eugenia apretó los labios, sintiéndose descubierta.

—Solo acompañaba a mi jefe en un asunto personal.

—¿Un asunto personal a las once de la noche? —Killian negó lentamente con la cabeza, una chispa de picardía y algo más oscuro bailaron en sus ojos—. Qué eficiente —añadió con sarcasmo.

—¿Está insinuando algo? —apretó los labios, furiosa, pero él ignoró su pregunta.

—Ibrahim no la tiene aquí por sus planos, aunque son excelentes —admitió con sinceridad—. La tiene aquí porque es usted la joya de su corona, La Alianza es lo que es gracias a usted.

¿Qué? ¿La veía como una joya valiosa? ¿Por qué?

Para todos los socios y clientes de Ibrahim: ella era una simple secretaria.

Él estiró una mano y, con una audacia que la dejó sin aliento, rozó con el dorso de sus dedos el borde del plano que ella sostenía, rozando apenas sus nudillos.

El toque fue electrizante.

—Es usted demasiado ingeniosa para creerse sus propias mentiras, señorita Armitage. Ibrahim no la protege a usted; usted lo protege a él —aclaró y retrocedió con pasos certeros, devolviéndole su espacio. Eugenia se lo agradeció en silencio, él era… demasiado intimidante—. Y me pregunto... ¿qué pasará cuando se dé cuenta de

que está protegiendo a un hombre que solo la valorará mientras le sea de utilidad?

—¡Váyase, señor Cumming! —ordenó ella, retrocediendo un paso, abrumada por la mezcla de miedo, indignación y esa traicionera punzada de lujuria que le recorrió la espina dorsal ante su toque—. No volveré a pedírselo.

¿Cómo se atrevía a cuestionar el cariño que Ibrahim sentía por ella?

¡Ni siquiera conocía el tipo de complicidad que ellos tenían!

Killian se enderezó, recuperando su aire de gigante imperturbable, y se llevó dos dedos al borde de su sombrero —que en él se veía ridículo— en un gesto que fue mitad burla y mitad respeto.

¿A qué estaba jugando?

—Me iré, por ahora. Pero dígale a mi primo que, si quiere que deje de venir, tendrá que venir él mismo a echarme. No enviaré mis respuestas a través de una mujer que merece ser tratada como una reina y no como una barrera de contención.

Se dio la vuelta y salió del despacho con pasos pesados y decididos, dejando tras de sí un silencio que a Eugenia le pareció ensordecedor. Se dejó caer en su silla, con el corazón martilleando contra sus costillas, y luchó contra sus propios temblores.

Había algo en Killian que la hacía sentir vista, peligrosa y demasiado mujer. Y eso era mucho más aterrador que cualquier historia de asesinos que su madre le hubiera contado en el pasado.

Las horas siguientes fueron un borrón de planos borrosos y pensamientos intrusivos. Eugenia intentaba concentrarse en las

valoraciones, pero la voz áspera de Killian se repetía en su mente como un eco constante.

«Si esos son los hombres con los que Ibrahim quiere construir un futuro, su imperio está hecho de paja».

Lo recordaba frente a Haddington, imponente y feroz, y por más que se esforzaba en encontrar al monstruo que Ibrahim le había descrito, solo hallaba a un hombre que no permitía que se pisoteara a una mujer en su presencia.

A pesar de ser aterrador, no parecía peligroso; sino más bien… íntegro.

Cuando el sol comenzó a ponerse, Eugenia regresó a casa caminando, agotada físicamente, pero con la mente en llamas y el cuerpo ardiendo. Al cruzar el umbral, el silencio de la mansión fue roto por el sonido de pasos pesados. Ibrahim la esperaba en el vestíbulo, y no traía consigo una sonrisa de bienvenida.

—¿Se puede saber qué demonios ha pasado hoy en la oficina? —espetó Ibrahim. Su rostro estaba congestionado por la cólera, era evidente que estaba usando todo su ingenio para no gritarle.

Eugenia parpadeó, sorprendida por el ataque.

—Ibrahim, yo...

—Llego de un viaje que tuve que hacer a última hora, totalmente cansado, y lo primero con lo que me encuentro es que Haddington ha venido a buscarme furioso —la interrumpió, dando un paso en su dirección. Por inercia, ella retrocedió dos—. Me ha dicho que lo has tratado con una insolencia inaceptable, que has provocado que se retire de la inversión y que el despacho era un caos absoluto por tu culpa —escupió, furioso, como si no la conociera en lo más mínimo.

Ella jamás trataría mal a nadie.

—¡Acabas de provocar un desastre, Eugenia!

Si había algo que ella odiaba, era que la gente le gritara.

«¡Deja de ser una maldita carga! ¡Haz algo o lárgate de mi casa!» La voz de Morrison retumbó en su cabeza y un escalofrío recorrió su espina dorsal sin piedad alguna.

¿Qué estaba pasando? ¿Desde cuándo Ibrahim se sentía con la libertad de pisotearla de esa manera? ¿No se suponía que eran un equipo?

—Espero que seas más cuidadosa —suspiró dramáticamente, acomodando su impecable cabellera castaña—, porque mi paciencia tiene un límite y no tendré favoritismos sólo porque se trata de ti.

El impacto de sus palabras fue como una bofetada. Haddington, el cobarde, ni siquiera había mencionado que un gigante escocés casi lo saca a rastras de su oficina; le había echado toda la culpa a ella. Y lo peor no era la mentira del cliente, sino que Ibrahim la creyera sin dudarlo.

—¿Dices que provoqué un desastre? —Eugenia sintió que algo se rompía dentro de ella. La frustración de los últimos cuatro días se desbordó—. Llevo cuatro días sola, Ibrahim. Cuatro días recibiendo insultos de hombres que no me miran a la cara, que me piden té mientras yo trato de salvar tus finanzas. Nadie me toma en serio sin ti al lado, ¡y tú no has estado! He intentado avanzar, he trabajado hasta altas horas de la noche, ¿y te atreves a insinuar que yo lo he arruinado?

Ibrahim retrocedió un paso, tomado por sorpresa por el estallido de la mujer que siempre había sido su sombra silenciosa. Su Eugenia nunca le gritaba, siempre le obedecía y, sobre todo, respetaba.

El silencio que siguió fue denso, ninguno quiso dar el brazo a torcer y por esa razón, poco a poco, la expresión de Ibrahim se suavizó, reemplazada por una culpa genuina. Se acercó a ella y le tomó las manos con delicadeza.

—Eugenia... lo siento tanto. —Su voz ahora era suave y amable, estaba empleando esa labia que siempre la envolvía—. Perdóname, estoy bajo mucha presión —rogó angustiado—. Te amo, lo sabes, y me duele haberte dejado esa carga. Es solo que... —La llevó a su despacho y una vez que estuvieron solos confesó la razón de su viaje—. Ayudé a Travis a secuestrar a lady Humphrey.

—¿Qué? —Eugenia lo miró con horror e Ibrahim negó rápidamente con la cabeza.

—Teníamos que recuperar el terreno que su hermano nos robó y creo que Travis quiere casarse con ella ahora que es parte de su dote.

¡Esa no era la manera de atrapar a una joven en matrimonio!

—Penelope es amiga de tu hermana, ¿cómo pudiste hacerle algo así?

—Está fuera de peligro —aclaró, molesto.

En ese momento, recordó la nota de lady Berricloth que leyó esa mañana.

—Hubo un disparo en Richmond House, ¿no hirieron a nadie? —Ibrahim se ruborizó—. ¡Habla! —exigió.

—No, sólo disparé para asustar a la gente de la casa y que no salieran detrás de nosotros.

Eugenia alborotó su cabellera, angustiada. Jamás se imaginó que el señor Spinster e Ibrahim serían capaces de llegar tan lejos por un terreno, ¡su maldito hotel podía construirse en cualquier otro lugar!

—¿Ahora entiendes por qué estoy tan alterado? —La atrajo hacia su cuerpo, uniéndolos más de lo debido, y el pánico la invadió. La posición le parecía demasiado incómoda—. Perdóname, te prometo que enviaré a alguien para que te ayude en La Alianza.

—¿De verdad no piensas volver? —rompió el abrazo con lentitud y lo buscó con la mirada.

—Me mudaré a la casa de Travis por unos días, debo vigilar al duque.

¿Qué? ¿Ahora no sólo la abandonaría en el trabajo, sino también en su hogar?

—No es justo —hizo un mohín y toda la sangre se le congeló cuando Ibrahim dejó un casto beso en su frente.

No hubo electricidad, ni el corazón galopante que sintió horas antes; en su lugar, la incertidumbre la invadió y se apartó del castaño con rapidez, temiendo que él quisiera obtener algo más de ella y su cercanía.

¿Qué estaba pasando?

Comparado con la vibración que Killian había despertado en ella con su simple presencia, el afecto de Ibrahim se sentía... tibio. Casi vacío.

Y era la primera vez que él le daba esa muestra de afecto.

Se asustó. ¿Cómo podía ser que el hombre al que planeaba entregarle su vida le resultara insípido frente a un desconocido?

—Killian fue a buscarte —soltó ella de repente, ansiosa por romper el momento.

—¿Qué? —Lo consiguió, Ibrahim se puso tan rígido como una vara.

—Estuvo en la oficina y fue él quien echó a Haddington después de que ese hombre me insultara.

Su reacción fue de puro hastío.

—¿Entonces todo es culpa de ese salvaje? —escupió, ignorando la parte en la que ella le confesaba que Haddington la humilló—. Te dije que lo despacharas ni bien ingresara a la empresa.

—Dijo que no dejará de insistir —advirtió ella con urgencia, necesitaba sacar a ese hombre de su vida cuanto antes. No necesitaba más problemas en su día a día—. Dijo que tendrás que ir tú mismo a echarlo, porque no se detendrá. Parece decidido, deberías hablar con él antes de que...

—No tengo tiempo para sus juegos de honor escocés —la cortó, revisando su reloj de bolsillo con impaciencia—. Debo irme, tengo una cena de negocios importantísima.

Empezaba a sospechar que Ibrahim ya no se sentía tan cómodo en su hogar, ni en su empresa. Estaba claro que el haber hecho sociedad con los hermanos Kilbrenner, los hermanos menores del marqués de Teingham, le había generado una nueva necesidad de poder y prestigio.

—Se trata de gente de la alta sociedad, Eugenia —sus ojos castaños brillaron con ilusión y peligrosa ambición—, contactos que no pueden esperar.

—¿Otra vez? —no pudo esconder su disconformidad—. Van cuatro días que no comes en casa, ¿huyes de tu primo o de mí?

—No huyo de nadie —aclaró con disgusto e intentó abrazarla de nuevo, pero ella se desplazó por el lugar, fingiendo que se quitaba el sombrero de paja—. Es por nosotros, querida, por nuestro futuro.

¿Sería verdad? ¿Cómo podía Ibrahim pensar en un futuro si ni siquiera le había pedido matrimonio?

«Al menos ya dijo que me ama», se consoló a sí misma, indiferente.

—Quédate aquí y descansa. Mañana será un día mejor, te lo prometo.

Ibrahim le dio un último beso distraído en la mejilla y salió por la puerta, dejando a Eugenia en la penumbra de su despacho. Se quedó allí, sola, con las llaves de la nueva casa pesándole en el bolsillo y la inquietante sensación de que Ibrahim estaba buscando más de lo que realmente necesitaban.

Capítulo 4

"Siempre consideré que lady Lilias Aldrich tuvo suerte al casarse con el hijo menor del duque de Kent, pero todo indica que los hermanos Cumming nacieron para rodearse de nobles, dado que el señor Cumming ha sido visto junto al conde de Snowdon, un hombre que no hace negocios con cualquier simple mortal ***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth****".*

Killian conocía cada uno de los pasos de su primo, sabía dónde estaba viviendo y a qué personas recurría a lo largo de su día. Sabía que podía abordarlo en cualquier momento, pero por alguna extraña razón no lo hacía, él simplemente se limitaba a observar la nueva vida que Ibrahim había adoptado.

De alguna manera, deseaba saber a quién se estaba enfrentando y por lo que pudo observar, él se había convertido en una persona ambiciosa y bastante carismática. Killian no era imbécil, todo indicaba que el objetivo de Ibrahim era casarse con la hija del conde de Snowdon, una joven simple y —desde su perspectiva— bastante aburrida.

Lo vio junto a la dama y el noble, comportándose como un caballero recto y galante, y eso lo llevaba a cuestionarse en qué lugar dejaba eso a la señorita Armitage, la hermosa mujer de cabellos dorados que no podía sacar de su cabeza. Acarició sus labios, recordando sus cándidas respuestas y esas miradas rudas y frías que siempre le dirigía cuando la visitaba en La Alianza, y se preguntó cómo sería fundir esas emociones con sus besos y caricias.

La garganta se le cerró y se inclinó en el sillón, permitiéndose unos minutos de dulces fantasías.

Nunca pensó que una inglesa podría hacerlo sentir tan vivo y ansioso. No era un hombre fácil de seducir, ni débil ante el sexo femenino. Siempre fue más razonable que pasional, dado que desde los quince años su vida fue más un reto de supervivencia que un cúmulo de aventuras y buenas experiencias.

—Si sigues así, no regresaremos a Escocia ni en seis meses —gruñó Morag, interrumpiendo sus eróticas fantasías, y Killian la observó de reojo. La anciana se veía fastidiada—. ¿Por qué no me dejas volver? Sabes que odio Londres.

La razón de su negativa era simple: no confiaba en su propia sangre. Morag era la única Sinclair que aún custodiaba una fortuna, y Angelique —su única hija viva y tía de Killian— era un ave de rapiña al acecho. Tras enviudar hace cinco años, Angelique no solo había enterrado a un marido, sino que había dilapidado su herencia en una espiral de vicios y excesos junto a su hijo mayor. Ahora, con los bolsillos vacíos, Killian sabía que ella buscaba desesperadamente una nueva fuente de riqueza, y temía que fijara sus ojos en la vulnerabilidad de su abuela.

Él ya conocía el sabor de la traición por unas cuantas monedas; no permitiría que el inútil de su primo o su tía osaran lastimar a la única mujer que reconocía como su madre.

La mente de Morag era un terreno traicionero; sus momentos de lucidez eran destellos que pronto se perdían en una confusión de épocas y rostros, por lo que no podía permitir que ellos se pasaran de listos e intentaran lastimarla.

—Te pedí tres meses, abuela —arrastró sus palabras y Morag gruñó.

—Si Ibrahim no quiere lo que le ofreces, busca a Lilias y pregúntale si está interesada.

—Lilias solo tenía ocho años cuando todo ocurrió —musitó Killian, y su voz bajó una octava, teñida de una melancolía que no se permitía mostrar ante nadie más—. Debe recordarme como un monstruo, abuela. No deseo ser el rostro de sus pesadillas.

—Entonces busca una esposa que te saque de la quiebra —replicó Morag con esa franqueza punzante que solo los años otorgan.

No era la primera vez que ella lo sugería, pero esta vez el peso de la realidad se sentía distinto. Killian necesitaba capital para reconstruir el imperio que sus padres habían reducido a cenizas, pero su orgullo —o quizás su corazón— se resistía a ser una mercancía.

—Quiero casarme por amor —sentenció.

Esperó que ella se riera, que lo llamara iluso o que le recordara que un hombre en su posición no puede permitirse tales lujos. Sin embargo, el rostro de Morag se transformó; la rigidez de su mandíbula cedió y sus ojos se perdieron en algún punto del pasado, brillando con una luz infantil.

—Cuando era joven, solía usar muchos lazos para atar mis cabellos castaños —susurró ella, acariciando el aire como si tocara una cinta de seda.

Killian esbozó una sonrisa triste. En ese instante, frente a él no estaba la matriarca severa, sino la adolescente de dieciséis años que alguna vez fue, antes de que el mundo la golpeara. «Por esa razón

no la dejo cerca de Angelique y Damon», pensó con una punzada de protección. «Ella es un alma a la intemperie».

—Tu color favorito es el celeste, ¿verdad? —preguntó él con una paciencia infinita, acomodando una manta sobre los hombros de la anciana.

—Sí... pero mi esposo los quemó todos cuando me casé.

Killian apretó los puños a los costados de su cuerpo, sintiendo un fuego frío recorrerle las venas al imaginar la crueldad que ella había soportado. Morag siempre había sido dura con él, recordándole que no era digno de figurar en su testamento por temor a que llevara la maldición de sus padres en la sangre. Cualquier otro hombre la habría abandonado a su suerte, pero Killian la adoraba. Ella había sido la única que, a pesar de sus miedos, le abrió la puerta cuando el resto del mundo se la cerró en la cara.

Se quedó a su lado, escuchando sus historias por milésima vez, dándole las respuestas que ella necesitaba para sentirse a salvo, hasta que el sueño finalmente la reclamó y la dejó en su alcoba, profundamente dormida.

Quería hablarle de Eugenia, saber qué pensaba Morag al respecto, pero no estaba listo para que su abuela arruinara toda su diversión. Lo cierto era que ir a La Alianza se había convertido en lo más interesante de su día a día, por las mañanas vigilaba a Ibrahim y en las tardes pasaba a visitar a su linda secretaria.

Sonrió, entretenido.

¿Cómo reaccionaría su primo si supiera que su secretaria lo había hechizado?

Seguramente daría un grito al cielo, puesto que según tenía entendido, él confiaba mucho en la mujer y por ende ella conocía

muchos de sus secretos financieros.

Ladeó el rostro, entretenido.

Si su situación económica fuera otra, Killian habría subido a su hombro a Eugenia Armitage y se la habría llevado a Escocia sin dudarlo.

***

Durante la siguiente semana, fue lord Isaac Kilbrenner, uno de los socios de Ibrahim, quien lidió con los clientes. No obstante, como de costumbre, Eugenia siguió encargándose de los balances, planos y las críticas de los clientes que la seguían viendo como un estorbo.

Su jefe se había ido a Sussex hace dos días, alegando que tenía un asunto que atender en su casa de campo, y Eugenia no había recibido una sola noticia del castaño. A veces le daba la sensación de que Ibrahim la estaba evitando, como si no quisiera revelarle en qué consistían sus nuevas actividades, algo bastante alarmante si consideraba que entre ellos no debía existir secretos.

«¿En qué estás metido, Ibrahim?», preguntó para sí misma, blandiendo su lápiz.

—¿Señorita Armitage? —Eugenia parpadeó varias veces, abandonando su letargo, y se irguió en su lugar al ver a lord Kilbrenner bajo el umbral de la puerta.

—¿Puedo ayudarlo en algo, milord? —se incorporó, ¿cuánto tiempo llevaba ahí?

El castaño de rizos rebeldes negó con la cabeza.

—Le pregunto si gusta que la lleve a su casa, es hora de cerrar y pronto lloverá.

—Estoy bien, muchas gracias —denegó su oferta con amabilidad.

—¿Segura? —insistió—. Hoy no vino a verla el escocés y el día no ha terminado.

¿Estaba insinuando que Killian podría estar esperándola afuera?

—En caso de ser así —se rio, entretenida—. Dudo que el señor Cumming sea una amenaza.

Llevaba tratando una semana con Killian y el hombre se había mostrado paciente ante ella, lo que quería decir que comprendía que sus diferencias con Ibrahim no tenían nada que ver con su persona y el único interés que él tenía era que Ibrahim diera la cara.

—Está bien —aceptó el apuesto hombre con elegancia y se puso su sombrero—. Hasta mañana, señorita Armitage.

Eugenia lo observó marcharse con más atención de la que pretendía ejercer. Ella no solía adquirir todas las revistas de lady Berricloth, la mujer casi nunca la nombraba porque era una simple empleada, pero gracias a los empleados sabía algo de la complicada vida matrimonial de lord Kilbrenner.

Su esposa lo atrapó hace más de dos años y vivía en una de sus casas, lejos de la propiedad principal del noble, y la dama no tenía relación alguna con ninguna de sus hermanas —había roto sus lazos familiares después de su fatídica boda en Escocia—. Muchos decían que lord Kilbrenner la tenía encerrada y alejada de todos como venganza, pero ella sentía que la situación era mucho peor y todo porque siempre que iba al mercado, veía a lady Kilbrenner haciendo compras de manera muy medida y con un semblante preocupado.

Lord Kilbrenner era un hombre serio, pero solía ser muy amable con todos sus empleados. No obstante, a Eugenia no le gustaba en lo más mínimo, dado que nunca podría esperar algo bueno de un

hombre adulto, adinerado e inteligente, que abandona a su joven esposa de dieciocho años a su suerte.

«No es tu problema», le dijo una vocecilla y ella ladeó el rostro, apenada. Se suponía que odiaba el chisme, pero ahí estaba ella, deseando ahondar más en la vida matrimonial de los Kilbrenner.

De camino al mercado, Eugenia observó a lady Harriet Kilbrenner bajo el alero de la librería, cautivada por un escaparate como quien mira un mundo prohibido. Era una mujer menuda, casi infantil, con el cabello castaño prisionero bajo una cofia austera que no le hacía justicia. Cuando una lluvia fina comenzó a empañar el aire, Eugenia se sintió impulsada por una mezcla de curiosidad y deber.

—Buenas tardes, lady Kilbrenner —saludó, siguiendo el protocolo. La joven dio un respingo, sus ojos grandes y café se abrieron con una confusión que rayaba en el temor—. Disculpe, ¿nos conocemos?

—No estoy segura —admitió Eugenia, arrepintiéndose un poco de su impulsividad—. Soy Eugenia Armitage, trabajo para su esposo.

La mirada de la dama recorrió su cuerpo con rapidez. En ese silencio, Eugenia temió que la confundiera con una de las tantas distracciones que lord Kilbrenner buscaba en sus clubes; sin embargo, Harriet le devolvió una sonrisa tan tierna que desarmó cualquier sospecha.

—Ya veo... —susurró la joven—. Perdone que no lo supiera, mi esposo tiene demasiados negocios para que yo pueda seguirlos todos.

Eugenia asintió y ese pensamiento la llevó a evaluar el atuendo de la dama.

Para ser la esposa de un noble adinerado, su ropa era bastante deprimente. Ni siquiera ella, que apenas tocaba sus ahorros para sus

gastos básicos, tenía ropa de tan mala calidad y tan pasada de moda.

—Es una sociedad reciente que hizo con el señor Cumming —le contó distraídamente, reparando en el clima de la tarde.

La lluvia persistió, aumentando su intensidad, y Eugenia se preocupó.

—¿Vive muy lejos? —le preguntó y la castaña asintió.

—A una media hora caminando. —Eugenia hizo una mueca, dentro de poco empezaría a anochecer—. Debería irse, dudo que el mal clima se vaya —sugirió y Eugenia evitó mencionar el hecho de que vivía a dos calles de ahí.

—Debo comprar algo —miró de soslayo la tienda de accesorios del señor Henry, aún estaba abierta—. Ha sido un placer, lady Kilbrenner. —Hizo una venía perfecta y cuando se dispuso a pasar la calle, el grito de la joven, más el firme agarre de una mano fuerte y grande, la obligaron a retroceder en el instante que un carruaje se detuvo frente a ella de manera abrupta—. Pero ¿qué diablos? —soltó con horror.

¡Casi la atropellan!

—¿Te encuentras bien, muchacha? —la aterciopelada voz de Killian hizo que todo su cuerpo entrara en calor e inmediatamente lo buscó con la mirada.

¿Cómo hizo para aparecer en un momento tan justo?

—Señorita Armitage… —el grito de lady Kilbrenner la despabiló y cuando la joven intentó acercarse, la puerta del carruaje se abrió con violencia, obligándola a quedarse inmóvil en su lugar.

—Lamento el descuido. —Era lord Kilbrenner y estaba más serio de lo normal—. Quizá mi petición de detener el carruaje fue muy

repentina para mi chofer. —Sus ojos ambarinos se posaron en su esposa—. Sube, te llevaré —ordenó con frialdad y fue el cochero quien bajó de su asiento para ayudar a lady Kilbrenner a subir al carruaje.

La joven se despidió con un suave susurro y así como llegó, el carruaje de lord Kilbrenner se marchó.

—Al menos llegará a su casa segura —musitó Eugenia, distraídamente.

—¿Es normal que siempre se preocupe más por los demás que por usted misma? —la pregunta del escocés le recordó en qué situación se encontraba y con un suave movimiento liberó su brazo de su cautiverio.

—Muchas gracias —se vio obligada a decir.

—Se ve muy cansada, ¿se siente bien?

Ese hombre era un verdadero misterio para ella. Ibrahim y Lilias le habían enseñado a odiarlo, indicándole todo lo que estaba mal en él, pero cada vez que Killian estaba cerca, le resultaba simplemente imposible asemejarlo a todas las barbaridades que sus amigos le contaron.

Él… no parecía un mal hombre, sino todo lo contario.

—Estoy perfecta.

En esta ocasión, Eugenia cruzó la calle después de mirar a ambos lados y se refugió en la tienda del señor Henry con rapidez, maldiciendo en silencio que el pelinegro la hubiera seguido como si hubiera recibido una invitación de su parte.

—¿Me está siguiendo, señor Cumming? —se vio obligada a encararlo, pero para su sorpresa, el hombre no la estaba mirando a ella, sino todos los lazos que estaban colgados en la tienda.

—Londres es una ciudad pequeña, muchacha —respondió él, indiferente—. Pero es lo de menos —conectó sus miradas después de sujetar un lazo celeste—, lo importante aquí es que cada día la veo más cansada.

¿Qué? ¿Eso era lo más importante para él? ¿No se suponía que su único interés recaía en reunirse con Ibrahim por medio de ella?

—Si estoy cansada o no, eso no es de su incumbencia.

Sabía que estaba siendo grosera, pero ¿qué más podía hacer? No importaba cuanto le pidiera que la dejara tranquila, ese hombre siempre la seguía a donde fuera que ella vaya.

Huir de ese escocés era casi imposible.

—¿Mi primo le ha designado todas las tareas difíciles?

Killian dio un paso al frente, invadiendo su espacio personal, y ella deseó golpearlo.

¿Por qué siempre debía recordarle lo ineficiente que estaba resultando Ibrahim como jefe, amigo y prometido?

—Ibrahim me protege —insistió ella, aunque la palabra sonó hueca.

Killian soltó una carcajada seca, carente de humor.

—Ibrahim se protege a sí mismo a través de usted —le corrigió, de nuevo—. Usted es su escudo contra Haddington, contra las cuentas y ahora contra mí. —Se acercó un poco más, lo suficiente para que ella pudiera oler de nuevo ese aroma a madera y libertad —. Dígame, muchacha... en estos siete días, ¿cuántas veces la ha mirado a los ojos y le ha preguntado qué es lo que usted quiere?

Eugenia guardó silencio. La respuesta era ninguna. Ibrahim solo hablaba de lo prometedor que sería su futuro si todo salía como

tenía pensado, pero ese futuro siempre satisfacía más sus ambiciones de él que los sueños de ella.

—Váyase —susurró, pero esta vez no había furia en su voz, solo un cansancio infinito.

Encontró la pluma que quería para decorar su sombrero y sonrió con satisfacción. La sujetó con rapidez para evaluar su estado, pero la comisura de sus labios tembló al ver que costaba cuatro chelines.

Eso era demasiado dinero para una pluma. La regresó a su lugar. Ella era muy estricta con sus finanzas y no creía necesario hacer un gasto tan innecesario por vanidad.

—¿No la llevará?

¡¿Por qué diantres no se iba?!

—No lo entiendo, señor Cumming, si tanto quiere reunirse con Ibrahim, ¿por qué no va y lo busca en su casa, en los clubes o dónde crea que él pueda estar? ¿Es realmente necesario que me atosigue día tras día? —perdió la paciencia, porque nadie tenía consideración con ella.

Estaba agotada moral, emocional y físicamente.

—Está bien, me iré —asintió Killian, pero antes de hacerlo, sacó un pequeño pañuelo de su bolsillo y se lo tendió. Eugenia se tensó —. Tiene tinta en los dedos.

—Gracias —lo aceptó a regañadientes, ¿por qué se percataba de detalles tan mínimos?

—No la molesto más —musitó finalmente y por un momento el pánico la invadió.

¿Se refería a que era todo por hoy o a que no volvería a molestarla durante los siguientes días?

La garganta se le cerró ante la idea de no verlo más y quiso hablarle para pedirle disculpas por su horrible actitud, pero él se acercó al señor Henry, canceló su cuenta y se marchó sin mirar atrás. Eugenia se acercó al ventanal de la tienda, comprendiendo que era lo mejor. No podían ser amigos, jamás traicionaría a Ibrahim y Lilias de esa manera, por lo que era imposible que ella cambiara de bando.

Su lealtad siempre estaría con los hermanos Cumming

—No olvide su compra —la voz del señor Henry la detuvo en seco cuando se dispuso a abandonar la tienda.

—Yo no compré nada... —balbuceó Eugenia, pero aceptó la bolsa que el hombre le tendió con una mirada cómplice.

Al abrirla, el mundo pareció detenerse. Allí, protegida por el papel, estaba la pluma de cuatro chelines que ella misma había rechazado por considerarla un pecado de vanidad.

—Él se la regaló —añadió el tendero en un susurro confidencial, guiñándole un ojo—. Dijo que esto quedaría entre nosotros.

Eugenia apretó la bolsa contra su pecho mientras un calor desconocido y alarmante le subía por el vientre. Quería correr tras él, arrojarle la pluma y recriminarle su arrogancia, pero sus pies no se movieron. Se aferró al paquete como si de él dependiera su cordura.

Killian no estaba intentando comprar su lealtad con oro, la estaba desarmando con detalles que nadie más notaba.

¿Cómo podría considerarlo un monstruo cuando él era el único que parecía verla de verdad?

Capítulo 5

"¿Qué es mejor, ser una solterona o la siguiente condesa de Warrington?
Es evidente que para Penelope Humphrey, una unión matrimonial es más importante que cualquier otra cosa
***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**".*

El regreso del señor Spinster y lady Humphrey no hizo que Ibrahim empezara a frecuentar su hogar. Según Eugenia tenía entendido, todo empeoró para la pareja porque el duque de Richmond estaba empeñado a casar a la dama con el conde de Warrington, un hombre que cargaba una maldición consigo. No tenía la menor idea de por qué su jefe debía permanecer junto al americano durante la mayor parte del tiempo, pero debía reconocer que después de tres semanas lejos de él, tampoco le había afectado su decisión de quedarse en Londres y no acompañarla a visitar la casa que estaba en las afueras de la ciudad.

«No descuides ese proyecto, Eugenia, es importante que esté listo antes de que la temporada termine», le había dicho Ibrahim, recordándole que tenía una tarea pendiente, y ella no tuvo más remedio que reestructurar su agenda y alquilar un carruaje para ir a esa dichosa casa que, desde su punto de vista, estaba en el rincón más alejado del bosque.

¿Desde cuándo Ibrahim hacía compras tan irresponsables?

Era imposible que Eugenia le viera algún tipo de potencial a esa vivienda.

El viento de la tarde golpeó los cristales del carruaje, presagiando una tormenta, y se envolvió más en su chal. Habría hecho ese viaje más temprano, pero como de costumbre tuvo que explicarle unos informes a lord Kilbrenner para que él pudiera exponer el proyecto ante sus nuevos inversores.

¿Haría bien en dar media vuelta y regresar el día de mañana?

«Dejé este proyecto a cargo tuyo porque confío en ti», las palabras de Ibrahim retumbaron en su cabeza, y negó lentamente con la cabeza. Ella era la única culpable de su incomodidad, si hubiera cumplido con sus tareas al pie de la letra, habría visitado esa casa hace muchas semanas.

—Estoy muy cansada —musitó finalmente, frotándose las sienes con más brusquedad de la prevista, y esa sensación de sentirse observada se volvió insoportable.

Cuando finalmente se asomó por la ventanilla trasera, no supo qué pensar al ver que un carruaje la seguía a una distancia prudencial, pero constante.

No se necesitaba ser un genio para saber de quién se trataba.

¡Sólo existía un hombre capaz de atosigarla y seguirla a todas partes!

Uno del cual no podría huir tan fácilmente.

—¡Pare el carruaje! —le gritó al cochero, fuera de sus cabales.

No esperó a que el vehículo se detuviera por completo. Eugenia bajó, con los pies hundiéndose en el barro de la carretera y las manos en jarras, justo cuando el carruaje perseguidor frenaba en seco.

Se acercó al mismo, furiosa.

—¡Baje del carruaje ahora mismo, señor Cumming! —exclamó, su voz compitiendo con el rugido del viento.

La puerta se abrió y Killian emergió, llenando el espacio con su imponente figura. Eugenia sintió esa sacudida de nuevo; una mezcla de pánico y una fascinación que la irritaba. Él no parecía un asesino oculto entre las sombras, sino un hombre divertido, con una chispa de picardía en esos ojos que la recorrían con una intensidad que la hacía sentir demasiado visible.

—¡¿Me está siguiendo?! —le increpó.

—En mi defensa, no creí que iría tan lejos, muchacha —confesó él, con esa voz profunda que vibraba en el aire frío. Eugenia se puso tan roja como una rosa. ¿Muchacha? ¿Quién se creía que era para hablarle así?—. Pensé que te reunirías con Ibrahim, por eso te seguí —lo dijo de manera tan acelerada, que le dio la impresión de que inventó una excusa.

—Estoy yendo a inspeccionar la nueva casa que su primo adquirió y le aseguro que allí no habrá ni un alma —sentenció ella, señalando el camino de regreso—. Vuelva a la ciudad. El frío está insoportable y no tiene nada que hacer aquí.

Killian selló los labios en una fina línea, y por un momento, la diversión desapareció de su rostro, reemplazada por una seriedad que la hizo respingar. El cielo se oscureció de golpe, soltando las primeras gotas de una lluvia gélida.

—No veo prudente dejarla ir sola a un lugar donde no hay "ni un alma", como usted dice —aclaró él, dando un paso en su dirección —. Ya hice gran parte del viaje. Permítame acompañarla.

Su estómago se encogió.

—¿Por qué lo haría? —Eugenia lo miró con sospecha, sus ojos violetas brillando bajo la luz grisácea—. Usted solo quiere hablar con su primo y…

—Porque ya estoy aquí, y no hay manera de que dé marcha atrás —admitió él con una aspereza que delataba su propia inquietud—. Jamás dejaría a una joven tan bella como usted sola en la carretera. Menos con este clima.

Eugenia estaba acostumbrada a los cumplidos vacíos de los inversores, pero cuando Killian lo decía, no sonaba a galantería barata. Sonaba a una observación cruda, casi involuntaria y difícil de no decir en voz alta.

—¿Cómo sé que usted no es peligroso? —le retó ella, aunque su cuerpo no parecía creer sus propias palabras.

Killian inhaló profundamente, y por un segundo, Eugenia vio una sombra de dolor en su mirada. Sin decir palabra, el escocés sacó una pistola de la cinturilla de su pantalón y se la tendió por la culata.

—Ten.

—¿Por qué está armado? —preguntó ella con horror, sujetando el arma con rapidez.

Pesaba más de lo que imaginaba.

—Siempre camino armado —se encogió de hombros—. No te haré nada, muchacha. Soy inofensivo.

—Prefiero decomisarla por el momento —replicó ella con una sinceridad que pareció fascinar al escocés—. Muy bien, si va a acompañarme, iremos en el mismo carruaje. No hay necesidad de pagar dos.

Killian asintió y despachó su transporte. Una vez instalados en el pequeño espacio del carruaje, el lugar pareció encogerse. Eugenia

era dolorosamente consciente de la cercanía de las piernas de Killian, de la forma en que sus rodillas casi rozaban las suyas y de cómo él la estudiaba con un interés que iba más allá de la curiosidad por Ibrahim.

—¿Por qué no se da por vencido? —preguntó con el único fin de romper el silencio—. Lleva casi un mes tratando de hablar con él y me temo que su primo no ha cambiado de parecer.

—En Londres no soy bienvenido, nadie quiere hacer negocios con un completo desconocido. Mis opciones son casi nulas y quiero creer que aún puedo recuperar a mis primos.

Eugenia suspiró.

A pesar de todo, sintió una punzada de lástima por él.

Ibrahim no quería saber de él, pero Lilias… ¿cómo le explicaba que la pelirroja le tenía pavor? Para ella: Killian era una persona bastante peligrosa y lo menos que deseaba era encontrarlo cara a cara.

—¿No consideró casarse con una heredera? —inquirió de pronto, tratando de ser lo más cautelosa posible—. Es un hombre apuesto; estoy segura de que puede seducir a una jovenzuela con dinero, siempre y cuando mantenga su situación económica en secreto.

Killian la miró como si le hubiera echado un balde de agua fría. La idea de venderse por dinero parecía ofenderlo profundamente, pero Eugenia notó cómo sus ojos se suavizaban al ver la seriedad con la que ella intentaba ayudarlo.

—¿Usted cree que, si levanto la destilería y pongo The Manor House en orden, ellos aceptarán su parte de la herencia? —preguntó, ignorando su sugerencia respecto al matrimonio.

—¿Se las ofrecería de verdad? —enarcó una ceja, confundida.

—Por supuesto —gruñó—. No quiero nada que no me pertenezca y soy plenamente consciente de que esa herencia debe dividirse entre los tres.

Esa respuesta hizo que la desconfianza de Eugenia empezara a resquebrajarse de nuevo.

¿Podía un monstruo tener un sentido del honor tan rígido?

Cuando llegaron a la propiedad —una construcción de cuatro pisos que parecía emerger de un bosque encantado, en medio de la nada—, Killian no ocultó su desagrado por el aislamiento del lugar.

Al entrar, la casa estaba vacía, gélida y envuelta en sombras.

¿Qué potencial le vio su primo a esa casa?

Desde su punto de vista, parecía una casa de terror.

Se apoyó en el marco de una puerta, observando a la señorita Armitage mientras sacaba su libreta y empezaba a tomar notas. Era una mujer magnética, cada vez le gustaba más y por esa razón no pudo evitar seguirla. La vio tan molesta cuando se subió al carruaje que ni siquiera lo pensó antes de unirse —sin siquiera saberlo— a ese viaje.

«Hice bien, este lugar no es apto para que una mujer lo visite sola».

¿Por qué diantres Ibrahim no la acompañó?

Killian no podía negar que en los últimos días consideró la opción de que entre su primo y ella existiera un amorío, la mujer era demasiado hermosa como para pasar desapercibida, pero empezaba a sospechar que la rubia no era correspondida —porque sí, estaba casi seguro de que ella sentía un enamoramiento por Ibrahim—, dado que ningún hombre que amara dejaría a su mujer hacer ese viaje sola.

La diminuta figura de Eugenia se desplazó por el lugar, captando nuevamente su atención, y Killian se preguntó qué tan difícil sería sacar a Ibrahim de esa cabecita. Su primo quería casarse con la hija de Snowdon, no estaba interesado en su secretaria, por lo que no consideraba esto como una traición.

«Gracias a Dios» pensó, abatido.

Lo último que quería era quitarle algo a Ibrahim.

—¿Cuál es tu función exacta en La Alianza? —quiso saber y ella se volvió hacia él.

—Soy la diseñadora. —Sonrió con orgullo—. Hago ajustes en los planos para que el lugar sea funcional. Ibrahim vende casas hermosas gracias a mi toque.

Killian siempre lo supo: ella era la pieza importante de esa empresa.

—Debes tener un gusto maravilloso —comentó, más relajado, y decidió seguirla cuando ella se dirigió al segundo piso.

—Siempre me gustó la decoración y cuando estuve en América con tus primos, aprendí mucho sobre el tema gracias a Ibrahim.

¿Ella también hizo ese viaje de tres años con sus primos?

—¿Qué relación tienes con ellos exactamente? —inquirió finalmente, dejando las formalidades de lado, y Eugenia dejó de caminar por el pasillo para conectar sus miradas.

—¿Por qué lo preguntas? —respondió con otra pregunta.

—Fuiste a América con ellos, antes cuidabas de la hija de Lilias y ahora eres la secretaria de Ibrahim.

Lejos de todo pronóstico, ella sonrió con ternura.

—Los considero mi familia.

—¿Cómo dos hermanos? —apretó la mandíbula, tan tenso como una vara, y ella no pudo esconder su inquietud—. Tengo entendido que hace unos meses, tú e Ibrahim siempre estaban juntos y no considero normal que vivan en la misma casa.

—Espero que no estés pensando de manera indecente —aseveró con tono frío y él se rio por lo alto.

—Por eso mismo te planteé la pregunta, muchacha, no me gustaría pensar mal —le guiñó el ojo, respondiéndole con habilidad, pero sudando por dentro.

—Nos casaremos —respondió finalmente, y un escalofrío recorrió su espina dorsal.

¿Eugenia era la prometida de su primo?

Imposible, él vio a Ibrahim con la hija del conde, era muy consciente de todos los presentes que le enviaba a la dama. Se rehusaba a creer que su primo tuviera en mente la idea de desposar a la rubia.

—¿Lo quieres? —arrastró sus palabras.

Una cosa era sentir un leve enamoramiento y otra muy distinta sentir amor de verdad; uno era dulce, engañoso y pasajero, y el otro era capaz de hacerte arder en las llamas del infierno.

—Le debo todo lo que soy —contestó con rapidez, como si recitara una lección que llevaba años repitiendo—. Me dio un techo y un propósito.

—Eso es gratitud, no amor —replicó, acercándose un paso, y ella no retrocedió—. ¿Y él siente lo mismo?

—Dudo que eso sea de tu incumbencia.

«Claro que no siente lo mismo» pensó Killian, furioso, pero decidió fastidiarla un poco.

—¿Y para cuándo es la boda? —preguntó con una burla que no ocultaba su irritación.

—Quizás el año que viene. —Su respuesta le heló las venas—. Pero lo repito: ese no es tu problema. Pronto te irás de Londres y no serás más que un recuerdo para nosotros.

—¿Ah sí? —enarcó una ceja, entretenido.

¿De verdad creía que podría echarlo de su vida tan fácilmente después de hipnotizarlo con su ingenio?

—Pienso ayudarte a conseguir contactos y una heredera para que dejes en paz al hombre que amo.

La sonrisa de Killian se desvaneció y fue reemplazada por una mirada fría y cortante. Estaba mal envidiar a su primo, pero no entendía por qué Ibrahim sí pudo correr con tan buena suerte después de abandonar Escocia. No sólo se hizo rico, sino que consiguió el amor de una mujer como Eugenia; en cambio él, que trabajó como un simple sirviente por años, no sólo no logró ahorrar lo suficiente, sino que heredó un patrimonio sin valor.

—Entiendo. —No se daría por vencido, él mejor que nadie sabía que tarde o temprano su primo acabaría con sus falsas ilusiones de amor—. Es evidente que mi presencia te incómoda.

Ella dudó, pero finalmente asintió.

—Quiero que nos dejes en paz.

Era una mentirosa, puesto que sus hermosos ojos violetas le decían todo, menos que se largara de su vida.

—Eres una bruja, Eugenia —se atrevió a llamarla por su nombre de pila, pero antes de que ella pudiera decir algo, giró sobre sus talones con toda la intención de abandonar esa casa.

Lo mejor sería distanciarse porque si las cosas seguían así, Killian le enseñaría a diferenciar muy bien el enamoramiento, el amor y la lujuria.

Eugenia iba a gritarle, pero un trueno ensordecedor sacudió los cimientos de la casa. La lluvia se transformó en un muro de agua impenetrable y Killian soló pudo ver a través de la ventana, a mitad de las escaleras, cómo el cochero, asustado por el rayo que acababa de caer sobre un árbol cercano, azuzaba a los caballos y huía, dejándolos atrás.

El carruaje se perdió en la oscuridad del bosque.

Estaban varados y pronto anochecería.

***

Ibrahim caminaba de un lado a otro en el vestíbulo de su casa, consultando su reloj de bolsillo cada treinta segundos. Los nervios le crispaban los hombros, Eugenia no había regresado y la violencia del clima sugería que algo había salido mal.

Tenía que ir por ella. No podía dejar a Eugenia sola en medio de la oscuridad. Sin embargo, justo cuando abrió la boca para dar la orden de que prepararan su carruaje, el sonido de la aldaba en la puerta principal lo detuvo.

¿Quién lo visitaría a esa hora de la noche?

—Señor —anunció el mayordomo con voz solemne—, el conde de Snowdon está aquí.

De todas las personas que llegaron a su casa, justo ese hombre tenía que hacerle una visita.

¿No le bastaba con reunirse con él todos los malditos días?

Si era sincero consigo mismo: estaba harto del conde.

—Dice que la lluvia ha vuelto los caminos intransitables y solicita su hospitalidad.

Ibrahim se quedó petrificado en su lugar. No podía rechazar su petición porque el conde de Snowdon era su llave de oro, era el hombre cuya aprobación necesitaba para cortejar a lady Beatrice Cavendish en la próxima temporada.

Beatrice era una muchacha que le resultaba insípida y carente de cualquier chispa intelectual; comparada con la brillantez de Eugenia, era como una vela apagada frente al sol, pero Beatrice era una lady, la hija de un conde, y venía con una dote que salvaría cualquier grieta en su imperio, aunque por el momento no existía ninguna.

—Hágalo pasar de inmediato —ordenó Ibrahim, olvidando por completo la orden del carruaje.

El conde entró, sacudiéndose el agua de su capa de alta costura. Era un hombre de la vieja guardia, con ojos que juzgaban todo lo que no fuera linaje puro.

—Cumming —saludó Snowdon con una rigidez aristocrática—. Me temo que mis caballos no pueden avanzar con este diluvio. Cenaré con usted, si no es molestia.

—Es un honor, milord —respondió Ibrahim, forzando su mejor sonrisa de hombre de negocios.

Se retiraron al comedor, donde el conde, tras el primer sorbo de brandy, fue directo al grano.

—He estado observando sus progresos, Cumming. Tiene usted ambición, y mi hija parece no desagradarle. —Por fin tendrían la tan esperada charla—. Sin embargo... hay un obstáculo. Un obstáculo con nombre de mujer.

Ibrahim sintió un sudor frío recorriéndole la nuca.

—¿Se refiere a la señorita Armitage?

No era estúpido, todos creían que ellos eran amantes, pero lastimosamente, Eugenia nunca le permitió tomar más que un simple abrazo o casto beso en su frente.

—Exactamente —el conde frunció el ceño con asco—. No será bien visto que un pretendiente de mi hija viva bajo el mismo techo que su secretaria. Los rumores en los clubes son desagradables y no permitiré que el apellido de mi familia se mezcle con una mujer de orígenes dudosos.

La garganta se le cerró, había esperado que nada de esto sucediera, pero pecó de iluso al creer que el conde pasaría por alto la situación.

—Si quiere cortejar y casarse con mi hija el siguiente año, esa mujer debe salir de su vida y de su casa antes de que termine la temporada.

El pánico estalló en el pecho de Ibrahim.

¿Despedir a Eugenia? ¿Perder a la mujer que amaba, diseñaba sus éxitos y calentaba su ego?

El conde lo miró con una fijeza implacable e Ibrahim sopesó la balanza: en un lado, estaba el amor y la lealtad de Eugenia; y en el otro, el título, el respeto de Londres y el dinero de los Cavendish.

—Entiendo perfectamente sus preocupaciones, milord —dijo finalmente, con una voz que apenas tembló—. De hecho, ya tenía planeado que la señorita Armitage dejara su puesto —se vio obligado a decir—. Para el final de la temporada, ella ya no vivirá aquí. Se lo prometo.

En su mente, Ibrahim ya estaba justificando su traición.

«No tiene por qué irse del todo» pensó con un egoísmo retorcido. La sacaría de la casa, sí, pero la instalaría en la propiedad que ella misma decoraría a su antojo. Su nido de amor, el lugar donde su amor florecería lejos de los ojos curiosos de Londres.

La convertiría en su amante. Seguiría teniendo su ingenio para los negocios y obtendría su cuerpo para sus noches de soledad, mientras lady Beatrice cumplía el papel de esposa trofeo en los salones.

Era el plan perfecto.

—Me alegra oírlo —asintió el noble—. Cenemos, entonces.

Ibrahim se sentó a la mesa, ignorando el rugido del viento en el exterior.

Un breve pensamiento sobre Eugenia, sola y quizás asustada en aquella casa abandonada, cruzó su mente; pero se autoengañó con rapidez profesional: «Ella es una mujer fuerte. Está bajo un techo sólido, solo es una noche de lluvia... para mañana estará de regreso y todo seguirá igual».

Con esa mentira reconfortante, Ibrahim levantó su copa y brindó con el noble que acababa de comprar su integridad, mientras a kilómetros de allí, Eugenia empezaba a descubrir que el único hombre que estaba dispuesto a arriesgarse por ella era aquel al que le habían enseñado a odiar.

Capítulo 6

Sintiendo el corazón en la garganta, Eugenia bajó el corto tramo de las escaleras para situarse junto a Killian, quien miraba la ventana con una ira desenfrenada, casi animal.

—Se ha ido —chilló angustiada, jamás pensó que las cosas terminarían así.

—Ese cobarde nos ha dejado tirados —gruñó Killian, llegando hasta el primer piso para acercarse a la ventana—. Pronto anochecerá, emprender un camino de regreso a Londres sería muy arriesgado.

Eugenia trastabilló, pero no dejó que el miedo la gobernara.

—Tenemos que movernos, buscaré si hay mantas o algo que pueda servirnos para abrigarnos. Tú…

—Yo buscaré leña o madera, debemos prender el hogar si no queremos congelarnos —completó por ella y Eugenia se sintió bastante tranquila al confirmar que no estaba junto a un inglés inútil que no sabía cómo reaccionar ante una crisis.

Ambos tenían instintos de supervivencia.

Eugenia visitó todos los cuartos y el pánico no hizo más que acrecentarse.

¡Esa casa estaba vacía!

Sin embargo, recordó el ático y decidió subir hasta el mismo. La gente solía guardar todo lo que no veía útil en esos lugares, por lo que agradeció en silencio cuando encontró varias cajas antiguas, muebles empolvados y un camastro apoyado contra la pared. Todos

esos objetos eran abandonados, por lo que serían de ayuda para prender el fuego.

—¡Killian! —lo llamó, su grito retumbó por toda la casa, y cuando el escocés logró alcanzarla, se dio cuenta de su error con inmediatez.

—Creí que te sucedió algo —farfulló él, jadeante—. Me asustaste —le reclamó y ella tragó con fuerza.

—Encontré estas cosas —le hizo una seña para que subiera y Killian evaluó el lugar.

—Funcionará.

Lo primero que el pelinegro hizo fue bajar el camastro y mientras Eugenia lo desempolvaba, él bajó algunos de los muebles que dejó al lado de la leña que encontró en la alacena de la cocina.

—¿Por qué bajas esas sillas y la mesa?

—Las romperé para alimentar el fuego —informó como si nada, como si no fueran a destrozar muebles que no eran suyos, y Eugenia observó con admiración la certeza con la que él hacia las cosas.

Para cuando la estancia se oscureció, Killian ya estaba encendiendo el hogar. A pesar de su tamaño, se desplazaba con una agilidad sorprendente. Ahora, arrodillado frente a la chimenea del salón principal, soplaba con cuidado sobre unas brasas nacientes hasta que una llama anaranjada comenzó a lamer los troncos.

—¿Cómo sabes hacer eso? —preguntó, frotándose los brazos para combatir el frío que calaba sus huesos—. Los hombres de su posición... los caballeros de la ciudad, no saben ni encender una lámpara de gas sin llamar a un criado.

Killian se incorporó, limpiándose las manos llenas de hollín en su pantalón, sin importarle arruinar la prenda. El resplandor del fuego

esculpía sus facciones, haciéndolo parecer aún más imponente.

—En las Tierras Altas, muchacha, si esperas a que alguien haga el trabajo por ti, te mueres de frío antes de que llegue la ayuda —respondió con voz ronca, con la vista fija en el fuego—. Y yo dejé de ser una persona con privilegios hace mucho tiempo.

Frunció el ceño.

¿A qué se refería con eso?

¡Sus padres se quedaron con toda la fortuna de los padres de Ibrahim y Lilias!

«Olvida eso, no es un buen momento para abordar el tema», le dijo una vocecilla y agradeció en silencio que Killian acercara el camastro al hogar.

—Puedes sentarte —le indicó y él ocupó un lugar en el piso, cerca de la chimenea.

—¿Por qué me llamaste bruja? —quiso saber, una vez que estuvo en su lugar, y Killian esbozó una débil sonrisa—. Quiero que te retractes, supongo que dijiste eso porque crees que me muevo por interés.

Killian se cruzó de brazos, apoyándose contra la repisa de piedra, y finalmente negó con la cabeza.

—La gratitud es una cadena muy pesada cuando se confunde con el amor. —Sus palabras hicieron que cada uno de sus músculos entraran en tensión. Era verdad, ella estaba muy agradecida con Ibrahim por haberla llevado a América, pero… ¿estaría confundiendo sus sentimientos?

—Yo…

—¿Alguna vez él te ha hecho sentir que el mundo se detiene, o solo te hace sentir... a salvo? —sus miradas se encontraron y un

escalofrío recorrió su espina dorsal.

¿Acaso era un pecado sentirse a salvo junto a una persona?

Hubo una temporada donde ella se sintió a la deriva, sola y desprotegida, ¿por qué no podía aceptar de buena manera lo que Ibrahim le ofrecía?

—Tú no lo amas —sentenció, y Eugenia posó la vista en las llamas de la chimenea.

—No sabes nada —entrelazó sus manos sobre su regazo, agobiada—. Siempre he soñado con tener un hogar, una familia a la cual amar y con quien contar, y eso es algo que obtuve junto a tus primos, quienes me aceptaron sin reparar en mi pasado ni de dónde vengo.

—Hablas como si hubieras salido de las llamas del infierno —observó, entretenido, y Eugenia tragó con fuerza.

—Soy una bastarda.

Killian se encogió de hombros con una indiferencia que a Eugenia le pareció casi escandalosa. En los salones de la ciudad, esa palabra era una sentencia de muerte social; pero para el escocés, parecía tan irrelevante como el color de las hojas en otoño.

—¿Y eso qué?

—No soy digna de recibir respeto, pero ellos…

—Todos somos dignos de recibir respecto —aseveró, molesto—. Tú no tienes la culpa de que tu padre haya abandonado a tu madre, ni mucho menos de haber nacido en un hogar incompleto.

Eugenia odió que la visión se le cristalizara.

—¿Planea culpar a mi madre? —la voz le tembló.

—¿Por qué siempre se debe culpar a alguien? —respondió con frustración, tomándola por sorpresa—. Nadie debería hacerte

responsable de las decisiones de otras personas —su voz bajó una octava, el dolor en ella era cada vez más evidente.

—¿Lo dices por lo de tus padres? —se atrevió a preguntar y Killian se desplazó por el lugar para sentarse junto a ella.

—Antes de la desgracia, Ibrahim era mi mejor amigo, el hermano que la vida no me dio, y Lilias era mi pequeña y dulce hermanita. —La voz masculina tembló y Eugenia lo miró de reojo—. Los amaba, y creí que mi padre adoraba a su hermano, pero me equivoqué.

—¿Por qué nunca hiciste nada por buscarlos?

Killian se frotó el rostro, abatido, y negó lentamente con la cabeza.

—Las cosas cambiaron mucho cuando ellos abandonaron Escocia, tal vez fui un cobarde al no seguirlos, pero en ese momento… estaba muy aturdido.

—¿Por qué?

—Porque mis padres me echaron de su vida. —Eugenia se tensó —. De un momento a otro, estaba totalmente solo y mi familia materna me creía un monstruo.

—Lo siento mucho… —posó su delicada mano sobre la de Killian, percatándose de la calidez que él emanaba.

—Estás helada —observó él, preocupado.

—Pronto entraré en calor —rompió el tacto, nerviosa, y no opuso resistencia cuando Killian entrelazó sus manos para brindarle su calor—. Killian… —lo llamó por su nombre de pila, tomándolo por sorpresa, y sus ojos celestes brillaron con intensidad.

—¿Qué es lo que Ibrahim te hace sentir? —preguntó de pronto, prendiendo sus alarmas—. Yo… necesito entender el motivo de tu lealtad.

—Elegí hacer mi vida con él —respondió con sencillez—, es la familia que quiero tener.

—A veces la familia que elegimos es la que más nos daña —musitó, con una sombra de amargura porque no importaba cuanto quisiera a sus primos y abuela, él era alguien despreciable para ellos —. Londres es una jaula de cristal, Eugenia —la llamó por su nombre de pila—. Todos aquí están fingiendo ser algo que no son, buscando títulos y aprobaciones de hombres que no valen nada.

Ella lo sabía mejor que nadie, dado que Ibrahim llevaba meses comportándose así.

—¿Y en Escocia es distinto? —preguntó, suavizando el tono ante la melancolía del escocés.

—Allá el aire es tan afilado que te hace sentir vivo. La gente es amable porque saben que se necesitan los unos a los otros para sobrevivir al invierno. —Sonrió con nostalgia—. No hay salones de té ni bailes de máscaras, pero hay una libertad que no puedes imaginar. Puedes correr por los riscos de Speyside sin que nadie te pregunte quién era tu padre o cuánto dinero tienes en el banco.

Él la miró directamente, y Eugenia sintió que el calor del fuego no era nada comparado con la intensidad de su mirada.

—Allí no tendrías que esforzarte por ser suficiente para nadie. Allí, tu ingenio sería un regalo, no una herramienta para los negocios de otro.

—Suena maravilloso.

—Si tú conocieras mis tierras, ya no querrías abandonarlas jamás.

Eugenia bajó la vista hacia las llamas, sintiendo que sus defensas se desmoronaban. Las palabras de Killian dibujaban un mundo que ella nunca se había permitido soñar, pero entonces, el recuerdo de

Ibrahim —su salvador y el hombre a quien le debía todo— volvió a su mente.

—Tengo que volver a Londres mañana —susurró, más para convencerse a sí misma que a él—. Ibrahim debe estar muy preocupado. Debe estar moviendo cielo y tierra para encontrarme.

Killian no dijo nada y se limitó a observar cómo la lluvia golpeaba el cristal, sabiendo que, mientras él cuidaba el fuego para ella, su primo probablemente estaba brindando en algún salón climatizado, olvidando que su mano derecha estaba tiritando en una casa vacía.

A medida que la madrugada avanzaba, el fuego que Killian había alimentado con tanto esmero empezó a flaquear, convirtiéndose en un lecho de brasas que proyectaba sombras alargadas y vacilantes contra las paredes desnudas. El frío de la tormenta, que antes parecía contenido tras los muros, comenzó a filtrarse con una humedad voraz.

Eugenia no podía dejar de tiritar. Sus dientes castañeaban de forma rítmica, un sonido pequeño y lastimero que Killian notó de inmediato. Él se había mantenido a una distancia prudente —estando más cerca del hogar que del camastro— respetando el espacio de la mujer que se rehusaba a caer dormida a pesar del cansancio.

—Es suficiente —siseó con suavidad, y se sentó junto a ella—. Acércate.

—Estoy bien —mintió, aunque sus labios empezaban a adquirir un tono azulado.

—No lo estás —gruñó—. Si no compartimos el calor, para cuando el sol salga serás un bloque de hielo bajo un vestido azul.

Killian se quitó su pesada chaqueta de lana escocesa, que aún conservaba el calor de su propio cuerpo y el aroma a turba, y la extendió en el camastro. Luego, juntó sus cuerpos y la instó a recostarse sobre la cálida superficie, siguiendo el camino para cubrirla con su capa desde atrás y brindarle su calor.

Eugenia dudó, pero poco a poco se dejó caer.

Su mente gritaba que aquello era una transgresión imperdonable; que una dama, o incluso una secretaria, no debía dormir en un camastro junto a un hombre que era un enemigo de su familia. Pero su cuerpo, hambriento de vida, la obligó a aceptar su cercanía.

Se acercó con lentitud y suspiró más tranquila al percatarse que el gran abrigo de lana era oro puro para ese clima devastador.

El contacto fue como una descarga eléctrica. Eugenia soltó un pequeño jadeo cuando sintió la solidez del pecho de Killian contra su espalda. Él era puro músculo y calor irradiante, una montaña de fuego humano que la envolvió. Ibrahim siempre la había tocado con delicadeza, pero Killian... Killian la sujetaba con una posesividad natural, como si fuera el lugar al que ella perteneciera.

—Relájate, muchacha —susurró él. Su voz retumbó contra el oído de Eugenia, enviando una oleada de calor que no tenía nada que ver con el fuego—. No muerdo, a menos que me den motivos.

Eugenia giró sobre su lugar, enterrando el rostro helado en su firme pecho, y cerró las manos con fuerza sobre el chaleco masculino. Podía escuchar el latido de su corazón: rítmico, fuerte y acelerado. Eso la sorprendió. Él parecía tan calmado, tan imperturbable, pero su corazón delataba que ella también estaba causándole un estrago interno.

Juntó los ojos con fuerza, embriagada por el aroma del pelinegro. Era una mezcla de lluvia, cuero viejo y una masculinidad cruda que la hacía sentir peligrosamente segura. Por primera vez en años, no sentía que tenía que ser suficiente e impresionar a nadie, ni demostrar su valor con planos o ahorros. Allí, en la oscuridad, era simplemente una mujer protegida por un hombre que no pedía nada a cambio.

Killian, por su parte, apretó los dientes, luchando por mantener la respiración controlada. Tener a Eugenia así de cerca, sentir la suavidad de su cabello bajo su mentón y el aroma a lirios que emanaba de su piel, era una tortura deliciosa. Ella era tan pequeña comparada con él, tan frágil en apariencia, pero con una voluntad de hierro que le fascinaba.

—Killian... —El sonido hizo que él cerrara los ojos con fuerza.

—Dime.

—¿Por qué me proteges? Si odias a Ibrahim, si crees que soy una bruja, ¿por qué haces esto?

Killian guardó silencio un momento, deslizando su mano por el brazo de Eugenia en una caricia inconsciente que hizo que la piel de ella se erizara bajo la tela del vestido.

—Porque tú no eres él, Eugenia. Y porque en Escocia aprendemos a reconocer lo que es valioso de verdad.

Eugenia levantó la vista, encontrándose con los ojos de Killian a escasos centímetros de los suyos. La tensión en el aire se volvió insoportable. El deseo, la lujuria que ella había intentado enterrar bajo capas de lealtad a Ibrahim, floreció con una fuerza aterradora.

En ese momento, bajo el techo de una casa vacía y el rugido de la tormenta, Eugenia se dio cuenta de una verdad devastadora:

Ibrahim era el hombre que ella quería querer, pero Killian era el hombre que su cuerpo y su alma reconocían como su igual.

La proximidad era abrumadora. podía sentir el calor de los labios de Killian a una distancia peligrosa de los suyos, y por un segundo, el mundo entero se redujo al espacio que los separaba. Fue una tentación física, una pulsión salvaje que la instaba a cerrar los ojos y dejarse llevar por aquel hombre que la hacía sentir más viva de lo que jamás había estado.

Pero entonces, como una bofetada de agua helada, la imagen de Ibrahim cruzó su mente.

Recordó la empresa, la oportunidad que él le había dado cuando no era nadie, y la promesa silenciosa de un futuro que ella misma había construido piedra sobre piedra con la autorización del castaño. Traicionarlo a él era traicionarse a sí misma, a sus ahorros y a sus tres años de sacrificio. Y Killian... Killian seguía siendo un Cumming del linaje equivocado, el hombre que venía a desestabilizar la paz que tanto le había costado alcanzar.

—Eugenia…

—No —suplicó, y él se quedó inmóvil en su lugar.

—No puedo hacer esto —la voz se le quebró y le dio la espalda con rapidez—. No soy ese tipo de mujer. Ibrahim me espera y le debo mi lealtad. No importa lo que pienses de él o lo que yo... —se detuvo, tragándose la confesión de su propia debilidad—, no importa cuánto frío haga aquí, no me dejaré llevar por tu calor.

Eugenia temió su reacción, de un momento a otro imaginó como Killian podría reducirla, pero en lugar de eso, él se quedó en silencio y aceptó la distancia impuesta porque sabía que, si la dejaba y se iba al otro extremo de la habitación, el frío la enfermaría.

—Tu lealtad es un escudo muy pesado —dijo él con amargura, pero sin rastro de burla—. Algún día te darás cuenta de que ese escudo solo protege a quien no está aquí para sostenerlo contigo.

Eugenia no respondió. Se obligó a cerrar los ojos y a visualizar la casa en Londres, el rostro refinado de Ibrahim y la seguridad de su vida planeada. Se aferró a esa imagen como un náufrago a una tabla, ignorando la forma en que el cuerpo de Killian seguía siendo su único refugio contra la tempestad.

Poco a poco, el cansancio acumulado de los días de soledad en la oficina, la frustración de la tarde y la propia tensión del encuentro ganaron la batalla. La respiración de Eugenia se volvió pesada y rítmica. Su cabeza, vencida por el sueño, terminó cayendo sobre el brazo que Killian dispuso para ella.

Él no la apartó.

Se quedó allí, despierto, mirando las últimas brasas morir en la chimenea mientras sostenía a la mujer que acababa de rechazarlo. La cubrió mejor con su chaqueta de lana, protegiéndola del rocío de la madrugada que empezaba a entrar por las rendijas, y suspiró.

Había ganado una noche bajo el mismo techo que ella, pero sabía que, al amanecer, el fantasma de Ibrahim volvería a levantarse entre los dos, más alto y más frío que cualquier montaña de Escocia.

¿Por qué no le hablaba de la hija del conde?

Quizá si le abría los ojos, ella lo elegiría, pero…

«No quiero romperle el corazón».

Antes prefería cargar con el suyo, él ya estaba acostumbrado a ese sentimiento.

Capítulo 7

"Me informan que una de las hermanas del duque de Richmond ha salido huyendo de su hogar a primera hora del día. Me pregunto si el conde de Warrington podrá casarse el día de hoy.
***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**".*

Killian nunca se consideró un hombre paciente, pero los últimos cinco días habían puesto a prueba los restos de su cordura. Londres se sentía más gris, más sofocante y más silencioso sin la posibilidad de cruzarse con la mirada de Eugenia.

Desde que la dejó en el umbral de la mansión de Ibrahim, con el cuerpo frío y el rostro pálido tras su noche en la casa de campo, no había vuelto a verla. Había rondado La Alianza solo para encontrarse con Isaac Kilbrenner, un hombre de gestos pomposos y eficiencia robótica que ahora manejaba los hilos de la empresa ante la ausencia de Ibrahim y su secretaria.

—La señorita Armitage está indispuesta —había dicho Kilbrenner con tal frialdad que a Killian le dio ganas de estamparlo contra la pared—. Cumming ha dispuesto que descanse hasta que su resfriado remita.

Eugenia estaba enferma y Killian sabía que era su culpa, si se hubiera esforzado más, si hubiera ido en busca de más leña en vez de permitir que el fuego se apagara... Esa noche no habría sido un infierno para ella.

—Deja de destrozar esa alfombra, muchacho. A este paso llegarás a China antes de que acabe el día.

Killian se detuvo en seco. Su abuela lo observaba desde su sillón junto a la ventana y sostenía una labor de punto que no había avanzado en horas, o quizás años. A veces, Morag parecía perdida en una niebla de demencia, preguntando por personas muertas hace décadas o confundiendo a Killian con su padre, pero otras veces —como ahora—, sus ojos nublados recobraban una lucidez que cortaba como un diamante.

—¿Estás preocupado por la secretaria de Ibrahim?

Ella era bastante perspicaz.

—Sí —no veía razón alguna para mentirle—. Eugenia está muy enferma —gruñó, volviendo a su caminata—. Y todo por mi testarudez de seguirla.

Tal vez todo habría sido diferente si no la hubiera retrasado en sus horas de trabajo. Ella habría hecho todo más rápido y habría logrado subir al carruaje antes de que la tormenta diera inicio.

Morag soltó una risita seca, despreciando sus sentimientos. No era algo que sorprendiera a Killian, a pesar de ser el único nieto que cuidaba de ella, Morag nunca lo vería con amor o aceptación en sus momentos de mayor lucidez. Para ella, tarde o temprano se convertiría en alguien como sus padres, sin corazón ni escrúpulos.

«Pero incluso así, jamás la abandonaré».

Para él, Morag era su madre y la amaba como tal a pesar de su crítico estado de salud.

—Las mujeres de sangre fuerte no mueren por un poco de lluvia, Killian —dijo la anciana, y posteriormente regresó a su papel de abuela confundida—. ¿Estás hablando de la hija de la panadera de Speyside? Dile que me traiga bollos...

Killian suspiró, acercándose para cubrirle las piernas con una manta.

—No, abuela. No estoy hablando de la hija de la panadera y no estamos en Escocia —se vio obligado a recordarle—. Es... alguien que no debería importarme tanto.

Eugenia le dejó claro que jamás sería su elección, que para ella siempre sería Ibrahim, pero a pesar de eso, no podía dejar de preocuparse por ella.

«Él no la quiere, jamás la aceptará», le dijo una voz con prevención, invitándolo a robarse a la rubia, mas esa opción era imposible.

Estaba arruinado, no tenía el dinero suficiente para recuperar la destilería, ni poner en orden la casa que heredó. Era un muerto de hambre, alguien que dependía de la generosidad y amor de su abuela, por lo que no podía desgraciar la vida de Eugenia de esa manera.

Ella merecía un hombre estable, dispuesto a amarla y darle una familia.

Ese pensamiento lo llevó a plantearse esa pregunta que seguía rondando en su cabeza: ¿su primo amaba a Eugenia o era ella quien estaba armando un castillo sobre cimientos inexistentes?

Es decir, si él estuviera en el lugar de Ibrahim, Eugenia se habría convertido en su mujer hace mucho. Ladeó el rostro, confundido, y dedujo que era la rubia quien estaba inventando su historia de amor.

Haría bien en recordar que su primo estaba cortejando a la hija de un conde.

Era un idiota, ¿cómo podía ser tan ciego como para no reparar en Eugenia, una mujer que bebía los vientos por él?

Killian nunca había sido un hombre dado a los placeres vacíos. Para él, el deseo era una fiera que mantenía bajo llave, reservada para alguien que realmente lograra encender su espíritu. Y ahora, esa fiera arañaba los barrotes de su pecho cada vez que recordaba el aroma a lirios de Eugenia. No era envidia lo que sentía por Ibrahim; era una indignación profunda al ver cómo su primo poseía un tesoro que ni siquiera sabía valorar.

—Ella te importa —sentenció Morag, y esta vez no había rastro de demencia en su voz—. Lo huelo en tu desesperación.

—No vine a Londres para esto, pero es un sentimiento que surgió en contra de mi voluntad —admitió con congoja.

Morag se quedó en silencio por largos segundos, analizando sus siguientes palabras, y él esperó su consejo con impaciencia. No tenía la menor idea de qué se debía hacer en situaciones así.

—Ten cuidado, muchacho —sentenció la anciana, y sus hombros se hundieron como si cargara el peso de una lápida—. No busques flores en campo quemado. Alguien debe pagar el precio de lo que tus padres hicieron, y el destino ha decidido que seas tú.

Cerró los ojos con fuerza.

—¿Por qué me haces cargar una cruz que no es mía?

Llevaba más de catorce años con ella, a estas alturas su abuela debería percatarse de que nunca sería como sus progenitores y que su cariño hacia ella era sincero.

—¿De qué cruz hablas? —gruñó, nuevamente estaba desvariando —. Yo solo te pido que te encargues de mi ganado y ayudes con el arreglo de las casas de los arrendatarios.

Killian suspiró, quizá era lo mejor.

No era un buen día para discutir con su abuela.

***

Mientras tanto, en la mansión de Ibrahim, el ambiente era mucho más cálido, pero no por ello menos tenso. Eugenia estaba sentada en su cama, rodeada de cojines y con una taza de té humeante entre las manos. A su lado, Lilias, la hermana de Ibrahim y su mejor amiga, le acomodaba la colcha con una ternura que siempre agradecería.

Le agradaba que su amiga estuviera de regreso en Londres, en el fondo la temporada nunca sería lo mismo sin ella. Además, Diamantes —un club dirigido a mujeres solteras y viudas— necesitaba que su verdadera dueña estuviera presente para que siguiera siendo un éxito.

—¿Cuál es tu terquedad de quedarte en este cuarto? —siseó la pelirroja, molesta.

—No ocuparé un lugar en ninguna habitación del ala familiar hasta que tu hermano me dé el nombre que me prometió —corrigió Eugenia, con un rastro de orgullo herido—. Por ahora, soy solo la secretaria, y las sombras son mi lugar seguro.

—Eres más que una empleada para nosotros.

—Lo sé, pero no bajaré hasta que tu hermano haga lo correcto.

No le pasó por alto como su amiga se petrificó en su lugar, con la taza de té a medio camino hacia su boca, y arrugó el entrecejo cuando los ojos verdes la observaron con inquietud.

—¿Qué? ¿Quieres casarte con mi hermano?

¿Por qué se sorprendía tanto? ¿Acaso para Lilias no era evidente que Ibrahim la amaba?

—Él dijo que me ama y que ahora mismo está muy ocupado planeando nuestro futuro —le contó y respingó en su lugar cuando Lilias dejó su taza sobre el platillo con brusquedad—. ¿Te sientes bien? —su enojo no podía ser tomado a la ligera.

Su amiga abrió la boca, dispuesta a decirle algo, pero luego selló los labios en una fina línea y lo pensó mejor. Como si en el fondo estuviera en la obligación de pensar muy bien en sus siguientes palabras.

—Mejor bebe tu té, Eugenia —pidió con suavidad, encorvando levemente la espalda—. Estos días han sido duros para ti y aunque a Ibrahim no le gusten los retrasos de las obras, a mí solo me importa que recuperes tu calor y todo el peso que perdiste. Es un milagro que no hayas muerto la noche que te quedaste en esa casa.

«No fue un milagro, fue Killian», respondió en silencio, recordando el aroma a pino y lluvia que desprendía ese hombre, y cómo su calor fue lo único que mantuvo a raya la oscuridad de esa cabaña. Por un momento, Eugenia pensó que no había lugar más seguro que junto a Killian, pero luego regresó a Londres y recordó que su deber era permanecer junto a Ibrahim, quien la recibió con una gran preocupación impresa en el rostro.

¿Era normal sentirse tan confundida y culpable?

Conocía a Ibrahim desde hace más de nueve años y siempre pensó que era el dueño de su corazón, hasta que llegó ese fiero escocés y en menos de un mes se coló en sus pensamientos.

—Te aseguro que estoy mejor, Lilias. De verdad no es necesario que sigamos hablando de eso —musitó—. Mañana mismo volveré a trabajar, tu hermano cuenta conmigo para terminar los últimos proyectos de esta temporada.

—¿Y no puede hacerlo solo? —siseó—. Antes de ti, era muy bueno en su trabajo.

Eugenia le sonrió.

—Él solo quiere evitar a Killian y por esa razón se alejó de la empresa —le contó aquello que no sabía y Lilias palideció—. Cree que, si no le da lo que quiere, él se irá y dejará de fastidiarlo.

—¿Killian lo está buscando? —su voz apenas y fue un susurro—. ¿Por qué? ¿Qué está pasando? No lo entiendo, ¿eres tú quien está lidiando con ese salvaje?

«No es un salvaje», quiso decirle, pero prefirió guardar silencio.

—Él quiere devolverles su parte de la herencia, pero lastimosamente sus padres dejaron la destilería en la quiebra y quiere que Ibrahim lo ayude a sacarla adelante.

Lilias negó rápidamente con la cabeza, nerviosa.

—Nunca nos asociaríamos a alguien así, ¿qué tal si luego intenta matarnos para quedarse con todo?

Era normal que ella pensara lo peor de su primo, el recuerdo que tenía de sus padres era muy oscuro, pero... ¿era justo juzgar a Killian por las decisiones de sus padres?

«*¿Te haces la digna? ¿A quién quieres engañar? Debes ser tan zorra como tu difunta madre*». Las palabras del señor Morrison retumbaron en su cabeza y suspiró, no era justo que la calificaran por los errores de los demás.

Nunca juzgaría a su madre por su pasado, pero tampoco se atrevería a seguir sus pasos, por lo que esas continuas comparaciones con ella la motivaron a huir de Yorkshire y empezar desde cero lejos de todas las personas que la trataron injustamente.

—No hablemos de él —pidió, no quería perder los estribos y salir a favor del hombre que su amiga tanto temía—. Mejor háblame del conde de Snowdon, tengo entendido que es a él a quien tu hermano desea impresionar.

Según la servidumbre, ese hombre cenó en la mansión la noche que ella no pudo regresar debido al diluvio. Él fue la razón por la que Ibrahim no fue por ella, por lo que quería creer que la sociedad que iban a hacer era muy importante para la empresa.

Lilias jugó con sus manos por encima de su regazo y Eugenia enarcó una ceja cuando se mordió el labio inferior con inquietud.

¿Qué le estaba escondiendo?

—No me gusta mentirte —susurró Lilias, bajando la voz—. Ibrahim ha estado... extraño. —Eso lo sabía muy bien—. Habla mucho de lady Beatrice, la hija del conde, y de cómo la casa que estás decorando en Mayfair podría agradarle a los Cavendish.

¿Lady Beatrice? ¿Por qué él nunca mencionó ese nombre en voz alta? ¿Podría ser que...?

No, imposible, Ibrahim no estaba enamorado de esa mujer y la clara prueba de ello era que todos los días la visitaba con un ramo de flores y traía al doctor para que evaluara su estado.

Quizá todo se debía al hecho de que él estaba desesperado por encontrar su propio lugar en sociedad sin la ayuda de lord Aldrich, el esposo de su hermana. Sin embargo, Eugenia consideraba que Ibrahim se estaba tomando ese objetivo muy a pecho.

Era un hombre rico, inteligente y exitoso, ¿por qué seguir buscando más?

Él tenía todo para ser feliz y formar su propia familia, pero seguía obsesionado con la nobleza inglesa y todos los beneficios que ellos

podían brindarle.

—A veces siento que mi hermano te ve como una gran socia e inversión a largo plazo —soltó Lilias, y las palabras cayeron en la habitación con el peso del plomo—. Pero si te soy sincera... no creo que él sea el hombre que te dé el hogar que imaginas.

Eugenia sintió una punzada, un frío que el té humeante no lograba disipar. Era la segunda vez en una semana que alguien le sugería que su castillo estaba hecho de arena.

¿Y si estaba siendo utilizada?

El miedo se instaló en su pecho, no quería creer que Ibrahim pretendía hacerle lo mismo que Morrison.

—Creo que la decisión final será solo de tu hermano, Lilias —respondió, tratando de convencerse a sí misma de que Ibrahim jamás la cambiaría por alguien más—. Y ahora mismo él está bajo mucha presión.

Lilias suspiró y le tomó la mano.

—Solo espero que cualquier decisión que mi hermano tome, no te afecte en demasía, Eugenia.

¿Eso era una advertencia o simples palabras de consuelo?

Eugenia forzó una sonrisa, pero al cerrar los ojos, no fue el rostro preocupado de Ibrahim lo que vio, sino la imagen de un hombre curtido, con ojos color cielo, diciéndole que su lealtad era un escudo demasiado pesado.

Capítulo 8

"Un duque puede hacer todo lo que desee, pero me pregunto si lo que sucedió el día de ayer es algo que puede pasarse por alto con tanta facilidad. La ruina de los Humphrey ha llegado, pero ahora no puedo hacer más que preguntarme qué hermano es el más escandaloso.
Después de todo lo ocurrido, doy por sentado que Arabella Humphrey ahora pertenece al club de las solteronas
***Sección de chismes aristócratas de lady Berricloth**".*

El despacho de Ibrahim olía a cera de sellar y la paz había reinado en el lugar hasta que Lilias irrumpió en el lugar, furiosa, advirtiéndole que muchas verdades acababan de salir a la luz. El peso de sus decisiones era cada vez más insoportable, pero incluso así no quería aceptar que se estaba dejando llevar por la ambición. Era de lo más normal que él buscara una unión matrimonial conveniente, ¿por qué se conformaría con Eugenia cuando tenía a la hija de un conde como una de sus opciones?

—¿Puedo ayudarte en algo? —observó a su hermana con una calma que claramente no sentía—. Te ves muy nerviosa, ¿por qué no tomas asiento? —sugirió antes de que empezara a caminar de un lugar a otro por su despacho.

—Dime que no es cierto, Ibrahim —soltó ella, deteniéndose frente al escritorio—. Dime que no estás prometiéndole a Eugenia un compromiso real, mientras imploras por una oportunidad para cortejar a la hija del conde de Snowdon.

Lilias lo había descubierto, pero no era eso lo que realmente le importaba.

¿Eugenia estaba al tanto de la situación?

—Eugenia es muy importante para mí y lo sabes —respondió con sencillez, posando la vista en los planos de su nueva adquisición en Mayfair, esa que debía estar lista para que él pudiera mudarse en la siguiente temporada.

—¡¿Entonces qué es lo que pretendes?! —Lilias le arrancó los planos de las manos, dejando a la intemperie su sangre escocesa, e Ibrahim suspiró—. Ella te ama y tú le has dicho que estás planeando un futuro a su lado. ¿Cómo puedes mirarla a la cara y ocultarle que lady Beatrice es la pieza central de tu tablero de ajedrez, que es la única dama a la que piensas proteger?

—Porque no le estoy mintiendo —farfulló. Sus ojos, usualmente gélidos y calculadores, brillaban con una desesperación febril que hizo que Lilias retrocediera un paso—. ¿Te parece que estoy conforme con la situación? —siseó—. ¿Crees que la estoy pasando bien? —rugió en un susurro angustiado y abandonó su lugar con rapidez—. ¡Crees que no me quema por dentro cada vez que entra a mi despacho y me sonríe con esa lealtad que no merezco! —la voz se le quebró—. La amo, Lilias. La amo tanto que me duele no poder estar con ella, cada vez que salgo de esta casa se desata un infierno en mí porque quiero quedarme a su lado como solía hacerlo en el pasado.

Rodeó el escritorio, acortando la distancia con su hermana. Su elegancia era impecable, pero su rostro estaba desencajado, acababa de perder los estribos y revelar sus sentimientos, unos que no dejaban de carcomerlo por dentro.

—Pero el amor no nos limpiará del lodo de nuestros orígenes —escupió—. Tú ya lo lograste. Eres la esposa de Randall Aldrich, tienes un apellido que cierra bocas y abre salones. Tú ya no eres la hermana del simple escocés, ahora eres una dama. —Se pasó una mano por sus cabellos castaños—. Pero yo... yo sigo siendo el hombre que debe pedir permiso para entrar en los clubes de Londres, quien debe llamar puerta por puerta y sonreír como imbécil para agradarles a los nobles.

Estaba harto de esa vida, de esa carencia que era tan evidente entre sus conocidos. Incluso Travis estaba a punto de casarse con lady Humphrey, ellos estaban de camino a Escocia y sólo era cuestión de tiempo para que su matrimonio se oficializara.

Se rio con sorna. Travis, un americano con dinero, iba a ser el cuñado del duque de Richmond.

Y él, seguía siendo un simple escocés.

—Deja de engañarte, tú estás usando a Eugenia para crecer laboralmente y te estás aprovechando de su amor —susurró Lilias con horror.

—¡No la estoy usando, la estoy elevando! —aclaró, molesto—. Si me caso con lady Beatrice, tendré el poder necesario para que nadie vuelva a cuestionar la presencia de Eugenia en nuestras vidas.

—Ya tienes poder…

—La convertiré en mi socia —la interrumpió él, y sus ojos brillaron con una luz calculadora que no tenía nada que ver con el amor—. Tendrá una posición que ninguna secretaria ha soñado jamás. —Omitió la parte donde Snowdon la quería fuera; en su mente, él ya estaba construyendo un hogar de oro en esa casa de las afueras.

Un nido donde Eugenia sería suya, oculta del mundo, mientras Beatrice servía de adorno en su brazo ante la sociedad.

Eugenia era suya y el casarse con lady Beatrice no cambiaría ese hecho. Ibrahim no la compartiría con nadie, era su tesoro, la mujer que lo enamoró desde el primer día que la vio y no renunciaría a ella, por lo que no había más que discutir.

Además, considerando el pasado que Eugenia tenía, difícilmente podría visualizarse dentro de un matrimonio decente. No obstante, eso no era algo que pudiera compartir con su hermana, dado que eran averiguaciones que hizo con Seamus hace muchos años y no era información adecuada para una dama.

Lilias soltó una risa amarga, cargada de incredulidad.

—Te estás engañando a ti mismo —sentenció, indignada—. Ni Eugenia ni Seamus aceptarán algo así, ¿te has puesto a pensar en lo mucho que tu oferta dañará nuestra amistad? ¡Ella no merece ser la amante de nadie! —La vergüenza lo carcomió por dentro, su hermana conocía sus intenciones—. Tu codicia está llegando muy lejos, pero aún puedes recapacitar.

Ibrahim se tensó, recuperando esa máscara de frialdad que tanto intimidaba a sus empleados. Dio un paso hacia ella, con una advertencia implícita en su postura.

—Escúchame bien, Lilias. Yo no cuestioné tu decisión cuando te uniste a los Aldrich —arrastró sus palabras y la pelirroja se tensó—. No me metí en tus asuntos ni juzgué cómo manejabas tus acuerdos matrimoniales. Te dejé ser libre porque sabía que buscabas tu propio lugar. Ahora, haz lo mismo por mí. No te metas en esto.

Si su hermana abría la boca, las cosas se complicarían mucho.

—Eugenia es mi amiga...

—Y será mi mujer —decretó él, su voz volviéndose un susurro peligroso—. Déjame manejar la situación a mi manera. Yo sé cuál es el mejor lugar para ella, sé cómo mantenerla a salvo en un mundo que se la comería viva si yo no fuera quien soy.

Tal vez Seamus se molestaría, pero la última palabra la tenía Eugenia y sabía que ella lo elegiría por encima de todo.

—Ahora vete —ordenó con voz gélida—. Con el resfrío de Eugenia, tengo muchas cosas que hacer y aún tengo una cena pendiente con Snowdon.

Lilias lo observó por un largo momento, dándose cuenta de que el hermano con el que creció se había perdido en algún lugar entre los planos de grandeza y el miedo a volver a ser nadie. Sin decir una palabra, dio media vuelta y salió del despacho, dejando a Ibrahim solo con su amor, su ambición y la idea de una traición que pronto saldría a la luz.

Odiaba mentirle a Eugenia, pero no podía meterse en la vida de su hermano, por lo que lo único que podía hacer era dejar que ellos dos solucionaran sus problemas.

***

Eugenia se sentía mejor y después de tantos días de reposo era de lo más normal que no pudiera dormir, por lo que abandonó su habitación en la madrugada. Llevaba una bata de seda azul sobre el camisón y una pequeña lamparilla cuya llama bailaba con su respiración agitada.

Las palabras de Lilias no dejaban de atormentarla y no precisamente por celos injustificados, sino por la creciente

posibilidad de una traición muy bien trazada por parte de Ibrahim, el hombre que consideraba su mejor amigo y único refugio.

—Solo son negocios, Eugenia —se susurró a sí misma, aunque su reflejo en los espejos del pasillo parecía burlarse de su ingenuidad—. Él te ama, él te lo dijo —se repitió una y otra vez, tratando de autoconvencerse de que todo estaba bien.

Al llegar a la puerta del despacho de Ibrahim, se detuvo. Él solía dejarla entrar a cualquier hora, pero esa noche, la puerta entornada se sentía como una advertencia.

¿Hace cuánto tiempo que él no la invitaba a jugar una partida de ajedrez o charlar de la vida y la empresa?

«Muchos meses», pensó, distraída.

Se armó de valor y entró a la estancia con cuidado. El lugar estaba en penumbras, pero cuando acercó su lamparilla al escritorio, pudo ver una pila de planos sobre el mueble.

Al final de todo, él retomó sus labores y eso le generó una gran emoción en el pecho. ¿Muy pronto recuperaría al jefe que amaba su trabajo y era bueno haciéndolo?

Se acercó al escritorio, buscando los planos de Mayfair para ver si podía serle de ayuda. Quería trabajar, sentirse útil y borrar la imagen de Killian protegiéndola del frío con algo de productividad, pero entonces, bajo un pisapapeles de cristal, lo vio.

Era un sobre de color crema, de un papel tan grueso y costoso que gritaba linaje. El sello de lacre rojo ya estaba roto, pero pudo reconocer el blasón del conde de Snowdon.

Con el corazón martilleando contra sus costillas, Eugenia dejó la vela sobre la mesa y sacó el contenido. La caligrafía era femenina,

elegante y poseía una confianza que Eugenia nunca se había atrevido a tener.

«Querido Ibrahim,

Mi padre ha quedado gratamente impresionado con su última propuesta. Dice que es un hombre de una ambición refrescante. Yo, por mi parte, espero con ansias nuestra visita privada a la propiedad de Mayfair. Me han dicho que los interiores son una joya, espero que su "secretaria" los tenga listos para mi inspección.

Con mucho aprecio, Beatrice».

Eugenia sintió como si el suelo se inclinara. El término "Con mucho aprecio" no era una cortesía de negocios; era una declaración de propiedad. Pero lo que más le dolió fue la forma en que Beatrice escribió la palabra "secretaria", entre comillas, como si fuera un eufemismo, una molestia que debía ser apartada para dar paso a la verdadera dueña del lugar.

—Inspección —susurró Eugenia, confundida—. No lo entiendo.

¿Por qué esa mujer debía inspeccionar la casa que Ibrahim estaba remodelando para ellos? De pronto, un ruido en el pasillo la sobresaltó. Ibrahim se acercaba, ¿cómo era posible que todavía no estuviera dormido?

Eugenia, en un acto de puro instinto de supervivencia, dejó la carta exactamente dónde estaba, apagó la vela con los dedos —ignorando el breve siseo del dolor— y se ocultó tras la pesada cortina de terciopelo del ventanal.

Desde su escondite, con el corazón en la garganta, escuchó cómo la puerta se abría del todo.

«¿Qué estoy haciendo? ¡¿Por qué me escondo?!»

No estaba cometiendo ningún crimen, ¡se suponía que fue a ese lugar para ayudar!

Ibrahim encendió un par de velas y Eugenia salió de detrás de las cortinas justo cuando él se dejó caer en su sillón, exhalando un suspiro de cansancio. El sonido de su respiración entrecortada, más el movimiento de la cortina, hizo que él se tensara y levantara la vista de golpe.

—¿Eugenia? —Se puso de pie de inmediato, su máscara de frialdad se agrietó por un segundo, reemplazada por una alarma genuina—. ¿Qué haces aquí? Deberías estar descansando —miró su escritorio, o más bien el sobre, de reojo—, el doctor dijo...

—El doctor dijo que necesitaba relajarme —lo interrumpió ella, conteniendo toda su frustración—. Y vine a ver si hay algo en lo que pueda ayudarte —arrastró sus palabras—, sabes que el trabajo me ayuda a pensar menos.

¿Sería prudente decirle que leyó su correspondencia?

No, claro que no, menos ahora que empezaba a sospechar que sus negociaciones con el conde de Snowdon iban más allá de un simple acuerdo laboral.

—Estás enferma, no es necesario que trabajes —rodeó su escritorio y fingiendo que guardaba los planos, metió el sobre de lady Beatrice en el cajón de su escritorio—. Ve a descansar. —No se atrevió a mirarle a la cara.

—¿Qué haces despierto tan tarde? —quiso saber y él tragó con fuerza.

—Estoy trabajando, hay un plano que debo terminar.

—¿El de Mayfair? —Él palideció y Eugenia sonrió con fingida inocencia—. Si todo sale bien, podremos mudarnos allí la siguiente

temporada, ¿verdad? —Lo escuchó tragar con fuerza—. Si gustas puedo ayudarte, yo…

—Lo haré solo —le cortó con frialdad—. Encárgate de la casa que está en las afueras de la ciudad.

—Sobre eso… —decidió abordar el tema que la tenía inquieta—. Dudo que sea un buen negocio remodelarla, esa propiedad está en medio de la nada. —Hizo una mueca—. Nadie querría vivir allí.

—Cuando esté llena de criados será hermosa, nada mejor que la naturaleza para sentirse en paz —espetó atropelladamente y ella achicó los ojos, recelosa.

—Sí tú lo dices.

—La odias porque tuviste una mala experiencia —abandonó su escondite detrás de su escritorio y se acercó a ella con una galante sonrisa en el rostro—. Pero te aseguro que con el tiempo verás su potencial —intentó acariciar su mejilla, pero ella se apartó—. ¿Sucede algo? —En ese momento, él reparó en su atuendo, uno muy poco apropiado para reunirse con un hombre.

Se cubrió tanto como pudo con su bata. Quería huir de ese lugar, pero primero deseaba aclarar sus dudas.

—¿Me estás escondiendo algo?

—No —respondió sin emoción alguna en el rostro y Eugenia contuvo su frustración.

¿Sería prudente presionarlo?

«No, lo mejor es desviar el tema».

—¿Por qué huyes de Killian? —preguntó de pronto, y el castaño apretó la mandíbula.

—No huyo de él.

—No dar la cara es lo mismo que huir —se vio obligada a decir e Ibrahim alborotó su cabellera.

—No quiero relacionarme con él —admitió, nervioso—. Sé que Lilias y yo somos inocentes, pero él sigue siendo parte de mi familia y la gente podría creernos una amenaza si nuestro secreto familiar sale a la luz.

Lo que quería decir que él no estaba evitando a Killian desde el dolor y el odio, sino desde la vergüenza de lo que ese hombre representaba para la reputación que creó en Londres.

Era una locura, ¿en qué momento Ibrahim se convirtió en esto?

—¿No consideraste escuchar su versión de los hechos?

En ese momento, los ojos pardos de Ibrahim se oscurecieron.

—¿Por qué me preguntas algo así? —farfulló, molesto—. Espero que ese hombre no te esté lavando el cerebro, Eugenia. —Evitó inmutarse, pero odió que la piel se le erizara—. Tu único deber es echarlo de mi empresa, ¡no quiero que converses con él!

—No hay necesidad de que me grites —siseó.

«Y es demasiado tarde», añadió mentalmente, odiando su arrogancia.

—Lo hago por tu seguridad —su voz bajó una octava y le sonrió con amabilidad—. No quiero que él se percate de lo importante que eres para mí.

¿Cómo le explicaba que para Killian: él sólo era su explotador?

—Me gustaría que hables con él —fue sincera—. Estoy harta de tu primo —mintió—, no volveré a la empresa si eso implica reunirme nuevamente con él.

Porque si las cosas seguían así… ella terminaría olvidando a quien le debía su lealtad y se dejaría llevar, después de diez años, por algo

más que la razón.

Capítulo 9

Ibrahim se había dicho que no pensaría en Killian, que jamás le regalaría un solo minuto de su tiempo, pero lo cierto era que no podía dejar de pensar en lo que Eugenia le preguntó hace más de diez días.

«¿No consideraste escuchar su versión de los hechos?»

¿Por qué su secretaria abogaría por alguien que ni siquiera conocía?

Se frotó el mentón, pensativo, y respingó en su lugar cuando Isaac dejó una copa de coñac frente a él.

—¿Otra noche huyendo de tu hermosa secretaria? —Un escalofrío recorrió su espina dorsal, odiaba que ante los ojos de sus amigos fuera tan obvio lo mucho que quería evitar a la rubia—. ¿Ya elegiste con cuál te quedarás? —soltó con sorna, barriendo el club con la mirada.

—Sabes cuál es la elección correcta —arrastró sus palabras, sujetando su copa con firmeza.

Entre lady Beatrice y Eugenia, era evidente quien ganaría.

—Una es para la cama y la otra para los salones de baile —asintió Isaac, tranquilo—. ¿Qué harás con la señorita Armitage ahora que el conde la quiere fuera de tu vida? Debes admitir que es la principal causante del éxito de La Alianza, sin ella en la empresa los proyectos no volverán a ser lo mismo.

Ibrahim le dio un sorbo a su copa, manteniendo una calma que quizá no debería estar sintiendo. Eugenia era una mujer que seguía su instinto, con libre albedrio —porque no debía darle cuentas a

nadie— y eso podría generarle un gran problema si ella decidía seguir una vida lejos de él.

—Trabajará desde casa.

—¿Qué casa? —enarcó una ceja, curioso—. Tienes menos de dos meses para echarla de la tuya

—Compré una casa para ella en las afueras de la ciudad —musitó en voz muy baja y el castaño se rio—. La esconderé del conde por unos meses, una vez que esté casado con su hija, Snowdon no podrá prohibirme tener una querida.

Todos tenían una.

—¿Y ella aceptará?

Claro que lo haría.

Eugenia lo amaba y tarde o temprano comprendería que un matrimonio entre ellos podría ser muy perjudicial. Si querían que la empresa creciera, lo primero que debían hacer era relacionarse con las personas correctas.

—¿Mi primo fue a La Alianza estos días? —preguntó de pronto, recordando el tema que realmente le importaba por el momento.

—No. —Isaac le sonrió con galantería a una de las cortesanas que pasó por su mesa—. Lleva varios días sin fastidiar a nadie.

—¿Doce? —inquirió en voz baja y el castaño frunció el ceño.

—¿Cómo podría saberlo? Ni que estuviera esperando su visita todos los días —bufó e Ibrahim tragó con fuerza.

Eugenia llevaba doce días lejos de la empresa, al igual que Killian, por lo que era de lo más normal que sus alarmas empezaran a prenderse. ¿Podría ser que el distanciamiento que implementó con la rubia estuviera provocando que ella le escondiera cosas?

Esperaba que no. Lo menos que deseaba era descubrir que Eugenia le tomó cariño al oportunista de su primo.

—Ninguna me gusta lo suficiente —comentó Isaac con frustración, captando su atención.

—¿Ah sí? —esbozó una sonrisa socarrona—. Antes eso no solía importarte, siempre y cuando tu víctima lleve falda —se mofó y su amigo gruñó por lo bajo.

—Pues ahora es diferente.

¿Qué era diferente?

Según los rumores que corrían por los salones, Isaac y Archie habían tenido un altercado de lo más jugoso por culpa de lady Kilbrenner. Al parecer, durante la larga ausencia de Isaac, Archie se había tomado demasiado en serio su papel de "buen cuñado", cuidando de la esposa abandonada de su hermano con una devoción que rozaba lo escandaloso. Ahora que Isaac estaba de vuelta, suponía que no le hacía ninguna gracia descubrir que su hermano menor conocía los horarios y los gustos de su propia mujer mejor que él mismo.

—¿Por qué no vas por tu esposa? —se atrevió a preguntar, logrando que la tensión en el cuerpo de Isaac fuera palpable.

—No pienso validar mi matrimonio.

—¿Y por qué no pides la anulación de una vez por todas? ¿No crees que te está tomando mucho tiempo? Ya ha pasado más de dos años desde que la dama te atrapó.

Era un chisme viejo, pero todos estaban al asecho de lady Kilbrenner, deseando saber todo lo que ella escondía en cuanto a su vida matrimonial que, por cierto, era inexistente. La dama seguía siendo tan inocente como el día que llegó al mundo.

—¿Por qué la mencionas? —Isaac masticó sus palabras.

—Ella es más bonita que todas las mujeres que… —No pudo terminar la oración porque Isaac abandonó su lugar y en el proceso golpeó la mesa con violencia. Ibrahim dedujo que su amigo no se divorciaría y estaba a pocos meses de tomar lo que por derecho le correspondía.

Los celos habían derrocado a su orgullo.

—Me largo.

¿Debería hacer lo mismo?

Ya era tarde y quería creer que Eugenia ya estaba dormida. La piel se le erizó al recordar la noche que la encontró en su despacho, vestida únicamente en su ropa de dormir, y de un momento a otro la boca se le hizo agua.

¿Por cuánto tiempo más Eugenia se resistiría? ¿Acaso ella no sentía el mismo deseo avasallador que él sentía cuando estaban juntos?

La necesitaba. Y lo peor de todo era que no estaba seguro de poder seguir soportando más tiempo, la quería en su cama antes de que la temporada llegara a su fin y él tuviera que enviarla lejos por un poco más de medio año.

***

Habían pasado doce días desde la última vez que Eugenia puso un pie en La Alianza. Doce días de un exilio autoimpuesto, huyendo de un escocés capaz de poner todo su mundo patas arriba.

Sin embargo, a pesar de haberse distanciado de Killian, sus pensamientos no podían soltarlo y por esa razón tardó seis días en confeccionar una lista de herederas para él. La tarea se sentía como

una traición y una liberación al mismo tiempo, pero no había nada que pudiera hacer. Realmente quería ayudarlo a encontrar una solución a todos sus problemas.

Al investigar, la realidad de Londres le pegó un revés doloroso: de seis nombres, tres eran inalcanzables. Los padres no buscaban esposos, buscaban trofeos o salvavidas financieros para escalar un peldaño más en la pirámide social.

La situación no era sencilla porque Killian no tenía fortuna alguna que ofrecer, pero tampoco imposible porque tenía todo un imperio para levantar y recibir frutos a largo plazo.

En el fondo odiaba la idea de verlo con otra mujer. Las mujeres de Londres no estaban hechas para él; todas eran remilgadas, aburridas e interesadas. Killian merecía a alguien inteligente, aventurera y… ¿por qué creía que ella sería una excelente pareja para el pelinegro?

Negó lentamente con la cabeza.

Sus ahorros de mil libras nunca serían suficientes para él y por ende lo último que podía hacer era visualizarse al lado de ese hombre, más si tomaba en cuenta que su deber era casarse con Ibrahim, un primo que odiaba a Killian con cada fibra de su ser.

—¿Qué haces despierta a esta hora? —la voz de Ibrahim, ronca por el cansancio, la sacó de sus pensamientos y el pánico la invadió al verlo allí, bajo el umbral de la puerta del salón.

Por inercia, ocultó la lista de Killian en el bolsillo de su falda con la rapidez de una ladrona. Observó el reloj de la repisa y maldijo en silencio al ver que era la una de la mañana, ¿en qué momento la hora transcurrió tan rápido?

—Trabajando —respondió aceleradamente—. ¿Qué tal estuvo tu reunión?

—Regular, un poco tediosa... —respondió él, dejándose caer en el sofá que estaba a varios metros de ella. Fue inevitable no preocuparse, Ibrahim se veía viejo y agotado, su ambición de poder parecía estar devorándolo vivo—. ¿Tu encierro voluntario es porque sigues cansada o porque aún no busqué a mi primo? —su pregunta fue tan repentina que Eugenia no pudo evitar que la sorpresa la golpeara con fuerza y se reflejara en sus ojos violetas.

¿Él conocía su secreto? ¿Estaba al tanto de la amistad que desarrolló con Killian?

Por un momento, quiso contarle la verdad, decirle que Killian no era el monstruo que él creía, pero el miedo a romper la frágil paz que los unía la hizo callar.

—Me siento más cómoda aquí —mintió.

Lo cierto era que la idea de volver a ver a Killian le asustaba. La última vez que se vieron pasaron la noche juntos, una noche que no sólo la dejó enferma, sino con un mal sabor en la boca por no haber hecho algo más que dormir.

La culpabilidad la golpeó con fuerza y odió que su vientre bajo se encogiera.

¿Era normal que quisiera besar y tocar a Killian como si él fuera únicamente suyo?

«Claro que no, recupera el juicio», le ordenó una voz y ella le dio un rápido sorbo a su vaso de agua.

—Entiendo… —la mirada intensa de su jefe la llevó a encogerse en su lugar con incomodidad.

—¿Qué sucede?

—Nunca me dejarás, ¿verdad? —preguntó después de un largo silencio, y antes de que ella pudiera procesar la extrañeza de la

pregunta, él ya estaba de pie, moviéndose hacia ella con la elegancia depredadora de una pantera.

—Sabes que siempre estaré a tu lado —respondió, pero el pánico empezó a burbujear en su pecho cuando él acortó la distancia que los separaba.

—Promételo —fue más una orden que una petición y eso hizo que Eugenia frunciera el ceño.

—¿Te sientes bien? —se incorporó con lentitud, buscando reestablecer su trato cordial y amistoso—. ¿Quieres que te prepare un poco de té?

Él estaba demasiado tenso para su propia paz mental, lo mejor que podía hacer era retirarse a su alcoba cuanto antes.

—¿Lo subirías a mi alcoba? —ronroneó él, provocando que el rechazo de Eugenia fuera instintivo y se sintiera tan fría como un cubo de hielo.

¿Acababa de escuchar bien?

¡¿Cómo se atrevía a hacerle una invitación de ese tipo?!

—Las damas solteras no entran en las alcobas de los hombres solteros, Ibrahim —espetó con sequedad, su negativa fue bastante clara.

—Eugenia... —le rogó, pero ella dio un paso atrás.

Si bien nunca abordaron el tema, nunca le dio una razón a Ibrahim para que se creyera seducido. Su postura ante el compromiso y el matrimonio siempre fue firme, había errores que no pensaba cometer de nuevo.

—Hay cosas que no pienso hacer hasta que esté casada.

No volvería a desgraciar su vida por amor, ni mucho menos por pasión. Si Ibrahim la quería en su cama, podía adelantar su boda si

eso lo hacía sentir mejor, pero jamás se entregaría a él sin una oferta formal de por medio, ni la bendición de un sacerdote.

Todos tenían un límite y ese era el suyo.

—Entiendo —arrastró sus palabras, tan tenso como una vara, y Eugenia se quedó inmóvil en su lugar, esperando una propuesta más seria, pero lastimosamente esta nunca llegó—. Ve a dormir, aún tengo un par de cosas que hacer.

A veces, él podía ser muy frustrante.

—¿Mañana desayunarás aquí?

—No.

—Ya veo. —Salió de la estancia sin mirar atrás.

Cada vez era más y más evidente que su conexión se estaba deteriorando. En los últimos meses Ibrahim se distanció de ella, generando una gran brecha entre ellos, y quizá por esa razón se sentía tan confundida respecto a Killian.

Ingresó a su alcoba y lo primero que hizo fue cerrar el cerrojo de su alcoba con manos temblorosas. El sonido del metal encajando en la madera fue un alivio momentáneo contra la presión que Ibrahim acababa de ejercer en el salón.

Era la primera vez que sucedía algo así y lejos de sentirse halagada o emocionada, estaba asustada.

¿Qué tal si no se daba por vencido?

Él no solía aceptar un "no" por respuesta.

Estaba segura de que quería a Ibrahim, o eso se repetía cada mañana, pero la idea de entrar en su alcoba le generaba un nudo de ansiedad en el estómago. Tenía la fe que eso cambiaría una vez que se convirtiera en su esposa, que con el tiempo aprendería a sentirse cómoda en la intimidad.

Pero… porque su cuerpo rechazaba al hombre con quien quería casarse y no al escocés con quién durmió acurrucada toda una noche sin sentir incomodidad ni un constante peligro.

Se acercó a su escritorio y tanteó el mueble hasta encontrar una vela, se apresuró a prenderla y se maldijo en silencio por no haber traído una del salón. Cuando la luz inundó su alcoba, Eugenia giró con toda la intención de recostarse, pero el pánico la invadió al ver una gran silueta tendida en su cama.

Estuvo a punto de gritar, pero entonces reconoció la ancha espalda, la poblada cabellera oscura y su corazón empezó a bombear sin control alguno, al tiempo que todas sus extremidades comenzaban a tiritar.

¡¿Qué diablos hacía Killian en su habitación?! O peor aún, ¡¿cómo hizo para colarse en la casa de Ibrahim?!

Madre santa, si el castaño llegaba a descubrirlos nada terminaría bien.

—Killian... —se acercó a la cama con voz temblorosa y cuando regularizó las palpitaciones de su corazón, pudo escuchar su suave respiración—. ¿Qué tanto estuviste esperando que te quedaste dormido?

Estiró la mano para sacudirlo, pero se quedó observando su fuerte cuello.

¿Por qué era tan musculoso? ¿Qué tipo de actividades realizaba en Escocia que se veía tan ejercitado?

Se inclinó sobre el hombre, buscando sus amplias manos, y deseó inspeccionarlas.

¿Estaría acostumbrado al trabajo duro o solo era un hombre de constitución robusta?

Lo buscó con la mirada, estaba tan dormido que se atrevió a estirar la mano para sujetar la suya. Pudo sentir los callos con solo tocarlo, pero lo siguiente que sucedió hizo que olvidara por completo su investigación. En un pestañeo, una mano firme rodeó su cintura y la arrastró hacia él, haciéndola perder el equilibrio hasta tumbarla boca arriba sobre el angosto colchón.

Maldición, acababa de despertarlo.

O tal vez no, puesto que Killian solo la abrazó por el vientre y se acurrucó contra ella.

—Killian... —volvió a llamarlo, y en esta ocasión tuvo una respuesta.

—¿Por qué tardaste tanto? —murmuró él contra su cuello, con la voz rota por el sueño.

Eugenia no pudo responder. El calor que desprendía el escocés era sofocante y, a la vez, adictivo. Sus piernas se entrelazaron y sintió la aspereza de los pantalones de él contra la seda fina de sus faldas. Era una transgresión absoluta, pero lejos de sentir el pánico que le provocó Ibrahim, sintió una descarga eléctrica que le recorrió la columna y la llevó a desear más.

—Este cuarto es malditamente frío —musitó él, frotando su mejilla contra la de ella. El roce de su barba incipiente era una caricia ruda que la hizo estremecer.

—Killian... suéltame... —logró decir, pero sus manos, en lugar de empujarlo, se aferraron a sus hombros, sintiendo la firmeza de sus músculos.

—Tu fragancia me guio —continuó él, ignorando su protesta—. Ese aroma limpio, inocente... como lirios bajo la lluvia. Me quedé dormido esperándote.

Inspiró profundamente sobre su piel, y Eugenia sintió que sus defensas se desmoronaban. Ibrahim nunca le había hablado así, ni se había perdido en ella. Killian, en cambio, parecía estar bebiendo de su presencia.

—Killian —suspiró con desespero, ansiosa por frotarse contra él, pero la sangre se le congeló cuando muy lentamente él rompió el abrazo y se incorporó para sentarse en el borde de la cama.

¡No! ¡Ella no le pidió que se apartara!

Sus ojos celestes, ahora despiertos y cargados de una intensidad que la quemaba, la recorrieron de arriba abajo por encima de su hombro.

—Lo siento —dijo, aunque su mirada no pedía perdón—. Creo que me excedí al abrazarte de esa manera.

Eugenia se sentó, con el cabello revuelto y los labios entreabiertos. Su cuerpo todavía vibraba por el contacto y, para empeorar las cosas, quería más.

—¿A qué viniste? —la voz le tembló—. Es una locura que estés aquí.

—Llevo demasiado tiempo sin verte. Necesitaba saber cómo estabas y si realmente ibas a ayudarme o solo me habías dado esperanzas para deshacerte de mí.

Eugenia, con dedos temblorosos, buscó la lista en el bolsillo de su falda y se la entregó. Sus dedos se rozaron al pasar el papel y ella no retiró la mano de inmediato. Se quedaron así, en un silencio cargado de tensión, mientras él estudiaba los nombres de las herederas bajo la luz vacilante de la vela.

—No quiero una esposa de papel —admitió él en voz baja y volvió a mirarla—. Pero si es el precio para recuperar mi hogar, lo haré.

Había algo tan vulnerable y a la vez tan fiero en él que Eugenia sintió que su corazón se partía. Estaba a punto de decirle que se fuera, que escapara antes de que fuera tarde, cuando el sonido de tres golpes secos en la puerta la dejó helada en su lugar.

—Eugenia... —la voz de Ibrahim, al otro lado de la madera, sonaba autoritaria y cargada de una sospecha latente—. Sé que estás despierta. Abre.

Eugenia miró a Killian. Él se incorporó, tenso como la cuerda de un arco, con la mano instintivamente buscando un arma que —gracias a Dios— no tenía. No cabía por la ventana, no había armarios lo suficientemente grandes como para esconderlo, por lo que abrir la puerta no era una opción.

Estaban atrapados en una habitación donde el aroma femenino ahora se mezclaba con el olor a tormenta y cuero que Killian había traído consigo.

Capítulo 10

Los golpes en la madera no eran fuertes, pero en el silencio de la alcoba resonaban como disparos. No muy segura de cómo proseguir, Eugenia se incorporó y miró la puerta con preocupación. Hizo bien al cerrarla con llave, pero… miró a Killian de reojo, ¿una puerta bastaría para frenar a Ibrahim? ¿Qué tal si ella le abría y él intentaba colarse en su habitación?

No quería ni imaginarse el tipo de pelea que podría suscitarse.

—Eugenia, abre —insistió Ibrahim, poniéndole los nervios de punta. Su voz había perdido la calidez fingida del salón, ahora era la voz de un patrón que exige cuentas—. Sé que no estás dormida, he visto la luz de tu vela bajo la puerta.

«Estoy perdida».

—¿Cómo entraste? —preguntó en voz muy baja y se volvió hacia Killian.

Él no parecía asustado, sino furioso ante la orden que quedaba tan fuera de lugar. Sus ojos celestes brillaban con una promesa de violencia contenida, como si estuviera a un segundo de abrir la puerta y terminar con la farsa de una vez por todas.

Le puso una mano en el pecho, suplicante, y eso bastó para relajarlo.

—Échalo —farfulló él, tan rígido como una vara, y ella tragó con fuerza.

—Quiero dormir, Ibrahim —logró decir finalmente, y se acercó a la puerta sin intención alguna de abrirla—. No me siento bien, el aire de la noche me ha sentado mal.

No lo entendía, quedarse a solas en el salón con Ibrahim le había parecido algo incómodo y fuera de lugar; pero ahora, con Killian en su cuarto, la incomodidad no parecía ser parte de sus emociones.

—Solo quiero asegurarme de que estás bien —la palabra "bien" sonó pesada, cargada de esa intención de posesión que la había hecho huir del salón—. He pensado en lo que dijiste. Tal vez fui demasiado brusco. Déjame entrar y hablaremos de nuestro futuro.

Torció los labios con disgusto, qué manera más absurda de querer endulzarle el oído.

Abrió la boca para responderle, pero un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando Killian la envolvió en sus brazos por detrás.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué actuaba de manera tan impulsiva?

«No quiere que cedas ante las palabras de Ibrahim», le dijo una voz y ella sonrió con ternura. No había manera de que abriera esa puerta, por lo que no había razón alguna para que él dudara de ella.

Inhaló profundamente, disfrutando con creces de su cercanía, y afianzó los antebrazos masculinos con firmeza, indicándole sin necesidad de palabras que no iría a ninguna parte. Curiosamente, por muy extraño que pareciera, sentía que junto a él estaba a salvo de cualquier amenaza.

—No me siento bien —espetó, tajante—. Si quieres puedes desayunar conmigo mañana —sugirió aquello porque sabía que él no tendría tiempo para hacerlo—. Por favor, Ibrahim... respeta mi decisión.

Hubo un silencio eterno y Eugenia rezó para que la sombra de los pies de Ibrahim desapareciera del umbral. Finalmente, escuchó un suspiro de frustración y el sonido de los pasos alejándose, pero no

se relajó. Sabía que Ibrahim no se había rendido y él ya había dejado muy en claro sus intenciones: la quería en su cama.

¿Sería hora de buscar un cuarto en alguna casa para huéspedes?

En la falsa calma de su habitación, aún en silencio por si Ibrahim seguía cerca, Killian rompió el abrazo con lentitud y la obligó a girarse en su dirección. Su semblante era duro y el brillo en sus ojos se veía peligroso, estaba furioso, pero incluso así, su toque era amable y cuidadoso.

—Killian… —su voz tembló, quería excusarse con él y no entendía el por qué.

—¿Siempre es así? —acarició su rostro, haciéndola tiritar de placer, y la caricia se deslizó por su cuello, hombros y terminó en el nacimiento de sus pechos—. ¿Es normal que él te visite a estas horas de la noche?

—Claro que no —logró articular y el aire se atoró en sus pulmones cuando él rodeó su cintura y juntó sus cuerpos con un movimiento resuelto—. Ah… —suspiró por lo bajo, aferrándose a los fuertes brazos del escocés.

El calor de Killian era abrasador y él acababa de hacerle una invitación que su cuerpo entendía mucho mejor que su mente. Lo correcto era rechazarlo, pedirle que se fuera y la dejara tranquila, pero lo cierto era que ya no podía seguir engañándose.

Deseaba a ese hombre tanto como un mendigo ansiaba una rebanada de pan.

—Me siento celoso —su confesión la tomó por sorpresa, pero incluso así no pudo ignorar esa mano que se deslizó por su cadera para levantar la tela de su falda con movimientos escuetos—. Quisiera salir tras de él y golpearlo por intentar meterse a tu alcoba.

—No… —gimió, odiando que sus manos abandonaran su cuerpo, y observó con pesar como retrocedía varios pasos.

Lo único que los alumbraba era la luz de la vela, lo cual hacía que el ambiente se sintiera íntimo y misterioso. Sus ojos no podían dejar de observarse, la pasión y el deseo era mutuo, y la cordura de Eugenia pendía de un hilo.

Un hilo que él no quería romper.

—¿Qué es lo que quieres? —inquirió él, arrastrando sus palabras —. Tu cuerpo ha respondido a mí, casi y puedo imaginar la dureza de tus pezones contra tu corsé y la humedad en tus piernas.

Un violento rubor trepó por sus mejillas, pero no pudo emitir palabra alguna.

—Entré por la puerta de servicio —respondió a la pregunta que le hizo hace mucho y muy lentamente se sentó en el borde de la cama, rompiendo su contacto visual—. ¿Quieres que me vaya?

—No —habló finalmente y avanzó en su dirección, plantándose frente a él.

Killian esbozó una sonrisa perversa, separó levemente las piernas y se inclinó hacia atrás con soltura.

—¿Entonces debo suponer que quieres algo de mí?

Su corazón empezó a bombear sin control alguno, y asintió. Quería todo de él, pero decirlo en voz alta podría ser muy peligroso.

—¿En qué puedo ayudarte? —la observó con lujuria.

Eugenia recogió su falda café y se subió a horcajadas sobre él, tomándolo por sorpresa, y aprisionó su cadera con las piernas. Lo rechazó en la casa de las afueras y llevaba diecisiete días lamentando esa decisión, por lo que era hora de hacer lo correcto.

—Eugenia… —advirtió él, evaluando la redondez de sus pechos bajo su camisa.

—Quiero saber cómo se siente la pasión —reconoció ella, con una honestidad que daba paso a la desesperación—. Tengo veinticinco años y nunca la he conocido.

Y por el cómo Killian podía alterarla con su sola presencia, sentía que nadie más que él era el indicado para enseñársela.

—No suelo ir por la vida cumpliendo deseos ajenos —su voz bajó una octava—. Pero es un deseo compartido. —Sus miradas se encontraron y una vez más la abrazó por la cintura—. Sin embargo, existe la posibilidad que después de esta noche, no puedas huir de mí.

Lejos de asustarse, Eugenia vibró de expectación y se meció suavemente sobre la ingle masculina. Él gruñó y la sujetó de la cadera con una mano, inmovilizándola.

—¿Alguna vez te has tocado?

—¿Por qué eso es importante? —gruñó, ¿era necesario que siguieran hablando?

Killian lanzó una ronca carcajada, erizando cada una de sus extremidades, y sin previo aviso empujó su propia pelvis hacia ella, encontrando su centro a través de las capas de tela.

—Mmm… —se mordió el labio inferior, encantada.

—Trabajar contigo va a ser bastante interesante, muchacha.

Killian la abrazó con una fuerza salvaje, enterrando el rostro en el escote de su camisa mientras se presionaba contra ella con una urgencia que no admitía tregua. No hubo besos, no hubo necesidad de desvestirse; todo se redujo a la fricción violenta de sus cuerpos, a

la presión necesaria para encontrar el clímax que ambos necesitaban.

—Un poco más —gimió Eugenia, tirando de los cabellos negros con desesperación—. Sí, Killian, más rápido —suplicó.

Él le cubrió la boca con una mano, ordenándole que guardara silencio, mientras sus cuerpos se frotaban con desenfreno salvaje. Las emociones eran intensas, la entrepierna le dolía y ardía a partes iguales, pero incluso así no se detuvo. Inició un vaivén dictado por la sangre y el instinto, buscando apagar el incendio que él había provocado, y ahogó un jadeo cuando Killian la sujetó de los muslos y con un movimiento resuelto la tendió sobre la cama con él entre sus piernas.

—Ah —dejó sus labios en libertad y metió dos dedos en su boca.

Los chupó, pensó que eso era lo que él quería, pero luego pudo sentir la duda en sus arremetidas, como si supiera que dar un paso en falso podría meterlos en un gran problema.

—No pares, Killian —suplicó, aferrándose a sus brazos, y apartando la mano de su boca, él se aferró al cabezal de la cama y embistió contra ella con firmeza, llevándola a un punto de no retorno.

Eugenia se cubrió la boca para no gritar. Algo en su interior colapsó en mil fragmentos de luz, llevándola a tiritar mientras el placer se deslizaba por sus muslos. La sensación era de una plenitud cruda, pero ardiente.

—Arg… —rugió Killian en su oído, ralentizando sus movimientos, y no le pasó por alto los temblores que visitaron el cuerpo viril y fuerte.

Se desplomó junto a ella, con la vista clavada en el techo, y ambos dejaron que sus respiraciones se regularizaran.

—Killian...

—Duérmete —ordenó él, incapaz de iniciar una conversación con ella—. Me iré en unas horas, cuando la casa esté tranquila.

Eugenia intentó mantenerse despierta, pero el calor de Killian y la seguridad que sentía a su lado terminaron por vencerla. Se quedó profundamente dormida, convencida de que, por esa noche, estaba a salvo.

***

Eugenia tenía un sueño pesado y Killian aprovechó aquello para cubrirlos con las mantas y pegarla a su cuerpo, permitiendo así que ella usara su brazo como almohada y su pecho como colchón.

Se sentía un imbécil.

¿Por qué simplemente no la sedujo y la hizo suya?

Eso habría facilitado muchas cosas, pero… Además de la pasión y su amor, ¿qué más podría ofrecerle a Eugenia?

«Nada», gruñó para sí mismo, frustrado.

Ella le dijo que tenía la oportunidad de casarse con Ibrahim —un hecho que aún dudaba porque él le hizo una visita poco apropiada, pero que no podía descartar del todo porque ellos dos seguían viviendo bajo el mismo techo—. Si las palabras de la rubia eran ciertas, Killian no podía considerar la sola idea de quedarse con ella; primero porque con su primo tendría una vida muy cómoda y segundo porque no podía robarle más cosas a Ibrahim.

Clavó la vista en la puerta de la habitación, no muy seguro de querer irse porque ahora no confiaba en su primo, y volvió a

acariciar la coronilla de la rubia. No quería casarse con ninguna heredera, no dejaría que el dinero mandara en su vida amorosa, pero sí quería pasar tiempo a solas con Eugenia, debía simular algo de interés en cuanto a su descabellado plan, ¿verdad?

Cuatro horas más tarde, Killian cerró la habitación de Eugenia con llave desde el pasillo y pasó la misma por la ranura inferior de la puerta. Abandonó la propiedad de madrugada, sin ningún percance de por medio, y llegó a su casa sintiéndose más abrumado que nunca.

Una persona normal, empezaría a evitar a Eugenia para no sentirse más atraído, pero pocas veces en la vida Killian sintió tanta afinidad con alguien, por lo que no quería perder esa conexión tan pronto.

«Lo más sensato es evitar los acercamientos físicos», determinó, y luego asintió con convicción.

Eugenia Armitage solo podía ser su amiga.

Capítulo 11

El primer rayo de sol londinense, gris y pálido, se filtró por las cortinas, anunciándole que era hora de levantarse y salir de la rutina que se estuvo imponiendo todo este tiempo. Eugenia despertó de golpe, con el corazón acelerado y la mano buscando instintivamente el calor a su lado, pero el colchón estaba frío, la fuente del calor abrasador se había ido.

Se incorporó, sintiendo el cuerpo pesado y una extraña sensibilidad en la piel, un recordatorio físico de la fricción y la fiereza de Killian. Al bajar los pies de la cama, algo metálico brilló contra el suelo. Eugenia se inclinó y recogió la llave. Killian se había ido, pero había tenido el detalle de dejarla bajo seguro.

¿Tan evidente era la inquietud que Ibrahim despertaba en ella?

—Fue real —susurró, cerrando los ojos.

La imagen de sí misma a horcajadas sobre el escocés, buscando su propio placer con una decisión que la avergonzaba, la golpeó con fuerza y el calor trepó por sus mejillas. Se sentía como una traidora, pero no hacia Ibrahim, sino hacia la promesa que se había hecho a sí misma tras huir de Morrison.

Había buscado pasión en los brazos de un extraño —un hombre que no era su esposo—, y el miedo a ser como su madre volvió a instalarse en su garganta en contra de su voluntad. Se aseó con agua helada, tratando de borrar el rastro de la tormenta y el olor de Killian de su piel, y se vistió con su uniforme más severo.

Necesitaba recuperar a la secretaria eficiente y razonable.

—Por favor, necesito volver a ser yo misma —susurró antes de abandonar su alcoba y al llegar al comedor, paró en seco al enfrentarse al primer obstáculo del día.

Ibrahim estaba sentado a la cabecera de la mesa, rodeado por el aroma a café y el crujido del periódico. No llevaba su chaqueta; vestía una bata de seda oscura —como si recién se hubiera levantado—, un atuendo bastante informal desde su perspectiva porque ellos no eran esposos. Sus ojos cafés, sin embargo, no tenían rastro de sueño, se veían fríos y calculadores.

—Llegas tarde al desayuno, Eugenia. —La garganta se le cerró—. Eso no es propio de ti, ¿tuviste una mala noche?

No, posiblemente tuvo la mejor noche de su vida, pero no podía decir aquello en voz alta.

—Buenos días, Ibrahim —ignoró su observación—. Pensé que ya te habrías marchado —se sentó con una rigidez que esperaba que él no notara—. ¿No tenías asuntos que atender?

Por un momento pensó que libraría esa conversación, puesto que en el último mes Ibrahim apenas y había comido en la casa.

—Los cancelé —fue tajante, no quería hablar del tema—. No pude dormir bien. —Dejó el periódico lentamente, fijando su mirada en ella—. Me preocupé anoche. El hecho de que no me dejaras entrar me hizo pensar que quizás tu enfermedad es más grave de lo que admites. O que tal vez me estabas evitando.

Eugenia sintió que el té se le amargaba en la lengua.

—Solo necesitaba descansar, te lo dije —espetó con frialdad—. Como también te dije que tengo un límite y hay barreras que no pienso cruzar.

Él estaba muy equivocado si pensaba que podría amedrentarla con simples indirectas.

Ibrahim la estudió en silencio durante un minuto eterno. No abordó ningún tema para endulzar su oído, ni siquiera sus planes de boda, y eso le generó un gran alivio en el pecho. Si era sincera consigo misma, después de todo lo que hizo con Killian, se conformaba con el puesto de secretaria.

¿Cómo podría casarse con un hombre que no la hacía sentir la más mínima de las pasiones?

«Debo buscar un cuarto lo antes posible», anotó mentalmente, preguntándose en qué zona de Londres le gustaría vivir.

—Está bien —dijo él finalmente, rompiendo la tensión del momento—. Si te sientes mejor, quiero que hoy te encargues de revisar el presupuesto de la casa de las afueras. Quiero que empiecen a trabajar en ella cuanto antes, necesito que esa casa esté terminada antes de que la temporada llegue a su fin.

¿Por qué estaba tan obsesionado con esa casa?

Desde su perspectiva, venderla sería casi imposible y finalizar el trabajo en menos de dos meses duplicaría el gasto.

—No quiero que vayas a la empresa —su comentario la tomó por sorpresa, ¿desde cuándo él decidía si podía o no asistir a su trabajo? —. Kilbrenner se encargará de que alguien venga por el informe. Quédate aquí, donde estás a salvo de distracciones y puedes descansar.

¿Fue ironía lo que escuchó en su voz?

Eugenia apretó los puños bajo la mesa, una cosa era que se quedara encerrada por voluntad propia y otra muy distinta que él quisiera privarla de su libertad.

—Quiero ir a la oficina, Ibrahim —espetó con seguridad—. Hay documentos que solo yo puedo organizar y...

—He dicho que te quedes —le cortó él, con una suavidad que daba más miedo que un grito—. No quiero que vuelvas a tratar con mi primo.

Se tensó, ¿qué tan perspicaz podía ser como para percatarse que Killian era la principal razón por la cual no aceptó su invitación?

—Ese hombre es una amenaza para todos, no te dejes influenciar por su apariencia y buena labia.

Evitó reírse por su comentario. Si se dejara llevar por el aspecto de Killian, habría huido de la fiera hace mucho tiempo. Ibrahim se levantó —dejando claro que la conversación llegó a su fin—, se acercó a ella y le dio un beso en la coronilla. Un beso que, a diferencia del calor de Killian, se sintió como una marca de propiedad.

«Estoy en problemas» admitió, abatida.

Siempre pensó que el único hombre capaz de despertar emociones en su corazón sería Ibrahim, pero lo cierto era que el castaño siempre le hizo sentir ternura, cariño y respeto, emociones muy distintas a las que Killian plantaba en su ser.

—Volveré tarde, no me esperes. —Dejó de hacer eso desde hace mucho tiempo—. Tengo reuniones de negocios... algo aburrido con inversores.

Cuando escuchó el carruaje de Ibrahim alejarse, Eugenia soltó el aire que no sabía que tenía retenido. Se puso de pie, decidida. No iba a quedarse encerrada sólo porque su jefe así lo quisiera. El encierro le quemaba y sabía que la lista de herederas que le había

entregado a Killian era papel mojado si él no tenía un escenario donde lucirse.

Se mordió el labio inferior, inquieta. Killian Cumming, con su acento rudo y sus modales salvajes, jamás pasaría del umbral de las mansiones de esos padres ambiciosos por su cuenta.

Necesitaban un terreno neutral, un lugar donde el dinero y el poder se mezclaran con el vicio y la oportunidad.

—Las garras de Lucifer —susurró, satisfecha.

Era el club más popular y peligroso de la ciudad, propiedad del hermano Aldrich mayor y sus amigos. Si lograba meter a Killian allí, él tendría una oportunidad de oro para tratar con los padres de las jóvenes solteras y conocerlos mejor, puesto que dentro de sus averiguaciones estaban las aficiones de dichos señores que eran miembros del club. No obstante, debía ser realista: ella no podría conseguir los pases sola y sólo había una persona capaz de ayudarla.

Media hora más tarde, Eugenia se encontraba en el salón de té de la casa de Lilias Aldrich, su única esperanza para ingresar a Las garras de Lucifer. La pelirroja la recibió con una mezcla de alegría y preocupación, notando de inmediato la chispa de determinación en los ojos de su amiga.

—¿Está todo en orden? —inquirió la pelirroja, cautelosa.

—Necesito un favor que solo tú puedes concederme —dijo Eugenia, yendo directo al punto de su interés mientras tomaba la mano libre de su amiga—. Necesito dos invitaciones para poder ingresar a Las garras de Lucifer.

Lilias palideció, dejando su taza de té sobre la mesa con un tintineo nervioso.

—¿Por qué quieres ir a ese club? —la voz le tembló—. El único club que considero seguro para ti es Diamantes y eso se debe a que yo soy la dueña.

Eugenia tenía a Diamantes como su segunda opción, dado que, al ser un club para mujeres solteras y viudas, Killian podría encontrar más opciones. Sin embargo, en Diamantes las mujeres tenían dinero, pero sólo querían placer y diversión, por lo que la posibilidad de encontrar una que estuviera dispuesta a casarse con el escocés era escasa.

—Necesito los pases para ingresar a Las garras de Lucifer —insistió, apenada, y su amiga enarcó una ceja.

—¿Para qué querrías ir tú? Ibrahim se pondría furioso si supiera que pretendes ingresar a ese club.

—¿De veras me harás decírtelo? —le rogó con la mirada—. Para mí ya es difícil pedirte este favor, Lilias —fue sincera, no quería que ella la cuestionara, sólo necesitaba su ayuda—. Te prometo que estaré bien, que mis intenciones son buenas.

¿Qué pensaría ella si supiera que quería ayudar al asesino de sus padres?

Lo mejor sería no pensar en eso ahora.

Lilias se mordió el labio inferior con nerviosismo, no muy segura de cómo proseguir, y en lugar de darle la respuesta que necesitaba, le planteó una nueva pregunta.

—¿Es por la mascarada que habrá el viernes?

—¿Qué? —su corazón empezó a bombear sin control alguno.

—Será una gran fiesta, Randall me habló de ella hace dos semanas.

Una mascarada la ayudaría mucho para poder pasar desapercibida. Después de todo, no quería que los hermanos Cumming —ni sus conocidos— se enteraran que asistió a una fiesta con su muy odiado primo.

—Las entradas no son para mí —mintió y su amiga relajó los hombros, pero no bajó la guardia—. Tuve un altercado con unos clientes de Ibrahim y les prometí compensarlos con dos entradas, ¿podrías ayudarme?

Si decía que las entradas no eran para ella, nadie la buscaría durante la mascarada y su amiga no estaría atormentada por su bienestar.

—Está bien —suspiró Lilias, resignada—. Hablaré con Randall para que su hermano le entregue dos invitaciones. Pero prométeme que esto quedará entre nosotras, mi hermano no puede enterarse de que te hice este favor.

—Claro que no lo hará —sonrió más tranquila, lo mejor para ella era que todo esto quedara en secreto.

—Te las enviaré a más tardar esta noche, ¿te parece?

—Muchas gracias.

De regreso en la mansión, Eugenia se encerró en su habitación. Sus dedos volaban sobre el papel, pero no trazaba planos. Escribió una nota breve, con su caligrafía más elegante pero firme, la misma que usaba para firmar los contratos de miles de libras.

"Prepara tus mejores galas y una máscara elegante. En dos días, las puertas del club más importante de Londres se abrirán para ti. Allí estarán los padres de tres de las jóvenes de la lista. No es solo una fiesta, Killian; es tu campo de batalla. Te veré en Las garras de Lucifer a las diez. No me hagas arrepentirme de esto".

Dobló el papel y lo selló con cera anónima. Llamó a uno de los mensajeros de confianza de la casa, alguien que le debía favores por haber intercedido ante Ibrahim en el pasado.

—Lleva esto a la dirección que te di, Tom —pidió en voz muy baja —. Y asegúrate de que sólo él la reciba —lo miró significativamente y el joven asintió, sin hacer ninguna pregunta al respecto.

Cuando el mensajero se marchó, Eugenia se dejó caer en su silla. Su cuerpo todavía recordaba el peso de Killian, la fricción de sus muslos y esa liberación que la había dejado exhausta. En dos días, lo vería vestido de caballero, infiltrado en el nido de víboras que Ibrahim tanto ansiaba conquistar.

Porque sí, a su jefe no le interesaban las presas que llevaban vestidos, sino sus padres honorables y adinerados.

Eugenia sabía que estaba jugando un juego peligroso que podría destruirla.

¿Realmente estaba dispuesta a ayudarlo a conseguir una esposa? ¿Estaba preparada para ver como otra mujer se quedaba con el escocés salvaje y ardiente que le hizo recordar que era una mujer de carne y hueso, capaz de arder en las llamas de la pasión?

«Tú no eres una opción para él», le recordó una voz con frialdad. «Killian necesita una heredera, no una simple secretaria».

***

Killian leyó la nota de Eugenia una y otra vez, admirando su hermosa caligrafía en silencio. Le costaba asimilar el hecho de que ella aún quisiera buscarle esposa a pesar de lo que sucedió entre ellos en su habitación, de alguna manera esa bruja lo estaba hiriendo con sus intenciones.

No obstante, debía admitir que ir a Las garras de Lucifer con ella sonaba tentador. Él no pensaba casarse con una heredera, quería hacerlo por amor, pero eso Eugenia no lo sabía, por lo que podía simular interés mientras se acercaba a ella.

—Esa mujer es muy lista, ¿por qué no hacer lo que te recomienda? —quiso saber Morag, impaciente.

Killian solía contarle todo a su abuela —por supuesto, obviando algunos detalles—, a veces ella retenía la información y otras veces olvidaba todo. Sin embargo, en esta ocasión, Morag parecía muy consciente de la existencia de Eugenia, algo que no estaba seguro si era de su total agrado.

—Quiero casarme por amor —respondió con sencillez, con la vista fija en la nota.

—Los hombres quebrados no encuentran el amor —se mofó con crueldad—. Para salir del hueco en el que te encuentras, debes ser cruel y jugar todas tus cartas.

Killian torció los labios con disgusto.

—Mi hueco era bastante acogedor hasta que mis padres murieron —susurró para sí mismo, pero algo le dijo que su abuela llegó a escucharlo—. ¿Debería ir?

No quería gastar su dinero en un atuendo decente que sólo usaría un par de veces.

—¡Claro que tienes que ir! —decretó su abuela, molesta. Como si pudiera leerle la mente, añadió—: Ten esto —le lanzó una bolsa llena de monedas—. Considéralo como un regalo de navidad.

Killian quiso decirle que faltaba más de cuatro meses para navidad, pero se quedó viendo la bolsa con recelo. Su abuela no era dada a regalar dinero, ella era muy huraña con lo suyo y siempre le

pedía que se ganara cada centavo, por lo que no sabía si debía tomar el gesto como una buena señal.

—No, gracias.

Quizá estaba desvariando, no quería aprovecharse de su enfermedad.

—Me lo pagarás cuando saques a flote la destilería.

Eso sonaba mejor, aunque odiaba la idea de endeudarse con su abuela.

—Está bien —sujetó la bolsa, apenado. Realmente quería ir a ese club con Eugenia, tenía la leve sospecha de que lo suyo no era tan imposible—. Gracias.

Morag lo observó con curiosidad, analizando cada uno de sus movimientos, y entrelazó sus manos por encima de su regazo.

—Me gustaría conocer a esa joven. —dijo finalmente y su comentario lo tomó por sorpresa—. ¿Es bonita?

—Preciosa —sonrió él, embobado.

—Pero esa mujer ama a tu primo, ¿no es así? —lo desafió y Killian bajó los hombros, resignado.

—No estoy del todo seguro.

Una parte de él quería dejar libre a Eugenia, huir de ella y dejarla ser feliz con Ibrahim, pero la otra parte sospechaba que su primo sólo la estaba utilizando y era cuestión de tiempo para que le rompiera el corazón.

Por supuesto, si eso sucedía, quería estar ahí para ayudarla.

Capítulo 12

A la mañana siguiente, una nueva preocupación invadió a Eugenia. Era muy consciente de que no podía presentarse en Las garras de Lucifer con sus vestidos de lana grises o sus sedas de secretaria, dado que en un lugar donde la máscara ocultaba el rostro, la ropa debía revelar el estatus.

Necesitaba transformarse, convertirse en alguien más que una simple secretaria.

Recordó las visitas que solía hacer con Lilias a la casa de modas más prestigiosa de Londres. Madame Gale no solo vestía a la crema innata de Londres; ella definía quién pertenecía a la misma. Eugenia caminó hacia el elegante establecimiento, con el corazón martilleando contra sus costillas.

Su plan era arriesgado: pediría que le alquilaran un vestido.

Sabía que era una petición inusual para una casa de ese calibre, pero esperaba que su cercanía con los Aldrich le abriera esa puerta, dado que ni en sus más locos sueños aspiraría a comprarse un vestido de ese establecimiento.

Al entrar, el aroma a lavanda y telas costosas la envolvió. Sin embargo, en lugar de la bulliciosa y elegante Madame Gale, se encontró con una figura que reconoció de inmediato a pesar de su atuendo sencillo.

¿Qué hacía lady Kilbrenner ahí?

La noble, cuya situación financiera cayó en picada cuando contrajo nupcias con lord Isaac Kilbrenner, la observó con una mezcla de sorpresa y temor. Ver a un miembro de la nobleza en la

tienda no era anormal, pero Eugenia podía dar por sentado que la dama no estaba ahí para adquirir un vestido, sino que era una más del personal de trabajo.

—Señorita Armitage —espeto la castaña, acercándose con paso vacilante—. ¿Qué la trae por aquí a estas horas? —Como su petición le resultaba algo penosa, decidió asistir a la tienda más temprano de lo normal—. Madame Gale aún no llegó y no lo hará hasta dentro de dos horas.

Eugenia notó el temblor en las manos de la dama y la forma en que evitaba su mirada. Comprendió el escenario al instante: lady Kilbrenner era el secreto mejor guardado de la modista.

—Necesito un vestido para un evento… especial —confesó Eugenia, bajando la voz para crear un círculo de intimidad—. Asistiré a una fiesta que se celebrará en Las garras de Lucifer —lady Kilbrenner se ruborizó y la miró con preocupación—. Tenía la intención de pedir un vestido en alquiler, ¿cree que sea posible?

Lady Kilbrenner soltó una risa amarga y corta.

—Madame Gale no presta ese servicio —explicó con paciencia—. Ella vende sueños a precios de pesadilla.

—Qué mal —suspiró con pesar—. Pensé que podría correr con algo de suerte. —Miró los vestidos que estaban en el escaparate y se planteó la idea de comprar uno, pero luego negó lentamente con la cabeza. Era mucho dinero desperdiciado—. Lamento la molestia, muchas gracias por su atención.

Harriet Kilbrenner miró hacia la puerta y luego volvió a fijarse en la rubia. Vio en la secretaria de su esposo algo que reconoció de sus propios días de gloria: una sed de supervivencia que no entendía de leyes ni protocolos sociales.

—¿Podría mantener esto en secreto? —susurró Harriet con timidez, captando la atención de Eugenia—. Si alguien se entera de que paso mis días cosiendo dobladillos mi reputación caerá por los suelos y mi esposo se molestará.

—¿Él lo sabe? —se atrevió a preguntar, lo cierto era que la situación le parecía alarmante.

Harriet asintió, cabizbaja, pero no le dio ninguna explicación al respecto. Era como si su propio esposo la hubiera lanzado a los tiburones y por esa razón Eugenia hizo lo que le pareció más sensato.

—Su secreto está a salvo conmigo, milady. —Esa mujer no necesitaba más preocupaciones—. Sé lo que es estar sola y tener que luchar por un lugar en el mundo.

Lady Kilbrenner asintió, conmovida por la falta de juicio en la voz de Eugenia, y finalmente le regaló una sonrisa más relajada.

—Venga conmigo. —Eugenia respingó—. Mi casa no está lejos. Madame Gale me encargó terminar una pieza para la tienda, una que aún no ha sido registrada en los libros y por ende puede conocer la luz del día.

La garganta se le cerró, no muy segura de qué estaba pasando, y finalmente siguió a la dama en silencio. Diez minutos de caminata bastaron para que pudiera conocer la casa donde lady Kilbrenner vivía, una propiedad de dos pisos en una zona relativamente decente.

—¿Vive sola? —se sorprendió al ver cómo abría la puerta, en vez de llamar por la aldaba para que un criado le abriera.

—Sí, pero no se lo diga a nadie —pidió en voz muy baja, temerosa.

Eugenia, con su ojo entrenado para la arquitectura y el presupuesto, no pudo evitar reconstruir el lugar en su mente: las paredes necesitaban revestimiento para combatir el frío londinense y los muebles pedían a gritos una renovación.

—¿No tiene ni una criada?

Esa casa necesitaba el eco de voces y pasos, se sentía demasiado solitaria.

—Mi sueldo no es el mejor de todos, si contrato a una criada no podré pagar el arriendo. —La invitó a subir las escaleras y Eugenia frunció el ceño.

—¿No es la casa de su esposo?

Estaba segura de que esa propiedad pertenecía a los hermanos Kilbrenner.

—Lo único que le pediré es que sea muy cuidadosa. —Harriet desvió el tema, obligándola a parpadear varias veces, y la garganta se le cerró cuando la castaña abrió la puerta de uno de los cuartos, dejando a la vista un hermoso vestido dorado tendido sobre la cama de la habitación.

Era un vestido de un dorado líquido, confeccionado en seda pesada que parecía capturar la luz de las velas incluso en la penumbra. El escote era pronunciado, dejando los hombros completamente descubiertos, diseñado para resaltar la línea del cuello y la firmeza de la piel. La falda era ostentosa, con una caída arquitectónica que prometía un movimiento hipnótico al caminar. Era el vestido de una reina, o de una mujer que no temía ser el centro de todas las miradas.

—Es precioso —su voz apenas logró ser un susurro.

—Es para la tienda —musitó lady Kilbrenner, acariciando la prenda con deleite—, pero todavía no lo he entregado. Considérelo un préstamo y… un agradecimiento por su silencio.

—Es demasiado —la incertidumbre la carcomió por dentro. La idea de dañar un vestido de ese calibre la horrorizaba—. No es necesario, le juro que guardaré su secreto y…

—Le quedará perfecto —zanjó el tema, tomando sus manos—. No suelo hacer vestidos de su talle, pero por alguna razón este salió así. —Se encogió de hombros—. Quizá fue confeccionado para su noche.

Eugenia tragó con fuerza y aceptó el préstamo con las mejillas ruborizadas. Siempre pensó que para usar uno de esos vestidos tendría que convertirse en la señora Cumming, pero al parecer todo era cuestión de que ella buscara sus oportunidades.

—Tengo entendido que el evento es una mascarada —dijo la dama de pronto, captando su atención—. Varias clientes hicieron su pedido para eso —susurró en tono confidencial y ambas rieron—. Me temo que la máscara tendrá que conseguirla usted, señorita Armitage.

—Puedo hacerlo —soltó con emoción contendida—. Iré a la tienda del señor Henry, no se preocupe.

El mayor de sus problemas ya estaba resuelto, ¿qué tan difícil podría ser encontrar una máscara?

Eugenia regresó su atención al hermoso vestido y acarició la seda dorada como si estuviera acariciando un delicado marco de cristal. Podía ser absurdo, pero temía hacerle cualquier tipo de daño a la prenda.

—Jamás tendré cómo agradecerle esto, milady —susurró.

—Es hora de empaquetarlo.

Al salir de allí, Eugenia caminó con una nueva determinación. Ibrahim la quería en casa, revisando presupuestos y esperando por sus migajas de afecto. Pero la noche de mañana, bajo el brillo del oro y el misterio de una máscara, ella no sería una simple secretaria. Sería la mujer que llevaría a Killian a la victoria, o la que ardería junto a él en el corazón del club más peligroso de Londres.

***

Ibrahim ingresó a la casa de Mayfair con una confianza que claramente no tenía en aquel momento y no porque estuviera junto al conde de Snowdon y su hija, sino porque en el fondo a él le habría encantado que esa majestuosa casa fuera para Eugenia y sus hijos.

La garganta se le cerró y por un momento su determinación tembló.

¿Era realmente necesario que se casara con esa joven?

Era un hombre rico, no necesitaba del dinero de nadie, pero… no contaba con el prestigio que creía merecer y esa era una herida abierta que nunca podría cerrar por sí sola.

Travis estaba casado con lady Humphrey, ahora era parte de la nobleza, y él…

¿Por qué tuvo que enamorarse de una mujer como Eugenia?

¿En qué estuvo pensando al creer que podría formar una familia con ella?

«Cuando la conociste eras tan pobre como ella», le recordó una voz y él tragó con fuerza. Sus situaciones habían cambiado de manera abismal en los últimos años y era algo que no podía pasarse por alto.

Ibrahim sólo necesitó llenar sus arcas, armar sociedades y conocer a la familia política de su hermana para comprender que, por mucho que él quisiera, Eugenia no era merecedora de tener un lugar junto a él.

Era la prima de su amigo, el barón de Mountevans, pero era una prima bastarda que vivía en las sombras. Alguien que si salía a la luz podría perjudicar a su amigo que suficientes problemas tenía por el momento.

El único lugar que parecía adecuado para ella era el de su querida. Su amor podía existir en las sombras, al igual que su sociedad, puesto que no podía olvidar el hecho de que ni al conde ni a su hija les agradaba su secretaria.

—Debo admitir que es una mansión espléndida, Cumming —comentó el conde, obligándolo a volver en sí, y él cuadró los hombros con altanería—. Si no fuera tu casa, ya habría ofrecido una fortuna por ella.

Tal vez, sólo tal vez, él la habría vendido sin dudarlo.

—Oh, padre, no sea grosero —musitó lady Beatrice con una sonrisa coqueta, viéndose como la dueña y señora de la mansión—. Estoy segura de que el señor Cumming preparó esta casa para formar su propia familia, ¿no es así? —La pelinegra aleteó sus largas pestañas y la piel se le erizó en respuesta.

¿Por qué sentía que se estaba metiendo a la boca del león?

Estaba claro que la dama conocía sus intenciones y si por un momento temió ser rechazado, más miedo le estaba provocando el cinismo con el que le estaba coqueteando.

«¿Hasta dónde planeas llegar por un lugar en sociedad?» Le preguntó una voz, azorada, y él gruñó internamente. «Haré lo que

sea necesario para conseguir lo que quiero» respondió con frialdad, apagando la batalla de voluntades que se efectuó en su cabeza.

—Estoy planeando hacer un viaje este fin de semana con mi mujer e hija a Yorkshire, ¿le gustaría venir, Cumming? —inquirió Snowdon, indicándole que su nueva propiedad le había hecho ganar un par de puntos, y él forzó su mejor sonrisa.

—Me encantaría.

—Saldremos mañana a primera hora.

Ibrahim asintió, convencido de que dejaba todo bajo control. Después de todo, se iría viernes para regresar lunes a más tardar a mediodía, ¿quién diantres podría necesitarlo durante el fin de semana?

No imaginaba que, al alejarse de Londres, dejaba la puerta abierta para que su secretaria cruzara el umbral hacia un mundo donde él ya no tenía poder alguno.

Capítulo 13

La noche del viernes no era simplemente una fecha en el calendario; era la oportunidad perfecta para que Eugenia tuviera la mejor experiencia de su vida, sin Ibrahim vigilando cada uno de sus pasos.

Le parecía un milagro que justamente esa mañana él hubiera salido de viaje, era como si el universo estuviera girando a su favor, indicándole que esa noche marcaría un antes y un después en su vida.

Se observó en el espejo de su habitación, iluminada apenas por la luz vacilante de un par de velas. Si alguien hubiera entrado en ese momento, no habría reconocido a la eficiente secretaria de Ibrahim Cumming, sino a la apasionada mujer que ella llevaba dentro. El vestido dorado que lady Kilbrenner le había prestado se ceñía a su cuerpo como una segunda piel de metal precioso. La seda pesada caía en pliegues arquitectónicos, y el escote, atrevido y elegante, revelaba una vulnerabilidad que ella intentaba ocultar con su postura rígida.

Había olvidado lo hermosa que podía llegar a verse cuando se lo proponía.

Sobre su tocador descansaba la máscara, una pieza de filigrana metálica —un encaje de oro que parecía fundirse con su piel—. Las plumas de faisán, con sus matices ocres y puntas doradas, le daban un aire de criatura mítica, algo que pertenecía más a un bosque antiguo.

—Sólo por una noche, quiero ser yo misma —se susurró, sintiendo el frío del metal contra sus pómulos.

Le parecía irónico que el uso de una máscara le permitiera soltar aquello que llevaba años sujetando con tanta firmeza en su interior, y que fuera justamente Killian quien tuviera la oportunidad de conocerla tal cual era.

¿Qué pensarían los hermanos Cumming si supieran que antes de llegar a la ciudad, solía ser una mujer aventurera y extrovertida? ¿Sería agradable para ellos enterarse que, durante todo este tiempo, Eugenia sólo se asemejó a ellos para poder pertenecer a su pequeña familia?

Quizás sí, quizás no.

Lastimosamente, era algo que nunca descubrirían, puesto que sólo pensaba recordar a la antigua Eugenia esa noche. Después volvería a guardarla en sus recuerdos bajo llave y con candado.

Cuando se percató de que ya era hora, abandonó la casa por la puerta trasera y se alegró al ver a su carruaje de alquiler esperando por ella. El camino se le hizo eterno, pero cuando llegó a su destino, se dio cuenta que Las garras de Lucifer hacia honor a su nombre.

Ubicado en un edificio de piedra oscura, cuya fachada no revelaba el libertinaje de su interior, el establecimiento era el epicentro del vicio elegante. La gente se desplazaba por la calle como si estuviera a punto de ingresar al mejor baile de la temporada, un hecho que le generó algo de gracia porque los ingleses estaban obsesionados con las apariencias y el qué dirán.

Al cruzar el umbral del club, el aroma a tabaco, opio dulce y perfumes costosos la golpeó. El aire era denso, vibrante con la

música de una orquesta oculta y el murmullo de voces que conspiraban tras sus máscaras.

Eugenia avanzó, sintiendo cómo las miradas se clavaban en ella. El dorado de su vestido cortaba la penumbra como un rayo de sol atrapado en una cueva, logrando acaparar las miradas masculinas, pero ella solo buscaba una sombra en particular.

Killian no la dejaría plantada, ¿verdad?

De haber sido esa su intención, le habría regresado la invitación que le envió la noche anterior, por lo que sólo debía abrir los ojos y buscarlo mejor. Su pulso lo encontró antes que sus ojos; un tirón magnético que la guio hacia la columna de mármol negro donde él acechaba.

El enorme escocés parecía una aparición surgida de las profundidades de la noche. El traje de terciopelo negro absorbía la poca luz del lugar, haciendo que su figura resultara imponente y amenazadora. La máscara de cuero negro le cubría la mitad superior del rostro, resaltando la línea severa de su mandíbula y la curva de unos labios que Eugenia recordaba con una nitidez que la avergonzaba.

Cuando Killian reparó en su presencia, Eugenia paró en seco en contra de su voluntad. Al parecer, él también podía verla con bastante claridad a pesar de su máscara.

De un momento a otro, se cuestionó si realmente quería entregárselo a otra mujer.

«Él necesita una heredera, no sabotees su futuro» se dijo a sí misma, conteniendo la respiración.

***

Ahí estaba Killian, siguiendo las órdenes de una inglesa que no medía más de uno sesenta y cinco, sólo porque necesitaba verla de nuevo y saber que todo estaba bien entre ellos. Había llegado cuarenta minutos temprano, ansiando su encuentro en silencio, y en ese tiempo pudo percatarse que Las garras de Lucifer era el tipo de club al que nunca aspiraría pertenecer; si bien ahí los burgueses eran tan bienvenidos como los nobles, con su posición económica él estaba en lo más bajo de la pirámide social.

Además, si lo pensaba detenidamente, ese estilo de vida tan bohemio no se parecía en nada al que él mantenía en Escocia.

Se percató de que eran las diez con dos minutos y barrió el lugar con la mirada.

¿Por qué Eugenia estaba tardando tanto? ¿Habría hecho bien al permitir que llegara sola?

Si se apresuraba, ¿aún podría encontrarla en la casa de Ibrahim?

Alzó el rostro, decidido a ir en su búsqueda, pero un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando la encontró sin siquiera tener que realizar un movimiento. Porque sí, no importaba cuán lejos estuviera, él sabía que la mujer de oro era Eugenia.

Ella era oro puro en medio de piedras grises y sin brillo.

Cuando sus ojos se encontraron, el tiempo pareció detenerse. Killian dio un paso al frente y, por un segundo, su fachada de guerrero imperturbable se resquebrajó. Su pulso, visible en la base de su cuello, se desbocó. Se quedó sin aliento, con los labios entreabiertos, comprendiendo en ese instante de claridad dolorosa que se había enamorado de la mujer equivocada.

No de una heredera dócil, no de una secretaria servil, sino de esa diosa dorada que lo miraba con una mezcla de anhelo y

arrepentimiento.

Ella no lo quería, sólo era amable con él.

Ambos iniciaron una corta caminata hacia su encuentro, era como si sus cuerpos se estuvieran llamando, por lo que Killian agradeció en silencio que nadie se hubiera metido en su camino.

No quería asesinar a ningún inglés esta noche.

—Estás... —su voz bajó una octava, dejando en evidencia su nerviosismo—... no hay palabras en mi lengua para describirte, muchacha.

—No digas nada —lo cortó, sintiendo que, si él seguía hablando, ella tiraría la máscara al suelo y olvidaría la principal razón del por qué se encontraban ahí—. Tenemos trabajo que hacer. —Eugenia se obligó a dejar de lado la ensoñación—. Los padres de las jóvenes de la lista deben estar en los reservados del segundo piso.

Killian tensó la mandíbula, la frialdad de la rubia acababa de romper el momento.

—¿Por qué sabes tanto de esos hombres? —frunció el ceño, y Eugenia le sonrió.

—Estar cerca de la gente de servicio tiene sus beneficios, siempre recibo nuevos chismes.

Él dudó, pero finalmente asintió.

—Está bien, empecemos con esta cacería de una vez por todas.

Con suerte, lejos de cazar un pez gordo —así denominaría a los hombres que tenían hijas elegibles—, Killian terminaría quedándose con el gran tesoro del pirata: la reina de oro.

***

Eugenia se desplazó por el lugar con la gracia de una sombra dorada y subió las escaleras hacia la zona de los reservados, donde las cortinas de terciopelo rojo ocultaban los tratos más oscuros de la ciudad.

—¿Estás segura de que están por aquí? —la pregunta de Killian hizo que la piel se le erizara y no precisamente por el cómo sonaba su aterciopelada voz en la oscuridad del pasillo, sino porque su aliento terminó rozando la curvatura de su cuello.

¡¿Por qué estaba tan cerca de ella?!

—Sí, pero no sé en cuál de todos los apartados se encuentran —admitió, eran cinco en total.

—Qué bueno que eres secretaria y no detective —bromeó, tiñéndole las mejillas de carmesí, y lo fulminó con la mirada.

—Harías bien en valorar mi esfuerzo —farfulló—. Después de todo, logré que entráramos al club esta noche.

Killian alzó ambas manos en son de paz.

—Tú ganas, lo cierto es que hiciste más de lo que yo podría.

Eugenia esbozó una débil sonrisa y tragó su carcajada. No sería de buen gusto que empezara a bromear con Killian en medio de ese solitario pasillo, lo mejor que podían hacer era identificar a los padres de las herederas. Se dispuso a avanzar hacia el primer apartado para espiar a los ocupantes, pero un grupo de voces conocidas en el segundo la hizo olvidar su plan inicial.

Se pegó a la segunda cortina, conteniendo la respiración, y rezó en silencio para que lo que estaba a punto de escuchar no fuera nada terrible o perjudicial para ella. Al otro lado del reservado, la risa de Isaac Kilbrenner resonaba con arrogancia. No estaba solo; Archie,

su hermano menor, y Zachary Aldrich —todos socios de la empresa —, estaban con él.

—¿Entonces es un hecho? —preguntó lord Zachary, uno de los cuñados de Lilias—. ¿Ibrahim se decidió por la hija de Snowdon?

Un escalofrío recorrió su espina dorsal y odió que las piernas empezaran a temblarle. Si eso era verdad, ¿por qué Ibrahim le ofreció visitar su alcoba?

—¿Te atreviste a dudarlo? —la voz de lord Isaac era despreciativa —. Cumming mataría a cualquiera con tal de emparentar con un conde y lady Beatrice Cavendish es el trofeo que necesita para que el resto de Londres deje de verlo como un advenedizo con suerte y talento.

¿Cómo un hombre tan arrogante como ese podía estar casado con alguien tan dulce como lady Harriet?

—¿Y qué hay de la señorita Armitage? —intervino lord Archie con curiosidad—. Todo el mundo sabe que Ibrahim la mira como si fuera de su propiedad. —Fue inevitable no preocuparse ante esa observación.

¿El mundo creía que era propiedad de Ibrahim?

—Ibrahim es un hombre de negocios, no un poeta romántico — escupió Isaac, molesto—. La señorita Armitage es inteligente, eficiente y, admitámoslo, una delicia para la vista, pero no tiene nada verdaderamente valioso para ofrecer.

Eugenia sujetó a Killian del brazo para impedir que cometiera una locura. No había razón para ponerse violentos y quería seguir escuchando. Sentía que estaba descubriendo una faceta de Ibrahim que no conocía, ¿acaso él solía ser otra persona cuando estaba con sus socios?

Siempre pensó que su inteligencia y buen corazón era lo más valioso que tenía, pero todo indicaba que para los hombres que la rodeaban eso era lo que menos importaba.

—Ibrahim no arruinará su futuro casándose con una simple secretaria —continuó el hombre, hiriéndola profundamente—. La duda que tiene es puramente... carnal.

Eugenia cerró los ojos con fuerza.

Quería creer que ese hombre estaba equivocado, por lo que le daría el beneficio de la duda a Ibrahim y dejaría que el tiempo le diera la razón, o terminara abriéndole los ojos de una vez por todas.

—Yo no me confiaría —espetó Zachary, indiferente—. Tú no sabes lo que es el amor, Isaac. —Le dio la impresión de que ese comentario incomodó al recién nombrado—. Yo hice muchas locuras por mi esposa y jamás esperé nada más que su amor a cambio.

—Es diferente —siseó él.

—No, no lo es. Blair nunca me aportó nada económicamente, pero cambió mi vida para siempre y me dio un maravilloso hijo.

—Tú eres el hijo de un duque, Ibrahim es un simple escocés.

Eugenia contuvo su gruñido y cerró las manos en dos puños.

¡¿Qué diantres tenían contra los escoceses?!

—Creo que lo mejor es esperar hasta el final de la temporada —dijo Archie, tratando de apaciguar la disputa de los hombres—. La decisión es sólo de Ibrahim y ya sea lady Cavendish o la señorita Armitage, esperemos que su decisión sea la correcta.

¿En qué momento dejó de ser la prioridad de Ibrahim para convertirse en una opción poco atractiva?

«Eso ya no importa. De todas formas, dejé de ser una opción hace mucho» reconoció mentalmente, admitiendo que ya no estaba

interesada en convertirse en la esposa de Ibrahim. A decir verdad, aspiraba más a una sociedad para poder mantener su trabajo en La Alianza.

—Ibrahim no es un tonto, Archie. Se divertirá con la secretaria en las sombras, pero pondrá el anillo en el dedo de la heredera. Un hombre no mezcla el placer del dormitorio con el prestigio del salón.

Quiso gritar, quiso entrar y romper la botella en la cara de lord Kilbrenner —quien parecía disfrutar a la hora de menospreciarla—, pero sus piernas eran incapaces de moverse.

Intentó retroceder, pero tropezó con la seda de su propio vestido. Por suerte, una mano enguantada y firme la sujetó por el brazo, sacándola de la penumbra y llevándola lejos de esos reservados.

***

Killian la arrastró hacia un rincón oscuro de la galería superior. Su rostro, tras la máscara de cuero, estaba encendido por la rabia. Siempre lo supo, ese interés que Ibrahim decía sentir por Eugenia era hipócrita y vacío; sin embargo, habría preferido que ella no se enterara de la situación de esta manera.

«Si tan sólo pudiera matar a esos idiotas», pensó en los sujetos del apartado y lo satisfactorio que sería darles unos buenos golpes.

—Quiero volver a casa —musitó la rubia, indicándole que la magia de la noche había llegado a su fin, y se volvió a ella, furioso.

—¿Por qué lo harías?

No esperó esa noche con tanta anticipación para que las cosas terminaran así.

—No quiero que Ibrahim se entere que estuve aquí.

Killian se rio sin humor alguno, odiando que su pecho se llenara de emociones tan negativas y contradictorias.

—No le debes nada, lo mejor para ti es olvidarte de él.

—Hay muchas cosas que me unen a tu primo —escupió, observándolo con rencor, y Killian desencajó la mandíbula.

Sin embargo, no pudo ver que el único interés de Eugenia en aquel momento era mantener su puesto en La Alianza.

—Pero ¿qué diablos te pasa? —masticó sus palabras y señaló el pasillo que abandonaron—. ¿Es que estás sorda o qué? —Atenazó su brazo con firmeza, pero sin ejercer violencia—. Esos hombres acaban de confirmar que Ibrahim se casará con la hija de un conde, ¿acaso necesitas que te lo pongan por escrito?

—Ese no es tu problema —farfulló.

Killian alborotó su cabellera, desesperado.

¡¿Cuál era su afán de quedarse junto a su primo?!

—Debes superar tu enamoramiento.

—Suéltame —siseó—. Lo que decida no es asunto tuyo, él es mi mejor amigo.

—¡Claro que es mi asunto! —rugió él en voz baja, acorralándola contra la pared—. Te he visto desvivirte por ese hombre, te he visto organizar sus cuentas, sus casas y si sigues así, él hará que organices hasta su matrimonio.

Eugenia sintió como un escalofrío recorrió su espina dorsal y se percató de que Killian estaba malentendiendo sus emociones. Ella no estaba frustrada porque Ibrahim quisiera casarse con otra mujer, estaba frustrada porque todo indicaba que su mejor amigo, el hombre en quien confió por años, pretendía verle la cara de idiota.

—¿Por qué sería tu asunto? —su voz apenas y fue un susurro.

—Porque tú me gustas —confesó apasionadamente, helándole las entrañas y prendiendo todas sus alarmas—. Porque si tú me lo permitieras, te llevaría a Escocia conmigo y te haría mi esposa.

Si no fuera una simple secretaria, elegiría a Killian sin dudarlo, pero debía ser realista. Ese hombre requería de una heredera para salir adelante y no volver a depender de la nula generosidad de sus primos.

«No lo aceptes, él se arrepentirá de su elección cuando vea que no tienes nada que aportar». Una lágrima se deslizó por su mejilla y usando toda su energía, logró empujarlo por el pecho para que le otorgara su libertad.

—Estoy segura de que Ibrahim no me traicionará, él sólo está confundido —lo mejor sería no revelarle sus sentimientos, Killian debía creer que el único hombre que le interesaba era su primo.

—Ten algo de dignidad, Eugenia —la llamó por su nombre de pila, iracundo— Deja de esperar migajas de alguien que ya ha elegido a otra mujer. Busca a alguien que te dé el lugar que mereces.

Eugenia, decidida a alejar a ese hombre del peligro que ella representaba para su futuro, mutó sus emociones y miró a Killian con una mueca de desprecio que claramente no deseaba exteriorizar.

—¿Alguien como tú, Killian? —Ella forzó una risa que le supo amarga—. Mírate. Eres un salvaje con un traje prestado, un muerto de hambre que no tiene dónde caerse muerto. ¿De verdad crees que cambiaría la seguridad de un imperio por... por esto? —lo señaló con desprecio.

Killian retrocedió un paso, profundamente herido por la verdad que existía en sus palabras. Estaba acostumbrado a los insultos; su

abuela, sus tíos y primos siempre lo menospreciaron por ser hijo de unos asesinos, pero debía reconocer que ningún insulto lo había herido tanto como el de Eugenia.

Él la amaba, la quería de verdad, pero para ella era un simple muerto de hambre.

—No tienes nada, Killian —continuó la rubia, rompiéndole el corazón—. No tienes nombre, no tienes futuro y no tienes ni una sola posibilidad de alzar el negocio que heredaste.

—Lo sé.

—Si lo sabes, ¿cómo te atreves a decirme que busque algo mejor? Ibrahim es el hombre que llevo años esperando y no permitiré que los comentarios de unos canallas me hagan cambiar de parecer.

El silencio que siguió fue sepulcral. Los ojos de Killian, tras la máscara, perdieron ese brillo de adoración que habían tenido minutos antes. Se volvieron fríos y distantes, generando un gran peso en el pecho de la rubia.

—Tienes razón —dijo él, con una calma que le dolió más que cualquier grito—. Soy un muerto de hambre y un estúpido por haber creído que bajo todo este oro latía el corazón de una mujer buena. —Eugenia palideció—. Me equivoqué, pero debo recordarte que solo eres una secretaria con altas aspiraciones.

—¿Qué? —abrió los ojos, ofendida—. ¿Cómo te atreves a decirme algo así?

Killian sonrió con malicia, recuperando la confianza que claramente no tenía.

—Quédate con tu jefe y sus migajas de afecto, no pienso estar aquí cuando él te eche de su vida.

Killian se quitó la máscara, revelando un rostro marcado por la decepción absoluta, y Eugenia odió que su pulso se ralentizara. Era lo mejor, él no podía aferrarse a ella. Si eso sucedía, ambos se hundirían en un barco que estaba en ruinas.

—Por desgracia para mí, soy un caballero —añadió, y ella respingó en su lugar cuando la tomó del brazo y regresó su máscara a su lugar—. Te llevaré a tu casa porque la noche es peligrosa.

—Killian…

—Pero después de eso, no volveré a buscarte y tú harás lo mismo.

El trayecto en el carruaje fue una tortura silenciosa.

El único sonido que los acompañaba era el golpeteo de los cascos de los caballos sobre el pavimento mojado y el siseo de la lluvia contra los cristales. Eugenia miraba por la ventana, con las manos apretadas sobre su regazo, pero hizo hasta lo imposible para no llorar.

Quería pedirle perdón, decirle que no pensaba lo que había dicho, que solo lo estaba protegiendo, pero si cedía ahora, si se disculpaba, tendría que reconocer que ella también terminó enamorándose de él y eso representaría la condena de ambos.

—Espero que cumpla su palabra —dijo ella finalmente, sin mirarlo, cuando el carruaje se detuvo frente a la mansión de Ibrahim—. No me busque más. Entre nosotros no hay nada, nunca lo hubo y nunca lo habrá.

Killian le hizo un gesto con la mano para que bajara del carruaje y Eugenia apretó la mandíbula.

—Solo fue un error de una noche —añadió, molesta—. Ahora debo enfocarme en mi trabajo y en Ibrahim —su voz tembló y le

entregó la lista de los padres de las seis damas elegibles.

Killian no respondió. Ni siquiera la miró mientras ella bajaba del carruaje. No hubo una última palabra, ni una mirada de reproche, solo el sonido de la puerta cerrándose y el carruaje sumergiéndose en la oscuridad londinense.

Esa noche, Eugenia se quitó el vestido dorado sola, sintiendo que cada costura se desgarraba en su alma, y nada la preparó para el diluvio que se suscitó en sus mejillas cuando la máscara abandonó su rostro.

Amaba a Killian Cumming, lo quería tanto que lo estaba liberando de hacer una pésima elección.

Capítulo 14

Eugenia habría preferido quedarse encerrada en su alcoba durante los siguientes dos días; no obstante, tenía un compromiso con lady Harriet y su deber era devolverle el vestido dorado lo antes posible. Aprovechó la ausencia de Ibrahim para usar el carruaje de la casa y una vez que llegó a su destino, le pidió al cochero que se fuera, dado que llevó unos bocadillos consigo para poder desayunar con la castaña.

Llamó a la puerta con nerviosismo, esperando no parecer muy invasiva, y como la respuesta nunca llegó, decidió insistir de nuevo. Eran las nueve de la mañana, era imposible que la dama no estuviera en su casa; es decir, sólo la gente trabajadora madrugaba y ella… la culpabilidad la golpeó con fuerza.

Lady Harriet trabajaba para madame Gale.

—Soy una tonta —suspiró, apenada, y ladeó el rostro con lentitud, viendo el camino de regreso que tomó su carruaje—. Tendré que regresar más tarde y…

—Ya voy —escuchó una tierna y somnolienta voz del otro lado de la puerta y una sonrisa se dibujó en su rostro—. ¿Quién es? —preguntó antes de abrir la puerta y Eugenia carraspeó.

—Soy yo, Eugenia —musitó—. Vine a devolverle su vestido, milady, espero no molestarla.

El cerrojo sonó y la culpabilidad la golpeó con fuerza al verla con el pelo suelto y su bata de dormir.

—Lo siento tanto, no me di cuenta de la hora y…

—Entre —se hizo a un lado con timidez, temiendo ser vista, aunque la calle estaba vacía, y Eugenia se adentró a la estancia con rapidez.

—Qué pena, en verdad.

—No se preocupe —le sonrió y se frotó los ojos con cansancio—. ¿Cómo estuvo su noche? ¿La pasó bien?

¿Sería prudente decirle que el imbécil de su marido arruinó su visita a Las garras de Lucifer?

—Sí —forzó una sonrisa y le tendió la caja—. Es un vestido precioso, tiene mucho talento.

—Gracias —se limitó a decir y dejó la caja sobre la pequeña mesa de la sala—. Yo… recién calentaré agua para tomar el té, ¿gusta quedarse? —el rubor en sus mejillas le anunció que no esperaba visitas y posiblemente no tendría nada apropiado para invitarle.

—En realidad, le traje esto —le enseñó la caja que tenía en manos—. Pensé que sería agradable desayunar juntas. —Abrió la misma, dejando a la vista bollos de canela, nata y galletas con chispas de chocolate.

—Se ve delicioso —susurró y Eugenia la escuchó tragar con fuerza —. No debió molestarse, yo…

—Tomé todo de la cocina de Ibrahim —hizo un gesto con la mano para restarle importancia, y ella la miró ceñuda—. Es mi jefe, el socio de lord Kilbrenner —se vio obligada a aclarar y Harriet asintió, pero no dijo nada al respecto—. Permítame ayudarla con la caldera, si gusta puede ir a cambiarse.

Ella estaba vestida con una linda bata rosada, pero no era eso lo que la hacía ver magnética, sino su larga y abundante cabellera

castaña que se asemejaba a un manto perfectamente planchado que llegaba hasta por encima de su cadera.

—¿Le molesta si me quedo así? —preguntó con timidez.

—Para nada —prendió el fuego con habilidad y puso la caldera en su sitio.

—Lo hace ver fácil —musitó con admiración y Eugenia se rio.

—Es cuestión de práctica.

—Aún hay días en los que debo tomar leche fría o conformarme con un poco de agua —comentó distraídamente y señaló la caja que dejó sobre la mesa—. ¿Puedo tomar una galleta?

—Claro, traje todo para usted.

Era lo mínimo que podía hacer por ella después del gran favor que le hizo.

—Gracias, son mis favoritas —admitió más relajada y le dio un mordisco a una—. Sabe bien. —Las pálidas mejillas obtuvieron un color saludable y Eugenia barrió la cocina con la mirada.

—¿Dónde tiene el té? Pondré la mesa.

—Yo lo haré.

En esta ocasión fue la castaña quien se desplazó por la estancia para poner en la mesa un poco de té y azúcar. En el proceso, Eugenia fue lo suficientemente imprudente como para estudiar el estado de su alacena.

—¿Usted cocina? —inquirió con fingida indiferencia, revisando la temperatura del agua.

—No, almuerzo con madame Gale.

Eso explicaba la ausencia de verduras, carne y legumbres, pero…

—¿También cena con ella?

Al no obtener una respuesta, decidió no ahondar en el tema.

Cuando su madre murió, Eugenia pasó varios días sin disfrutar de un buen plato de comida hasta que él llegó…

—No me gusta que vivas sola, ¿por qué no te mudas a mi casa? —inquirió Arthur Morrison, el hombre que la ayudó a adquirir todos sus conocimientos y quien le brindó un trabajo decente mientras su madre estaba con vida.

—No sería bien visto —susurró y su primer amor le sonrió con ternura.

—Lo que no es bien visto es que te quedes aquí sola. Además, vivimos en las afueras del pueblo, nadie tiene que conocer nuestro acuerdo. Hay mucha gente que trabaja cama dentro, Eugenia.

Él tenía razón, pero… ¿su madre aprobaría que se mudara a la casa de un hombre soltero?

Su estómago rugió, dándole la única respuesta que en ese momento podía entender.

—Está bien, pero me gustaría mantener mi empleo.

No aceptaría su ayuda, sino la oferta de trabajo que había detrás de su oferta.

Eugenia siempre lamentó el haber aceptado la generosidad del señor Morrison, pero… si lo pensaba detenidamente, ¿qué otra opción tenía en aquel momento?

«Ir por Seamus» le dijo una vocecilla y ella tragó con fuerza.

Fue lo suficientemente terca como para creer que podría salir adelante sola.

¿Lady Harriet estaría pasando por algo similar?

Le dio un sorbo a su taza de té y observó con asombro el gran apetito que ella tenía para ser alguien tan delgada.

—Por favor, coma, Eugenia —la llamó por su nombre de pila—. Perdón si no la espero, trabajé hasta las cuatro de la mañana y no sabía que tenía tanta hambre hasta que vi todo lo que trajo consigo.

—No se preocupe —sonrió—. Sin embargo, ¿es prudente que trabaje hasta tan tarde? Los bordados requieren de mucha luz.

—Ya me acostumbré —respondió tranquilamente, tomando su cuarta galleta—. Antes solía ir al taller por las noches, pero madame Gale consideró que era algo arriesgado y dejó que trajera mi trabajo a casa.

—Ya veo…

—¿Vive con su jefe? —preguntó ella de pronto, con curiosidad.

—Sí.

—¿Y no le preocupa las consecuencias que eso pueda traer a su vida? —Harriet frunció el ceño y Eugenia ladeó el rostro, confundida —. Si algún día decide mudarse, nadie querrá rentarle un cuarto porque vivió con un hombre soltero.

—¿Qué? —la miró con sorpresa.

—La razón por la que vivo en esta casa es porque en las casas para huéspedes no vieron apropiado que una dama casada se mudara allí, totalmente sola —le contó sin ninguna emoción en particular—. ¿Cree que su estadía en la casa de su jefe será permanente?

—En realidad, pensaba mudarme antes de que la temporada termine.

Esa tarde tenía pensado enviar su solicitud a diferentes casas para huéspedes para arrendar un cuarto, pero jamás se puso a

pensar en el hecho de que su reputación estaba levemente afectada por los rumores que existían respecto a su relación con su jefe.

Esto era malo, pero nada estaba dicho por el momento. Al menos no hasta que reciba una negativa por parte de los posaderos.

—Le deseo suerte en su búsqueda —espetó Harriet y Eugenia cuadró los hombros al oír como la puerta de la casa se abría—. ¿Quién será? —susurró ella, repentinamente abatida, y abandonó su lugar con lentitud.

Eugenia la siguió, pero ambas pararon en seco cuando lord Isaac se materializó bajo el umbral de la puerta de la cocina. Cerró las manos en dos puños, detestando a ese hombre con cada fibra de su ser, y se sintió bastante aliviada cuando él se dio unos segundos para reparar en el aspecto de su esposa antes de percatarse de su presencia.

—Señorita Armitage —arrugó el entrecejo—, ¿puedo saber qué hace en mi casa?

¿Por qué sería su casa si la que vivía ahí era Harriet?

—Vino a probarse un vestido —respondió la dama con prontitud —. Trajo unos bocadillos y la invité a pasar. —Eugenia reparó en la postura de Harriet, estaba firme como un militar, pero su cabeza se mantenía gacha.

Si bien el hombre podría considerarse su jefe, ella no tuvo reparo alguno a la hora de observarlo con ojo crítico. Isaac enarcó una ceja, desafiándola a seguir con su escrutinio, y Eugenia blanqueó los ojos.

Él le caía mal, por lo que no veía razón alguna para simular respeto.

—¿Qué lo trae por aquí un sábado en la mañana? —En esta ocasión la dama levantó el rostro y llevó un mechón castaño tras su

oreja, nerviosa—. Yo… no lo esperaba hasta el jueves.

Los ojos ambarinos volvieron a estudiar a la castaña de pies a cabeza —con una intensidad que a Eugenia la incomodó en demasía — y luego el hombre las pasó de largo para tomar asiento en la mesa, en uno de los dos espacios vacíos.

—Estoy hambriento y mi casa queda lejos —respondió con sencillez, observando a Eugenia con enojo.

¿Era su manera de decirle que se largara?

Ella fingió su mejor sonrisa y se acercó a la mesa.

—Qué bueno que traje varios bocadillos.

Él le arruinó su noche, así que ella arruinaría su mañana.

Se sentó junto a él, esperando un comentario hiriente, pero para ninguno de los dos pasó por alto que lady Harriet permaneció inmóvil en su lugar, mirando a su esposo con inquietud.

—¿Qué sucede? —la voz masculina bajó una octava, se oía peligrosa—. ¿No piensas sentarte?

—Yo… bueno… —empezó Harriet—. Ya no tengo té. —Eugenia se tensó y pudo sentir la vergüenza de Harriet a sangre viva—. Si me permiten, me cambiaré e iré a comprar más.

La dama giró sobre su eje, decidida a abandonar la cocina, pero una vez más se escuchó como la puerta principal se abría. Sin embargo, la tensión que se cernió en el lugar dejó en evidencia que ni Harriet ni su esposo esperaban a alguien más —dado que sería absurdo que un tercero tuviera la llave de la casa—. Lord Kilbrenner abandonó su lugar con la velocidad de una fiera, provocando que su esposa girara sobre su eje y se metiera en su camino.

—Espere, esto tiene una explicación…

—Hazte a un lado —farfulló el hombre, empujando a su esposa, y Eugenia se acercó a Harriet para ayudarla.

—¿Te encuentras bien? ¿Por qué tiene que ser tan salvaje? —escupió, furiosa, y ella negó con la cabeza.

—Esto es malo, le dije que ya no viniera —soltó con voz débil.

—¿Harriet? —inquirió una voz masculina desde la sala, la de lord Archie para ser más exacta, y Eugenia palideció—. ¿Dónde estás? Te traje un par de cosas y…

El sonido de un impacto seco y sordo, como el de un mazo contra madera, resonó en toda la estancia. Fue seguido de inmediato por un gruñido gutural, una mezcla de rabia y aire escapando de los pulmones. Eugenia y Harriet se quedaron congeladas un instante antes de echar a correr hacia la sala.

Al cruzar el umbral, la escena era un torbellino de extremidades y jadeos. No era una pelea elegante de caballeros; era una lucha de callejón trasladada a una sala de estar. El cuerpo de Isaac, movido por una furia ciega, se estrelló contra Archie, derribándolo. El ruido de los muebles crujiendo bajo su peso combinado —el estallido de una silla que cedía y el tintineo de algo de cristal rompiéndose en el suelo— era ensordecedor en comparación con el silencio previo.

Ambos hombres rodaban por la alfombra, una masa de levitas arrugadas y puños que golpeaban sin dirección precisa, pero con una intención letal. Los ojos de Isaac estaban inyectados de furia y la mandíbula de Archie ya empezaba a teñirse de un púrpura oscuro bajo la luz de la mañana. Se miraban con un rencor tan antiguo y puro que parecía haber estado esperando ese preciso momento para estallar.

Ninguno escuchó las súplicas de Harriet y Eugenia no podía dejar de recordar todas las notas en las que lady Berricloth había insinuado que lord Archie estaba enamorado de la esposa de su hermano.

¿Los rumores eran ciertos?

—Por favor, Eugenia, debes irte —suplicó Harriet, angustiada.

—Pero… —miró a los hombres, ya se habían soltado, pero la ira masculina no se había ido.

—Yo me encargaré de esto —le suplicó con la mirada.

Salió de la casa con rapidez, comprendiendo que vio algo que no debía ver, y regresó a su casa con el corazón en la garganta.

¿Sería prudente hablarle a Ibrahim sobre el altercado?

Después de todo, Isaac y Archie eran sus socios.

Al darse cuenta que esa era la vida privada de la pareja Kilbrenner, Eugenia negó con la cabeza y empezó a redactar sus solicitudes para diferentes casas para huéspedes. Las cuales, para su pesar, una semana más tarde fueron respondidas con negativas despectivas y contundentes.

—Estoy perdida —susurró, titubeante.

Si ninguna casa para huéspedes quería alquilarle un cuarto, ¿dónde viviría una vez que Ibrahim se casara con lady Cavendish?

«Porque tú me gustas. Porque si tú me lo permitieras, te llevaría a Escocia conmigo y te haría mi esposa». La propuesta de Killian volvió a retumbar en su cabeza y Eugenia enterró el rostro en sus manos, acongojada.

—No puedo aceptar su oferta, él… necesita más de lo que yo puedo ofrecerle.

Además, haría bien en recordar lo ruin que fue con él la última noche que se vieron. Eugenia quería solucionar las cosas, encontrar una manera de compensarlo por su crueldad, pero lo que no sabía era que el silencio de Killian no era una tregua, sino una ausencia que duraría más de un mes, provocando un vacío en su pecho que empezaría a quemar más que el fuego.

Capítulo 15

Cuarenta días más tarde

Ibrahim siempre pensó que cautivar a la hija de un noble le tomaría más tiempo, pero debía reconocer que lady Cavendish sólo necesitaba ver un diamante para caer rendida ante los "encantos" de un varón. Era un hombre rico, no debería preocuparle que su esposa fuera una casa fortuna; sin embargo, debía admitir que la actitud de la dama le parecía de muy mal gusto.

Beatrice ni siquiera estaba interesada en su trabajo ni persona. Para ella lo único que parecía tener valor real eran los chismes, las tiendas de Regent Street y todas las promesas que él le brindaba respecto a un futuro prometedor.

Torció los labios, rezando en silencio para que al menos fuera una buena madre para sus futuros hijos. No tendría el matrimonio más dichoso del mundo, pero al menos ella no era su única opción. Observó de reojo a Eugenia, quien llevaba más de media hora sumida en el documento que leía, y le regaló una sonrisa genuina al percatarse de lo linda que se veía cuando fruncía el ceño.

Era la primera vez en meses que trabajaban juntos, aunque cada uno estaba ensimismado en su propio proyecto.

—¿Qué sucede? —inquirió con aspereza, haciéndola respingar en su lugar—. ¿Hay algo que te tenga de mal humor?

Ella parpadeó, como si él acabara de sacarla de una ensoñación, y luego negó con la cabeza.

—No, es sólo que ya terminé con los planos y ahora debo armar los presupuestos para cerrar el año exitosamente. —Adoraba que

fuera tan lista y eficiente.

—¿Estás segura de que hiciste todos los planos? —enarcó una ceja, y ella asintió—. Nunca me presentaste los planos para la casa de las afueras.

Un tenso silencio se cernió sobre ellos.

—Lo olvidé por completo, de verdad lo siento —se incorporó de un salto, abatida—. Yo…

—Descuida, ya me encargué de ellos —espetó con orgullo, recordando toda la decoración que eligió para su nido de amor, uno que estaría lleno de colores vibrantes y flores—. Te aseguro que te fascinará, fui muy cuidadoso en cada uno de los detalles.

Ella no entendió el mensaje, pero asintió.

—Lo siento, estuve con tanto trabajo que olvidé esa casa por completo —suspiró e Ibrahim tragó con fuerza.

¿Era impresión suya o Eugenia repudiaba esa casa?

—Estará lista dentro de poco.

—¿Cómo dices? —lo miró con sorpresa.

—Sí, he estado trabajando en su ejecución. —Al menos eso le ayudó a alejarse de los Cavendish por unas semanas—. Creo que estará lista dentro de dos semanas.

—Debió salirte una fortuna —observó ella, pensativa—. ¿Cuál es tu apuro de terminarla? —hizo la pregunta sin siquiera mirarlo—. Esa casa no será fácil de vender.

Él no quería ponerla a la venta, simplemente quería entregársela antes de que se fuera a Sussex con los condes y su hija. No quería dejar a Eugenia sin un techo, pero entendía que su casa ya no era apta para ella, pues estaba casi seguro de que la siguiente temporada volvería a Londres como un hombre comprometido.

—Por cierto —dijo ella de pronto, demandando su atención—. Lilias me envió una invitación para pasar las fiestas navideñas con ellos en Sussex, ¿le cediste tu casa de campo?

Ibrahim se tensó, ¿por qué diantres su hermana hizo algo así cuando le dejó bastante claro que pensaba invitar a los condes de Snowdon y su hija a pasar las fiestas navideñas con ellos?

Maldición, estaba claro que su hermana no tenía la más mínima intención de traicionar a Eugenia, dado que esa invitación era un acto de rebeldía en su contra.

—¿No es extraño? —la garganta se le cerró, ella se veía muy confundida—. ¿Por qué me enviaría una invitación si siempre pasó las fiestas con ustedes?

Fácil, Lilias le envió una invitación porque él dejó claro que no llevaría a Eugenia a Sussex este año. Porque una vez que estuviera casado, ella tendría sus propias fechas especiales, unas que no afectarían mucho su vida conyugal y social en Londres.

—¿Ibrahim? —Eugenia lo buscó con la mirada y él se despabiló.

—¿Sí?

—Te preguntaba que cuándo nos iremos al campo.

«Yo me iré dentro de dos semanas y tú… irás a tu nuevo hogar lejos de Sussex».

—Aún es pronto para hablar del tema, ¿no crees?

—La temporada terminará en menos de tres semanas —observó ella, poniéndole los pelos de punta—. ¿Te sientes bien?

—Recordé que tengo un asunto pendiente que no puedo posponer —mintió, necesitaba huir de ese lugar antes de que ella pudiera descifrarlo.

—Entiendo —musitó ella, posando la vista en la ventana del salón.

¿Por qué siempre miraba hacia el exterior con tanto anhelo?

¡Él no la tenía encerrada!

—Es tarde, tengo que irme —sujetó su levita y cuando rodeó su escritorio, lo siguiente que escuchó hizo que parara en seco.

—¿Has tenido noticias de tu primo? —preguntó en tono neutro, pero incluso así sus alarmas se prendieron—. No lo he visto merodear por la oficina últimamente, ¿crees que volvió a Escocia?

La observó con dureza, intentando ver más allá de su curiosidad, y se preguntó si los celos que estaba sintiendo estaban realmente justificados. Eugenia era una mujer de naturaleza curiosa e inteligente, quizá sólo deseaba saber si había hecho algún avance con Killian, pero… no le gustaba que su primo estuviera tan presente en sus pensamientos.

—Pienso dejarlo sin nada —fue sincero, llevaba semanas ideando el plan perfecto para deshacerse de ese imbécil—. Mi abogado redactará un contrato que él tendrá que aceptar le guste o no.

—¿Qué? —Eugenia se incorporó, molesta—. ¿Por qué no me dijiste que tenías pensado hacer una sociedad con él?

¿Desde cuándo un patrón le daba explicaciones a una criada?

—No me asociaré con él —gruñó—. Haré que me venda todo a un precio ridículamente bajo.

—¿Y por qué tu primo aceptaría? —lo miró con incredulidad e Ibrahim sonrió con malicia.

—Porque no tiene nada y, supuestamente, tiene un gran sentido del honor.

Eugenia apretó la mandíbula, tomándolo por sorpresa.

¿Por qué estaba tan molesta?

—Él también merece su parte de la herencia.

—¡Sus padres nos robaron todo! —explotó, ¿cómo se atrevía a ponerse de lado de ese salvaje?

—¿Entonces por qué lo culpas a él? —farfulló, decepcionada, e Ibrahim odió que un escalofrío recorriera su espina dorsal—. Tú mismo lo dijiste: fueron sus padres, no Killian.

—¿Killian…? —inquirió con voz peligrosa, y Eugenia comprendió su error demasiado tarde—. ¿Desde cuándo lo llamas por su nombre?

—Decirle señor Cumming sería raro —respondió e Ibrahim se relajó un poco, pero no lo suficiente como para dejar de sentir unos celos crecientes y estúpidos.

—No te encariñes con él, Eugenia —aseveró—, porque lo dejaré sin nada; sin nombre, sin hogar y sin pasado. Será un fantasma caminando por las Tierras Altas antes de que termine el invierno.

—Es tu primo, Ibrahim... —susurró ella, horrorizada.

—Es un Cumming que no merece el nombre —sentenció él, volviéndose hacia la puerta del salón con una calma aterradora—. Y tú, mi querida Eugenia, deberías alegrarte con la noticia que acabo de darte. —Le sonrió—. Una vez que lo eliminemos del tablero, nunca más tendrás que lidiar con su horrible presencia.

***

Eugenia esperó que él se marchara y se dirigió a su habitación con las manos temblorosas. Ibrahim creía que estaba despejando el camino para ellos, pero lo único que estaba logrando era demostrarle que no era tan buena persona como ella creía.

Ahora sabía que Killian estaba en peligro de muerte financiera y emocional, y la última vez que lo vio, ella misma le había dicho que era un muerto de hambre sin futuro.

No podía ser parte de esto, no podía permitir que el hombre que amaba fuera aniquilado por la ambición y el odio de su jefe. Tomó un papel, mojó la pluma en tinta y escribió con trazos rápidos, casi ilegibles:

"Ibrahim tiene un plan para exigirte la herencia de tus padres a cambio de una pequeña suma de dinero, está seguro de que tu honor te llevará a cederle todo. Irá a verte pronto. No te dejes engañar, Killian. Quizá lo mejor sea que toques puertas en Escocia o en cualquier otro lugar lejos de Londres, antes de que sea tarde. No vuelvas a la empresa, ni busques a tu primo. Sólo huye, por favor".

Dobló el papel, lo selló con cera sin escudo y llamó a su mensajero de mayor confianza, el mismo que le debía favores.

—Lleva esto ahora mismo —le ordenó en un susurro—. No dejes que nadie te vea, y asegúrate de que llegue a sus manos.

Cuando el hombre se marchó, Eugenia se dejó caer contra la puerta. Acababa de traicionar al hombre que le dio un hogar, un trabajo y un propósito, y lo único que le importaba era que Killian tomara su consejo y saliera de Londres lo antes posible.

***

—Esa inglesa tonta —farfulló Morag, tirando la nota al fuego, y Killian tragó con fuerza al ver como la hermosa caligrafía de Eugenia se consumía por las llamas—. Los escoceses no huimos, ¿por quién nos toma?

Se contuvo por más de un mes para no buscarla, para no ir a ponerla en su sitio por humillarlo tan cruelmente, y esa estúpida nota había derribado todos los muros de contención que él levantó con bastante esfuerzo y sacrificio.

¿Por qué le daba una advertencia de ese tipo?

¿Acaso no era la más interesada en que su adorado Ibrahim hiciera más fortuna?

—¿Y si se lo entrego todo? —preguntó, y la rigidez que provocó en su abuela fue casi palpable, por lo que la buscó con la mirada.

—¡¿Estás demente o qué?! —escupió Morag, roja de la cólera.

—Sólo piénselo, abuela —pidió con tranquilidad—. ¿Qué mejor manera de redimirme que dándole todo?

—¡También es tu herencia! —rugió—. Todo debe dividirse en tres partes, como corresponde.

Killian lanzó un sonoro suspiro y se reclinó en su sillón, pensativo.

—Tengo una casa, comida y trabajo.

—Vives en una choza de mis tierras y trabajas para tener todo eso.

—¿Y eso es malo? —la miró con el ceño fruncido—. Puede que no tenga lujos, pero es una vida tranquila y honesta.

—¡Eres un Cumming y un Sinclair! ¿Por qué vivirías como un arrendatario?

—No lo sé… —se encogió de hombros—. Quizá ese es el karma que debo pagar.

El silencio que cayó sobre ellos fue incómodo. Durante los últimos catorce años, Morag siempre le recordó que debía pagar el karma de sus padres, pero ahora que él se planteaba una posible manera de

recibir “su castigo”, ella parecía estar totalmente disconforme con la idea.

—¿Qué sucedió? —La pregunta de su abuela hizo que la piel se le erizara—. Desde que fueron a ese club, has estado actuando muy extraño.

Killian se mordió la lengua, odiando que los insultos de Eugenia retumbaran en su cabeza otra vez, y negó lentamente con la cabeza.

—Le pedí matrimonio y me rechazó —simplificó todo, pero no pudo evitar que la voz se le quebrara por el dolor.

No quería que Morag odiara a Eugenia.

—¿Y no piensas hacer nada al respecto?

—¿Qué puedo hacer? —masticó sus palabras—. Ella no me quiere, yo… no tengo nada que ofrecerle.

—Róbatela; eso es lo que hace un escocés de verdad —gruñó su abuela con determinación, generándole una gran inquietud en el pecho—. Si tanto la quieres, hazla tuya y llévala a nuestra tierra. Total, ella no tiene nada aquí.

Si tan sólo fuera tan fácil…

—Durante años he recibido mucho odio por parte de mi familia —evitó mencionar que incluso ella solía ser cruel con él—, por lo que me rehúso a recibir ese trato de la mujer que amo.

—Te envió una nota de advertencia, te rogó para que te pusieras a salvo, ¿de verdad crees que no le importas? —Era la primera vez en mucho tiempo que tenía una conversación tan larga con su abuela—. Búscala, muchacho, haz lo que creas más conveniente y por nada del mundo hagas una sociedad con tu primo.

—¿Qué dices? —la miró con sorpresa—. Antes estabas empeñada en que hiciera las paces con él.

—Mi nieto no se asociará a alguien que le guarda tanto rencor —siseó, abandonando su lugar con esfuerzo, y él tragó con fuerza—. La historia no volverá a repetirse, ¿lo entiendes?

—Te ayudo…

—¡Puedo sola! —ladró, molesta, y Killian observó en silencio como se dirigía al segundo piso, totalmente sola.

¿Podría ser que el aire de Londres le estuviera sentando bien?

Esperaba que no, porque si era sincero, se moría por regresar a Escocia.

«Róbatela; eso es lo que hace un escocés de verdad. Si tanto la quieres, hazla tuya y llévala a nuestra tierra».

Las manos le temblaron con anticipación y se aferró al posa-brazo para no cometer una locura. Estaba molesto con Eugenia, se había dicho que no iría a buscarla hasta que ella le pidiera perdón, pero su nota le estaba dando la oportunidad de obtener el mismo a su manera.

Una tenue sonrisa se plasmó en su apuesto rostro y chasqueó la lengua, entretenido.

La temporada londinense tendrá un cierre digno para esa inglesa remilgada.

Capítulo 16

A la mañana siguiente, en el impecable silencio de su oficina en La Alianza, el sonido de un toque suave hizo que Eugenia respingara en su lugar porque, en teoría, la empresa estaba casi vacía.

Ella era la única que tenía trabajo pendiente.

—Seamus… —musitó con sorpresa al ver a su primo allí y dejó sus planos de lado para poder atenderlo—. No esperaba verte, ¿sucedió algo malo?

Ellos se reunían en ocasiones puntuales. Eugenia era muy cuidadosa a la hora de invadir su espacio y todo porque siempre se consideró una carga, a pesar de que él nunca la vio de esa manera.

—Veo que sí —añadió ella tras un largo silencio—. Tu aspecto no es nada bueno. —El barón de Mountevans se frotó la mejilla, apenado, y fue inevitable no preocuparse por él—. Toma asiento —le indicó uno de los sillones de su escritorio al darse cuenta que su conversación no sería tan corta, y él estudió su oficina con interés.

—Es un lugar bonito, lo hiciste bastante acogedor.

—Gracias —le sonrió abiertamente—. Ibrahim cree que es un exceso que el piso esté decorado con alfombras persas y que haya tantos floreros por el lugar.

Pero una de las condiciones para aceptar ese trabajo fue justamente esa: que él le dejara decorar su oficina a su antojo y sin medir el presupuesto.

—¿Dónde está él? —Seamus arrastró sus palabras, estaba más serio de lo normal.

—No lo sé —mintió, lo más probable era que estuviera detrás del conde de Snowdon—. Últimamente ha estado algo ocupado y no ha requerido de mi presencia —espetó con fingida indiferencia—. ¿Puedes creerlo? Hace unos meses no hacía nada sin mí —bromeó, y él tragó con fuerza.

—¿No has pensado que Ibrahim quiere casarse?

Ella se tensó y conectó sus miradas, ¿podría ser que Seamus estuviera al tanto de todo?

«Síguele la corriente», le susurró una vocecilla y decidió fingir demencia.

—Sí, lo he pensado —reconoció—. Pero me he dado cuenta de que es algo tímido. No creo que se declare por el momento.

—Tú… ¿quieres casarte con él? —la pregunta de su primo hizo que se ruborizara.

Hace medio año, la respuesta habría sido un rotundo "sí", pero ahora mismo ella sólo quería casarse con un hombre que podría darle una vida llena de aventuras en Escocia.

—Hemos pasado muchas cosas juntos y somos un gran equipo. ¿Por qué no?

Sin embargo, ella no tenía nada para ofrecerle a Killian y lo mejor que podía hacer era dejarlo tranquilo.

—Eugenia, Ibrahim es un hombre que tiene mucho dinero, y sus ambiciones podrían ser…

—He estado ahorrando —le cortó con disgusto, ¿es que nunca dejarían de verla como una simple secretaria?—. No es una gran fortuna, pero tengo dos mil quinientas libras. —Exageró la suma, odiaba sentirse tan poca cosa al lado de los hombres que la rodeaban.

—Mañana tengo un evento en Vauxhall, ¿por qué no vienes conmigo?

¿Seamus invitándola a un evento?

Eso sí que era algo nuevo y ella no quería entrometerse en su vida ni en su círculo. No quería que nadie supiera que era su prima bastarda, menos ahora que según tenía entendido, la chismosa de lady Berricloth estaba ensañada con la mujer que a él le importaba.

—No puedo, Ibrahim me dijo que saldremos de viaje para visitar a Lilias en Kent —mintió, pero por suerte él le creyó.

Cuando Seamus se quedó en silencio, Eugenia dio por sentado que había un tema que él quería tratar, pero no tenía la menor idea de cómo abordarlo.

—¿Por qué no me dices a qué viniste? —Le sonrió con ternura, quería que él entrara en confianza—. ¿Todo en orden con Katherine?

—¿Por qué siempre me preguntas por ella?

Eugenia lo miró con fijeza.

Tal vez él mantuvo su amorío con la rubia en secreto, pero tanto Ibrahim como ella se dieron cuenta de todo hace muchos meses, cuando aún eran un equipo y de vez en cuando asistían a Diamantes para pasar el rato.

—Cometí el terrible error de dejarla y…

—Y ahora el conde de Pembroke quiere casarse con ella.

Seamus asintió, cabizbajo.

—Le pedí que lo rechazara, incluso le pedí matrimonio, pero ella… no me quiere en su vida.

—¿Por qué la dejaste? —lo miró con interés—. Te veías muy feliz junto a ella.

—Porque cada vez quería más y más —reconoció, y se reclinó en su lugar, pensativo—. En ese momento solo podía pensar en su reputación y lo escandaloso que sería relacionarme con ella.

—Fuiste prejuicioso —concluyó con pesar.

¿Por qué los ingleses eran tan duros con las mujeres que eran burladas por sinvergüenzas?

—¿Tú conociste al hombre que la arruinó? —inquirió con cautela, sintiendo una horrible inquietud en el pecho.

—Era un ser despreciable —admitió su primo con rencor.

—Se enamoró del equivocado y cometió el terrible error de confiar —acotó con sabiduría, entendiendo mejor que nadie a Katherine Devine—. ¿Crees que merece ser juzgada tan duramente?

—Pero estaba soltera. Ella debía esperar y…

—Tú tampoco fuiste muy decente al pedirle una aventura. —Seamus se tensó, y por un momento no supo qué responder—. Se supone que tus límites llegan a las viudas, no a las solteronas que, al igual que una debutante, deberían ser intocables para ti.

—No sé qué me pasó —alborotó su cabellera—. Yo… cuando la vi en Diamantes, solo empecé a seguirla y esperé la oportunidad perfecta para acercarme.

—Ahora que abriste los ojos, tendrás que esforzarte —zanjó Eugenia, autoritaria, y él frunció el ceño—. No es por nada, pero la oferta de un conde es mucho más tentadora que la de un barón.

«Y la de una simple secretaria», añadió mentalmente.

—Yo… —su primo intentó decirle algo, pero un suave toque en la puerta hizo que el silencio se extendiera por la estancia—. ¿Todo bien?

—No —siseó—. En los últimos meses, Ibrahim me ha dejado una tarea algo nefasta —farfulló, lo más probable era que se tratara de Isaac.

—Lo siento, señorita Armitage —musitó el portero, un joven delgaducho y tímido—, pero…

Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando Killian apareció en su campo de visión, adentrándose en su oficina como si fuera el dueño y señor del lugar, y su corazón empezó a bombear sin control alguno.

Después de tanto tiempo, por fin volvía a tenerlo en frente.

Eugenia deseó abandonar su lugar y correr hacia él para abrazarlo, pero en su lugar recordó su última discusión y lo tensa que estaba la situación entre ellos.

Seamus se incorporó, alerta, y ninguno de los dos pasó por alto como el pelinegro empujó al portero.

—Vaya, muchacha, cada día te veo más bonita.

La piel se le erizó.

¿Por qué le sonreía de esa manera? ¿No se suponía que él estaba molesto con ella?

—Señor Cumming, estoy segura de que Brodie le informó que Ibrahim no se encuentra en la empresa —respondió Eugenia con elegancia, abandonando su lugar con más seguridad de la que realmente tenía, y agradeció que su voz no temblara—. Si tiene un mensaje para él…

—Lo esperaré.

—¿Qué es lo que quieres, Killian? —siseó Seamus, recordándole que todo su círculo odiaba al pelinegro.

Los ojos color cielo se posaron en él con diversión.

—Oh, Armitage, casi no te reconozco —espetó con desinterés—. ¿Tú también viniste a buscar a Ibrahim?

—No. Vine a ver a mi prima.

En ese momento, el escocés lo observó con más atención —seguramente cuestionándose por qué nunca le dijo que su primo era el barón de Mountevans— y luego se centró en ella y le guiñó un ojo con picardía.

—No te preocupes. Tú eres la linda de la familia.

Era un idiota, ¿qué tipo de juego era este?

¿De verdad actuaría como si entre ellos no se hubiera suscitado una discusión que los separó por más de mes y medio?

—No puedo atenderlo ahora mismo, señor Cumming… —fue racional, no estaba en condiciones de lidiar con él.

A decir verdad, no se había imaginado que aparecería en La Alianza.

—Está bien —espetó Killian, tranquilo—. Si no puedo quedarme en tu oficina, pasearé por la empresa —salió de la estancia, provocando un gran pánico en Eugenia.

No quería que se encontrara con Isaac —aunque no estaba segura de que el hombre hubiera venido a la empresa—. El noble no dudaría en informarle sobre dicha visita a Ibrahim y desde la pelea que tuvo con su hermano menor hace más de un mes, no había manera de mejorar su humor.

—Lo siento, Seamus, pero debo seguirlo —rodeó su escritorio—. Ese hombre está fuera de sus cabales. ¿Cómo puede ser tan salvaje? —dijo lo primero que se le vino a la mente—. Ibrahim es totalmente diferente.

—No te fíes de él —pidió su primo en voz baja y Eugenia asintió, aunque no se quedó a charlar.

Era demasiado tarde para aferrarse a un consejo de ese calibre, confiaba más en Killian que en su propia sombra. Sin embargo, no podía permitir que él vagara solo por los dominios de Ibrahim cuando estos estaban desiertos. Lo alcanzó en el pasillo de los archivos y no le sorprendió que ingresara a ese cuarto sin miramiento alguno. Entró tras de él, el lugar era amplio, solitario y sólo una lámpara de gas les brindaba un poco de luz.

Killian se detuvo en seco y se giró. La sonrisa pícara desapareció instantáneamente, como si se hubiera quitado una máscara. Su rostro se volvió sombrío y su mirada azul la atravesó con un odio frío que la hizo retroceder.

Tal vez cometió un terrible error al seguirlo sin analizar las consecuencias.

—¿Una nota, Eugenia? —preguntó él, con una voz que vibraba de rabia—. ¿Un consejo de caridad para el "muerto de hambre"? —bajó el rostro, apenada, su intención nunca fue ofenderlo—. Me envías a Escocia como si fuera un perro al que quieres espantar de tu puerta para que no manche tu precioso suelo.

—Eso no es verdad. Te sugerí que te fueras porque Ibrahim va a destruirte, Killian. Solo quería ayudarte —susurró ella, sintiendo que el corazón se le partía.

¿En qué momento se convirtió en su enemiga?

—No necesito la lástima de nadie. Especialmente cuando viene de la mujer que prefiere ser la sombra de un hombre que ya ha decidido su precio —dio un paso hacia ella, acorralándola contra las

estanterías de madera—. Me pediste que huyera, pero yo no soy un cobarde.

—¿A eso viniste? ¿A darte tus aires de grandeza? —farfulló, molesta.

—Estoy aquí para cobrar mis deudas.

—¿De qué hablas? Yo no te debo nada.

Killian soltó una risa gélida que le heló las entrañas.

—Me debes el respeto que me robaste en Las garras de Lucifer y voy a castigarte por eso —escupió y sin previo aviso, la mano masculina se clavó en su nuca.

Eugenia no pudo impedir que tirara de ella en su dirección, ni mucho menos que uniera sus labios con pasión desmedida, pero tampoco hizo nada para apartarlo.

Quería ese castigo.

Capítulo 17

"Un gran disturbio y una mujer herida, eso fue lo que nos dejó la noche anterior
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

Eugenia había perdido la razón.

Estaba en La Alianza, la empresa del hombre que odiaba a Killian, en el cuarto de los archivos, besando al escocés como si no existiera un mañana. Al menos no para ellos. Y lejos de sentir vergüenza, no podía impedir que su boca se moviera a su son y sus manos buscaran su piel.

¿A quién quería engañar?

Llevaba meses soñando con ese beso, con esa explosión de ira que sólo Killian Cumming podía demostrar; una serena, pero peligrosa.

—Killian... —gimió contra sus labios, buscando un poco de aire, pero él gruñó con desespero.

—Calla —ordenó, enviándole una oleada de calor a la unión de sus piernas.

Cuando sus labios colisionaron de nuevo, no hubo rastro de la ternura que ella había imaginado en sus fantasías. Fue una invasión y una reprimenda silenciosa. Killian la besó con el hambre de un hombre que ha pasado un mes y medio en el desierto y con la furia de un guerrero que reclama un botín que le ha sido negado.

E incluso con toda esa ferocidad, ella necesitaba más.

Eugenia soltó un jadeo ahogado que él devoró de inmediato y todo su cuerpo se estremeció cuando la amplia y áspera mano de Killian se deslizó por su cuello y brazo, hasta acunar uno de sus pechos por encima de la camisa de lino. No se alarmó, ni se asustó, en su lugar olvidó las advertencias de Ibrahim, Seamus y su propia dignidad. Sus manos subieron por el pecho masculino, aferrándose al terciopelo de su chaqueta, buscando su calor mientras su cuerpo respondía con una traición eléctrica que la hacía temblar.

El beso se volvió erótico, cargado de una urgencia que rozaba lo prohibido. Killian la presionó contra la madera de las estanterías; el frío de los archivos a su espalda contrastaba brutalmente con el fuego que emanaba de él. Eugenia sintió la lengua de Killian reclamando la suya, un baile salvaje que la dejó sin aliento y cordura, mientras su pulso martilleaba en sus oídos.

—Si tanto lo quieres —gruñó contra su boca, empujando su pelvis contra su vientre bajo—, ¿por qué me besas así? —La vergüenza la carcomió por dentro, pero no le respondió. En su lugar inclinó el rostro para que él pudiera deslizar sus besos por su mandíbula—. Eres una bruja, Eugenia. —Cerró los ojos con fuerza, quizá él tenía razón.

—Si así me percibes —musitó con esfuerzo, sintiendo como subía la tela de su falda con desesperación—, quizá debas huir de mí y mis encantos.

El aire acarició sus muslos, informándole el riesgo que corría si no salía de ahí, pero en lugar de protestar dejó que él sujetara su pierna y lo rodeara por la cadera con la misma.

Su carcajada ronca y salvaje le envió un escalofrío por toda su espina dorsal.

—Ya te lo dije, Eugenia —susurró en su oído—, no soy un cobarde y jamás huiría de ti.

—Mmm... —se mordió el labio inferior cuando arremetió contra su centro con dureza—. Killian —aferró su mano al mueble, rezando para que nadie los descubriera.

—Es más, si no quieres terminar en mi cama, bajo mi poder y atada a mí de por vida, huye tú.

Su corazón empezó a bombear sin control alguno, ¿eso era una amenaza o una sugerencia?

Sea lo que sea, Eugenia enterró las manos en sus cabellos negros y en vez de apartarlo, volvió a besarlo y exigir un nuevo encuentro de sus pelvis. En esta ocasión se aferró a él con sus dos piernas, confiando en sus firmes brazos, y dejó que Killian controlara la situación. Se meció contra él, disfrutando de cada una de sus arremetidas, y tiritó en sus brazos cuando terminó empotrada contra los muebles, presa de sus besos y embistes.

El momento fue efímero, ambos sabían que debían apresurarse, por lo que agradeció en silencio que Killian se tragara su gemido cuando ella logró alcanzar su orgasmo.

Cayó rendida sobre su hombro, aferrándose con las piernas a su cintura.

Esto era una locura.

El pelinegro la soltó con delicadeza, ayudándola a combatir con el temblor de sus piernas cuando la dejó en el piso, y Eugenia se apoyó en su pecho, odiándose a sí misma por haber actuado de manera tan indecente.

¿Por qué cuando estaba junto a él no podía ser la recta y correcta señorita Armitage?

Él sacaba lo peor de ella.

«O quizá puedes ser tú misma cuando estás con él», la reprendió una voz, exigiéndole que no sea tan dura con el escocés.

—Esto no debió haber pasado —musitó por fin, y los ojos le ardieron por la impotencia.

Él no se apartó de inmediato. Mantuvo su frente apoyada contra la de ella, con los ojos cerrados y el pecho subiendo y bajando con violencia. La intensidad de su deseo era casi tangible, una cuerda tensa que estaba a punto de romperse.

—Tienes miedo —dijo él, abriendo los ojos. Ya no había rastro de la sonrisa juguetona del despacho ni el deseo aplastante de hace unos minutos; solo quedaba un hombre herido y hambriento—. Sabes que tus sentimientos han cambiado y no quieres aceptarlo.

Porque eso significaría su ruina y ella no quería representar eso para él.

Debía alejarlo.

—Tengo sentido común —replicó ella, obligándolo a retroceder dos pasos—. Estás en la empresa de Ibrahim. Si nos encuentran aquí, no habrá nota ni advertencia que te salve. Él te destruirá.

Killian soltó una risa seca, acomodándose la chaqueta con una elegancia que Eugenia no le conocía.

—Ibrahim no es rival para mí y lo sabe, por eso me evita.

Quizá él tenía razón, pero no pensaba dársela en voz alta.

—Pero tienes razón, no es el lugar para terminar lo que empezamos hace dos meses.

Fue inevitable no recordar la noche que entró a su alcoba y en la cual ella le suplicó que le enseñará lo que era la pasión.

—He venido a decirte que pienso reunirme con Ibrahim. —La noticia hizo que las rodillas le temblaran—. ¿De verdad crees que es inaccesible? —se rio—. En un principio seguí su juego por etiquetas, pero luego te conocí y me pareciste lo suficientemente interesante como para visitarte todos los días.

¿Qué? ¿Él se fijó en ella desde un principio?

—Mi tiempo en Londres está terminando. —Su corazón se encogió, no estaba lista para decirle adiós—. Y necesito saber qué es lo que realmente quiere, debo admitir que tu nota me tomó por sorpresa.

Eugenia lo miró, aterrada. El Killian que tenía enfrente no era el salvaje que necesitaba respuestas, era alguien que había aprendido a usar su rabia como una armadura.

—No lo busques —le suplicó—. Sabes que no conseguirás nada bueno de él.

¿Por qué de un momento a otro sentía que Ibrahim era el villano de esta historia?

Se suponía que él era una víctima más.

—Es probable que no consiga nada, pero Ibrahim debe saber que la dignidad de un escocés no se negocia.

Qué manera más peculiar de dejar en evidencia la falta de principios que Ibrahim estaba demostrando al pretender quedarse con toda la herencia y buscar un lugar en sociedad por medio de la hija de un conde.

Él se giró y desapareció de su campo de visión con tanta rapidez que por un momento se cuestionó si realmente estuvo ahí. Por supuesto, el temblor en sus piernas no permitió que dudara de eso ni por un segundo.

***

Durante los siguientes dos días, Eugenia vivió con los nervios a flor de piel, esperando algún tipo de noticia referente a una disputa entre Killian e Ibrahim. No obstante, la tranquilidad del castaño le informó que el pelinegro estaba siendo sensato y seguía manteniendo su distancia.

Observó la puerta del comedor con inquietud. Le parecía extraño que Ibrahim no estuviera en la mesa, él nunca llegaba tarde al desayuno y siempre les informaba si comería fuera. Escuchó sus pesados pasos a lo lejos y fingió tranquilidad cuando él ingresó a la estancia.

Los nervios la carcomieron por dentro cuando tomó asiento junto a ella.

—¿Sucedió algo? —le dio un sorbo a su taza de té—. Te ves molesto.

Ibrahim ladeó el rostro, contenido.

—Isaac me envió una nota poco alentadora. —Frunció el ceño—. Sucedió un accidente con su esposa.

Se tensó.

—¿Qué sucedió con lady Kilbrenner? —su voz apenas y fue un susurro y no le gustó que Ibrahim se frotara los ojos con cansancio.

—Isaac no me dijo mucho, solo sé que alguien intentó atacarla ayer en su propia casa y terminó apuñalándola en el vientre.

—¿Qué? —palideció—. Pero ¿cómo pasó? Dudo que ella le hubiera abierto la puerta a un extraño.

El castaño negó con la cabeza, aún consternado.

—Está muy delicada. Isaac está destrozado, o al menos lo suficiente como para ser inútil en los negocios por ahora. Me ha enviado una nota informando que no podrá poner un pie en la empresa hasta que su esposa esté fuera de peligro.

Desde el momento que se enteró que lady Harriet vivía sola supo que ella corría un gran peligro. De qué servía la preocupación y angustia de lord Kilbrenner ahora, si él era el principal responsable de esa tragedia.

Nada de esto habría sucedido si él hubiera sido un buen esposo. Sintió una punzada de lástima por Harriet, pero Ibrahim continuó antes de que ella pudiera decir nada.

—Esto nos deja en una posición complicada. Con Isaac fuera, la carga de la supervisión de los últimos detalles recae totalmente sobre mis hombros... y sobre los tuyos. —Lo que quería decir que nuevamente la empresa quedaría sin un hombre al mando—. Confío en que podrás manejar la oficina sola mientras yo atiendo los últimos pendientes de la temporada.

—Haré lo que pueda, Ibrahim —respondió ella, aún afectada por la noticia de lady Kilbrenner.

—Lo sé.

Él salió del comedor y Eugenia se dirigió a la empresa, preguntándose qué tan difícil y mal visto sería que alguien como ella visitara a lady Harriet. Por esa razón no quería desprenderse de Ibrahim, porque era muy consciente de todos los peligros que corría una mujer sin la protección de un hombre.

Su inteligencia nunca sería rival para la brutalidad salvaje de un hombre.

Durante los siguientes días, la aristocracia empezó a dejar la ciudad para retirarse al campo. La Alianza estaba en silencio y cada vez más vacía, sin clientes en la ciudad ellos también entraban a un receso, hecho que agradeció porque no se sentía en condiciones de tratar con nadie.

Sin embargo, lady Harriet estaba muy delicada, la esperanza de que abriera los ojos era mínima, pero todo indicaba que lord Isaac seguía aferrándose a la idea de que ella volvería en sí.

Eugenia suspiró.

¿Era realmente necesario que la vida de lady Harriet pendiera de un hilo para que lord Isaac decidiera ser bueno con ella?

Capítulo 18

La temporada llegó a su fin dejando una fría calma en el ambiente. Lady Harriet seguía sin despertar y ya habían pasado más de diez días desde el incidente. Sin embargo, no todo era motivo de tristeza. Al final de todo, su primo sí pudo recuperar el amor de Katherine y su boda se celebraría en Sussex dentro de un mes.

Eugenia observó la invitación de la boda, sintiendo una punzada de envidia que intentó disfrazar de alegría. Su primo tuvo el valor de desafiar las leyes no escritas de Londres para casarse con la mujer que amaba, una dama que fue despreciada y sufrió de ostracismos social por una mala toma de decisiones.

Esa realidad parecía un golpe bajo, puesto que era una razón más que suficiente para dar por sentado que el amor lo podía todo. No obstante, para las personas como ella, las cosas no siempre terminaban de manera positiva.

Katherine Devine era una heredera, en cambio Eugenia… Decidió que no era momento para pensar en eso y recordó lo que realmente importaba.

—Me siento feliz por ellos —susurró, acariciando el papel con anhelo—. Pero yo también quiero casarme.

A sus veinticinco años, sabía que Londres la consideraba una solterona, pero a pesar de las duras críticas, ella recibió una oferta matrimonial; Killian se la dio junto a una oferta de irse a Escocia juntos.

«Lo rechazaste, la oferta ya no existe» le recordó una voz con ironía y ella tragó con fuerza.

—Si es lo que quieres, ¿quién soy yo para decirte que no? —canturreó una voz irritante a sus espaldas y Eugenia odió que el aire se atorara en sus pulmones.

No era un buen momento para que Killian se presentara en su oficina.

Giró sobre su eje y lo vio ahí, apoyado en el marco de la puerta, observándola con esa intensidad salvaje que dejaba claro que no se había olvidado de su último encuentro. La boca se le hizo agua y se reprendió mentalmente por ser tan débil ante Killian y esa nueva insinuación que le había dado.

Si ella cambiaba de parecer, ¿él aún estaría dispuesto a casarse con ella?

—Señor Cumming —Eugenia recuperó la compostura—. ¿Qué lo trae por aquí? —simuló ignorancia—. Ahora que la temporada llegó a su fin, Ibrahim no tiene pensado asistir a la empresa.

—¿Ibrahim? —Killian soltó una carcajada seca, entrando en la oficina y acortando el espacio con sus imponentes proporciones—. No he venido a buscar a mi primo y no vuelvas a llamarme de esa manera.

—Es lo que corresponde.

—Hemos hecho tantas cosas juntos que lo que corresponde es que me digas Killian o Mi amor.

Era un idiota, ¡¿cómo podía decirle algo así en voz alta?!

El calor trepó por sus mejillas y no le gustó que sus ojos se posaran en la invitación que tenía en manos.

—Te aferras a ese sobre como si de eso dependiera tu vida —su voz bajó una octava y su sonrisa desapareció—, he escuchado que tu primo por fin se casará.

—Así es.

¿Qué más podía decirle?

No era como si la vida de Seamus fuera de la incumbencia del pelinegro.

—¿Y hace cuánto que Mountevans conoce a la dama? —su pregunta la tomó por sorpresa—. Me parece curioso que tu primo se case antes que tú, quien ya lleva muchos años viviendo con su "futuro" esposo.

Contra todo pronóstico, Killian se estaba burlando de ella. Lo más probable era que quisiera información, dado que ambos escucharon claramente que Ibrahim decidiría a qué mujer desposaría al final de la temporada.

—¿Qué es lo que quieres? —escupió, no le gustaban esos juegos psicológicos.

—Sabes lo que quiero. —La intensidad de su mirada la invitó a dar un paso hacia atrás—. ¿Te pidió matrimonio?

—¿Por qué te importa? —explotó, furiosa—. Si me pide o no matrimonio, nada cambiaría entre nosotros.

—¿Ah sí? —enarcó una ceja, entretenido.

—No tengo la dote que necesitas para levantar tus finanzas. —Trató de ser lo más paciente posible al explicar su punto—. Tú necesitas a alguien con poder y fortuna, Killian.

—Tú no tienes idea de lo que yo necesito, Eugenia. —La desafió con la mirada y la impotencia empezó a carcomerla por dentro—. Si Ibrahim no invierte en la destilería, la fábrica quedará abandonada. Si no quiere la mansión, la propiedad quedará tal cual está.

—¿Qué? —abrió los ojos, sorprendida—. ¿Y qué sucederá contigo?, ¿cómo vivirás si no tienes…?

—Nunca viví con mis padres, ni viví de la destilería. Yo tengo mi propio hogar. —Esa noticia la dejó sin palabras, por lo que él decidió continuar—. Es un lugar humilde, pero te aseguro que yo no necesito más para vivir bien.

Quería creer en sus palabras, pero por más que quisiera aceptar su oferta, ¿qué garantía tenía ella de que él sería bueno después y no se arrepentiría de su decisión?

—Puede que a ti te baste eso, pero a mí no —mintió, en el fondo sólo quería dinero porque sabía mejor que nadie lo que era quedarse sin un solo centavo—. Jamás traicionaría a Ibrahim, él y yo somos un equipo y no puedo abandonarlo.

La Alianza no sería lo mismo sin ella, ¿con qué cara dejaría a su jefe justo ahora que estaban en la cima?

—No puedes abandonarlo, pero sí puedes arrimarte a mí y… —No pudo terminar la oración porque la mano de Eugenia cortó el aire con precisión, estrellando una firme cachetada en la mejilla masculina. Lejos de molestarse, él se rio—. De acuerdo, puede que me excedí un poco —acarició la piel que empezaba a teñirse de un suave rosa—. Mis disculpas.

—Lárgate, no dejaré que afectes a las personas que considero mi familia.

Era hora de terminar su tórrida relación, lo que sea que hayan tenido en el pasado debía terminar.

—No te confundas, Eugenia —se mofó él—. Sólo eres la empleada más eficiente de Londres para él. —Odiaba que la gente mencionara su puesto como si no fuera uno importante—. Ibrahim es un burgués con hambre de poder. ¿De verdad crees que va a cambiar la

oportunidad de emparentar con un conde por una secretaria que le ahorra unas cuantas libras en contratos?

—¡Eres un cínico! —golpeó el escritorio—. Lo dices porque lo envidias, porque él tiene todo un imperio y tú estás quebrado, no tienes nada más que una destilería en ruinas que tus padres robaron.

—Puede que esté quebrado —admitió Killian, y por un segundo su sonrisa tembló, volviéndose peligrosa—, pero al menos sé en qué suelo piso. Tú, en cambio, estás construyendo una catedral sobre un pantano. Hablas de dotes y de bodas mientras él compra joyas para lady Cavendish.

—¡Eso no es verdad! —se atrevió a llevarle la contraria, incluso sabiendo que tenía razón.

—¿Crees que miento? —Killian soltó una risa gélida—. Despierta, Eugenia. Eres el activo más valioso de su empresa, pero para su cama y su apellido, solo eres una distracción carnal que se está volviendo demasiado pretenciosa.

—Lárgate. —Eugenia señaló la puerta con la mano temblorosa—. Ibrahim no te atenderá nunca y yo no quiero volver a tratar contigo.

Si lo que él quería era una venganza por la forma tan terrible en la que lo trató en Las garras de Lucifer, la consiguió. Jamás se imaginó que sus palabras podrían herirla tan profundamente. Él la veía como una arpía sin corazón y cerebro cuando lo único que estaba haciendo era impedir que él construyera su castillo sobre el pantano de ella.

—Como digas, "prima" —enfatizó con veneno—. Disfruta de tus sueños de grandeza mientras duren. Pero recuerda: cuando ese castillo de naipes se caiga, no busques refugio en esta empresa. —

Miró su oficina con desdén—. Búscame a mí: el muerto de hambre. Al menos yo no te mentiré sobre lo que vales.

—Si no mal recuerdo, dijiste que no estarías para mí cuando Ibrahim me rechazara —se vio obligada a recordarle.

Killian no le dio una respuesta y salió de su oficina sin emitir palabra alguna, dejando a Eugenia con el corazón martilleando.

¿Por qué no podía dejarla atrás? ¿Es que acaso no escuchaba sus insultos?

¡Otro hombre la habría mandado al demonio!

Cuando el reloj marcó las cinco, Eugenia llegó a la mansión de Ibrahim con los ánimos por los suelos. Era temprano y lo sabía, pero se sentía demasiado nerviosa que no pudo quedarse en la empresa por más tiempo.

¿Por qué?; no lo sabía.

Simplemente sentía que debía estar en esa casa antes del anochecer.

Ingresó a su alcoba con toda la intención de descansar un poco, pero a los quince minutos una criada le informó que Ibrahim estaba al tanto de su regreso y quería hablar con ella en su despacho. Lo más probable era que le informaría que partirían al campo pronto, ya no había nada que hacer en la ciudad.

Ingresó a la estancia con una pequeña sonrisa en el rostro; una parte de ella quería huir de Londres, pero la otra no dejaba de preguntarse si estaba lista para dejar a Killian en el olvido.

—¿Me mandaste a llamar? —preguntó ella, sentándose frente a él —. He terminado los planos y la gestión de esta temporada ha sido un éxito rotundo —le contó con fingido entusiasmo—. Podemos irnos

a Sussex tranquilos, aunque debo admitir que esta temporada me asignaste más trabajo del normal —se frotó el cuello, cansada.

Ibrahim no levantó la vista. Su rostro estaba grabado en piedra fría, mientras acariciaba un sobre blanco.

—Para eso te pago, Eugenia.

El tono fue como un latigazo de agua helada. Eugenia forzó la sonrisa, sintiendo que el aire se volvía escaso.

Era la primera vez que él le hacia un comentario de ese tipo.

—Lo sé... lo dije porque esta temporada te eché de menos —trató de aligerar la tensión que se cernió sobre ellos—. Pasamos poco tiempo juntos y...

—Te mandé a llamar porque tengo algo que decirte —la interrumpió, y conectó sus miradas. Ya no había rastro alguno del hombre que la miraba con deseo y admiración, solo había un hombre de negocios cerrando una transacción molesta.

—¿Qué sucede? —preguntó, su voz apenas y fue audible.

—Pensaba esperar hasta la cena, pero ya que llegaste temprano, lo mejor es acabar con esto cuanto antes. —Ibrahim deslizó el sobre blanco sobre el escritorio, el mismo tipo de sobre que ella usaba para pagar los despidos de los obreros ineficientes.

El pánico se acrecentó en su pecho y por un momento olvidó cómo respirar.

¿Qué estaba pasando?

—Me temo que no puedo seguir siendo tu empleador —sentenció él con una calma aterradora, generándole un gran dolor en el pecho —. Estás despedida y necesito que abandones esta casa antes de que termine el día.

El mundo de Eugenia se detuvo. En su mente, la risa sarcástica de Killian resonó como una profecía maldita: *«Despierta, Eugenia. Eres el activo más valioso de su empresa, pero para su cama y su apellido, solo eres una distracción carnal que se está volviendo demasiado pretenciosa».*

Siempre supo que Ibrahim no la elegiría, pero nunca se imaginó que se atrevería a despedirla y echarla de su vida de esa manera.

¡Se suponía que eran amigos!

¿Ese era el hombre al que le depositó toda su confianza?

Se rio con histeria. Su lugar seguro, ese que conocía hace más de nueve años, acababa de demostrarle cuán equivocada estuvo al confiar ciegamente en él.

—Es una suma generosa —agregó él con voz débil, su coraza estaba cayendo—. Mil libras de liquidación es bastante, tómalo como un regalo por tu lealtad.

Su lealtad nunca tuvo precio, se la dio porque lo apreciaba, pero al parecer Ibrahim ya no podía pensar en nada más que no fuera dinero. Y como ella no tenía donde caerse muerta, no pudo rechazar su "generosidad".

Sujetó el sobre con manos temblorosas y lo dobló en dos antes de guardarlo en su bolsillo, junto a todos sus ahorros que últimamente cargaba consigo —un recordatorio del por qué no debía elegir a Killian—. Por esa razón se la pasaba ahorrando todos sus ingresos, porque lo menos que quería era no volver a tener un techo donde dormir en caso de aburrir a su empleador.

Sólo que nunca imaginó que Ibrahim le haría algo así.

—¿Puedo saber por qué me despides? —necesitaba entender sus razones—. Nunca te quejaste de mi trabajo y diría que soy una pieza

importante en La Alianza —observó con severidad, no permitiría que su talento fuera menospreciado.

—Es complicado.

—¿Tu hermana está al tanto de esto?

Quería saber si su mejor amiga fue capaz de traicionarla.

—Claro que no —siseó—. Ni Lilias ni Seamus saben que te despedí.

Su primo ya no estaba en Londres, por lo que no podría recurrir a él para pedirle un techo por esta noche. No obstante, ¿adónde iría si ninguna posada quería darle cobijo?

—¿Me echas por el conde de Snowdon? —un tenso silencio se cernió sobre ellos y Eugenia se rio sin humor alguno.

—¿Qué es tan gracioso?

—¿Crees que no sé qué tus promesas de amor eran falsas? —la pregunta hizo que Ibrahim palideciera—. Me traicionaste —observó con rencor, mirándolo a los ojos. Su seguridad se esfumó y negó rápidamente con la cabeza—. Dijiste que me amabas, que formaríamos un hogar y…

—Y no he cambiado de parecer… —En esta ocasión Ibrahim le tendió unos documentos, pero Eugenia no los tomó—. Quiero estar contigo y mantenerte a mi lado siempre. —Rodeó el escritorio para hincarse en un pie frente a ella—. Sé mi amante, Eugenia, múdate a la casa de las afueras. La compré y decoré especialmente para ti.

La rubia abandonó su lugar con rapidez, implementando una gran distancia entre ellos. Después de todo, la historia volvió a repetirse. Al igual que Morrison, Ibrahim sólo la vio como una amante potencial.

—Odio esa casa —confesó.

—Te daré una renta de cinco mil libras anuales.

—¡No estoy a la venta! —vociferó, furibunda—. Jamás aceptaría algo así y lo sabes.

Se frotó las sienes, inquieta.

Siempre pensó que Ibrahim se disculparía con ella por su cambio de parecer y se comprometería con lady Beatrice sin causar un gran revuelo. Su despido y salida de esa casa nunca estuvo dentro de sus posibilidades —porque siempre fue buena en su trabajo— y tal vez pecó de ilusa al creer que después de todo lo sucedido, Ibrahim se conformaría con una simple amistad.

Él no sólo estuvo ideando la manera perfecta para convertirse en el yerno de Snowdon, sino en cómo haría para mantenerla a su lado como su querida a escondidas de todos.

Esto era tan humillante.

—Me temo que no tienes otra opción y tendrás que aceptar mi oferta —espetó él con frialdad, arrancándola de su letargo, y Eugenia frunció el ceño.

—Claro que tengo más opciones —siseó, ofendida—. Tú no eres indispensable en mi vida.

Nunca lo fue y la clara prueba de ello era que Eugenia siempre podía sola.

—Lilias está en el campo, Seamus se fue con su prometida y ahora estás totalmente sola en Londres.

La comprensión la golpeó con fuerza.

—¿Lo planeaste? —lo miró con horror y él sonrió con cinismo.

—Hice que tus cosas fueran enviadas a tu nueva casa, tendrás a una docena de empleados a tu disposición y…

—¡Tú no tienes derecho a decidir por mí!

Antes prefería dormir en una banca de cualquier plaza.

—Sólo espera a que me case e iré a buscarte.

—¡No! —gritó, furiosa—. No seré tu amante, Ibrahim, si tú elegiste a lady Beatrice debes quedarte con ella.

La mención de la dama lo hizo tensarse.

—¿Cómo…?

Ella esbozó una débil sonrisa.

—No importa cómo me enteré —se frotó las manos, nerviosa—. Estaba al tanto de que elegirías a la dama como tu futura esposa y lo cierto es que no tengo ningún problema con eso —confesó finalmente, era momento de hablar con la verdad.

—¿Qué? —Ibrahim la miró con sorpresa.

—No te amo —admitió finalmente en voz muy baja, odiando que las cosas se hubieran suscitado de esta manera—. De verdad lo siento, me quedé a tu lado porque pensé que podría seguir siendo tu secretaria y… ¡Ah! —jadeó cuando sin previo aviso él atenazó su brazo con firmeza.

—¡¿Cómo dices?! —farfulló con una ira indescriptible y Eugenia se asustó, estaba fuera de sus cabales.

—¡Suéltame! —gritó—. ¡Me estás asustando!

—¿Cómo te atreves a decir que no me amas después de todo lo que vivimos juntos? —la soltó con brusquedad, furioso.

—Es la verdad, siempre fuiste un gran amigo para mí —se acarició el brazo, inquieta—. Por favor, pide que regresen mis cosas. Pasaré por todo mañana después de mediodía.

—Debo partir a Sussex mañana a primera hora y no pienso dejar este acuerdo a medias.

Eugenia cerró las manos en dos puños, ¡¿por qué no la escuchaba?!

—No hay ningún acuerdo —levantó el mentón con suficiencia—. Acabas de despedirme y no acepté tu oferta, por lo que lo mejor que podemos hacer es separar nuestros caminos.

Giró sobre su eje con toda la intención de abandonar la casa que creyó su hogar durante todo este tiempo, pero nada la preparó para lo que sucedió a continuación.

—¿Adónde crees que vas? —Ibrahim perdió el juicio, sujetándola firmemente del brazo para pegarla a su cuerpo.

—¡Suéltame! —forcejeó, pero en esta ocasión él no la obedeció.

—Puede que ahora no te parezca —tiró todo lo que estaba sobre su escritorio, prendiendo sus alarmas—, pero con el tiempo entenderás que es lo mejor.

—¡No! ¡Suéltame! —se resistió, impidiendo que la subiera sobre el escritorio, pero él no se dio por vencido—. ¡Basta, Ibrahim! —sollozó, estaba realmente asustada.

Su mejor amigo quería forzarla.

—¡Ya fuiste de Morrison! ¿Por qué no puedes ser mía? —la zarandeó, dejándola petrificada en su lugar por el impacto que esas palabras generaron en su ser, y él aprovechó ese momento para sentarla sobre el escritorio—. ¿Crees que no lo sé? —farfulló, ansioso —. Yo fui con Seamus a averiguar sobre ti cuando llegaste a su vida —espetó aceleradamente, acunando sus mejillas.

¿Seamus e Ibrahim siempre estuvieron al tanto de que ella huyó del hombre que abusó de su confianza?

Las lágrimas bajaron por sus mejillas, ¿por esa razón Ibrahim intentó colarse en su alcoba hace dos meses, porque siempre fue

consciente de la ausencia de su pureza?

—Suéltame —espetó con frialdad, sintiéndose más humillada que nunca, y lo siguiente que sucedió hizo que se despabilara—. ¿Qué haces? ¡No me toques! —se alarmó al ver como intentaba subirle la falda.

—Yo te amo, Eugenia, y haré hasta lo imposible por hacerte mía. —Dichas esas palabras unió sus labios con brusquedad.

Eugenia lo golpeó en los hombros, intentó apartarlo, pero al percatarse de que su fuerza nunca superaría a la del castaño, dejó que las lágrimas bajaran por sus mejillas y bajó los brazos, rendida.

Iba a pasar, el mayor de sus temores estaba a punto de hacerse realidad y si había algo que aprendió con Morrison, era que todo dolía menos cuando te rendías.

Sin embargo, cuando dio todo por perdido, la puerta del despacho se abrió con tal violencia que varios cuadros cayeron al piso. El alivio que sintió al ver a Killian ahí no se comparó en nada con la emoción de saberse libre, puesto que al escocés no le costó nada apartar a Ibrahim y derribarlo con un firme puño.

El ambiente era tenso y peligroso, sabía que ambos hombres podían salir muy heridos, pero su vergüenza era tanta que no pudo quedarse ahí para impedir una pelea. Salió de esa casa con la humillación y el miedo a flor de piel, de la misma manera que huyó de la casa de Morrison hace más de diez años.

Capítulo 19

Cuando Killian recibió la misiva de Ibrahim hace una hora para reunirse en el despacho de su casa, él se había imaginado que por fin su primo mostraría sus verdaderas intenciones en cuanto a la destilería y The Manor House. No obstante, nunca se imaginó que llegar quince minutos antes lo haría escuchar los gritos desgarradores de la mujer que amaba. Unos gritos que no sólo perforaron su pecho y helaron sus venas, sino que lo hicieron entender mejor que nadie lo que un hombre era capaz de hacer por amor.

Ibrahim le dijo cosas horribles, intentó forzarla y si bien él ansiaba matarlo a golpes, lo único que realmente le importaba era alcanzar a Eugenia y abrazarla. Tal vez llevaba poco tiempo tratando con ella, pero estaba seguro que el terror que vio en sus ojos no se iría por sí solo.

—¡¿Quién diablos te crees para venir a golpearme a mi propia casa?! —bramó Ibrahim sulfúrico, rojo de la cólera. Como si él fuera una víctima en la historia—. Sabiendo esto, ¡jamás te habría citado aquí!

Por un minuto, Killian abordó su plan de correr tras de Eugenia y lo señaló con el dedo índice de una manera que llevó a su primo a encogerse en su lugar.

—No haré ningún trato contigo, para mí estás muerto.

Si en algún momento pensó que podría recuperar su amistad con Ibrahim, toda esperanza había muerto ahora que sabía lo que era capaz de hacer con tal de salirse con la suya.

—¿Adónde crees que vas? —Ibrahim lo sujetó del brazo, impidiendo su partida, y sin previo aviso estrelló un puño en su rostro, pero no logró derribarlo—. No te metas en mi relación con Eugenia, ella sabe muy bien cuál es su lugar.

—No me engañas, Ibrahim —escupió, furioso—. Ibas a abusar de esa muchacha.

El castaño palideció, indicándole que quizá, sólo quizá, se dejó llevar por la situación, y luego negó rápidamente con la cabeza.

—Ella me ama.

—Escuché su discusión —admitió con disgusto—. Ella no te ama, rechazó tu oferta e incluso así…

—Si fue de otro, ¿por qué no puede ser mía?

Una vez más su paciencia llegó a su límite y volvió a golpearlo.

—¡Porque si ella no quiere, tú tienes que aceptar su decisión!

El que Eugenia no fuera pura no la hacía menos merecedora de su respeto, ¿cómo era posible que su propio primo tuviera un pensamiento tan cruel hacia las mujeres? ¿Ese era el amor que él decía sentir por la rubia?

Maldita sea, ¿qué habría pasado si no llegaba a tiempo?

—Ella iba a cambiar de parecer en el camino, jamás la forzaría y lo sabes.

—No, no lo sé, Ibrahim —fue sincero—. Me juzgas por ser hijo de mis padres, me crees el peor hombre por pecados que no son míos, pero te aseguro que yo jamás habría intentado abusar de una mujer que confía ciegamente en mí.

—¿Qué estás insinuando? —escupió, ofendido.

—Que tú no eres mejor que yo; eres un hombre que finge ser un dechado de virtudes cuando en realidad eres un depredador

encubierto.

—¡¿Cómo te atreves?! Ella estaba a salvo conmigo.

Killian empuñó sus manos e inhaló profundamente.

—Nunca la vi a salvo a tu lado y dudo mucho que después de esto ella se atreva a plantarse frente a ti.

Por primera vez, vio el temor en sus ojos.

—Me disculparé, me dejé llevar por el momento —confesó, avergonzado—. Mi intención nunca fue asustarla, yo… es la mujer que amo y no quiero perderla.

Si él la amara, no estaría pensando casarse con lady Cavendish.

—Después de lo que hiciste, tu deber es casarte con ella.

Decir aquello en voz alta le quemó las entrañas, pero Eugenia merecía que Ibrahim se hiciera cargo de sus acciones. Tal vez no era la mejor manera de ayudarla a casarse con el hombre que ella eligió como compañero, pero Killian quería hacer algo por ella y su honor.

—Jamás.

Sonrió con amargura.

—Entonces no la amas.

—¡¿Tú qué sabes?! —perdió la paciencia y Killian lo miró con fijeza.

Él mejor que nadie sabía lo que uno era capaz de hacer por amor. Estaba dispuesto a renunciar a sus deberes como Cumming, dejar la herencia de lado y armar un hogar humilde junto a la mujer que amaba, porque jamás podría elegir a una heredera —por mucho dinero que tuviera—, por encima de Eugenia.

—Hazte a un lado, debo ir por ella —susurró su primo, angustiado —. Pronto anochecerá y es peligroso.

No pensó de esa manera cuando decidió echarla de su casa.

Dejó que su primo lo pasara de largo, brindándole el beneficio de la duda, pero en ese momento la puerta del despacho se abrió de par en par. El conde de Snowdon entró con la arrogancia de quien posee la mitad de la ciudad, ajeno por completo al drama humano que se desarrollaba en la estancia. Se detuvo en seco al ver el desorden, los cuadros en el piso y a Ibrahim con el rostro manchado de sangre.

—¿Qué es esto? —preguntó el conde, arrugando la nariz como si hubiera olido algo podrido—. ¿Una disputa comercial un día antes de nuestro viaje a Sussex?

Él no se llevaría a Eugenia, pero sí a su familia política.

Estaba esperando mucho de un hombre tan simple como Ibrahim.

—No es lo que parece, milord… —Ibrahim intentó excusarse, pero Killian comprendió que esta era la oportunidad perfecta para ir tras de Eugenia.

—Es hora de que me marche —espetó en voz alta, y los ojos de su primo brillaron con rencor—. Espero no volver a saber de ti en mi vida.

Sin esperar respuesta, Killian salió del despacho a grandes zancadas. No le importaba el conde ni su mirada de desaprobación. Solo tenía una imagen en mente: el rostro aterrorizado de Eugenia antes de huir.

Tal y como se lo imaginó, Ibrahim no salió tras de él ni mostró el más mínimo interés de ir por Eugenia. Su primo tenía la tarea de complacer a su futuro suegro y estaba claro que el noble estaba ahí para acordar los últimos detalles de su viaje familiar.

—¿Dónde te fuiste? —musitó ni bien atravesó el portón y observó las calles con inquietud. Llamarla alertaría a su primo y no quería

confirmarle sus sospechas, mientras menos lo relacionara con la rubia, más pacífica sería su mudanza a Escocia.

Porque sí, ya sea por las buenas o por las malas, él se la llevaría a su tierra.

Al menos allí, ella estaría segura.

Tomó la ruta que lo llevaría hacia las posadas, pronto anochecería y ella necesitaba encontrar un lugar donde dormir. Hizo bien al seguir su instinto porque al minuto la vislumbró dos calles más abajo.

—¡Eugenia!

Ella paró en seco y a pesar de las distancias, Killian pudo percibir el temblor en su cuerpo. Empezó a correr, agradeciendo que la calle estuviera vacía, y cuando ella giró en su dirección, no supo qué pensar al verla correr en su dirección.

—Killian. —Lo abrazó, a pesar del ultraje que sufrió en la casa de Ibrahim, ella le tenía tanta confianza que no dudó un solo segundo a la hora de buscar refugio en su cuerpo—. Nadie quiere recibirme, mi reputación está por los suelos y no sé adónde ir —le contó entre llanto, tiritando sin control alguno—. Si voy a la casa de mi primo el mayordomo le escribirá y no quiero arruinar su boda, él… aprecia mucho a Ibrahim.

E incluso en una situación así, ella estaba protegiendo a ese idiota.

—Tranquila —musitó, no muy seguro de si debía abrazarla.

¿Qué tal si la incomodaba?

—Vendrás conmigo, te aseguro que en mi casa estarás cómoda.

Ella lo buscó con la mirada y su mundo tembló de impotencia al verla tan rota.

—No puedo irme a tu casa, eres soltero y…

—No vivo solo —se vio obligado a decir y ella frunció el ceño—. Mi abuela está bajo mi cuidado, te aseguro que Morag será un excelente escudo para ti.

Aunque no era como si él fuera a hacerle algo malo.

Ella sorbió su nariz y asintió.

—Gracias.

Killian entrelazó sus manos y se encargó de pedir un carruaje. El trayecto lo hicieron en silencio, no deseaba incomodarla y tampoco sabía si sería prudente decirle qué escuchó su discusión con Ibrahim. Su primo había ventilado un secreto que seguramente ella deseaba olvidar, y lo peor de todo era que lo había utilizado para reducirla.

—¿Y si no le agrado? —musitó Eugenia cuando el carruaje se detuvo en la puerta de su casa y Killian negó con la cabeza—. No me conoce, fui la mano derecha del hombre que quería destruirte —observó con inquietud y él bajó del carruaje para ayudarla a hacer lo mismo.

—Fuiste la mujer que nos advirtió de las intenciones de Ibrahim.

No le pasó por alto como se abrazó a sí misma, angustiada, ante la mención del castaño y se quitó el abrigo de lana para cubrirla.

—Tranquila, aquí estarás a salvo.

—Lo sé —su voz tembló y una nueva lágrima bajó por su mejilla.

¿Qué podía hacer para que se sintiera mejor?

Sentía que, si ella se lo pedía, sería capaz de matar a su primo sin miramiento alguno.

—Ven —la instó a avanzar—. Tú sólo confía en mí, ¿sí?

—Está bien.

Ingresaron a la casa sin causar revuelo y Killian buscó a su abuela con la mirada, ella estaba en el sillón de siempre, junto al hogar. En otras ocasiones, Morag ni siquiera lo habría buscado con la mirada, por lo que dedujo que observó todo desde la ventana porque sus ojos celestes —tan parecidos a los suyos— estaban sobre Eugenia.

—Morag… —empezó Killian, pero la mujer le cortó.

—¿Ella es la secretaria? —la pregunta sonó hostil y grosera, y Eugenia bajó el rostro, apenada—. Si la trajiste contigo, ¿eso quiere decir que tu reunión con Ibrahim salió mal?

—Yo… yo…

Eugenia bajó el rostro, apenada. Sus dedos, aún pálidos por el frío de la calle y el rastro de la adrenalina, se enterraron en la lana del abrigo de Killian, buscando un anclaje que el mundo parecía negarle.

—Es mi invitada —espetó él con frialdad, advirtiéndole a su abuela con la mirada—. Ven, te llevaré a tu habitación. —Tiró de ella con suavidad hacia las escaleras y cuando llegó al segundo piso, la llevó a su alcoba.

La casa sólo tenía dos cuartos, por lo que le cedería el suyo.

—Descansa un poco, calentaré agua para que tomes un baño y te subiré la cena en unos minutos, ¿te parece?

—Tu abuela…

Él negó con la cabeza, empujándola suavemente dentro de la habitación. No pasó el umbral, en momentos así comprendía cuál era su límite.

—Ella es grandiosa, pero un hueso difícil de roer —explicó y Eugenia apartó las lágrimas de sus mejillas.

—Muchas gracias, Killian —susurró finalmente, apenada—. No sé qué habría hecho sin ti.

—Y nunca lo sabrás, porque siempre estaré a tu lado, Eugenia —prometió y sin deseo alguno de incomodarla, cerró la puerta y bajó al primer piso con paso apresurado.

Un baño, eso la ayudaría a lidiar con las horribles sensaciones de su cuerpo, y luego le prepararía una cena decente para que pudiera sentirse más animada. Eugenia era una mujer fuerte, estaba seguro de que saldría adelante y superaría la horrible escena que vivió por culpa de Ibrahim.

Ella… ella… no merecía seguir sufriendo.

Capítulo 20

El fuego en la chimenea crujía con una intensidad que para Killian resultaba exasperante. El agua en el caldero tardaba una eternidad en alcanzar el punto de calor necesario, y la comida que preparaba con manos torpes le parecía un insulto ante la magnitud de lo que Eugenia acababa de vivir.

¿Por qué no podía dejar de temblar?

Era absurdo que él estuviera sintiendo toda esa impotencia cuando fue Eugenia quien la vivió en carne viva.

—Si esperas que el agua hierva mirándola con tanto rencor, muchacho, vas a terminar por agrietar el metal —la voz de Morag, seca y cortante como el invierno escocés, lo hizo girar sobre sus talones.

La anciana estaba sentada en su silla habitual, con las manos apoyadas en el bastón, observándolo con esos ojos que parecían leerle hasta la médula.

—No estoy de humor para tu sarcasmo, Morag —respondió Killian, molesto—. Te pido que seas paciente con Eugenia. —Pedir su generosidad sería un abuso—. Ella… —ni siquiera pudo terminar la oración y sacó la caldera del fuego para volcar el agua en la palangana con una brusquedad que hizo saltar varias gotas hirvientes sobre sus nudillos.

Ni siquiera las sintió.

—Traes a una inglesa a nuestra casa en medio de la noche, con la mirada perdida y el espíritu roto —continuó ella, inclinándose hacia

adelante—. ¿Crees que no reconozco el aspecto de una mujer que ha sido acorralada? —la piel se le erizó—. ¿Qué has hecho, Killian?

—¿Yo? —soltó un bufido de pura incredulidad y se giró hacia ella, con el rostro desencajado por una furia que nunca antes se había permitido mostrar—. Yo no he hecho nada. Es ese miserable de mi primo quien ha terminado de perder la cabeza.

Morag abrió los ojos, sorprendida por el tono que su nieto empleó para hablarle, pero mantuvo su postura.

—Ibrahim es un hombre de negocios, Killian. Los negocios traen disputas, no mujeres destrozadas.

—Esto no fue un negocio —bramó en voz baja, dejando caer el paño que sostenía. El sonido seco resonó en toda la cocina—. Ibrahim intentó forzarla —su voz se quebró de impotencia y rabia. Debió golpearlo más fuerte.

El silencio que siguió fue absoluto, tan denso que parecía ahogar el aire de la estancia. Killian no se detuvo; la contención de los últimos días se quebró, dejando salir una vulnerabilidad que le rasgaba la garganta. Sus manos, siempre fuertes y capaces de domar cualquier terreno, temblaban ahora de forma incontrolable.

—Lo vi, Morag… la escuché gritar antes de entrar —confesó él, con la voz rota, perdiendo por completo la rigidez de su orgullo escocés y cayó sobre su trasero—. Estaba ahí, intentando forzarla contra el escritorio, tratándola como si fuera un pedazo de mercancía vieja que podía poseer a la fuerza. Y ella estaba aterrada —usó todo su ingenio para no gritar, no quería que ella los escuchara—. Casi la destruye.

Morag, que durante años le había exigido a su nieto que fuera duro y que no mostrara debilidad frente a nadie, se quedó inmóvil.

La furia de Killian no era una pose; era el desgarro de un hombre que había visto cómo lo que más amaba era profanado. Por primera vez, no vio a su nieto como un hombre que buscaba ser fuerte y seguro, sino como un hombre que estaba sufriendo una herida en el alma.

—¿Cómo pretendes que me sienta tranquilo? —continuó Killian, pasando las manos por su cabello en un gesto de desesperación absoluta—. ¿Cómo quieres que vuelva a mirar a ese hombre a los ojos y hable de destilerías, de tierras o de herencias, cuando él intentó arrebatarle lo único que ella tiene: su voluntad? —escupió con desprecio—. Ella es la mujer que amo, Morag. Y él casi la rompe.

El bastón de Morag resbaló ligeramente sobre el suelo de madera. No hubo más preguntas. La mirada de Killian, cargada de un dolor tan puro que lograba doblegar cualquier prejuicio, hizo que la rigidez de la anciana, construida tras décadas de desdén hacia los ingleses, comenzara a resquebrajarse.

El silencio en la cocina se estiró, pesado y denso, hasta que Morag soltó un suspiro que pareció arrancar años de amargura de sus pulmones. Se apoyó pesadamente en su bastón para ponerse de pie y se acercó a Killian con una lentitud que denotaba el peso de su edad, pero también una extraña compasión.

—Has actuado como corresponde, Killian —murmuró ella, con una voz que, por primera vez en años, carecía de su filo habitual—. Poner a salvo a una mujer, sobre todo cuando el enemigo es de su propia sangre, es el único camino que un verdadero escocés habría tomado.

Killian se quedó quieto, sintiendo que el aliento le volvía al cuerpo, pero Morag no había terminado. Señaló con el bastón hacia la palangana, donde el agua ya humeaba.

—Pero ten mucho cuidado —advirtió, observándolo con una seriedad punzante—. Lo que esa mujer ha vivido no se cura con un baño caliente ni con comida. El miedo que lleva en los ojos no es de esta noche; es un miedo viejo que Ibrahim ha sabido reavivar.

—Lo sé.

—Ten cuidado con cómo la tocas, con cómo le hablas. Ella no olvidará fácilmente que estuvo a punto de ser abusada.

Killian asintió con la cabeza, bajando la mirada.

—Lo sé —repitió, agotado—. Por eso mismo necesito que esté aquí, nadie la cuidará mejor que yo.

Morag lo observó durante un largo momento antes de apartarse del camino, haciendo un gesto seco con la mano hacia las escaleras.

—Vete —dijo ella, retirándose hacia su rincón junto al fuego—. Vete y asístela. No me escuches, no me cuestiones y no esperes que te interrogue más. Me ha quedado claro que esa mujer es tuya, y que tu honor, para bien o para mal, ahora está atado a su voluntad.

Killian no perdió un segundo más. Tomó la palangana, sintiendo que el corazón le latía con una urgencia que no tenía nada que ver con la rabia de hace unos minutos, sino con una devoción absoluta. Mientras subía las escaleras, escuchó el murmullo de Morag a sus espaldas, una oración antigua en gaélico que, aunque no pudo distinguir palabra a palabra, sonaba casi como una bendición.

Llegó a la puerta del dormitorio y se detuvo, obligándose a suavizar su expresión antes de entrar. Al otro lado de la madera,

Eugenia estaba allí, encerrada en su propio dolor, y él sabía que la batalla para salvarla apenas comenzaba.

Llamó a la puerta y la respuesta llegó casi al instante.

—Adelante.

Killian entró en la habitación con pasos titubeantes, algo que no era propio de él. Eugenia estaba sentada al borde de la cama, envuelta en una rigidez que le rompió el corazón. Sin decir palabra, él dispuso la palangana de agua caliente sobre una mesa pequeña, asegurándose de que nada pareciera una imposición.

—El agua está a una temperatura agradable —dijo él, evitando mirarla directamente a los ojos para no abrumarla—. Hay una toalla limpia y algo de ropa de mi abuela en el ropero; espero que te sirva. —Se dispuso a abandonar la alcoba—. Te traeré la cena una vez que estés lista.

—Killian… —Ella alzó la vista, con los ojos empañados, y Killian se detuvo en el umbral, con la mano puesta sobre el pomo de la puerta.

—Si necesitas algo, cualquier cosa… solo llámame. Estaré cerca —añadió, su voz cargada de una promesa silenciosa de que no invadiría su espacio.

***

Cuando la puerta se cerró, Eugenia se quedó sumergida en el silencio. El baño fue un ritual de purificación; el agua caliente parecía llevarse no solo la suciedad del día, sino también el rastro de la humillación que Ibrahim había intentado imprimir en su piel. Pero, al finalizar con todo, la realidad la golpeó de nuevo: ¿qué pasaría ahora?

Sin trabajo, sin reputación y habiendo huido de la única vida que conocía, se sentía como una náufraga.

¿Qué tanto habría escuchado Killian de su discusión con Ibrahim?

¿Estaría dispuesto a aceptarla en su vida ahora que…?

La visión se le cristalizó y se vistió tan rápido como pudo, odiándose a sí misma por no ser la mujer perfecta que su madre había querido que fuera. Sin su pureza, ¿con qué cara le pediría a Killian que la aceptara en su vida?

Fue una tonta al creer que podría casarse, ningún hombre la aceptaría con términos decentes.

Ella… estaba arruinada.

Cuarenta minutos más tarde, Killian llamó a su puerta y le entregó su cena. Era una comida sencilla, puré de papa, ensalada de zanahoria y un gran pedazo de carne, pero…

—Dime que no te quité tu cena —susurró, abatida, y él le sonrió.

—Te aseguro que no me quitaste nada.

Eugenia lo miró con disgusto.

—Esta es tu alcoba, huele a madera y tormenta —afirmó y Killian asintió, satisfecho con la información que acababa de recibir—. ¿Dónde dormirás?

—¿Podrías simplemente ponerte cómoda? —pidió con ternura, empujando suavemente la bandeja contra su pecho—. Descansa. Si necesitas algo, puedes llamarme.

Él no sólo le dio un techo, sino que le cedió su alcoba y compartió su comida, e incluso así ¿esperaba que ella siguiera abusando de su generosidad?

—Está bien.

Suponía que esto era sentirse amada. Killian estaba respetando su espacio y su silencio, en sus ojos no había curiosidad ni ansiedad, era como si él realmente deseara que ella olvidara ese día.

Horas más tarde, tras un sueño interrumpido por pesadillas que la obligaron a levantarse, Eugenia bajó las escaleras en busca de Killian. La casa estaba sumida en una penumbra silenciosa, pero al llegar a la sala, lo encontró.

Killian estaba dormido en el sofá —totalmente vestido— con el cuerpo encogido en un espacio que claramente le quedaba pequeño. Su chaqueta estaba en el suelo y tenía el ceño fruncido incluso en el sueño. Con pasos lentos, se sentó en el suelo, junto a su cabeza, y lo observó. Se veía tan vulnerable, tan lejos del hombre salvaje y seguro de sí mismo que siempre desafiaba a todo Londres.

Él se removió, despertando de golpe al sentir una presencia cerca, y se incorporó con un movimiento brusco, con los ojos cargados de una alerta inmediata, hasta que sus pupilas se enfocaron en ella.

—¿Eugenia? —jadeó, pasándose la mano por el rostro—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien?

—No me gusta que duermas aquí —susurró ella, con el alma expuesta—. No te ves cómodo.

Killian se quedó inmóvil, observándola con una intensidad que parecía desnudar sus miedos.

—He dormido en peores sitios —bromeó, pero eso no le hizo gracia—. ¿Qué sucede? —se dejó caer para sentarse junto a ella—. ¿Por qué saliste de tu alcoba?

Él estaba actuando como si nada raro hubiera sucedido, pero Eugenia sabía que, si quería quedarse a su lado, lo correcto era

hablar con la verdad.

—¿Qué tanto escuchaste en el despacho? —la pregunta salió casi como una súplica.

Él no bajó la mirada, ni intentó suavizar la verdad.

Quería ser honesto con ella.

—Todo. Escuché cada palabra —Eugenia cerró los ojos con fuerza —. Escuché sobre lo que pasó con Morrison.

Sintió que el aire se le escapaba de los pulmones y las lágrimas, calientes y traicioneras, comenzaron a surcar sus mejillas. Se sintió pequeña, sucia, como si él estuviera a punto de señalarla con el dedo y confirmar que era, como decía la sociedad, una mujerzuela.

—¿Por eso huyes de mí? —Él se tensó y decidió ser valiente—. ¿Te doy asco?

—¿Qué? —abrió los ojos, sorprendido—. Yo nunca…

—¿Crees que soy estúpida por querer tener un esposo, incluso conociendo mi situación?

Killian se inclinó hacia adelante, acortando la distancia entre ellos. Con una lentitud casi sagrada, alcanzó su mano y la apretó entre la suya, firme y protectora.

—Todos tenemos un pasado, Eugenia —dijo él, con una firmeza que hizo que el corazón de ella diera un vuelco—. Todos arrastramos sombras que nos acechan en los rincones. La diferencia es que cada uno de nosotros tiene el poder de decidir si ese pasado nos entierra o si elegimos dejarlo atrás. Yo no juzgo tu herida; solo maldigo a los que te hicieron sangrar.

Eugenia se derrumbó hacia él, buscando refugio en su pecho, y por primera vez en diez años, sintió que el peso de su historia empezaba a aligerarse.

—Morrison me forzó —confesó entre llanto, provocando que él se tensara—. Sólo tenía quince años, mi madre acababa de morir y era mi primer amor, lo creía un buen hombre así que acepté su ayuda —narró con congoja, agradeciendo que sus fuertes brazos la rodearan.

—No tienes que contarme nada.

—Él me hizo creer que se casaría conmigo, me dijo que tendríamos una familia, pero luego admitió que nunca podría hacerme su esposa por ser la hija de una bastarda.

—Es un idiota.

—Cuando le dije que me iría, él…

El abrazo se hizo más fuerte y no necesitó decir más, pasó exactamente lo que sucedió en el despacho de Ibrahim.

—Quiero matarlo.

—No —rogó, angustiada, y aferró su camisa con firmeza—. Yo no quiero que busques venganza, yo sólo quiero saber si incluso sabiendo esto, sigues amándome.

Killian no le dio una respuesta, simplemente la tomó en brazos y se incorporó sin esfuerzo alguno para subirla a su habitación, donde la recostó con mucho cuidado sobre el mullido colchón para después cubrirla con las mantas.

—Claro que te sigo amando, Eugenia —musitó.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y lo sujetó del brazo antes de que intentara abandonar la habitación.

—¿Adónde vas?

—Es tarde, debes descansar y…

—¿No puedes quedarte conmigo?

Killian dudó y observó la puerta con preocupación.

—Yo…

—Yo también te amo, Killian —confesó con voz rota y él la miró con pesar.

—No necesitas mentirme —le sonrió con ternura—. Hago esto porque te amo y no pienso pedirte nada a cambio, sé muy bien lo que piensas de mí y…

—Te mentí —le cortó con un hilo de voz, apenada.

—¿Qué? —arrastró sus palabras, todo rastro de amabilidad se esfumó.

—No tengo nada para ofrecerte, no quería ser la razón de tu ruina y dije todo lo que dije para que buscaras una heredera, alguien que pudiera sacar tu herencia adelante —se sinceró, y la voz se le quebró en el proceso—. Desde el primer día que te vi, supe que mi vida no volvería a ser la misma.

—Pero Ibrahim…

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—Él era como Morrison: alguien a quien le debía mi lealtad y lo que soy.

—Eres una tonta —se sentó frente a ella y acunó su rostro con ternura—. ¿Por qué me mentiste?

—Sólo quería protegerte de toda la miseria que podía traer a tu vida —sollozó, avergonzada—. Tengo dos mil libras, ¿crees que puedan servirte de algo?

Killian unió sus labios con suavidad, brindándole toda la paz que necesitaba sentir.

—Yo sólo te quiero a ti, Eugenia, tu dinero es sólo tuyo.

—Killian…

—Sólo dormiré a tu lado, no esperes más de mí. —La piel se le erizó—. Y no es porque te tenga asco, tú no tienes idea de cuánto te

deseo, pero no te haré mía hasta que seas mi esposa.

Lo miró con asombro.

—¿Aún quieres casarte conmigo?

—Estaba a punto de robarte, muchacha —ambos rieron por lo bajo—. ¿Vendrías a Escocia conmigo y te convertirías en la esposa de este escocés sin fortuna?

—No lo digas de nuevo, por favor —rogó, juntando sus frentes con desespero—. Tú eres un hombre maravilloso, perdóname por no habértelo dicho antes.

—Recuéstate —pidió, y él hizo lo mismo, entregándole su brazo como almohada—. Partiremos a Escocia en tres días, ¿estás de acuerdo con eso?

—¿Tú abuela me aceptará?

Killian se rio.

—Soy su nieto más terco, sabe que no pediré su permiso.

Sólo esperaba que, con el tiempo, Morag pudiera ver lo maravillosa que era esa mujer.

Capítulo 21

Las manos no podían dejar de temblarle. No importaba cuánto intentara justificarse, lo que le hizo a Eugenia no tenía perdón. Ibrahim alborotó su cabellera con desespero, no muy seguro de qué camino tomar, y una lágrima rebelde se deslizó por su mejilla al recordar los gritos de Eugenia y las duras palabras de Killian.

«Tú no eres mejor que yo; eres un hombre que finge ser un dechado de virtudes cuando en realidad eres un depredador encubierto».

Negó rápidamente con la cabeza.

El rechazo de Eugenia nunca estuvo dentro de sus posibilidades y por esa razón reaccionó tan mal ante la situación. No pudo controlar su frustración, se dejó llevar por sus instintos más bajos y sabía que lo peor que podía hacer era ir tras de ella por el momento.

Ella le tenía miedo.

Apoyó la nuca en la pared de su alcoba, escuchando las manecillas del reloj, y las observó con fijeza. En dos horas partiría a Sussex con el conde de Snowdon, su esposa e hija, la familia política que él estaba eligiendo, y lejos de sentir satisfacción —la misma que sintió hace dos semanas cuando el hombre aceptó su invitación—, estaba desesperado.

¿Era esto lo que realmente quería?

¿Estaba dispuesto a meterse a la boca del león y renunciar al verdadero amor sólo por más poder?

—No sé qué hacer —confesó en voz alta y una vez más se desquitó con sus cabellos castaños. Trabajó e invirtió tanto para

llegar hasta ahí, que rechazar a los Cavendish parecía estúpido—. Diamantes —musitó de pronto y se incorporó con movimientos torpes para acercarse a su escritorio.

Eugenia iría al club. Él mejor que nadie sabía que su hermana tenía un fondo de emergencia para la rubia: la liquidación que su cuñado le cedió cuando Eugenia dejó de ser la niñera de su hija, para convertirse en la secretaria de Ibrahim.

Escribió la nota sin cuidado, con trazos toscos y hasta graciosos, pero dedujo que la rubia entendería perfectamente el mensaje.

"Eugenia,

Mi pluma tiembla al escribir estas líneas, pues jamás fue mi intención que mis actos se sintieran como un agravio. Me niego a aceptar el silencio que nos separa, porque en mi corazón persiste la certeza de que el afecto que nos une no ha muerto. Reconozco mi falta: cometí el error de disponer de tu destino y de tu hogar sin consultarte, cegado por lo que creía era tu resguardo.

He dado órdenes para que tus pertenencias sean devueltas a Diamantes; podrás disponer de ellas al caer la tarde de mañana. Te ruego, mi vida, que no cierres la puerta al diálogo. Estaré en Sussex aguardando una misiva tuya; iré a donde me indiques, cuando tú lo decidas.

Eres libre de mudarte a donde tu voluntad dicte. Te ruego que aceptes este presente para que lo uses según tu necesidad, pues mi mayor deseo es que no te falte nada.

Siempre tuyo, Ibrahim".

Por el momento ella no podía volver a su casa, pero él quería que viviera en un lugar decente, por lo que abrió su caja fuerte y sacó quinientas libras —una suma ridículamente alta, pero su culpabilidad

le pedía que gastara cuanto fuera necesario para corregir su error—. Con ese dinero ella estaría bien y llegaría a la boda de Seamus sin problema alguno.

Un mes...

Si Eugenia no le respondía la nota, recién podría verla dentro de un mes.

«Y ella te verá con lady Cavendish y su familia».

No era el mejor momento para pensar en eso, quizá... Si Ibrahim entraba en razón, en un mes dejaría de ser tan imbécil y recordaría lo que realmente importaba.

Antes de que su carruaje partiera a Sussex, Ibrahim le entregó la nota a su mayordomo y ordenó que la llevaran a Diamantes y se la entregaran a Diana —la administradora—, con el mandato de que buscara a Eugenia y se la entregara en las manos antes del anochecer.

No era una tarea difícil, Londres era una ciudad desierta ahora que la temporada había llegado a su fin.

***

Eugenia aún podía sentir cortos espasmos. Lo que vivió en el despacho de Ibrahim era algo que jamás podría explicar con palabras. Ella pensó que junto a él siempre estaría segura, que su amistad podría contra todo y todos, pero nunca se imaginó que las intenciones del castaño llegarían a ser tan oscuras.

¿Qué tan cegado por el poder debía estar que se creyó con el derecho de forzarla?

Se hizo un ovillo, confirmando que esa noche no podría pegar un solo ojo, y todo su cuerpo se relajó cuando el brazo de Killian rodeó

su cintura y la pegó a su cuerpo con suavidad, un gesto que le llenó el pecho de seguridad.

—Tienes un sueño ligero —comentó ella, inquieta ante la idea de no dejarlo dormir—. De verdad lo siento, ¿te estoy incomodando?

—No, para nada. —Su cálido aliento acarició su nuca y Eugenia juntó los ojos con fuerza.

Él no la juzgó por su pasado y tampoco la dejó de lado por ser una mujer con experiencia, sino que la sujetó con fuerza para que no pretendiera huir de sus brazos. Porque sí, una parte de ella quería escapar y dejarlo libre para que él buscara a alguien mejor y más adecuada.

—¿Tienes miedo?

Era una excelente pregunta. Hace unas horas, la respuesta habría sido un rotundo "sí", pero ahora mismo se sentía en paz.

—Simplemente sigo sin poder creerlo —admitió y el abrazo se hizo más fuerte—. Para mí, Lilias e Ibrahim eran mi familia, esa que elegí a lo largo de mi vida, pero...

—Lilias no te hizo nada —espetó él con paciencia, captando su atención—. Y... no lo sé, yo creo que él perdió el control porque nunca pensó que lo rechazarías.

—¿Lo defiendes a pesar de todo?

Killian demoró unos segundos en responder, pero finalmente suspiró.

—¿Servirá de algo odiarlo? Al final de todo, nos iremos a Escocia y no habrá motivo alguno para volver.

Era verdad, lo menos que deseaba era seguir viviendo en Londres y no quería llevar consigo un horrible recuerdo y una culpa que no era suya.

—Mi primo se casará en un mes, ¿qué excusa usaré para no asistir a su boda? ¿No debería decirle que quieres casarte conmigo?

—Me habría encantado seguir el protocolo correspondiente para pedir tu mano —admitió, pensativo—. Pero ¿crees que tu primo y mis primos tomen de buena manera nuestra unión?

—Ellos te creen un monstruo —se volvió hacia él y lo abrazó por el vientre—. No te conocen en lo absoluto.

—Si tú quieres que me presente ante el barón de Mountevans, lo haré.

—No —determinó con sabiduría—. Le enviaré una misiva con mis felicitaciones, explicándole que no pude asistir porque visité a una amiga de la infancia, y guardaré nuestro secreto hasta que la temporada inicie.

Porque solo cuando Seamus volviera a la ciudad se daría cuenta de su ausencia, y en seis meses su matrimonio con Killian ya sería irrompible.

—Será como tú elijas —musitó él, somnoliento, y Eugenia no pudo evitar que su cuello se estirara. Unió sus labios con suavidad, reconociendo su propia urgencia con inmediatez.

Killian se tensó, como si temiera realizar un movimiento en falso, y Eugenia se arrimó a él con necesidad, buscando sacar todo el malestar que había en su cuerpo.

—Eugenia... —musitó contra sus labios, afectado, y ella negó con la cabeza.

—Quiero borrar sus besos, las caricias que no pedí y la incomodidad que dejó en mis entrañas. Yo... mmm... —gimió cuando él invadió su boca sin reparo alguno, buscando sanar lo que no había roto, y todo su cuerpo se estremeció cuando Killian giró

sobre su lugar, quedando boca arriba, para acomodarla sobre su cuerpo.

—Killian... —jadeó, meciéndose sobre su erección, y la mano masculina se enterró en sus cabellos rubios con firmeza.

—Shhh... —El rubor trepó por sus mejillas al darse cuenta que no estaban solos, pero la timidez se esfumó cuando él se sentó y en el camino le subió la camisola, dejándola completamente desnuda.

La habitación estaba completamente oscura, pero incluso así se cubrió sus pechos con timidez. Cuando estuvo con Morrison, él solo se molestó en subirle la camisola para después... un escalofrío recorrió su espina dorsal y Killian debió sentirlo, puesto que rápidamente la envolvió en sus brazos y la pegó a su pecho.

—No debes presionarte —musitó con suavidad—. Puedo esperar cuanto tú quieras —Besó su coronilla y ella tragó con fuerza.

—No entiendo por qué contigo es tan diferente. —Su silencio dejó claro que sus palabras lo habían desconcertado—. Una vez, Ibrahim intentó besarme y me sentí tan incómoda —confesó—. Y con...

—No lo menciones —ordenó con frialdad y ella lo abrazó por el cuello.

—Mi cuerpo te reconoció desde el primer día, mis pensamientos fueron tan insanos que me odiaba a mí misma por desearte con tanta intensidad, cuando se suponía que no estaba lista para intimar con nadie —la voz le tembló y todas sus extremidades se sacudieron cuando él sujetó su cadera y empezó a mecerla sobre su miembro—. Ah, Killian...

En esta ocasión, la mano masculina rodeó su cintura y con movimientos resueltos la tendió en la cama, obligándola a abrir las piernas para que él pudiera acomodarse mejor. Killian aún estaba

vestido, y todo indicaba que no tenía pensado quitarse ni una sola prenda.

—Tal vez no pude identificar todo el deseo que sentí por ti en nuestro primer encuentro —rozó sus narices con ternura, conteniendo la respiración—. Pero no hubo día que no pensara en ti, Eugenia, eras un enigma que quería descifrar y del cual no quería alejarme.

Ella esbozó una leve sonrisa y unió sus labios con ternura.

—¿Debería convertirme en tu amante? —dijo aquello con esfuerzo, yendo en contra de sus propios ideales, y un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando Killian abandonó la cama como si ella fuera el mismísimo infierno.

—¿Qué dijiste? —no podía verlo, pero el tono que empleó sonó peligroso—. Dije que quería casarme contigo y aceptaste.

—En realidad, no te di una respuesta —musitó, apenada, y se aferró a las sábanas cuando él se desplazó por la habitación para prender una vela.

—¿Por qué diablos te tomaría como mi amante? —preguntó con impotencia—. ¿Tan difícil te resulta entender que te amo?

Una lágrima se deslizó por su mejilla y decidió ser sincera.

—Necesitas casarte con una heredera, Killian. No tengo nada, seamos realistas, ¿qué podría ofrecerte una bastarda?

—¡Me basta tu amor, maldita sea! —bramó, furioso, y Eugenia se sorprendió al verlo tan molesto.

Era la primera vez que él le gritaba de esa manera.

—Rechazaste la oferta de… —no pudo decir los nombres— esos imbéciles, ¿por qué te plantearías la idea de ser mi amante?

—Porque te amo.

La tensión en los hombros masculinos disminuyó, pero incluso así sus ojos color cielo no dejaron de brillar con enojo e intensidad. Estaba claro que Killian no estaba pensando en su futuro, sino en las emociones que ella podía regalarle en su presente. Nunca pensó que se plantearía una opción de ese calibre, dentro de sus temores más grandes siempre estuvo el ser la otra de un hombre, pero… si quería quedarse junto al hombre que amaba sin perjudicarlo, ese era el puesto que debía tomar, ¿verdad?

—Lo mejor será que regrese al sofá —suspiró, cansado, y Eugenia lo miró con pesar.

—Killian…

Él dejó la vela sobre la mesa antes de volverse hacia ella.

—Nunca te tomaré como mi amante —sentenció, tajante—. Si no quieres ser mi esposa, vendrás a Escocia y trabajarás para mi abuela.

—Pero…

—No diré más —le cortó, ofendido, y la frustración hizo que la bilis trepara por su garganta al ver como él abandonaba su habitación.

¡¿Por qué tenía que ser tan tozudo?!

«Porque sólo quiere tu amor», susurró una vocecilla con cautela. «Eso parece ser más que suficiente para él».

—Pero para mí no —su voz apenas y fue un susurro y se abrazó las rodillas con impotencia.

Si tan sólo ella pudiera obtener una dote… Una fortuna lo suficientemente cuantiosa como para ayudar a Killian a salir adelante. Cerró los ojos, anhelando un sueño imposible, y recordó

que sólo existía un juego al azar —que estaba en Diamantes— capaz de darle una basta fortuna.

«Pero nunca nadie ha ganado las cinco mil libras» pensó, cabizbaja.

Aunque… siempre había una primera vez para todo, ¿verdad?

Capítulo 22

A la mañana siguiente, Eugenia bajó al primer piso con paso titubeante. La incertidumbre le pesaba en el pecho; con el caos de las últimas horas, Killian apenas le había hablado de Morag. Eran dos completas extrañas compartiendo un techo y la mujer estaba en todo su derecho de sentirse incómoda ante su repentina presencia.

—¿Killian? —inquirió en voz baja.

El sofá estaba vacío y la estancia lucía impecable; él debía llevar horas despierto. El sonido seco de un bastón golpeando el suelo hizo que se le erizara la piel y cuadró los hombros justo cuando la abuela del pelinegro apareció bajo el umbral de la cocina.

—Fue por pan —dijo la anciana con voz seca, estudiándola con ojo crítico.

—Buenos días, señora…

—Morag Sinclair.

Era una mujer de pocas palabras y mirada afilada.

—Mi nombre es Eugenia Armitage.

Los ojos color cielo, tan parecidos a los de Killian, le dieron un último escrutinio antes de que ella le hiciera un gesto con la cabeza para que la siguiera. Eugenia obedeció con rapidez, temerosa de causar una mala impresión, pero se detuvo en seco al ver la mesa: un festín de huevos, tocino, quesos y jamones humeantes.

—Es demasiado —musitó, asombrada, pero el rubor trepó por sus mejillas cuando su estómago rugió.

—Díselo a Killian cuando regrese. Él preparó todo.

¿Él sabía cocinar? Eugenia parpadeó, tratando de encajar la imagen del rudo escocés manejando sartenes con la del hombre que la protegía a capa y espada.

Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro y negó lentamente con la cabeza. Todo indicaba que aún le faltaba descubrir mucho de él.

***

Morag observó a la rubia sin reparo alguno, entendiendo mejor que nadie por qué su nieto terminó profundamente enamorado. La joven no sólo era valiente, sino hermosa e inteligente. No era alguien que actuara por impulsos, cada uno de sus movimientos estaban previamente estudiados y eso le resultaba… interesante.

No se parecía en nada a cualquier otra joven que ella hubiera conocido.

Su situación era delicada, lo que vivió el día de ayer no se olvidaría fácilmente. No obstante, esa no era razón suficiente para que Morag la dejara tranquila y no hiciera sus propias averiguaciones. Era una mujer desconfiada y ahora esa joven estaba viviendo bajo su mismo techo, por lo que necesitaba conocerla un poco más.

—Siéntate —ordenó y se sentó con dificultad, dejando el bastón apoyado en la mesa.

Eugenia hizo lo mismo, pero no empezó a comer; simplemente clavó su mirada violeta en ella. Era tan lista que sabía que tenían muchas cosas de qué hablar.

—Dígame, muchacha —continuó, impasible—, ¿está usted realmente lista para arruinar su vida por un hombre que no tiene

donde caerse muerto?

Como si fuera posible, la rubia palideció aún más con su dura afirmación y la miró con una incredulidad que no daba paso a confusiones. Pero no fue eso lo que llamó la atención de Morag, sino el cómo sus ojos dejaron de verla con timidez para observarla con recelo y enojo.

«Interesante».

—¿Perdone? —arrastró sus palabras, tan tensa como una vara.

—Es un Cumming —prolongó Morag, y su voz sonó como grava arrastrada por el viento—. Es el hijo de unos asesinos. Lleva la sangre de gente que solo supo destruir. ¿Qué cree que le espera a su lado? —la pregunta fue dicha con rencor—. Solo miseria y el peso de una herencia que no vale nada sin los fondos necesarios.

El enojo de Eugenia se transformó rápidamente en una indignación ardiente y le dio la impresión de que, de haber estado comiendo, ella habría lanzado los cubiertos con brusquedad contra su plato.

—No voy a permitir que hable así de él —replicó Eugenia, con la voz firme a pesar del temblor de sus manos—. Killian no es como sus padres y él no tiene por qué cargar con pecados que no cometió, ni heredar una culpa que usted parece empeñada en restregarle. Si él no tiene nada, es porque se ha pasado la vida protegiendo a otros en lugar de acumular riqueza.

Morag arqueó una ceja, abriendo la boca para responder, pero el sonido de la puerta principal abriéndose la interrumpió. La conversación no podía continuar, sabía que estaba ante el punto más débil de su nieto y lo menos que deseaba era discutir con él.

***

Killian entró a su casa con una bolsa de papel de la que emanaba el olor a pan recién horneado, esperando que la gran variedad que eligió fuera del agrado de Eugenia. Odiaba discutir con ella y tal vez no fue muy maduro de su parte dejarla sola en su habitación; sin embargo, ¿qué más podía hacer?

¡Ella era una experta sacándolo de quicio!

Llegó a la cocina y notó la electricidad en el aire de inmediato, pasando la mirada de la expresión encendida de Eugenia al rostro impasible de su abuela.

«Debí suponer que esto pasaría» pensó con frustración, pero simuló demencia.

—Veo que ya se conocen —dijo él, depositando el pan en el centro de la mesa.

—Ella habla mucho —farfulló la anciana y Eugenia fingió una tierna sonrisa.

—Usted no se queda atrás, Morag —la llamó por su nombre de pila y su abuela abrió los ojos con sorpresa, al tiempo que Killian mordía un pan para esconder su risa.

Morag no estaba acostumbrada a que la gente le llevara la contraria.

El desayuno transcurrió en una falsa calma, un silencio sepulcral solo roto por el roce de la loza. Era evidente que, por el momento, ninguno de los tres estaba totalmente cómodo con el giro de los acontecimientos. Cuando terminaron, Morag se levantó sin decir palabra y se retiró hacia la sala, dejando a la pareja a solas en la cocina, mientras Killian recogía todo como de costumbre.

—¿Por qué no me dijiste que tu abuela es…?

Killian terminó de lavar los platos y se volvió hacia ella.

—Mi abuela tiene pequeños desvaríos mentales, no siempre está lúcida. —Ella era muy importante en su vida y era vital que Eugenia la aceptara tal y como era—. Tenle un poco de paciencia, por favor.

—Te aseguro que no desvarió ni por un segundo cuando estuvo conmigo —siseó y Killian suspiró—. Pero bueno, hay algo que quiero hablar contigo —se incorporó con lentitud, y él temió que dijera una nueva tontería, por lo que rodeó la mesa y se plantó frente a ella con una determinación aplastante—. ¿Qué sucede? —la rubia se encogió en su lugar, intimidada.

—Olvida lo que te dije ayer —soltó sin preámbulos, su voz bajó una octava—. Sobre dejarte ir o darte un empleo.

Eugenia lo miró, confundida.

—¿De qué hablas?

—Hablo de que no me importa lo que pienses o lo que mi abuela te meta en la cabeza —la tomó del brazo, no con fuerza, pero sí con una determinación posesiva que la hizo jadear—. Te haré mi esposa, Eugenia. Por las buenas o por las malas, vendrás a Escocia conmigo y nos casaremos como Dios manda.

Porque en Londres ella corría peligro. Porque no importaba qué tan lista y habilidosa fuera en su trabajo, ahí nadie reconocería su valor y todos parecían estar lo suficientemente ocupados como para percatarse de lo sola que estaba.

—¡No puedes decidir eso por mí, Killian! —estalló ella, aunque su corazón latía con una violencia que delataba sus propios deseos.

—Claro que puedo hacerlo cuando tu primera opción es convertirte en mi amante —farfulló, furioso, haciéndola respingar en su lugar—. Ya lo dijiste, tú me amas y creo que después de esas

palabras, ya nada importa lo suficiente como para cambiar el curso de nuestro futuro.

Estaban a punto de enredarse en una discusión amarga —o quizás en un beso desesperado— cuando tres golpes urgentes resonaron en la puerta.

Killian se tensó, llevando la mano instintivamente a la cintura de Eugenia, pero luego recordó que esa madrugada él mismo confirmó con sus propios ojos que Ibrahim se marchó de Londres. Era imposible que hubiera ido a buscar a la rubia a su casa, pero… si no era su primo, ¿entonces quién?

—¿Esperas a alguien? —musitó ella, inquieta, y él negó con la cabeza.

—Quédate aquí —pidió en voz baja y salió a la sala para abrir la puerta. Su abuela estaba sentada frente al hogar, mirando la misma con un interés único—. No mencione a Eugenia por nada en el mundo —advirtió y su abuela se rio.

—Cómo si yo fuera a seguir tus órdenes —bufó, y Killian abrió la puerta con una seguridad aplastante. Reconoció al muchacho con inmediatez, por lo que frunció el ceño—. ¿Qué te trae por aquí?

El criado de la casa de Ibrahim, un jovenzuelo que Eugenia utilizó en dos ocasiones como mensajero, se removió en su lugar con inquietud e intentó ver por encima del hombro de Killian. Como era de esperarse, el gran tamaño del escocés lo obligó a bajar el rostro, apenado.

—Disculpe la molestia, pero estoy buscando a la señorita Armitage.

—¿Y por qué ella estaría aquí? —enarcó con una ceja, tenso.

¿Ibrahim lo habría mandado?

—Me pidió que trajera dos notas en dos ocasiones, por lo que ustedes son conocidos y…

—Lo mejor será que te marches.

—¡Luke! —Killian apretó la mandíbula, ¿por qué Eugenia nunca lo obedecía?— ¿Qué haces aquí? —Lo pasó de largo para posicionarse frente al mensajero—. ¿Cómo me en contraste? Nadie puede saber que pasé la noche en esta casa, ¿me entiendes?

El joven asintió.

—El señor le dejó esta misiva y nos pidió que la lleváramos a Diamantes para que la administradora la busque y se la entregue.

—¿Pero…? —sonrió, entretenida. Podía imaginarse lo que pasó.

—La señora Diana dijo que no sigue las órdenes del hermano de su jefa y me dejó en una situación difícil.

Eugenia se rio por lo alto, entretenida, y aceptó la misiva que Luke le tendió.

—Muchas gracias por buscarme, pero espero que este sea un secreto entre los dos —se vio obligada a decir y el joven asintió—. Ya puedes irte, recuerda que tú no sabes nada de mí.

Cuando Luke se fue, Eugenia ingresó a la casa con paso titubeante, sintiendo la penetrante mirada de Killian sobre su espalda. Él estaba molesto y lo sabía, pero había situaciones de las cuales nunca podrían escapar y enfrentar a Luke fue lo mejor que pudieron hacer, sino el muchacho habría vuelto con el mayordomo para contarle la situación y los favores que le estuvo haciendo en los últimos meses.

Observó la carta con preocupación. El sello de Ibrahim la miraba como un ojo acusador, prometiendo un nuevo disgusto.

—No necesitas abrirla, pronto nos iremos y todo quedará en el pasado —siseó Killian, un tanto inquieto por el contenido de la misiva.

—Tiene que abrirla —contradijo Morag, impaciente, y se acercó a ellos—. Sólo así sabremos qué esperar de tu primo.

Odiaba admitirlo, pero ella tenía razón.

Eugenia abrió el sobre y lo primero que vio hizo que los ojos estuvieran a punto de salirse de sus órbitas.

¡¿En qué estuvo pensando ese idiota al enviarle quinientas libras?

Sacó el dinero con movimientos temblorosos y se lo entregó a Killian, quién apretó la mandíbula con una ira casi palpable. Decidió leer la nota en silencio, pero una vez que terminó, la misma pasó a manos de Killian y luego a las de Morag.

—¡Es un imbécil! —escupió el pelinegro, furioso, mientras arrugaba el papel en su puño.

—Debo ir a Diamantes —sentenció Eugenia, ignorando la tensión del ambiente.

—Claro que no irás. Olvida tus cosas y...

—¡No dejaré mis pertenencias! —lo cortó ella, irguiéndose. Odiaba que él se sintiera con el derecho de darle órdenes—. Me compré todo lo que tengo con mi propio dinero, Killian. Si me voy a Escocia, no será con las manos vacías; llevaré lo que es mío.

Morag soltó una carcajada seca, sorprendiendo a su nieto.

—Tiene razón —espetó la anciana—. No seas un necio, Killian.

Él exhaló un suspiro cargado de frustración, las mujeres que estaban a su cargo carecían de cordura.

—Está bien, iremos al club esta noche —cedió, mirando el fajo de billetes con un desdén evidente—. Y dejaremos esto ahí. No quiero

ni una moneda de ese hombre en nuestro futuro.

Eugenia tomó el dinero con calma, sintiendo su peso, con una idea formándose en su mente.

—¿Por qué no lo usamos en el club antes de irnos?

Killian y Morag la miraron, confundidos.

—¿De qué hablas?

—Podemos apostar en las mesas. —Él abrió la boca para objetar, pero Eugenia añadió—: Incluso podemos jugar a la ruleta, el premio es de cinco mil libras y el ticket tiene un costo de doscientas libras.

No tenía por qué rechazar el dinero del castaño. Después de todo lo que hizo por él, Ibrahim nunca podría saldar la deuda que tenía con ella, por lo que lo mejor que podían hacer era utilizar ese dinero para medir su suerte.

—¿Le regalarás tu dinero a éste? —bufó Morag, señalando a Killian con incredulidad.

Eugenia prefirió no responderle.

—Por favor, Killian, hagamos la prueba —suplicó. No quería irse de Londres sabiendo que no agotó hasta su último recurso para ayudar a su futuro esposo.

—Eugenia… —Él arrastró sus palabras, disconforme con el giro de los acontecimientos, y ella suspiró.

—Si no me dejas intentarlo, no me casaré, ni mucho menos iré a Escocia contigo.

Odiaba amenazarlo de esa manera, pero él debía entrar en razón. Necesitaban jugar todas sus cartas.

—Está bien —dijo finalmente, serio—. Pero ganes o pierdas, te casarás conmigo.

Eugenia asintió. Ella lo amaba y quería convertirse en su esposa, pero también quería ser alguien que le aportara algo más que un simple matrimonio a base de amor.

Capítulo 23

El aroma a lavanda y seda costosa de la boutique de madame Gale normalmente habría relajado a Eugenia, pero con Morag Sinclair pisándole los talones, se sentía como una gacela escoltada por un lobo. Sabía que para asistir a Diamantes requería de un buen vestido y por primera vez en años, quería comprarse uno que no fuera únicamente pensado para el trabajo, por lo que estaba dispuesta a invertir unos cuantos chelines, siempre y cuando el precio le pareciera razonable.

Por insistencia de Morag, Killian se había quedado fuera de la tienda, apoyado contra un farol con los brazos cruzados y una expresión de pocos amigos. Era lo mejor, no quería que él se sintiera presionado ante la idea de tener que pagar por su vestido.

—Ese verde es espantoso —sentenció la anciana de cabello canoso, señalando con la empuñadura de su bastón el vestido esmeralda que ella había estado observando—. Te haría parecer una lechuga marchita. Tienes la piel demasiado pálida, muchacha. Necesitas algo que te ayude a imponer tu presencia y temperamento.

Eugenia suspiró, pasando los dedos por una percha de algodón sencillo.

—No busco impresionar a nadie. Solo necesito algo bonito para entrar al club y recuperar mis cosas. —Después de darle una ojeada a la tienda, sólo un vestido parecía estar dentro de su presupuesto —. Este gris es discreto y, lo más importante, es el más barato de la tienda.

Morag soltó una risa que sonó como lija sobre piedra.

—Si quieres algo discreto, usa uno de mis vestidos —se mofó—. Esta noche irás a una guarida de lobos. Si vas a ser una pecadora, al menos ten la decencia de lucir como una que vale el pecado.

—No voy a gastar el dinero que tengo en vanidades, esa es la dote que le entregaré a Killian —replicó Eugenia, entornando sus ojos violetas—. Ese dinero es para nuestro futuro y el de nuestros hijos.

La anciana se detuvo frente a ella, obligándola a sostenerle la mirada. Madame Gale observaba la escena desde el mostrador, alternando la mirada entre las dos con una mezcla de fascinación y pánico.

—Nunca, jamás, he considerado darle un solo centavo de mi dinero a un hombre —espetó Morag, indignada.

—Porque nunca la han amado, ni ha amado —soltó con seguridad, lamentando sus palabras al instante. Quizá estaba siendo muy dura con ella—. Lo siento, es sólo que no me gusta que sea tan cruel con él.

Ella la observó con fría calma, pero no la insultó ni amenazó con lastimarla.

—Escúchame bien, Armitage —siseó Morag—. Mi nieto tiene la cabeza dura como el granito, pero su corazón es de gelatina cuando se trata de ti. Si cree que vas vestida de pordiosera por su culpa, se sentirá un fracasado. Y yo no crie a un Sinclair, porque para mí nunca llevará el apellido del infeliz con el que se casó mi difunta hija, para que agache la cabeza ante una mujer que no sabe distinguir entre sacrificio y tacañería.

Eugenia se tensó.

¿Por qué no pensó en los sentimientos de Killian, lo difícil que sería para él verla en un vestido que no era de su total agrado?

Morag levantó el bastón y señaló un vestido de seda color sangre, con un escote recto que dejaba los hombros al descubierto, y flores bordadas a lo largo de toda la falda que pedía a gritos ser elogiada.

—Es hermoso —la garganta se le cerró.

—Quiero que te lo pruebes.

—No, debe ser el más caro de la tienda —musitó Eugenia, cruzándose de brazos.

Entendía su punto, pero ese vestido no era su realidad y no podía ser tan irresponsable como para comprarlo.

—Será mi regalo de bodas —soltó la anciana con una naturalidad que dejó a Eugenia muda—. Y lo correcto es que cierres esa boca bonita y lo aceptes de callada. Es la primera y última vez que seré generosa contigo antes de que empieces a darme bisnietos que griten igual que tú.

Eugenia parpadeó, sin saber si sentirse conmovida por el gesto o indignada por la mención de los bisnietos. Miró a Morag, buscando una grieta en su armadura de frialdad, pero solo encontró una chispa de diversión maliciosa. Definitivamente, no sabía si la mujer le caía bien o si era su mayor pesadilla, pero terminó aceptando el vestido con un gesto resignado.

Cuando salieron de la tienda media hora después, Killian se enderezó de inmediato. Sus ojos viajaron de las bolsas de seda que cargaba el asistente de la tienda hasta el rostro de Eugenia, que caminaba con una mezcla de aturdimiento y sospecha.

—¿Todo en orden? —preguntó, extendiendo la mano para ayudar a su abuela. Luego se centró en ella, dejando que Morag fuera por

delante—. Pensé que nunca saldrían.

Eugenia lo miró de reojo, luego miró a Morag, que caminaba con la barbilla en alto como si acabara de conquistar Londres.

—Solo espero que lo que acaba de hacer tu abuela no haya sido parte de uno de sus desvaríos mentales —murmuró, angustiada—. Porque si no estaba lúcida cuando pagó la factura, nos endeudaremos por un par de meses.

Killian arqueó una ceja, mirando a su abuela.

—Cuando se trata de dinero, ella es más lúcida de lo que te imaginas —susurró, no muy seguro de qué pensar al respecto.

¿Su abuela se tomó la molestia de hacerle un regalo a Eugenia?

Eso sí que era bastante extraño, Morag no compartía su dinero con nadie.

***

El aire en la propiedad de Ibrahim era mucho más puro que el de Londres, pero desde que su hermano llegó junto al conde y su familia esa mañana, Lilias sentía que se asfixiaba. Los Cavendish ya estaban instalados en el ala este, y el sonido de sus risas aristocráticas subía desde el jardín como un recordatorio constante de la farsa que estaban montando.

Algo a lo cual ella jamás podría acostumbrarse porque consideraba que siempre fue muy transparente en su forma de pensar y actuar. Entró en el despacho de su hermano sin llamar y se quitó los guantes de encaje con movimientos bruscos, lanzándolos sobre la mesa de caoba.

—¿Hasta cuándo piensas mantener esta locura, Ibrahim? —espetó ella, ignorando que él estaba revisando unos mapas de las tierras—.

Es la primera vez en tres años que Eugenia no está con nosotros en estas fechas —la voz le tembló.

Le agobiaba haber dejado a su amiga en Londres, ¿estaría haciendo bien al apoyar las pésimas decisiones de su hermano? Siempre fue muy unida a él y estaba muy agradecida por todos los sacrificios que hizo en el pasado por ella, pero… ¿se sentía cómoda excluyendo a Eugenia de esa manera?

¡Era su mejor amiga! ¡La mujer que la cuidó y se hizo cargo de su hija sin juzgarla en lo absoluto!

—No podía traerla conmigo, Lilias, el conde de Snowdon no iba a sentirse cómodo con su presencia —soltó con pesar, frotando su rostro con cansancio.

—Debiste decirle que sólo es tu secretaria, que la consideramos un miembro de nuestra familia, ¿cómo diantres pretendes casarte con lady Beatrice si su familia odia a Eugenia? ¡Ella vive y trabaja contigo!

La tensión que se cernió en los hombros de su hermano encendió todas sus alarmas.

—¿Qué sucedió? —inquirió con un hilo de voz, nerviosa—. ¡Habla, Ibrahim!

Él torció los labios, y finalmente susurró:

—La despedí. El conde dijo que sólo me cedería la mano de su hija si la sacaba de mi vida y mi casa.

—¡¿Cómo pudiste?! —la visión se le cristalizó—. ¿Por qué no me dijiste que pensabas hacer algo así? ¡Yo le ofrecí mudarse conmigo cuando regresé con Randall y tú no lo permitiste!

—¡No pensé que conseguiría el favor de un conde! —rugió él, golpeando su escritorio, y Lilias no retrocedió.

No le tenía miedo, su hermano jamás la dañaría, pero se alarmó al ver como su esposo ingresaba al despacho como alma que lleva el diablo.

—Cuida el tono de tu voz y tus acciones, Ibrahim —ordenó el pelinegro con ojos peligrosos y su hermano suspiró—. Puede que esta sea tu casa, pero si me apetece me llevo a mi esposa e hija en menos de quince minutos.

Sí, eso era lo que ella quería: irse de ese lugar.

—No pasó nada malo, mi amor —susurró, sujetando el brazo de su esposo, y Randall asintió—. Es sólo que me niego a fingir que los Cavendish son una compañía sustituta de Eugenia aceptable. —Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Lilias… —suplicó Ibrahim, angustiado—. Sólo quiero que me apoyes en esto, sabes cuánto deseo casarme con lady Cavendish y no sería bien visto que trajera a mi secretaria a pasar las fiestas navideñas a mi casa de campo.

—Es nuestra amiga —se vio obligada a decir, y él se tensó—. Es la prima de Seamus, ¿cómo crees que le caerá está noticia a tu mejor amigo, el hombre que nos dio un techo cuando llegamos a Londres y no teníamos donde caernos muertos?

Esas palabras hicieron que el castaño palideciera.

—¿Insinúas que debo elegirla porque su primo me ayudó? —arrastró sus palabras, furioso.

—¡Claro que no! —chilló ella, indignada—. Deberías elegirla porque es la mujer que amas.

—El amor no es suficiente —decretó él, helándole las venas.

—Creo que *tu amor* no es suficiente —añadió Randall, receloso.

Ibrahim presionó el puente de su nariz con frustración, la situación empezaba a hartarlo.

—Los Cavendish son aliados estratégicos.

Lilias soltó una carcajada seca, llena de desdén.

—¿Aliados estratégicos? Soy la nuera del duque de Kent, Ibrahim. Mi rango está muy por encima del conde de Snowdon. —Randall asintió, sonriente—. Si hubieras dicho que Eugenia venía como mi invitada personal, nadie habría osado levantar una ceja. Ni siquiera los Cavendish.

—Tú tienes el apellido Aldrich para protegerte. Yo solo tengo mi reputación y mis empresas.

—Hermano…

—No podía mezclar esos mundos, Lilias. Eugenia... ella es demasiado real para esta gente. No encajaría en sus conversaciones.

—No mientas —lo cortó ella, acercándose al escritorio—. No es que ella no encaje; es que tú no soportas verla aquí. Tienes miedo de que, lejos de tu empresa, te des cuenta de que no puedes tratarla como a una empleada. La has dejado en Londres para poder seguir fingiendo que eres el amo y señor de tu vida.

—La dejé en Londres porque es lo más seguro para ella —rugió, perdiendo finalmente la compostura—. Y no pretendo seguir con esta discusión —zanjó en voz alta—. Esta es mi casa y yo decido a quién invito y a quien no. —Estaba siendo un tirano, pero no había marcha atrás—. Acostúmbrate a esto, porque Eugenia nunca más volverá a sentarse en mi mesa. Ella no pertenece al mundo al que yo quiero entrar.

La decisión correcta era lady Beatrice Cavendish y su hermana debía respetar su decisión.

Lilias entrelazó su mano con la de su esposo y tiró de él para abandonar el despacho. Caminó hacia la puerta con la cabeza en alto, haciendo valer cada gramo de su rango.

—Espero que disfrutes de estas fiestas con los Cavendish, hermano. —Ibrahim se tensó, estaba a punto de vivir su primera navidad sin su hermana y sobrina—. Nosotros nos iremos a Kent con mis suegros, no viviré esta farsa ni tampoco ensuciaré la lealtad que Eugenia siempre tuvo hacia nosotros.

Lilias iría por su amiga porque al igual que Ibrahim, Eugenia era como una hermana para ella. Salió del despacho cerrando la puerta con una suavidad que dolió más que un portazo, dejando a Ibrahim solo con el eco de sus propias mentiras.

***

El carruaje de alquiler aguardaba en la calle, con el caballo resoplando vapor bajo la fría neblina londinense. Killian, apoyado contra el marco de la puerta de su casa, se frotaba las sienes con frustración. Odiaba el juego, odiaba la deuda y, sobre todo, odiaba que el dinero que tenían en el bolsillo proviniera de Ibrahim. Cada vez que tocaba el fajo de billetes en su chaqueta, sentía que se le quemaba la piel.

—¿Vas a seguir maldiciendo al aire o finalmente vas a subirte al carruaje? —la voz de Morag, desde el interior de la casa, le llegó cargada de una sorna que solo logró crispar más sus nervios.

No respondió, sus ojos estaban fijos en la escalera.

—Está tardando mucho.

—Deja que se ponga guapa —siseó ella, entretenida.

Entonces, antes de poder plantear cualquier respuesta, Eugenia apareció.

El vestido de seda carmesí que Morag había elegido no era simplemente una prenda; era una declaración de guerra. El corte entallado se ceñía a su silueta con una precisión que robaba el aliento, y el escote, elegante pero audaz, hacía que la palidez de su piel luciera casi etérea. Killian sintió que el aire abandonaba sus pulmones de golpe. La incertidumbre, la ira por el dinero de su primo y sus dudas sobre la prudencia de esta locura se evaporaron, dejando solo un rastro de deseo puro y una certeza inquebrantable.

Se acercó a ella en silencio, su presencia masculina y ruda contrastando violentamente con la delicadeza de la seda roja. Sus manos, callosas y fuertes, se posaron con una suavidad reverente en la cintura de Eugenia.

—No sé qué clase de hechizo has lanzado sobre esta casa —murmuró él, con la voz ronca—, pero no me importa el dinero, ni la ruleta, ni el nombre de tu primo. Pase lo que pase esta noche, Eugenia, te haré mi esposa. —La amaba tanto que esta espera se le estaba haciendo eterna—. Si tengo que robarte o llevarte a rastras hacia el norte, lo haré. No permitiré que nadie más vuelva a tocarte ni a tomar decisiones por ti.

Eugenia sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío de la noche. Se puso de puntillas para quedar a su altura, mirándolo con una intensidad que casi lo desarmó.

—¿Tanto te preocupa la idea de apostar por un mejor futuro? —preguntó ella, con los ojos violetas fijos en los suyos.

—Es una locura —respondió él, con sinceridad brutal—. Pero sé que lo haces por nosotros.

Ella asintió y, de repente, sacó algo del bolsillo oculto de su bolso: una máscara veneciana de filigrana negra, con detalles bronce que cubrían apenas la parte superior de su rostro.

—Si vamos a entrar ahí, debemos ser inteligentes —dijo ella, alzando la máscara hacia él—. Tú eres el hombre al que Lilias teme. Si los porteros o algún contacto de ella te reconoce antes de que podamos llegar a las mesas, nos cerrarán el paso por órdenes suyas. Nadie debe saber que se trata de ti.

Killian miró la máscara con desdén, pero al ver la mirada suplicante de Eugenia, una sonrisa torcida se dibujó en sus labios. Se la colocó, sintiendo cómo el accesorio le confería un aire mucho más peligroso y sombrío.

—Prométemelo —dijo él, acercándose tanto que sus labios rozaron la mejilla de ella—. Prométeme que, al salir de ese club, sin importar si ganamos o perdemos hasta el último céntimo, ya no habrá más excusas. Nos iremos y nos casaremos. Sin esperas, sin secretos y sin mirar atrás.

Eugenia sintió que el corazón le latía contra las costillas con una fuerza que apenas podía controlar.

—Lo prometo. Después de esta noche, el futuro será nuestro.

Con un movimiento decidido, él la tomó del brazo y la escoltó hacia el carruaje una vez que se despidieron de Morag.

La cacería acababa de comenzar.

Capítulo 24

Diamantes bullía con su habitual frenesí de terciopelo y desesperación. Era un club exclusivo, un refugio para damas de la alta sociedad que buscaban el riesgo que sus vidas anodinas les negaban. Las lámparas de araña proyectaban una luz ámbar sobre las mesas de juego, donde las apuestas volaban con elegancia y de vez en cuando gran bullicio.

Killian, con la máscara de filigrana, se mantenía tenso en una mesa, jugando una partida de *écarté* con una soltura que sorprendía a los presentes. Tras quince minutos de observar cómo él dominaba el juego, Eugenia decidió que era momento de alejarse.

Necesitaba estudiar al verdadero enemigo de la noche: la ruleta de la suerte.

El artilugio era una pieza de madera tallada e ingeniería sádica. Tenía cuatro niveles llenos de orificios, cada uno más pequeño que el anterior. La esfera de metal, al ser lanzada, parecía ser succionada inevitablemente por los niveles superiores, donde los agujeros eran casi inexistentes, impidiendo que llegara al único orificio que le permitiría bajar de nivel. La gente gritaba, maldecía y apostaba fortunas, pero nadie lograba nunca que la esfera descendiera más allá del primer nivel.

Para ganar las cinco mil libras, la esfera debía bajar los cuatro niveles.

Nunca le había prestado la debida atención, pero mientras más lo observaba, más imposible parecía la posibilidad de salir victoriosa.

Eugenia estaba absorta, analizando la trayectoria de todas las esferas lanzadas, cuando una mano firme se cerró sobre su antebrazo. El contacto la sobresaltó y, al girarse, contuvo un grito. Era Lilias, con su abrigo de viaje aún puesto, el cabello ligeramente desordenado y el rostro bañado en un rastro de angustia.

—Lilias… —susurró, con el corazón acelerado, preocupada de que viera a Killian—. ¿Qué haces aquí? Deberías estar en Sussex.

De todas las personas que pensó que podría encontrarse en Diamantes, Lilias nunca estuvo dentro de sus opciones. Estudió el salón con la mirada, Killian seguía absorto en su juego y lord Aldrich paseó la vista por el lugar, él también llevaba puesto su abrigo de viaje.

¿Acababan de llegar de Sussex?

—Ven conmigo a mi despacho —ordenó su amiga con voz quebrada—. Necesitamos hablar.

Eugenia la siguió en silencio por los pasillos privados. Era inevitable no sentirse preocupada por ella, ¿estaría todo bien con su esposo? Esperaba que sí, no quería dilatar su viaje a Escocia, le dio su palabra a Killian que después de esa noche ya nada los retendría en Londres. Una vez dentro, Lilias cerró la puerta y la abrazó sin previo aviso. Sus ojos estaban llorosos.

—Lo siento tanto, Eugenia. He dejado a Ibrahim en Sussex. Me siento avergonzada y humillada por su despido injustificado, ha sido muy cruel e injusto contigo y no podía quedarme allí viendo cómo vendía su alma —soltó Lilias, entre llanto, y Eugenia sonrió con ternura—. Ven conmigo a Kent. Allí tengo un lugar seguro para ti, podremos estar juntas y siempre estarás a salvo.

Eugenia sintió un nudo en la garganta y miró a su amiga, sintiéndose querida, pero negó con suavidad. Estaba feliz por su muestra de lealtad y cariño, pero…

—Ya encontré mi lugar seguro —susurró, contenta—. Pero agradezco tu lealtad más de lo que puedo expresar —su voz tembló —. Solo te pido una cosa: no dejes que el enojo hacia Ibrahim sea eterno. No quiero ser la razón por la que pierdas a tu hermano.

Lilias la observó con pesar.

—No quiero que me dejes, eres mi mejor amiga y…

—Nunca estarás sola —presionó sus manos, brindándole su apoyo —. Tienes a tu esposo e hija, debes enfocarte en tu familia y dejar de preocuparte por mí.

—Pero…

—Te juro que estoy bien. —Esbozó una gran sonrisa—. Encontré al hombre que amo y con quien quiero compartir mi vida.

—¿Qué? —los ojos color esmeralda se abrieron con sorpresa—. Pero ¿mi hermano?

Eugenia negó lentamente con la cabeza.

—Siempre le fui leal y le tuve mucho cariño, pero me temo que ese sentimiento nunca se asemejó al amor.

Su amiga palideció.

—Él está confundido, Eugenia, eres la mujer que ama y sé que volverá y te pedirá perdón. Por favor, no lo odies ni te engañes.

—¿Engañarme? —frunció el ceño, entretenida—. Te aseguro que nunca he estado más segura de mis sentimientos como ahora.

El hombre de su vida era Killian, y le parecía una lástima no poder confesárselo.

—Ibrahim lo perderá todo —musitó su amiga, y Eugenia evitó darle una respuesta.

Ella tenía la fe de que Ibrahim encontraría el amor con una mujer que pudiera entender su forma de amar y brindarle el prestigio que él necesitaba. Tal vez, sólo tal vez, su destino era quedarse con lady Cavendish.

—¿Por qué estás aquí, en este club? —su pregunta la tomó por sorpresa—. Creí que tardaría días en encontrarte.

Eugenia observó su aspecto desaliñado y soltó una suave carcajada.

—Te seré sincera: estoy con el hombre que amo —confesó con un suave rubor en las mejillas.

—¿Qué? ¿Quién es? —frunció el ceño—. ¿Dónde lo conociste?

—No me hagas preguntas —suplicó—. No te lo podré presentar por ahora. —Su amiga la miró con pesar—. Dame tiempo, ¿sí? —la sujetó de los brazos con suavidad.

—Aún no me dijiste por qué estás aquí —insistió con un mohín en los labios.

—Necesito probar suerte en la ruleta.

Lilias suspiró con tristeza.

—Es una trampa. Está diseñada para que todos pierdan. —La noticia le generó conmoción, pero no la instó a retroceder en sus objetivos—. Por favor, acepta la liquidación de Randall; él mismo la apartó para ti, recordando los años que cuidaste a nuestra hija.

¿Era una liquidación o una muestra de caridad?

—No —respondió con certeza—. Si al final de la noche todo sale mal, no tendré más opción que aceptar la liquidación. —No porque quisiera el dinero para ella, sino para Killian—. Pero hoy, necesito

ganar bajo mis propios términos y algo me dice que debo probar suerte con la ruleta.

Lilias, respetando su voluntad, la abrazó con fuerza.

—Cuando te sientas segura, escríbeme. —Esa era su despedida—. Háblame de ese hombre que se robó a mi mejor amiga, quizá con el tiempo pueda caerme mejor.

—Está bien —respondió el gesto—. Cuídate mucho y cuida de Rosslyn, las extrañaré mucho.

Eugenia se despidió, evitando alargar el emotivo momento, y regresó al salón. Killian la esperaba con expresión sombría, aliviado al verla volver, y ella agradeció haberle dado esa máscara antes de presentarse en el club.

—Me diste un susto de muerte, pensé que te habías ido —gruñó él, tomándola de la cintura.

—Jamás te dejaría —musitó con ternura y entrelazó sus manos con firmeza—. Es hora de jugar.

Tras ganar cincuenta libras en las mesas, compraron dos tickets para la ruleta. Killian lanzó primero; la esfera, como era previsible, quedó atrapada en el primer nivel. Eugenia no se decepcionó, su amiga se lo había advertido, por lo que entrelazó su mano con la del pelinegro para brindarle su apoyo.

—No pasa nada —le susurró y él no fue capaz de mirarla a los ojos.

—Espero que tengas mejor suerte —musitó finalmente con un largo suspiro y besó su mejilla con ternura—. Yo ya gané, no necesito más para ser feliz.

El rubor trepó por sus mejillas y le dio una suave palmadita en el hombro antes de acercarse a la ruleta. Si era una trampa, ¿por qué

estaba tan decidida a probar suerte?

Cerró los ojos por un instante y, en el silencio de su mente, invocó a su madre: "Ayúdame, mamá. Necesito ser algo más que una esposa para él. Necesito darnos un futuro decente".

Al soltar la esfera, Eugenia comenzó a temblar con una intensidad sobrenatural. No era miedo, era una descarga de pura voluntad que recorrió sus brazos y se transmitió a la mesa. La estructura entera empezó a vibrar con una frecuencia sutil pero constante —la ciudad estaba temblando—. Debido a esas sacudidas rítmicas, Killian la cubrió bajo su cuerpo, pero Eugenia no dejó de observar la esfera, que normalmente se habría quedado trabada, y ahora rebotaba con una agilidad imposible. Saltó de un orificio a otro, ignorando los bloqueos, bajando el primer nivel, el segundo, el tercero y, con un sonido metálico definitivo, se encajó en el fondo del cuarto nivel, al mismo tiempo que el temblor mermó.

Un silencio sepulcral cayó sobre el club. Nadie respiraba y no precisamente por el horrible suceso natural, sino porque el mismo había logrado lo imposible.

—He ganado —declaró Eugenia con la voz firme, aunque sus manos aún le temblaban, y Killian la ayudó a enderezarse, aún preocupado por el estado de la infraestructura.

Estaba segura que su única preocupación era saber si era prudente quedarse dentro del edificio.

Un lacayo se acercó, pálido como la cera.

—Señorita... debo verificar. La máquina... la base se movió durante el lanzamiento —balbuceó, intentando buscar una excusa para invalidar el milagro—. Debo preguntar si es válido para emitir la orden de pago.

La afirmación del hombre hizo que la piel se le erizara.

¿Realmente se le negaría el premio que el universo quería para ella?

El hombre se alejó, dejando a la pareja en medio de las miradas expectantes de los jugadores y Eugenia se estremeció.

—¿Estás bien? —Killian la hizo volver en sí y lo buscó con la mirada—. ¿Te hiciste daño? ¿Deberíamos volver a nuestra casa?

Su casa… ahora tenía un hogar junto a ese hombre. Recordó cómo la cuidó con su cuerpo, dispuesto a recibir cualquier golpe en su lugar, y le regaló una radiante sonrisa.

—Esperemos un poco —presionó su mano, indicándole que no perdería la esperanza tan pronto.

Tras minutos que parecieron horas de tensión absoluta, el lacayo regresó, luciendo más cauteloso y aterrado que nunca.

—La administración ha decidido... aceptar el resultado —dijo, evitando mirarlos a los ojos—. Pueden pasar por su orden de pago mañana a primera hora.

«Lilias…» pensó con felicidad, su amiga jamás le habría privado de ese premio que se merecía.

Killian, quien había permanecido junto a ella, soltó un suspiro de alivio que sonó como un rugido contenido. La tomó del brazo y, sin decir una palabra, la escoltó fuera del salón, sabiendo que habían cambiado su destino para siempre.

—¿No estás contento? —inquirió ella una vez que estuvo a salvo en el carruaje, con el corazón aún acelerado por la adrenalina de la victoria.

Killian la abrazó con fuerza contra su pecho, como si necesitara comprobar que ella también estaba allí, sana y salva, pero no hubo

ninguna sonrisa triunfal en su rostro. Sus ojos escaneaban las calles oscuras, notando los destrozos menores y el caos que el temblor había dejado a su paso por Londres.

—Más que nunca —respondió él, besando su frente con una intensidad que casi dolía—. Pero el dinero no me sirve de nada si mi abuela está herida. El temblor fue en toda la ciudad.

Eugenia se quedó helada. La felicidad de la ruleta se evaporó en un segundo, reemplazada por una punzada de culpa. Había estado tan concentrada en su propio destino y en la emoción de ganar, que se había olvidado por completo de la mujer que, a su manera, le había regalado su vestido y su bendición esa misma mañana.

—Tienes razón —susurró, apretando la mano de Killian—. Vamos a casa. Ahora.

El carruaje comenzó a moverse a toda velocidad bajo la neblina. Killian permaneció en silencio, con la mandíbula tensa y la mirada fija en el camino, mientras Eugenia se acomodaba en su asiento, sintiendo el peso de las cinco mil libras en su mente, pero con el corazón puesto en la pequeña casa de Morag. La victoria era suya, sí, pero la verdadera prueba de su nuevo destino acababa de empezar.

El carruaje se detuvo frente a la pequeña casa con un chirrido de ruedas. Killian no esperó a que el cochero bajara los peldaños; saltó a la acera casi antes de que el vehículo se detuviera por completo y, tras ayudar a Eugenia, entró en la vivienda.

La sala estaba iluminada por la tenue luz del hogar. Morag estaba sentada en su sillón habitual, el bastón apoyado contra su regazo y una taza de té —a medio beber— en la mesa auxiliar.

—¡Abuela! —Killian se acercó a ella con zancadas largas, sus ojos escaneando cada centímetro de la anciana—. ¿Estás bien? ¿Sentiste el temblor? ¿Te caíste o te golpeaste?

La anciana lo miró con una expresión de desdén que parecía tallada en piedra. Suspiró, haciendo un gesto vago con la mano.

—¿Crees que esa insignificante sacudida tiene el poder de moverme de mi sillón, muchacho? —farfulló, arqueando una ceja—. Deja de alborotarte como una gallina y dime qué pasó en esa cueva de vicios.

Eugenia, que había entrado justo detrás de Killian, se acercó al sillón de la anciana con una sonrisa radiante. Se arrodilló a sus pies y tomó sus manos rugosas.

—Ganamos, Morag —dijo con voz clara—. Ya tengo la dote para tu nieto.

La anciana entrecerró los ojos, analizando la expresión de Eugenia antes de que una chispa de orgullo —aunque muy disimulada— apareciera en su mirada.

—Lo hiciste, ¿eh? —Morag soltó una carcajada seca y le dio una palmada en la mejilla a la joven—. Bien hecho, muchacha. Pero que te quede claro: ese dinero es tuyo. Te lo ganaste con tus manos y tu suerte. No tienes ninguna obligación de entregárselo a este necio.

Killian, quien seguía de pie junto a ellas, asintió con seriedad, apoyando a su abuela.

—Mi abuela tiene razón. Ese premio es tuyo, no espero ni un solo penique de él.

Eugenia se puso de pie, mirando a ambos con una determinación que no admitía réplicas.

—Haré exactamente lo que quiera con el dinero —sentenció, cruzándose de brazos—. Y lo que quiero es formar un equipo con mi futuro esposo. Estamos juntos en esto, así que, por favor, dejen de intentar decidir por mí.

El silencio que siguió fue breve. Morag soltó otro bufido, aunque sus labios temblaban en un amago de sonrisa.

—Tiene carácter. Más te vale no arruinarlo.

Killian no pudo esperar más. La tensión, el miedo por la seguridad de ambas, la adrenalina de la victoria y el alivio absoluto de verlas a salvo convergieron en un impulso irrefrenable. Rodeó a Eugenia con sus brazos y la atrajo hacia sí, besándola con una pasión descarada y posesiva. Fue un beso que borró las sombras de la noche, las deudas y los temores de los últimos días.

Cuando rompió el beso, dejando a una Eugenia sin aliento y con los ojos brillantes, Killian apoyó su frente contra la de ella, manteniendo sus manos aferradas a su cintura porque no pensaba dejarla ir jamás.

—Estamos bien —susurró él, con una voz que era puro alivio—. Todos estamos bien y las cosas salieron mejor de lo que jamás imaginé.

Morag, desde su sillón, golpeó el suelo con su bastón.

—¡Ya, ya! Guárdense las muestras de afecto para la alcoba. La casa todavía tiene los cimientos en su lugar, no hace falta que los terminen de derribar.

Eugenia soltó una risita contra el pecho de Killian, sintiendo por fin que, tras el caos y el temblor, el futuro empezaba a construirse bajo sus pies.

Capítulo 25

La orden de pago ya estaba bajo su poder. Una vez que llegaran a Escocia, Killian tendría que ir al banco para solicitar el pago y, si bien tendrían que esperar unas semanas a que todo se validara, ¿qué era eso ante la oportunidad de sacar adelante la destilería y su nuevo hogar?

Todo estaba marchando a la perfección, y en unas horas se subirían al tren que los llevaría al norte; sin embargo…

—¿Quieres que te acompañe? —Se posicionó junto a ella, observando la imponente casa de Isaac Kilbrenner—. No es un hombre agradable y no te ves tan segura de ti misma.

—No es falta de seguridad —musitó y llamó a la puerta—. Es sólo que… quisiera que lady Kilbrenner tuviera tanta suerte como la tuve yo. —La dama seguía inconsciente, pronto se cumplirían dos semanas desde el ataque que sufrió en su casa y aún no podía abrir los ojos.

Los atendió el mayordomo y los guio hacia el recibidor sin objeción alguna. Por fortuna, lord Kilbrenner no demoró mucho en hacer acto de presencia, y a diferencia de todas las veces que se vieron en La Alianza, ante ella no estaba el arrogante noble que se creía superior a los demás, sino un hombre devastado que era incapaz de entender el giro abismal que su vida había dado en tan poco tiempo.

—Señorita Armitage, ¿puedo ayudarla en algo? —Se veía delgado y cansado, era como si no hubiera dormido en días.

—¿Puedo ver a lady Kilbrenner? —preguntó con cautela, y él se tensó.

—Aún no ha despertado. —Miró a Killian de reojo.

—Lo sé —susurró, suponía que ese rumor habría llegado a ella con bastante facilidad—. Yo… me gustaría despedirme.

Para su sorpresa, el hombre no la cuestionó, sólo miró a Killian por breves segundos y luego le hizo una seña para que subiera las escaleras.

—La guiaré a su alcoba.

Eugenia le pidió a Killian que la esperara y cuando ingresó a la habitación de Harriet, determinó que era el tipo de lugar que la dama habría decorado para sí misma. Había flores en las mesas de noche, la luz era abundante gracias a las grandes ventanas y el hogar tenía una llama envidiable.

Se acercó a la cama, Harriet se veía hermosa a pesar de estar en un sueño profundo, y eso la llevó a reparar en su ropa de seda y la espaciosa cama. Al menos ahora estaba en el lugar que correspondía.

—¿Eran muy amigas? —la pregunta de lord Kilbrenner la obligó a volver en sí—. Usted estuvo en su casa el día que pelee con mi hermano.

—En realidad… —tragó con fuerza—. Ella fue muy amable conmigo y me hizo un favor que nadie hubiera considerado hacerme jamás —fue sincera—. La visité porque quería agradecerle el gesto y ese día ella volvió a demostrarme lo maravillosa que es.

Lo buscó con la mirada, pero Isaac sólo tenía ojos para su esposa.

—Espero que se recupere pronto —trató de ser optimista y él apretó la mandíbula.

—Lo hará. —Era bastante terco cuando se lo proponía.

—¿No ha considerado llevarla al campo? —inquirió con cautela y él asintió—. ¿Qué hará una vez que despierte? —quiso saber y eso hizo que el hombre la mirara con fijeza—. Le gustan las galletas con chispas de chocolate, quizás quiera unas cuantas —musitó, nerviosa, y él cerró las manos en dos puños.

—¿Por qué me dice esto?

—Usted no me agrada —decidió ser sincera—, pero quiero creer que después de lo que sucedió, si la vida le da una nueva oportunidad, no volverá a cometer los mismos errores, milord.

Él no le dio una respuesta y ella hizo una venia.

—Es hora de que me marche —miró a Harriet con cariño—. No es bueno dormir tanto tiempo, milady —se atrevió a acariciar su sien y no pudo decir más.

Cuando sujetó el pomo de la puerta, lo siguiente que escuchó hizo que todos sus movimientos se petrificaran.

—Lo siento. —Se volvió muy lentamente hacia lord Kilbrenner—. Lamento mucho haberla menospreciado, ha sido muy grosero de mi parte sentirme superior a usted.

¿Quién era ese hombre y dónde estaba lord Isaac?

—Es bueno que sepa reconocer sus errores —susurró.

—¿Puedo saber por qué está con el enemigo de su jefe? —su pregunta le erizó la piel.

—Ibrahim me despidió, ya no soy parte de La Alianza.

El castaño la miró con fijeza.

—La empresa no será lo mismo sin usted.

—Yo… fui feliz mientras duró —se limitó a decir.

¿Cómo explicarle a ese extraño que su nuevo sueño estaba en Escocia?

—Cuídese mucho, señorita Armitage.

Eugenia volvió a hacer una venia y salió de esa habitación con paso apresurado, ansiosa por abandonar Londres y empezar su nueva vida en Escocia junto al hombre que amaba y Morag.

Su nueva familia.

Cuando Eugenia bajó las escaleras, el aire le pareció mucho más ligero. Killian la esperaba en la entrada, con una expresión contenida que se relajó al verla salir ilesa. No cruzaron palabra hasta que estuvieron a una distancia prudente de la casa, protegidos por el ajetreo matutino de Londres.

—¿Estás bien? —preguntó él, tomando su mano y apretándola con fuerza.

—Dije lo que tenía que decir —respondió ella, sintiendo que un peso invisible se desprendía de sus hombros—. Es extraño, Killian. Londres siempre me pareció un laberinto del que nunca podría salir, pero hoy… las calles lucen diferentes.

Killian se detuvo un momento, observando los carruajes y el constante movimiento de la ciudad.

—Es porque ya no eres la misma que llegó aquí —dijo con voz grave—. En unas horas, cuando estemos en el tren, dejaremos esta ciudad atrás con la frente en alto. Ahora somos dueños de nuestro propio destino.

Al llegar a casa, el ambiente era de una organización impecable. Morag ya había dispuesto el equipaje; no eran maletas de desesperados, sino el baúl de quien cambia de residencia. La anciana se movía con una energía impropia de su edad,

supervisando que cada documento, cada frasco de sus medicinas y aquel bordado que Eugenia había terminado, estuvieran protegidos.

—El dueño llegará pronto para recibir las llaves —anunció Morag, entregándole a Killian un sobre lacrado—. Este es el contrato de arriendo, ten por seguro que entregaremos la casa en perfecto estado.

Eugenia sintió un vuelco en el corazón y sonrió con emoción contenida.

—No puedo creerlo, todo pasó tan rápido.

Morag le regaló una pequeña sonrisa y Killian la abrazó por la cintura.

—Mañana antes de mediodía, el aire de Escocia nos estará dando la bienvenida.

Eugenia se acercó a él y, esta vez, selló su promesa con un beso que sabía a victoria.

—Espero que organices nuestra boda con la misma eficiencia que conseguiste nuestros pasajes —bromeó, y él rio por lo alto.

—Te prometo que seré rápido.

Cuatro horas más tarde, el traqueteo del tren era un arrullo constante que, lejos de molestar, se sentía como el pulso de una nueva oportunidad. Los vagones de primera clase eran un refugio de terciopelo y madera pulida, un mundo aparte del bullicio industrial que dejaban atrás. Morag se había instalado en el asiento que estaba frente a ellos, aunque su mirada se perdía tras el cristal, observando cómo los tejados cenicientos de Londres se disolvían en los verdes intensos de la campiña inglesa, para luego dar paso a las colinas más dramáticas y agrestes del norte.

Eugenia, con la cabeza apoyada en el hombro de Killian, observaba cómo el paisaje se volvía más salvaje. El sol se filtraba por la ventana, bañando sus manos entrelazadas con una luz dorada.

—¿Es muy diferente de Londres? —quiso saber, señalando los campos que se extendían hasta el horizonte, ahora salpicados de ovejas y muros de piedra seca.

Killian dejó de mirar el paisaje para observar el perfil de su prometida. Sus ojos, antes llenos de la dureza de quien pelea por sobrevivir, se suavizaron con una ternura que solo ella lograba extraer.

—Es más crudo —respondió él, con su voz profunda, marcada por ese acento que ella tanto adoraba—. El aire es fresco y limpio. Allí, la tierra no te regala nada; tienes que ganártelo con sudor y respeto. Pero, cuando la niebla se levanta sobre las cañadas y ves el sol reflejarse en los lagos… te aseguro que no querrás volver a ver otra cosa.

—¿Y tu gente? ¿Cómo es la gente en las Tierras Altas? —quiso saber, sintiendo un leve nerviosismo por el recibimiento que le esperaba.

Killian sonrió, una sonrisa auténtica que le llegaba a los ojos.

—Son orgullosos y reservados, pero si te ganas su confianza, te defenderán con su vida. Nuestras bodas… —hizo una pausa, entrelazando sus dedos con los de ella—, no son como esas ceremonias pomposas y frías de Londres. En Escocia, celebramos la unión de dos familias. Habrá música de gaita, bailaremos hasta que nos duelan los pies y sellaremos el pacto atando nuestras manos con

una cinta que representará nuestro compromiso ante los ancestros y la tierra.

Eugenia escuchaba con fascinación, imaginándose a sí misma entre aquella gente, lejos de las intrigas de Ibrahim y de la hipocresía de los clubes.

—¿Y nuestro hogar? —se atrevió a preguntar—. No necesito castillos, Killian.

Él apretó su mano, trayéndola más cerca, hasta que ella pudo sentir el latido constante de su corazón.

—Tengo una pequeña casa de piedra en las tierras de Morag. Está un poco descuidada, lo admito, pero tiene una chimenea grande, ventanas que dan a la montaña y el espacio suficiente para que tú y yo —se detuvo un segundo, mirándola con una intensidad que la hizo estremecer—, y los hijos que la vida decida enviarnos, podamos ser libres. Allí nadie nos preguntará por nuestro apellido, ni por nuestra fortuna. Solo seremos nosotros, construyendo un nuevo futuro.

Eugenia sintió que los ojos se le humedecían, pero esta vez no era por la tristeza. Era una sensación de pertenencia que nunca había conocido. Durante años, ella había sido la que cuidaba, la que organizaba, la que guardaba los secretos de los demás y por primera vez en su vida, alguien estaba cuidando de ella.

Morag, que hasta ese momento había permanecido en silencio con los ojos cerrados, intervino sin girar la cabeza:

—¿Por qué no vivir en la casa que heredaste?

Eugenia pudo sentir la tensión de Killian.

—Esa casa también les pertenece a mis primos, yo…

—Tienes a una mujer con talento a tu lado, estoy segura que pondrán construir maravillas juntos —se limitó a decir y Eugenia sonrió.

—Sí tú lo deseas, me encantaría poder ayudarte con la remodelación de la casa y la destilería.

Killian hizo una mueca.

—¿Estás segura? No quiero ser el tipo de esposo que pone a trabajar a su esposa, yo…

—Tendrás una esposa que ama trabajar, así que será super necesario si me quieres ver feliz —bromeó y Morag bufó, escondiendo su sonrisa.

—Sin embargo, por el momento esa casa no está habitable y más te vale que la chimenea de tu cabaña funcione bien, Killian. No quiero que la futura madre de mis bisnietos pase frío por tu incompetencia.

Killian lanzó una carcajada sonora, una que resonó en todo el compartimento, y Eugenia no pudo evitar reírse con él. La tensión de los últimos meses, el peso de la deuda y el miedo al peligro, todo parecía haberse quedado en algún lugar lejos, bajo las vías del tren.

—Le prometo que todo está en perfecto estado, abuela.

Morag conectó sus miradas.

—Igual ella vivirá en mi casa hasta que se casen.

Eugenia se tensó y lo miró con pesar.

—Es lo correcto —besó su coronilla—. Dame una semana, te prometo que seré rápido.

—Está bien —musitó y se acomodó mejor en su asiento, cerrando los ojos mientras el tren serpenteaba hacia el norte. Sabía que el camino no sería fácil, que tendrían que trabajar duro para rehabilitar

la destilería y ganarse su lugar, pero con la mano de Killian en la suya y la promesa de un futuro escrito por ellos mismos, sabía que finalmente estaba yendo hacia donde pertenecía.

Al siguiente día, una vez que llegaron a su destino y abandonaron la estación de tren, el carruaje avanzó por un sendero flanqueado por pinos centenarios hasta que la estructura de piedra se alzó frente a ellos veinte minutos más tarde. No era una simple casa de campo; era una mansión señorial, una fortaleza de elegancia rústica que gritaba el nombre de los Sinclair en cada sillar de granito. Eugenia tragó saliva, sintiendo que su modesto vestido de viaje y sus siete mil libras, que antes le parecían una fortuna, se encogían ante la imponencia del lugar.

—¿Killian? —susurró ella, deteniéndose en el umbral del gran recibidor, donde los techos altos de madera tallada hacían que sus pasos resonaran con demasiada fuerza—. Di por sentado que tu abuela tenía dinero, pero no mencionaste que fuera tan rica.

Él se detuvo y la tomó por los hombros, notando la palidez de su rostro. Sus manos, cálidas y firmes, trataron de anclarla a la realidad.

—Escúchame, Eugenia: esta también es tu casa, Morag ya te abrió las puertas y sentirte intimidada no tiene sentido.

Eugenia estaba a punto de responder, de dejarse convencer por la seguridad en los ojos de él, cuando un grito agudo y femenino rasgó el aire del recibidor.

—¡Por los cielos! ¡Al fin! —la voz venía desde lo alto de la escalera de caracol.

Ambos respingaron y Morag buscó a la dueña de la voz con la mirada. Eugenia alzó la vista y vio a una mujer de una belleza

arrebatadora descendiendo los escalones casi al trote. No tendría más de veinte años, y su melena, un incendio de cabellos color fuego, ondeaba tras ella como una capa. Era etérea, vibrante y claramente estaba fuera de sí de la alegría.

—¡Qué bueno que regresaron! ¡Pensé que Londres se los había tragado para siempre! —exclamó la joven, ignorando por completo la presencia de Eugenia, y los ceños fruncidos de Killian y Morag.

Eugenia sintió que el mundo se ralentizaba. La pelirroja llegó al pie de la escalera y, sin detenerse ni pedir permiso, se lanzó a los brazos de Killian con una familiaridad que le revolvió el estómago.

—¡Killian! ¡Te extrañé tanto! —chilló ella.

Eugenia dio un paso atrás, con el corazón martilleando contra sus costillas. Esperaba un saludo, quizás un abrazo fraternal, pero nada la preparó para lo que vio a continuación: la joven tomó el rostro de Killian entre sus manos y, antes de que él pudiera siquiera reaccionar o presentar a nadie, estampó sus labios contra los de él en un beso cargado de un afecto que no parecía tener nada de platónico.

El silencio que siguió fue más pesado que todas las piedras de la mansión. Eugenia sintió que el aire de Escocia, ese que Killian le prometió que sería puro y liviano, de repente le impedía respirar.

Capítulo 26

Eugenia dio un paso atrás. El eco de sus botas sobre el granito sonó como una sentencia. Por un segundo, la imponente mansión de Morag dejó de ser un refugio para convertirse en un recordatorio de su propia insignificancia.

«¿Es que nunca dejaré de ser la burla de los hombres?» pensó, sintiendo que la dote que cargaba en su bolso y las promesas del tren se desvanecían como humo de turba.

Killian nunca le habló de esa mujer, nunca le dijo que había una joven de alma vibrante esperando por él en Escocia. De haberlo sabido, tal vez Eugenia no habría aceptado su oferta matrimonial, ni mucho menos habría creído en sus promesas de amor.

Las cosas sucedieron de manera tan precipitada, que fue la violenta reacción de Killian lo que la obligó a volver en sí. El pelinegro, quien por tres segundos quedó petrificado en su lugar, se movió con tal prisa y enojo que no pudo impedir que, al empujar a la pelirroja, esta saliera disparada hacia atrás.

—¿Qué diantres crees que haces, Flora? —la voz de Killian, cargada de una furia gélida, rompió el silencio.

No había rastro de afecto en sus ojos, solo una confusión violenta. Él se limpió la boca con el dorso de la mano, un gesto de asco instintivo que a Eugenia no le pasó desapercibido, pero el daño ya estaba hecho.

—¡Oh, vamos! No seas tan dramático —respondió la pelirroja, acomodándose el corpiño de su vestido con descaro. Era una mujer

exuberante y al parecer algo difícil de tratar, dado que no había un atisbo de arrepentimiento o vergüenza en su rostro.

El golpe seco del bastón de Morag contra el piso logró, apenas, que la mujer cuadrara los hombros.

—¿Qué haces en mi casa, Flora? —exigió saber la anciana y la joven se ruborizó, para luego centrarse en Eugenia.

—¿Por qué trajeron a esta *Sassenach* con ustedes? —preguntó con desdén, ignorando a la dueña de la casa.

—¡Responde! —El grito de Morag hizo que la tal Flora resoplara y volviera a centrarse en ella.

—He venido a arreglar las cosas. —Puso las manos en jarras—. He decidido que me casaré con Killian. —Eugenia odió que las piernas le temblaran—. Los Sinclair protegen lo suyo y yo necesito estar a salvo de la locura de mi madre y hermano.

La mención de la familia de la joven hizo que Killian se tensara, y Morag presionara la mandíbula.

—¿Por qué sería lógico que obligues a tu primo a desposarte? —la pregunta de Morag fue como un disparo y Eugenia se llevó una mano a la boca, horrorizada.

¿Killian y esa mujer eran primos?

—Porque al lado del hombre que quiere pagar una fortuna por mi mano, él es más seguro —miró al individuo con desdén y Eugenia sintió que la decepción se transformaba en una extraña mezcla de lástima y rabia. Flora no estaba enamorada; estaba aterrada, y en su desesperación, había decidido sacrificar la felicidad de Killian para construir su propio escudo.

—¿Cómo dices? —farfulló su abuela, furibunda—. ¡Nadie venderá a mi nieta! ¡Sobre mi cadáver! —escupió, y Killian se vio en la

obligación de interferir.

—¿Huiste de tu casa por eso? —Ya no se oía tan molesto.

—Sí —se revisó las uñas, indiferente—. Como la abuela no deja que mi madre se acerque a sus tierras a menos de que ella esté presente, ellos no pueden pasar el gran muro. —Sonrió con suficiencia.

—¿Y tu hermano?

—Borracho en algún bar —se encogió de hombros, y volvió a centrarse en Eugenia—. ¿Ahora me dirán desde cuando nos juntamos con la chusma?

La ofensa logró que Eugenia volviera en sí, pero no podía dejar de pensar en la delicada situación de la joven. Cuando conoció a Killian y Morag, jamás se imaginó que podrían tener familiares desagradables, pero al parecer no todas las familias eran perfectas.

—Cuida tus palabras, Flora —bramó Killian, haciéndola respingar en su lugar, y Eugenia se estremeció cuando él la abrazó por la cintura.

—¿Qué haces? —siseó Flora, roja de la cólera—. ¡Eres mi prometido! No puedes...

—Eugenia Armitage es la mujer que amo y mi futura esposa —zanjó él, con dureza, y la pelirroja enmudeció—. Nos casaremos en una semana, así que te pediré, *prima* —enfatizó en la última palabra —, que la trates con respeto y propiedad.

—¿Qué? —soltó Flora con incredulidad—. ¿Por qué una inglesa se casaría contigo? —chilló—. No tienes nada, sólo una choza en ruinas en tierras que jamás serán tuyas porque la abuela te odia.

Eugenia palideció y buscó a Morag con la mirada, percibiendo un deje apenas visible de vergüenza en su semblante.

—Si estás con él por la herencia de sus padres... —se dirigió a ella —, no sirve de nada. Le dejaron un legado hecho ruinas y...

—Es el hombre que amo —le cortó con brusquedad, y Flora la desafió con la mirada—. Así que te pediré que no vuelvas a tocarlo, besarlo, ni mucho menos insultarlo si no quieres saber lo que una *Sassenach* es capaz de hacer por su hombre.

Sus palabras fueron dichas con tal seguridad, que Flora apretó la mandíbula con impotencia y prefirió dirigirse a su abuela. Era sólo una niña rebelde que estaba acostumbrada a hacer su voluntad.

El abrazo de Killian se hizo más fuerte por el orgullo que sintió ante sus palabras, pero Eugenia no le dirigió la mirada. Estaba molesta con él por lo sucedido, pero era un tema que no pensaba abordar por el momento.

No con esa mujer tan cerca.

—Haz algo, abuela —ordenó con un mohín y Eugenia enarcó una ceja.

¿Morag seguía las órdenes de sus otros nietos?

—Necesito de Killian, sólo una boda alejará a ese hombre que quiere comprarme. —Pateó el piso, berrinchuda.

—Nunca hiciste nada por él, así que no veo razón alguna para pedirle que haga algo por ti —espetó Morag con frialdad, y Flora palideció por la sorpresa—. Tu madre y hermano no te llevarán, ni entregarán a ningún hombre. No lo permitiré, así que puedes sentirte tranquila y dejar en paz a tu primo.

—¡No es justo! —salió corriendo hacia el piso superior, dejando claro que no pensaba darse por vencida, y Eugenia aprovechó ese momento para apartar a Killian de su lado.

Sabía que él no hizo nada malo, que era Flora quien quería imponer su voluntad y hacer lo que se le viniera en gana, pero... ver cómo otra lo besaba la hirió profundamente.

Ella... jamás pensó que podría sentir tantos celos.

—Eugenia, por favor... —comenzó él, dando un paso en su dirección, con las manos extendidas en un gesto de súplica—. Flora es mi prima. Es la hija de mi tía y jamás se me pasó por la mente la idea de desposarla. Te aseguro que entre nosotros nunca existió, ni existirá nada.

—¿Y estás seguro que en un futuro no lamentarás tu decisión de no ayudarla? —ni siquiera pudo mirarlo a los ojos—. Eres un hombre bueno y emocional, ¿qué tal si...?

—Killian no está obligado a salvar a nadie —espetó Morag, molesta, y Eugenia no pudo levantar la vista—. Menos cuando Flora nunca le tuvo piedad en sus años más difíciles.

—Eugenia... —intentó sujetarla, pero ella se apartó.

—Déjame, yo... necesito pensar las cosas.

Killian dejó de lado su personalidad comprensible y paciente y sin previo aviso sujetó su cintura con dureza, tirando de su cuerpo en su dirección. El abrazo fue posesivo y le dijo con un suave apretón que ella no tenía por qué pensar en nada.

—Cambio de planes, ahora vendrás conmigo.

Eugenia abrió los ojos, atónita.

—No, claro que no. Dijeron que viviría con Morag hasta...

—Llévatela, Killian. —La anciana se dirigió hacia las escaleras, indiferente—. Prefiero que ella esté contigo que cerca de Flora, mi nieta puede ser bastante cruel cuando se lo propone.

—Tu nieta me importa un cuerno —siseó él, pero no miró a su abuela, sus ojos seguían fijos en Eugenia—. Yo sólo quiero dejar claro quién se convertirá en mi esposa.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal, pero no fue el miedo lo que la hizo tiritar, sino una extraña excitación que bajó por su vientre bajo y provocó que Killian la pegara aún más a su cuerpo por el fallo que presentaron sus piernas.

—Killian... suéltame.

—Ttt... —chaqueó la lengua, entretenido—. Ya dejamos Londres, muchacha, y aquí mis modales cambian por completo.

—¡Killian! —La montó sobre su hombro, como si su peso fuera el de una pluma, e ignorando todos sus gritos volvió a meterla al carruaje y ordenó que subieran nuevamente su equipaje porque se mudaría con él.

Tal vez, sólo tal vez, cometió un terrible error al dejarse llevar por los celos y creer que podría tomarse unos días para reconsiderar toda la situación. No obstante, ¿estaría bien ignorar la situación de Flora?

¡Ella era una niña!

No pensaba cederle a Killian, pero tampoco veía prudente enfocarse más en la preparación de su boda que en el peligro que ella podría correr si su familia llegaba a concretar su matrimonio a cambio de un poco de dinero.

***

El traqueteo del carruaje le devolvió a Killian el eco de las palabras de Flora, cada una como un latigazo de ortigas. Esa muchacha malcriada no tenía derecho a ensuciar su nombre,

menospreciando su casa y el tipo de vida que él llevaba, no cuando ella y su madre habían pasado años cruzando los senderos para no saludar al "sobrino y primo maldito". Flora nunca le dio un gramo de afecto, solo desprecio envuelto en seda, y ahora pretendía usarlo como un escudo.

Su prima estaba demente si pensaba que él iba a dejar a la mujer que amaba por ella.

Sin embargo, lo que de verdad le quemaba por dentro era el silencio de Eugenia. La sentía rígida a su lado, emanando una duda que le hería más que cualquier insulto de su prima y era un tema que él quería solucionar.

Cuando el carruaje se detuvo frente a su cabaña, la realidad golpeó el aire frío. Era una construcción de piedra de un solo piso, discreta y sólida, pero carente de los lujos a los que una mujer como ella estaba acostumbrada.

Quería ver su reacción, ¿qué pensaría ahora que podía ver y sentir su realidad?

¿Estaría dispuesta a entregarle sus siete mil libras de dote o le pediría un pasaje de regreso a Londres?

—Killian, esto es una locura —soltó ella en cuanto bajaron, abrazándose a sí misma mientras miraba la humilde fachada—. No puedo quedarme aquí. Si tu gente se entera, el escándalo nos precederá antes de llegar al altar. —La piel se le erizó, ella no estaba pensando en la humildad de su hogar, sino en la reputación que podrían arruinar si seguían con esa locura—. No voy a anular el compromiso, te lo prometo, pero por favor... déjame vivir bajo el techo de Morag.

Él la miró y la furia gélida que sintió en la mansión se transformó en un fuego líquido.

—Lo harás —su voz fue más grave de lo habitual—. Volverás con Morag —dijo lo que dijo en un momento de enojo, conocía sus límites—. Pero primero, vamos a dejar las cosas muy claras.

La tomó del brazo, no con delicadeza, sino con la urgencia del que reclama lo que es suyo, y la introdujo en la cabaña. El interior olía a leña y a cuero, un espacio pequeño que se volvió asfixiante con su presencia. Killian cerró la puerta de un golpe y la acorraló contra la madera.

—Odié el beso de Flora —gruñó, con el rostro a centímetros del suyo—. Pero odié mil veces más que me rechazaras, que pusieras distancia entre nosotros como si yo fuera el culpable de las locuras de mi familia.

No le dio tiempo a replicar. Estampó sus labios contra los suyos con una dureza que buscaba borrar cualquier rastro de duda. Eugenia no luchó; tras un segundo de sorpresa, sus dedos se clavaron en los hombros del escocés y le devolvió el beso con la misma intensidad desesperada.

A trompicones, golpeando la mesa de madera y una silla en el camino, avanzaron hacia la alcoba. Cayeron sobre la cama de mantas pesadas, el colchón de lana hundiéndose bajo su peso combinado.

—Killian... por favor... —gimió entre besos, restregándose contra él—. Quiero más —suplicó, con la respiración entrecortada y los ojos nublados por el deseo.

Él se detuvo un segundo, mirándola desde arriba. El aroma a turba y a ella lo estaba volviendo loco.

—Todavía no nos hemos casado, Eugenia —le recordó con un susurro áspero—. Pero ya es hora de que entiendas a quién perteneces. —Deslizó una caricia por su cadera—. Voy a marcarte de una forma que no deje espacio para las dudas.

Sin quitarle el vestido, Killian se deslizó hacia abajo, ignorando sus propios instintos de desnudarse. Metió las manos bajo la pesada tela de la falda, subiéndola hasta la cintura en un mar de enaguas y encaje. Sus dedos encontraron el borde de los interiores y los apartó con decisión, exponiendo su intimidad al aire frío de la habitación.

—Oh, por Dios, eres tan perfecta —gimió con necesidad y ella se estremeció en respuesta.

Eugenia soltó un grito ahogado cuando la boca de Killian la reclamó. No hubo preámbulos suaves; su lengua se movió con una destreza hambrienta, concentrándose en el centro de su placer mientras sus manos sujetaban con firmeza los muslos de ella, manteniéndola abierta. Eugenia gemía su nombre, con las manos enredándose en las sábanas mientras su cuerpo se arqueaba contra el de él. Killian la presionaba con más fuerza, devorándola hasta que los gritos de la joven se convirtieron en sollozos de puro éxtasis.

Ella sabía a gloria, se había jurado que esperaría hasta el día de su boda para reclamar cada rincón de su cuerpo, pero Eugenia era experta en sacarlo de quicio y corromper su buen juicio.

La necesitaba.

Debía dejar claro que era la única mujer que deseaba, por lo que con mucho cuidado hundió un dedo en su interior, robándole un nuevo alarido. Sonrió contra su dulce botón, lamiéndolo con lujuria.

—¿Te gusta? —sopló su piel sensible, y ella se arqueó cuando un segundo dedo se hundió en su interior.

—¡Sí! —jadeó, tirando la cabeza hacia atrás, y Killian inhaló profundamente para no ir más lejos.

Su ropa estaba perfecta en su lugar, él no iba a tomarla hasta su noche de bodas.

—Perfecto —musitó, y volvió a la labor de hacerle el amor con la boca.

Cuando finalmente ella colapsó, temblando bajo su tacto, Killian se incorporó y la miró a los ojos. Eugenia estaba despeinada, con los labios hinchados y la mirada perdida.

—Ahora —dijo él, acomodándole la falda con una calma que contrastaba con el estruendo en su sangre—, volveré a llevarte con Morag. —Se recostó junto a ella para envolverla en sus brazos—. Y si mañana vuelves a dudar de nosotros, te llevaré al arroyo y no te tendré compasión.

—¿Es una amenaza? —sujetó su abrigo de lana con fuerza y conectó sus miradas.

—Eres mía, Eugenia. Y nada cambiará eso, ¿me entiendes?

En lugar de responderle, ella estiró el cuello y lo besó con intensidad, tomándolo por sorpresa cuando su mano se posó sobre su dura excitación por encima de su pantalón.

—Eugenia... —soltó con esfuerzo, sujetándola de la muñeca.

—¿Acaso no puedo ayudarte con esto? —inquirió contra su boca, prendiendo sus alarmas—. Por favor, déjame hacerlo.

Killian sintió que el aire abandonaba sus pulmones. La audacia de Eugenia era un arma de doble filo que, en ese instante, lo estaba desarmando por completo. Él, que siempre se había vanagloriado de su control y de su capacidad para mantenerse al margen de los arrebatos de los demás, se encontró a merced de la curiosidad y la

entrega de la mujer que, en menos de una semana, se convertiría en su esposa.

Cuando liberó la muñeca de Eugenia, ella no perdió ni un segundo. Sus dedos, hábiles y temblorosos por la inexperiencia, buscaron los botones de sus pantalones con una determinación que encendió aún más el fuego que ya recorría la sangre de Killian. Él cerró los ojos, apretando la mandíbula mientras sentía el roce del tejido, un sonido que en el silencio de la pequeña alcoba se volvió ensordecedor.

—Eugenia... —advirtió él, su voz apenas un gruñido ronco que delataba lo cerca que estaba de perder cualquier rastro de mesura.

Ella no se detuvo. Al liberar la dureza que lo torturaba, el contacto directo con la palma de su mano, cálida y suave contra el calor de su piel, hizo que un escalofrío violento recorriera su espina dorsal. Eugenia rodeó su intimidad con una lentitud que buscaba explorar, tratando de entender el efecto que causaba en él.

Killian llevó sus manos a las sábanas, aferrándolas con tal fuerza que sus nudillos se volvieron blancos. La sentía ahí, activa, buscando su placer con una osadía que lo dejaba sin defensas. Verla a ella, la mujer que poco antes temía al escándalo de las Tierras Altas, ahora entregada a ese acto íntimo, lo hizo sentir una posesión feroz.

—¿Así? —susurró ella, con la voz quebrada por su propia excitación, mientras comenzaba a moverse al compás de la respiración agitada del escocés.

Killian soltó un jadeo ahogado y, sin poder evitarlo, se incorporó un poco, atrapando su mano con las suyas para guiar su ritmo. No era solo placer; era un diálogo sin palabras, una promesa tácita de que, a partir de ese momento, no habría secretos ni distancias entre

ellos. Cada roce, cada movimiento de la mano de Eugenia, le confirmaba que ella no solo le pertenecía, sino que estaba dispuesta a conocer cada faceta de su deseo.

El ambiente en la habitación se volvió denso, cargado de una electricidad que parecía vibrar en las paredes de piedra. Killian, atrapado entre la necesidad de detenerse por el respeto a su compromiso y el hambre absoluta que sentía por ella, se dejó llevar. Dejó que Eugenia terminara de marcar el compás, que aprendiera el lenguaje de su cuerpo, hasta que el placer se volvió tan insoportable y dulce que él tuvo que hundir su rostro en el cuello de ella, buscando refugio mientras su cuerpo sucumbía al clímax, reclamando su nombre en un susurro que era, a la vez, una rendición absoluta.

Cuando el silencio regresó a la cabaña, solo interrumpido por el sonido de sus respiraciones, Killian no la soltó. La estrechó contra su pecho, sintiendo cómo el corazón de ella latía con la misma fuerza que el suyo.

—Ahora ya lo sabes —dijo él contra su cabello, con una voz cargada de una extraña vulnerabilidad—. Sabes exactamente qué es lo que provocas en mí. Nunca vuelvas a creer que hay alguien más en este mundo que pueda hacerme sentir así.

—Está bien —musitó.

—Volveremos en unos minutos y cenaremos con ellas. —Si la posibilidad de que Angelique y Damon llegaran a la casa de Morag era alta, él no podía dejar a su abuela sola—. A partir de hoy evita a Flora, te lo pido por tu propio bien.

Aún no tenía claro si Flora era mejor, igual o peor que su hermano y madre, por lo que no pensaba arriesgarse. Eugenia asintió, más

tranquila, y se acurrucó contra su pecho.

—¿Querrás que te ayude con los preparativos de la boda?

—No, sólo quiero que vayas con mi abuela a elegir el vestido que más te guste. Yo lo compraré.

—Killian...

—Sólo haz lo que te pido, ¿sí?

Tenía sus ahorros y jamás escatimaría un solo penique a la hora de pagar el vestido de su futura esposa, la única mujer que llegó a amar de verdad y con una intensidad ardiente que, a veces, llegaba a asustarlo.

Capítulo 27

Killian no podía decir que sentía afecto por Flora o Damon. A diferencia de Ibrahim y Lilias, ellos nunca habían sido buenas personas con él. Sus madres apenas se toleraban, por lo que la relación entre los primos siempre fue inexistente. Sin embargo, no por ello podía pasar por alto la injusticia que ella estaba viviendo. Su prima no era una mercancía; él no permitiría que ninguna mujer de su familia fuera vendida al mejor postor.

No obstante, ni Morag ni él eran los tutores de Flora, por lo que por el momento lo único que podían hacer era extorsionar a madre e hijo por medio de la mensualidad que su abuela les otorgaba.

Se cruzó de brazos, analizando la situación.

¿Por qué Damon y Angelique llegaron a este punto?

Su abuela siempre fue clara sobre la desdicha que vivió junto a su difunto marido, un hombre que pagó por ella y la condenó a una vida de amargura. Lo sensato era que ningún Sinclair repitiera esa historia, pero al parecer la sangre de Morag no era algo que corriera por la de los McKenzie, el apellido que ella nunca llevó con orgullo y el cual dejó de mencionar desde la muerte de su esposo.

«¿Por qué aún no dan la cara?», se preguntó. La casa de Angelique estaba a pocas millas; ya debían estar al tanto de su regreso. «Lo harán cuando se enteren de mi boda».

A ellos no les haría gracia saber que traía una esposa inglesa, y mucho menos que Eugenia no solo era hermosa e inteligente, sino rica. Una pequeña sonrisa asomó a sus labios al recordar la última semana. Eugenia le había ofrecido todo para salir adelante; y

aunque al principio quiso negarse, entendió que él habría hecho lo mismo por ella.

—¿Me mandaste llamar? —La voz prepotente de Flora interrumpió sus pensamientos. Estaba bajo el umbral, con el ceño fruncido—. ¿Ya te arrepentiste de haberme rechazado? La inglesa puede verse linda, pero es un vejestorio a mi lado.

—Te prohíbo que la insultes —sentenció Killian, furioso—. No tienes potencial alguno para compararte con ella.

—Eres un odioso —sus palabras la ofendieron—. ¿Dónde está? ¿La dejaste en tu choza? —preguntó con sorna.

—Está con nuestra abuela, pedí privacidad para hablar contigo. —No quería que Flora volviera a atacar y menospreciar a Eugenia, eso lo sacaría de quicio y no quería ser cruel con nadie—. Pero eso no importa ahora —recordó la razón por la que mandó a llamarla—. ¿Por qué tu madre y tu hermano quieren venderte? Ellos no despertaron un día diciendo: "busquemos un postor para Flora", ¿verdad?

Flora, quien en ese momento estaba caminando por el salón, tropezó con el nerviosismo impreso en sus ojos color cielo y lo buscó con la mirada. Killian sintió una punzada de compasión y suavizó el tono.

—Si no me cuentas la verdad, ¿cómo esperas que te proteja?

—¿Por qué lo harías? —Ella hizo una mueca—. Morag no se equivocó al decir que siempre fui cruel contigo.

—No soy el señor de esta casa, pero soy el hombre de ella —aclaró él—. Cuidaré a todas las mujeres que vivan bajo este techo.

Porque Killian no era un hombre rencoroso. Flora confesó entonces, en voz baja, que las deudas de juego y las tabernas

habían consumido a su madre y hermano. Morag les había retirado la mensualidad que cubría sus vicios y, desesperados, Damon aceptó una oferta y una suma —relativamente cuantiosa— por su mano.

—Escuché su plan hace dos semanas —continuó Flora con voz temblorosa—. Dijeron que el dinero por mi mano no sería suficiente y Damon empezó a reír... dijo que todo sería más fácil si Morag muriera. Así heredarían todo y...

—¿Crees que intenten lastimarla? —Killian apretó los puños, sintiendo una ira creciente en el pecho.

—Los borrachos no mienten —musitó con frustración, dejando claro en qué bando estaba—. Damon intentó sacarme de la casa dos veces, pero los criados lo impidieron.

Killian comprendió que era cuestión de tiempo para que Angelique y Damon hicieran acto de presencia en las tierras. Hizo bien al llevarla a Londres consigo, siempre supo que su tía y primo eran una gran amenaza para su abuela.

***

Eugenia observaba a Morag con creciente preocupación. La mujer llevaba media hora revolviendo su ropero, balbuceando incoherencias sobre un hombre que conocería en dos noches y el cual se convertiría en su futuro esposo.

—¿Qué buscamos, Morag? —Se posicionó junto a ella, dispuesta a ayudarla—. ¿Un vestido, zapatos, un chal?

La anciana se detuvo en seco y la miró con sorpresa, como si recién fuera consciente de su presencia en su habitación.

—¿Qué haces aquí? Creí que te mudarías con mi nieto.

Había vuelto en sí y eso le alivió de sobremanera. Killian aún no le enseñó cómo debía actuar frente a esos desvaríos.

—Killian entró en razón; quedarme en su casa habría sido un escándalo. —La anciana asintió con sabiduría—. ¿Quieres pasear hasta que la cena esté lista? —Un poco de aire fresco podría sentarle bien—. Hace un día maravilloso.

—No debes salir sin él —advirtió Morag con una lucidez repentina y alarmante—. El exterior es peligroso y a partir de ahora no puedes apartarte de mi lado. —Aquello la tomó por sorpresa, no consideraba normal que justamente ella sonara tan temerosa—. Tu deber es cuidarme, muchacha.

No pudo evitarlo y esbozó una tierna sonrisa.

—Si me lo permites, siempre lo haré —respondió, acunando la mano de la mujer.

Después de unos cuantos minutos, Morag aceptó salir al jardín y se quejó del encierro que se estaban autoimponiendo —al parecer había olvidado que el exterior le generaba un poco de pavor—, y Eugenia tuvo que admitir que Killian tenía razón: la mente de Morag no estaba en su mejor etapa.

***

En Sussex, Ibrahim maldijo al leer de nuevo que no había noticias de Eugenia. ¿Por qué lo ignoraba? Ya se había disculpado, ya le había enviado el dinero. ¿Qué más quería?

¿Debería pedirle a su hermana que le escribiera?

«Lilias está molesta, no te hará ningún favor» le recordó una vocecilla y él tragó con fuerza.

Y como si la mala noticia no fuera suficiente, su desesperación aumentó cuando el mayordomo anunció que lady Cavendish estaba lista para su paseo en calesa. Tratar con el conde de Snowdon era difícil, pero su hija era aún peor: Beatrice era vanidosa, aburrida y no tenía nada interesante que decir.

***

La cena en la mansión era una prueba de resistencia. El silencio solo era roto por el tintineo metálico de los cubiertos. Flora jugueteaba con su vino, con los ojos cargados de amargura y Killian mantenía una postura rígida, pero su mano buscaba la de Eugenia bajo la mesa, dándole fuerzas.

—La boda será en el patio de esta mansión —anunció Morag con autoridad—. Invitaré a cada alma desde las colinas hasta el valle, quiero que todos vean a la esposa de mi nieto.

Flora soltó una carcajada estridente, llena de desdén y arrogancia.

—¿Una inglesa es razón de orgullo? —Tal vez el temperamento de las escocesas era explosivo, pero Eugenia podía dar por sentado que la educación de Flora era negligente—. ¿Vas a permitir que nuestra sangre se mezcle con la de una *Sassenach*?

Killian se tensó, pero Eugenia le apretó la mano, pidiendo su turno para hablar.

—Mientras una sea decente y fiel a sus principios, no hay razón para sentir vergüenza, Flora —dijo con voz firme, sin darle posibilidad alguna a réplica—. Ni aquí, ni en Londres, ni en el fin del mundo.

—Si sigues así, Flora —intervino Morag—, terminarás viviendo en la cabaña más ruin de los arrendatarios. No permitiré groserías en mi mesa, ni mucho menos en mi casa. O te comportas, o regresas con tu madre.

Flora se hundió en su silla, derrotada por la realidad de su desamparo, y Killian apretó la mano de Eugenia con gratitud pura por su paciencia y valentía.

Quizá su prima no quería que su madre y hermano lastimaran a Morag, pero eso no la hacía su aliada, puesto que su desagrado hacia la mujer que él amaba era demasiado notorio y alarmante.

***

Días después, Killian gestionó la orden de pago en el banco. El dinero del premio de Eugenia —su dote, como ella solía llamarlo— llegaría en menos de dos semanas, un logro si se tomaba en cuenta que esos trámites pueden tomar meses en concretarse. Salió victorioso, ansioso por ir a contarles la buena noticia a Eugenia y su abuela, pero se detuvo en seco cuando se encontró cara a cara con Damon.

—¿Buscando un préstamo, Killian? —se mofó el pelirrojo, con malicia—. Nadie le presta a un don nadie, ¿cuándo entenderás lo inevitable?

—Te equivocas —respondió sonriente y sereno—. A diferencia de ti, no tengo deudas.

—¡Cuando Morag no esté, te echaré de mis tierras! —gritó Damon, perdiendo los papeles, y Killian lo sujetó del abrigo de lana con una violencia que hizo palidecer al cobarde de su primo.

Él era más alto, más fuerte y estaba harto de su horrible actitud.

—Morag vivirá muchos años, así que no insinúes que sus cosas te pertenecen —escupió, rojo de la cólera—. Además —sonrió con suficiencia—, no te preocupes. Pronto me mudaré a The Manor House y la restauraré junto a mi futura esposa: una mujer hermosa, inteligente y muy rica.

Lo soltó con desprecio y se marchó, rezando en silencio para que la noticia de su matrimonio fuera el golpe final que empujara a Damon a cometer un error definitivo. Mientras más rápido acabara todo, mejor.

Capítulo 28

Mientras tanto, al otro lado del pueblo, Eugenia y Morag se sumergían en el mundo de las telas y las tradiciones. El proceso de elección del vestido fue un ritual que unió a las dos mujeres de formas insospechadas. Morag, quien solía ser una mujer de pocas palabras y opiniones cortantes, se mostró sorprendentemente meticulosa con la seda de color marfil que habían elegido.

—No necesitamos encajes de Londres —afirmó, pasando sus dedos callosos por la tela—. Aquí honramos la sencillez y la fuerza. Será un diseño sobrio, digno de una mujer que llega a estas tierras para quedarse.

Eugenia aceptaba cada sugerencia, sintiendo que cada puntada la integraba más profundamente en aquel mundo rudo y hermoso. Pero no estaban solas; Flora las observaba desde las sombras, durante los almuerzos y las pruebas de vestuario. Eugenia podía sentir el peso de aquellos ojos color cielo. No era odio lo que veía ahora, sino un escrutinio celoso: la mirada de alguien que, habiendo perdido su camino, observaba con envidia la claridad del ajeno.

Sólo era una muchacha que ansiaba pertenecer a una familia.

Una noche antes de la boda, el ambiente en la mansión cambió. Eugenia agradeció en silencio que la tía y el primo de Killian no confirmaran su asistencia, pues esa noticia no solo lo relajó a él, sino también a Morag y a Flora. El murmullo de las gaitas a lo lejos y el olor a leña quemada y flores silvestres anunciaban que la celebración estaba cerca. Eugenia se encontraba en su alcoba,

terminando de arreglarse el cabello para recostarse, cuando un suave toque en la puerta interrumpió su soledad.

Flora entró sin esperar invitación. Sus ojos se pasearon por la habitación, deteniéndose en el vestido de novia que descansaba sobre el diván.

—¿Te puedo ayudar en algo? —la recibió con educación y paciencia, y ella respingó en respuesta.

—¿Te gusta la idea de casarte? —Su voz ya no tenía el filo de los días anteriores; sonaba extrañamente hueca, desprovista de su habitual altanería.

Eugenia dejó de cepillar sus bucles dorados y se giró.

—Claro que sí. Me caso con el hombre que amo, Flora —sonrió con ternura—. Y eso es lo único que importa porque vamos a construir nuestra propia familia.

Flora se acercó a la ventana, mirando hacia el horizonte donde las montañas se fundían con el cielo oscuro.

—Tarde o temprano, Killian encontrará a otra. Así funciona el matrimonio —lo dijo sin rencor, como si enunciara la única verdad que conocía—. Te dejará sola con sus hijos mientras él busca algo más emocionante. No confíes tanto, Eugenia —la llamó por su nombre de pila, tomándola por sorpresa.

Sintió una punzada de tristeza por ella.

—No es bueno generalizar, Flora. Tu experiencia con los hombres de tu entorno no tiene por qué dictar nuestro futuro. Espero que algún día encuentres el amor y descubras que el matrimonio, cuando es real, cuando es una alianza entre iguales, no es una prisión, sino un refugio.

Flora se quedó callada. Pasó un largo minuto en el que solo se escuchó el crepitar de la chimenea y entonces, Eugenia vio cómo los hombros de la pelirroja comenzaban a temblar.

—La desesperación me hizo decir y hacer cosas horribles —susurró Flora sin mirarla—. No quería casarme con un extraño, y mi madre... ella solo vela por sus intereses junto a su adorado hijo. Me sentía atrapada, como un animal acorralado. Siento mucho si llegué a herirte con mis palabras.

Eugenia dio un paso adelante y, por primera vez, puso una mano sobre el brazo de la pelirroja. El contacto fue pequeño, pero significativo. En ese momento, las barreras de "*Sassenach*" y "*Sinclair*" se desmoronaron. No se hicieron amigas íntimas, pero el veneno se había agotado; ahora no debía preocuparse por el resentimiento de su futura prima política.

A la mañana siguiente, el patio de Morag estaba transformado. Los colores de los tartanes de los distintos clanes ondeaban al viento y el aire olía a verbena y romero. Eugenia emergió de la casa como una visión. El vestido de seda marfil, sencillo y elegante, caía con gracia sobre su cuerpo. Sus bucles dorados, sueltos y adornados con una diadema de flores silvestres, capturaban la luz de la mañana. Parecía una criatura del bosque, una novia de las Tierras Altas que siempre hubiera pertenecido allí.

Killian la esperaba frente al reverendo. Su presencia era imponente en su atuendo tradicional, con la mirada clavada en ella con tal intensidad que Eugenia sintió que el mundo entero se desvanecía. Cuando se posicionó junto al hombre que amaba, el reverendo tomó las manos de ambos.

—El nudo que atamos hoy —dijo el hombre, envolviendo sus manos cruzadas con una cinta de tartán de colores profundos— no es una cadena que aprisiona, sino una promesa que libera.

Killian fue el primero en hablar. Su voz era un trueno suave, cargado de una devoción que hizo que los invitados contuvieran el aliento.

—Eugenia, hoy te tomo como mi compañera, mi confidente y mi refugio. Prometo protegerte cuando el frío redoble, escucharte cuando las palabras falten y amarte no como un deber, sino como lo más valioso que poseo. Eres mi hogar, mi corazón y mi destino.

Eugenia sintió que las lágrimas amenazaban con empañar su vista, pero se obligó a mantenerse firme.

—Killian, hoy te tomo como mi esposo y mi vida. Prometo estar a tu lado en la pobreza y en la riqueza, en la salud y en la enfermedad. Elijo tus tormentas tanto como tu paz, y me entrego a ti con la convicción de que no hay otro lugar en el mundo donde prefiera estar. Eres la fuerza que me despertó y la calma que busco cada noche.

Al apretar el nudo, el reverendo pronunció las palabras finales. Un grito de júbilo estalló entre los presentes. La música de las gaitas comenzó a sonar con una alegría frenética, y pronto el patio se llenó de bailes y brindis.

Pasaron las horas entre risas y el sabor del whisky local, pero para los novios, el tiempo se había detenido. En cuanto la luna alcanzó su punto más alto, se escabulleron entre las sombras, dejando atrás el bullicio y la mansión que ya no era su refugio, sino el pasado.

Caminaron por el sendero que llevaba hacia la cabaña. El aire era fresco, cargado del perfume de la tierra húmeda. Al llegar a la

pequeña construcción de piedra, Killian se detuvo. No necesitó decir nada; al abrir la puerta, la luz de la chimenea encendida los recibió como un abrazo.

Al cruzar el umbral, el mundo de las convenciones londinenses, de los títulos y las etiquetas, quedó fuera. Killian cerró la puerta y, en la calidez de su hogar, tomó a su esposa en sus brazos para llevarla a su habitación, consciente de que, por primera vez en su vida, todo estaba exactamente donde debía estar. Habían sellado su destino con un nudo de tela, pero sus almas ya estaban atadas desde mucho antes.

La sentó en el borde de la cama, con movimientos deliberadamente lentos, como si quisiera darle a Eugenia todo el tiempo del mundo para procesar que aquel era, finalmente, su hogar.

Cuando ambos quedaron sentados sobre el jergón, Killian no se apresuró. Sus manos, siempre tan seguras cuando empuñaban un arma o trabajaban la tierra, se posaron sobre los hombros de ella con una suavidad reverencial, casi temblorosa. Eugenia bajó la mirada, sintiendo el peso de la novedad. Aunque la tensión física entre ellos había sido evidente durante días, la desnudez del alma que este momento requería le provocaba un estremecimiento que no era miedo, sino una vulnerabilidad absoluta.

—Eugenia —murmuró él, obligándola a levantar la mirada con la yema de sus dedos bajo su barbilla—. No hay prisa. Estamos en casa. Nadie va a interrumpirnos, y no tienes que hacer nada que no nazca de ti.

Ella asintió, aunque sus dedos se enredaban nerviosos en los botones de su corpiño. Killian, leyendo el conflicto en sus ojos, tomó

sus manos con delicadeza, besando los nudillos de cada uno de sus dedos. Sus ojos, azules y profundos, estaban cargados de una ternura que ella no había visto antes en ningún hombre.

—Yo lo haré —musitó en un susurro.

Con movimientos precisos y pacientes, Killian comenzó a desvestirla. Cada capa que caía —el vestido, el corsé, las enaguas— lo hacía con una lentitud que convertía el acto en un ritual. Él besaba cada centímetro de piel que quedaba expuesta, un rastro de calor que recorría el cuello, los hombros y las clavículas de Eugenia. Ella cerró los ojos, dejando que la timidez se disipara bajo la calidez de los labios de su marido, y empezó a desvestirlo.

Cuando finalmente quedaron piel contra piel, la textura del vello de su pecho y la solidez de sus brazos rodeándola hicieron que Eugenia se sintiera pequeña y protegida. Sus propias manos, tímidas al principio, comenzaron a recorrer la espalda de Killian, sorprendiéndose de la tensión de sus músculos y del calor que irradiaba su cuerpo.

Siempre le pareció un hombre grande y fuerte, pero admirar su desnudez le arrebató cualquier pensamiento coherente que pudiera existir.

—¿Estás bien? —preguntó él contra su oreja, interrumpiendo un beso para comprobar su reacción— ¿Te sientes cómoda?

—Sí —respondió con un suspiro, apoyando la frente contra la suya —. Es... es diferente a todo lo que imaginé. Sentirte así, piel con piel, es mucho mejor.

Killian la recostó suavemente sobre las sábanas, rodeándola con su cuerpo, cuidando cada uno de sus movimientos, y se mantuvo apoyado en sus codos. La miró como si ella fuera lo único

importante en el mundo, un tesoro que había tardado una vida entera en encontrar, y empezó a besarla de nuevo, no con la urgencia voraz de la tarde en la cabaña, sino con una lentitud meticulosa, explorando su cuerpo como si estuviera memorizando un mapa.

Eugenia, impulsada por una chispa de confianza, se encontró respondiendo con la misma dedicación. Cada vez que él la rozaba en un lugar nuevo, ella soltaba un suspiro que a él le servía de guía. No había exigencias, todo era un intercambio de descubrimientos.

Ella ansiaba conocer más y él quería tomarlo todo.

Killian subió por su vientre, rodeó uno de sus pechos con su amplia mano, y aterrizó en su suave boca para avivar la situación. Sus cuerpos querían más, los besos fugaces habían provocado el inicio de un incendio y debían apagarlo cuanto antes.

—Separa las piernas, mi amor —la ayudó a abrir los muslos y se posicionó entre ellos, buscando la mejor posición para ambos. Killian infiltró su mano entre sus cuerpos para tomarse a sí mismo y posarse en la estrecha entrada que pedía a gritos su invasión—. Iré con calma —le advirtió y ella asintió, cerrando los ojos con fuerza.

La invasión fue lenta y él gimió por lo bajo al percatarse de lo pequeña que era. Se aferró al cabezal de la cama, buscando un poco de control contra la madera, e inhaló profundamente mientras salía nuevamente de su recinto para volver a empujar en su interior.

—Ah... —jadeó ella, clavando las uñas en su espalda, y Killian se estremeció.

—Eres tan estrecha —admitió, repitiendo el suave vaivén, y ella lo abrazó con fuerza.

—Sólo hazlo, por favor.

—No quiero lastimarte —admitió y siguió entrando con cautela, avanzando un poco más de la mitad. Decidió esperar, mientras besaba con lujuria su cuello, y todo su cuerpo se estremeció cuando ella elevó su cadera.

—Te necesito, mi amor.

Mi amor... qué bien sonaba cuando ella lo decía.

Incapaz de seguir alargando esto, Killian rodeó el muslo de su mujer, la invitó a abrazarlo por la cintura con la pierna, y se hundió en ella con un movimiento resuelto, tragándose su alarido con inquietud. El dolor de Eugenia fue palpable, pero fugaz. Le regaló una pausa amorosa, besando sus lágrimas y susurrándole palabras que la mantuvieron anclada al presente, a lo que realmente importaba.

—Por fin soy tuya —musitó finalmente, brindándole una sonrisa que arrasó con su tensión, y él la besó con hambre voraz.

En un principio, sus movimientos fueron lentos. Ella quería adaptarse a la sensación y él quería alargar su encuentro. Pero cuando los gemidos dejaron el dolor atrás, los embistes empezaron a ser más duros y las súplicas más estridentes. El deseo mutuo que llevaban arrastrando por semanas estaba a punto de colapsar en algo maravilloso, algo que ninguno podía explicar, y que sabían que podrían experimentarlo tanto como quisieran.

Eugenia sintió que el mundo exterior desaparecía. Solo existía el calor de Killian, el ritmo de sus cuerpos y la complicidad de saber que, a partir de ese momento, sus vidas ya no podían separarse. Cuando finalmente ambos alcanzaron la cima, no fue un clímax solitario, sino un estallido de luz que los dejó entrelazados, incapaces de distinguir dónde terminaba uno y empezaba el otro.

Se quedaron allí mucho tiempo después, rodeados por el silencio de la montaña, con las manos entrelazadas y los cuerpos todavía unidos. Killian la estrechó contra sí, besando su coronilla una y otra vez, mientras Eugenia apoyaba la cabeza sobre su pecho, escuchando el latido frenético de su corazón.

—Mi esposa —susurró él, con una voz cargada de una devoción que la hizo sonreír en la oscuridad—. Ya nada volverá a ser igual.

—No quiero que lo sea —respondió ella, cerrando los ojos con una paz que nunca antes había conocido.

En el exterior, la tormenta se había desatado sobre la tierra, pero en su hogar todo era calma y pasión. Tanto Killian como Eugenia habían encontrado su refugio y no se trataba de su cabaña humilde.

***

Damon no tenía sueño, ni mucho menos ganas de beber; algo bastante peculiar en él, pues amaba la vida nocturna. Sin embargo, ¿cómo podría estar tranquilo con el idiota de Killian triunfando en la vida?

¿Sería verdad que su esposa era rica, o aquel bastardo le había mentido solo para fastidiarlo?

—Debimos ir —espetó su madre, Angelique, con el rostro serio—. Si seguimos así, tu hermana creerá que ya no tenemos autoridad sobre ella.

La risa del pelirrojo resonó por toda la sala con una malicia líquida.

—El acuerdo está firmado, madre. El día que el duque llegue, podrá llevarse a Flora adonde se le apetezca.

De algo debía servirles que su hermana fuera tan hermosa; sería absurdo no sacar provecho de su aspecto y su juventud.

—Morag nos odiará, ella...

—Flora se convertirá en duquesa y, con el tiempo, Morag se dará cuenta de que tomamos la mejor decisión —siseó él, molesto—. Además, poco importa la opinión de la anciana; está mal de la cabeza y pronto morirá.

—¿De verdad crees que será tan sencillo deshacernos de ella? —preguntó Angelique, entornando los ojos.

Damon negó lentamente con la cabeza, pensativo.

—Morag será fácil, pero Killian... —Chasqueó la lengua, entretenido por sus propios pensamientos—. Podríamos inculparlo por la repentina muerte de la abuela. Así nos quedaríamos con su dinero también. Su reputación de "sobrino maldito" podría sernos de ayuda, ¿no crees?

Su madre soltó una risa cargada de veneno, encantada con la idea de destruir finalmente al sobrino que nunca fue de su agrado.

—Acaba de casarse —recordó ella—. Si él muere, esa inglesa se quedará con todo.

—Como si una *Sassenach* fuera rival para nosotros —bufó Damon con sorna, ideando su siguiente jugada—. Hice un par de averiguaciones en el banco y él recibirá la dote de su mujer en dos semanas —analizó la situación—. Tal vez después de eso podamos visitar a Killian para "felicitarlo". Ha sido muy grosero de nuestra parte no asistir a su boda —añadió con un retintín burlón.

Angelique asintió, con una sonrisa gélida iluminada por la luz de las velas.

Si querían deshacerse de Killian y Morag, lo más sensato era esperar a que Killian recibiera la dote de su mujer para que ellos recibieran ambas herencias después de las tragedias.

—Estoy harta de vivir en esta miseria. Dijimos que actuaríamos con rapidez en cuanto mi madre regresara; ya es hora de que heredemos la fortuna Sinclair de una vez por todas.

Damon sonrió con suficiencia, dándole a Morag y su primo menos de un mes de vida.

Capítulo 29

El sol de mediados de septiembre se filtraba tímidamente por las rendijas de la madera, pintando franjas doradas sobre las mantas de lana. Eugenia despertó sintiendo un peso cálido y firme rodeándola; el brazo de Killian cruzaba su cintura con una posesividad tranquila, incluso en sueños. Por un momento, se quedó inmóvil, escuchando el ritmo pausado de su respiración y el crepitar lejano de los troncos que aún ardían en la chimenea.

No había carruajes resonando sobre el empedrado de Londres, ni el griterío de los vendedores matutinos. Solo el silencio de la montaña y la certeza de que, finalmente, era libre.

—¿Te gustaría que te prepare el desayuno? —inquirió él, aún con los ojos cerrados, y Eugenia se rio por lo bajo.

—¿Siquiera duermes? —bromeó—. Siento que sólo debo parpadear para interrumpir tu sueño.

Él soltó una ronca carcajada y la besó con ternura, antes de salir de la cama y empezar a vestirse. Sentada en la pequeña mesa de madera frente a la ventana, Eugenia observaba como Killian preparaba una comida sencilla pero sustanciosa: gachas de avena con un poco de miel y pan denso recién horneado. Ver al imponente escocés moverse con destreza en la estrecha cocina de la cabaña le provocaba una ternura que apenas podía contener.

—Sé que no es el banquete de una mansión —dijo Killian, colocando el plato frente a ella y sentándose a su lado—, pero te aseguro que te dará fuerzas para el clima de hoy.

Comieron entre miradas cómplices y roces accidentales de manos que terminaban en sonrisas. Sin embargo, minutos después, Killian dejó su cuchara a un lado y la miró con una seriedad que Eugenia no esperaba.

—He estado pensando... —Recorrió con la mirada las paredes de piedra desnuda y el techo bajo—. Esta cabaña es mi hogar, pero entiendo que para ti es poco más que un refugio temporal. Si quieres que nos mudemos a la mansión de Morag mientras restauramos The Manor House, lo entenderé y hablaré con ella. No quiero que sientas que te he traído a vivir a un lugar que no está a tu altura.

Eugenia soltó una risa cristalina, una nota de alegría que iluminó hasta el rincón más oscuro de la habitación.

—¿A mi altura? —Le tomó la mano, entrelazando sus dedos—. Creo que tienes una idea muy equivocada de mi pasado.

—No se trata de tu pasado, se trata de lo que yo quiero para ti: me gustaría darte más comodidades.

—Killian… —lo interrumpió con suavidad—. Mi madre y yo vivíamos en una casa mucho más pequeña que esta, y te aseguro que fue un hogar cálido y lleno de amor mientras ella estuvo con vida.

Él le sonrió con cariño, y regresó la vista a su plato.

—¿Cómo murió?

—Evelyn era una mujer valiente, pero su salud se quebró pronto —su voz se quebró por la nostalgia—. Trabajé en todo lo que pude para comprar su medicación, solo para ver si podía comprarle un día más de vida. Fue duro, Killian. Verla partir en aquel pequeño cuarto, sabiendo que lo habíamos intentado todo...

Una lágrima solitaria rodó por su mejilla, pero Killian fue rápido en atraparla con su pulgar. Se levantó y la rodeó con sus brazos, hundiendo el rostro en su cabello.

—Nunca más —susurró él con una voz ronca de emoción—. Nunca más estarás sola, Eugenia. Ni volverás a desvelarte por miedo a no tener lo suficiente. Mi vida es tuya, y mis manos trabajarán hasta el cansancio para que nunca te falte nada.

Eugenia se apretó contra él, dejando que su fuerza la anclara.

—Estoy bien aquí, Killian. Esta cabaña tiene algo que ninguna mansión londinense pudo darme: paz. Pero... —Se separó un poco, sus ojos brillando con una chispa de determinación—. Si queremos que The Manor House sea habitable y la destilería funcione, debemos movernos rápido. Estamos a mediados de septiembre y el invierno no perdona.

Él asintió, admirando la mente práctica de su esposa.

—Me gustaría visitar ambas propiedades hoy mismo —continuó ella con entusiasmo—. Necesito tomar medidas y hacer los planos correspondientes. Quiero empezar el proyecto de restauración antes de que el primer frío de octubre nos atrape. Si vamos a construir un imperio de whisky, más vale que los cimientos estén listos antes de la primera nevada.

Killian sonrió con orgullo, besando su frente.

—Entonces, señora Cumming, prepare su abrigo. Tenemos tierras que reclamar y un futuro que construir.

Una hora más tarde, el carruaje comenzó a disminuir la velocidad hasta detenerse frente a la imponente figura de The Manor House. La mansión se alzaba contra el cielo de septiembre como un gigante dormido, recortada por una luz dorada que no lograba ocultar las

cicatrices del tiempo. Era una construcción majestuosa, pero la desidia se hacía notar en las vigas arqueadas y la pintura descascarada que alguna vez debió lucir con orgullo.

Eugenia bajó del carruaje con determinación, apretando su libreta de notas contra el pecho como si fuera un escudo.

—No te quedes ahí mirando, Killian —dijo ella, sonriendo al ver la expresión de incomodidad de su marido—. Tenemos mucho trabajo si queremos que esto vuelva a ser un hogar digno.

—Sabes que no es nuestra en su totalidad, ¿verdad? —le recordó él, bajando a su lado—. Sigue perteneciendo también a Ibrahim y Lilias.

—Claro que lo sé —lo sujetó del brazo—. ¿Pero no te gustaría que, si algún día ellos aceptan tu oferta, puedan recibir su parte de la casa con orgullo y no con pena?

Esas palabras fueron el motor que Killian necesitaba. Asintió, y juntos cruzaron el umbral. Durante la siguiente hora, la mansión se llenó de un ritmo que no conocía desde hacía décadas. Eugenia caminaba por los pasillos con paso firme, señalando con precisión técnica las filtraciones en los techos, las maderas podridas y las ventanas que debían sellarse antes de las primeras heladas de octubre.

Killian la seguía, a veces divertido por la intensidad de su esposa, pero la mayoría del tiempo impresionado por su capacidad. Eugenia no solo miraba el deterioro; estaba calculando, planeando y, sobre todo, devolviéndole la vida al lugar en su mente.

—La estructura está sólida, a pesar de todo —concluyó ella, cerrando su libreta con un golpe seco—. Pero necesitaremos carpinteros de confianza y piedra nueva para la base del ala este.

Él la observó apoyado en el marco de una puerta, sintiendo que su admiración crecía con cada minuto.

—Si alguien puede hacerlo, eres tú, mi amor. Pero si intentas arreglarlo todo en un mes, terminarás por agotarte.

—No lo haré en un mes —espetó con obviedad—. Lo haré en dos —bromeó con suficiencia, haciéndolo reír—. Lo ideal sería que esté lista para cuando la destilería empiece a dar beneficios. Con suerte, en unos seis meses todo estará listo —fue realista.

Dejaron la casa principal para dirigirse a la destilería, un edificio de piedra volcánica situado a un kilómetro, cerca de un arroyo de aguas cristalinas. Al entrar, el aire cambió: olía a humedad, a piedra vieja y a un pasado de gloria líquida. Eugenia recorrió las calderas de cobre, ahora opacas por el óxido, y se acercó a las vigas del techo.

—El alambique principal está en mejor estado de lo que pensaba —dijo ella, pasando un paño por una de las piezas—. Con una buena limpieza y un poco de trabajo de calderería, tendremos el producto listo para la próxima temporada.

—¿Tú crees? —Killian hizo una mueca de duda, pero ella asintió con fervor.

—Esto no es solo ruina; es oro puro si sabemos tratarlo.

Killian se acercó a ella, rodeando su cintura con sus manos grandes y fuertes.

—Todo lo que tocas parece cobrar sentido —musitó en su oído, con la voz cargada de admiración—. Nunca me sentí capaz de enfrentar este lugar solo, pero a tu lado... parece que el miedo se ha quedado afuera.

Eugenia se giró en sus brazos, apoyando las manos en su pecho. La luz de la mañana entraba por las rendijas del edificio, creando un halo casi místico alrededor de ellos.

—Ya no estás solo. Y en cuanto tenga todos los planos, nos pondremos manos a la obra. Tú y yo trabajaremos en cada rincón de nuestro hogar.

Él enarcó una ceja, preocupado.

—No quiero que te lastimes. Acepto que seamos un equipo, pero el trabajo duro es mío...

—Pero nada —le dio un suave golpe en el pecho—. Somos un equipo y trabajaremos como tal, ¿entiendes, Killian Cumming?

Él no tuvo más remedio que asentir, aunque en el fondo le aterraba la idea de que ella se expusiera a tanto esfuerzo. Sin embargo, cualquier protesta de Killian murió cuando Eugenia lo besó con una urgencia que él no pudo —ni quiso— ignorar. La lujuria, que parecía haberse convertido en un habitante más de su piel desde que la convirtió en su esposa, disipó sus miedos y lo invitó a llevar a su esposa tras la gran caldera de cobre, donde las sombras los envolvieron con la promesa de la privacidad.

—¿Qué haces? —se rio ella contra sus labios, apoyando la espalda en la fría pared de piedra.

Killian no respondió con palabras. Sus manos bajaron con firmeza hasta sus muslos, sujetándola para que ella diera un salto y rodeara su cintura con las piernas. Eugenia se aferró a sus hombros, sintiendo el roce áspero de la lana de su abrigo contra sus dedos mientras él la presionaba contra la pared, dejando que el peso de su cuerpo le recordara la magnitud de su deseo.

—¿No puedo reclamar a mi esposa en nuestro nuevo imperio? —murmuró él, recorriendo con la lengua el lóbulo de su oreja hasta arrancarle un gemido.

—¿Aquí? —jadeó ella, aunque sus manos ya buscaban desesperadas la nuca del escocés para atraerlo más.

—Aquí —sentenció él.

Con una destreza hambrienta, Killian apartó las capas de la falda de seda y las enaguas de Eugenia, subiéndolas hasta su cintura en un mar de tela crujiente. El aire fresco de la destilería golpeó la piel desnuda de sus muslos por un segundo, antes de que el calor de las manos de Killian volviera a quemarla. Sus dedos encontraron la humedad que ella ya no podía ocultar, deslizándose con una confianza abrasadora.

Eugenia echó la cabeza hacia atrás, golpeando suavemente la piedra, mientras él la devoraba con besos en el cuello. Sin preámbulos suaves, él liberó su propia urgencia y se hundió en ella de un solo movimiento, firme y profundo.

Un grito de placer puro escapó de los labios femeninos, perdiéndose entre las vigas del techo. Killian comenzó un ritmo frenético, un vaivén que hacía que la seda de su vestido rozara rítmicamente contra el cobre de la caldera que estaba al lado, creando un eco metálico que compasaba sus jadeos. Sus cuerpos se conocían con una precisión asombrosa; cada embestida de Killian encontraba la respuesta exacta en el arqueo de la espalda de ella, y cada gemido de Eugenia lo empujaba a él a entregarse con más fuerza.

No era solo sexo; era una reclamación territorial del espacio que pronto sería su sustento. En ese edificio que olía a pasado, ellos

estaban sembrando el futuro con la violencia de su amor.

Cuando el clímax los alcanzó, fue un estallido de luz que los dejó temblando, todavía unidos, con la respiración entrecortada chocando en el aire frío. Killian escondió el rostro en el hueco de su hombro, inhalando su aroma a verbena y deseo, mientras la sostenía con una fuerza que decía más que cualquier promesa.

—Lo siento, he perdido el control —confesó, jadeante, y ella lo abrazó con fuerza.

—No te disculpes, fue maravilloso.

Killian cerró los ojos con fuerza, agradeciendo que su deseo hambriento y voraz no la hubiera asustado, ni mucho menos lastimado. Salió de ella con mucho cuidado, disfrutando de su suave quejido, y la ayudó a acomodar su ropa con delicadeza.

—¿Nos vamos?

Aún aturdida por el encuentro, Eugenia lo buscó con la mirada y asintió. ¿Se estaría preguntado por qué dejó de ser el hombre dulce y cariñoso de su primera vez?

La garganta se le cerró, esperaba que hubiera disfrutado de su encuentro porque era el tipo de hombre que tenía muy claro que tomaría a su esposa, sin importar el lugar ni el momento, cada vez que quisiera.

Capítulo 30

Dos semanas después de la boda, Morag solicitó que la llevaran hasta la cabaña de su nieto, inquieta por el prolongado silencio de la pareja. En el fondo temía que el arrebato romántico de la boda no hubiera podido enfrentarse a la realidad de una vida sin lujos.

Si bien ellos tenían una fortuna —gracias al premio de Eugenia—, el dinero aún no estaba en sus manos y por ende debían vivir como podían, una idea que la disgustaba en demasía.

Cuando el carruaje se detuvo al pie de la pequeña loma, la anciana descendió con su bastón y lo que vio la detuvo en seco. Killian estaba en el terreno frontal, sin la chaqueta de lana, con las mangas de la camisa remangadas y el rostro bañado en un sudor saludable. Estaba cortando la leña, porque ahora tenía una razón de sobra para querer que su hogar siempre estuviera caliente.

—¿Olvidaste que tienes una abuela, muchacho? —hizo notar su presencia y Killian la buscó con la mirada. Como de costumbre, él le regaló una sonrisa sincera y dejó su hacha de lado para acercarse a ella.

—Te ves saludable, Morag —ignoró su pregunta y ella gruñó—. De verdad lo siento, es sólo que mi mujer ha estado obsesionada con terminar unos planos. —Esa noticia la llevó a enarcar una ceja y clavó la vista en la cabaña—. ¿Nos acompañas a almorzar? —extendió el brazo en su dirección, y ella aceptó.

Su casa podría ser enorme, estar llena de criados y lujos, pero seguía sin sentirse tan cómoda como la casa que alquiló con Killian en Londres.

Al entrar en la cabaña, sus ojos recorrieron cada rincón: las paredes de piedra, el mobiliario rústico y la sencillez casi monacal del lugar. Todo seguía igual, pero ahora Eugenia estaba ahí, acaparando una gran parte de la mesa principal con sus planos y útiles de trabajo.

—Tenemos visita, mi amor —informó Killian en voz alta—. Iré a limpiarme un poco, la dejo a tu cuidado —se marchó casi al instante y Morag siseó un juramento.

Killian era un gran hombre, pero a veces sus modales dejaban mucho que desear.

—Morag, qué sorpresa —La rubia le sonrió con cariño auténtico, y le ofreció una silla—. ¿Deseas acompañarnos? La comida estará lista dentro de poco —le señaló la caldera, indicándole que no sólo estaba trabajando, sino que se tomó la molestia de cocinar para su esposo.

Al parecer fue muy prejuiciosa al creer que ella sería capaz de reprocharle su situación económica a Killian. Sólo hacía falta mirarla para saber que esa mujer era un rebosar de alegría.

—He venido porque el silencio de la montaña a veces me inquieta —mintió, aunque su voz flaqueó un poco, mientras tomaba asiento —. Y porque quería ver si la realidad de estas paredes ya te había espantado. El amor suele huir por la chimenea cuando entra la necesidad.

Eugenia se rio, sirviendo un poco de sopa caliente para la anciana una vez que recogió todo lo que estaba en la mesa.

—El amor que huye ante la sencillez no es amor, Morag. Además, Killian me ha dado un hogar, no solo una casa.

¿Y cuál se suponía que era la diferencia?, pensó para sí misma, repentinamente inquieta.

—¿Y qué son todos esos? —cambió el tema y le señaló los pliegos que dejó sobre el mueble más cercano.

—Son los planos de la destilería y The Manor House. Estoy marcando todas las reparaciones que las construcciones necesitan, al igual que el mantenimiento del equipo de la destilería. Si todo sale bien, habremos avanzado más de la mitad antes de la primera nevada —comentó, entusiasmada.

—¿Cómo sabes tanto? —entrecerró los ojos, y Killian se unió a ellas con un mejor aspecto.

—¿De qué hablan? —aceptó el plato que Eugenia le tendió.

—Quiero saber por qué es tan lista —admitió Morag, sin tapujos —. Las mujeres sin recursos no siempre cuentan con la mejor educación.

La rubia se ruborizó, pero finalmente dijo:

—Mi primer empleador me enseñó de literatura, matemáticas y geografía, siempre me apasionó aprender algo nuevo y antes de abandonar Yorkshire, me habló un poco de arquitectura.

Eugenia era muy consciente del daño que Morrison le hizo, pero tampoco podía negar el hecho de que él la educó muy bien.

—¿Sólo un poco? —la anciana miró los planos, entretenida.

—Lo demás lo aprendí con Ibrahim —la mención del castaño no alteró a nadie de la mesa—. Cuando viajamos a América después del "divorcio" de Lilias, él estaba empeñado en aprender algo nuevo para poder cuidar de su hermana y sobrina, así que estudió la carrera de arquitectura por unos cuantos años con la ayuda del duque de Kent.

—¿Te enseñó todo lo que sabía? —la pregunta la formuló Killian.

Eugenia asintió.

—Siempre fui una mujer curiosa e Ibrahim amaba compartir sus conocimientos, supongo que por eso nos hicimos tan buenos amigos. —Le dio un sorbo a su vaso de agua.

—Fuiste muy afortunada —espetó finalmente Morag, sorprendiéndola de sobremanera—. En mis tiempos, lo único que se me exigía era que fuera linda y callada. Me habría encantado poder aprender más cosas.

Eugenia intercambió una rápida mirada con Killian, ¿qué debía decirle?

—Eres una mujer de negocios, Morag —espetó Killian, sonriente —. Nadie osaría tomarte el pelo, mantuviste el imperio de tus difuntos padres en alto y…

—Y por eso quiero ser su socia.

Un tenso silencio se formó en la estancia, ninguno de los dos había esperado una oferta de ese calibre.

—Morag…

—Sé que los hermanos Cumming también están dentro y pueden volver en cualquier momento —aclaró—. Pero me gustaría materializar lo que tienes en la cabeza, Eugenia.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, no podemos esperar a que el banco libere el dinero.

—En realidad, el dinero ya fue depositado a mi cuenta —admitió Killian, entrelazando su mano con la de Eugenia por encima de la mesa.

—Por eso me siento algo presionada, por fin podremos empezar con todo.

Esa noticia alegró a Morag de sobremanera, pero no hizo que dejara sus intereses de lado. Después de todo, cuando estuvo en Londres y vio lo difícil que estaba resultando para Killian hablar con su primo, ella decidió que lo ayudaría a financiar su proyecto.

—Haré que mi gente se ponga manos a la obra y luego crearemos nuestra red de distribución. —Sus nietos intercambiaron una rápida mirada—. Tengo los contactos necesarios para conseguir buenos clientes.

—No tengo problema en hacerte parte de esto —habló Killian con voz serena, como si temiera alterarla—. Pero debemos hablar con tu abogado para poder darte una parte de las acciones y…

—¿Por qué firmaríamos un contrato? ¡Son mis nietos! —se oía bastante ofendida y Killian se rio.

—Lo mejor es que todo quede claro en los documentos, no quiero problemas con tus futuros herederos.

Morag selló los labios en una fina línea y decidió que era un buen momento para empezar a comer. Era normal que Angelique, Damon y Flora, se creyeran dueños de su fortuna; sin embargo… la única persona que figuraba en su testamento era alguien totalmente diferente y ese era su mayor secreto.

Cuando la comida llegó a su fin, Morag dejó caer sus cubiertos provocando un ruido sordo. Con ese simple gesto, captó la atención de la pareja, quien esperó expectante su siguiente declaración.

—Quiero que recojan sus cosas —sentenció, acababa de tomar una decisión—. A partir de hoy se mudarán a la casa grande por una temporada.

Killian dejó su vaso de lado, frunciendo el ceño con desconfianza.

—¿Por qué ese cambio tan repentino, abuela? —No era normal que ella le hiciera una petición de ese tipo—. ¿Qué ha pasado?

Morag no respondió de inmediato. Sus dedos, castigados por el tiempo, buscaron en el bolsillo de su abrigo y extrajeron una nota doblada con un sello que Killian reconoció al instante. Sin decir palabra, se la entregó.

Killian leyó el contenido en silencio, y Eugenia notó cómo su mandíbula se tensaba hasta volverse de piedra. Angelique anunciaba su visita inminente, con esa cortesía falsa que escondía garras afiladas.

—Angelique y Damon —masculló Killian, devolviendo la nota como si quemara—. Dudo que tengan buenas intenciones —se sinceró, y Eugenia frunció el ceño—. ¿Qué te preocupa?

—Reduje su mensualidad, Flora está viviendo en mi casa y… no estoy segura, odio admitirlo, pero mi hija no me inspira ni la más mínima confianza y no quiero que lastimen a mi nieta. Necesito que estés presente porque planean instalarse en la mansión y, después de todo, eres el hombre de la casa.

Y como su estado de salud no era óptimo, Killian no iba a dejarla sola junto a esos depredadores. Miró a Eugenia, buscando en sus ojos un permiso silencioso, y ella asintió apenas perceptiblemente, dado que estaba tan interesada como él en proteger a Morag.

—No te preocupes, abuela —dijo finalmente, recuperando su tono firme—. Estaremos allí para la cena.

Morag se levantó, recuperando su postura imponente.

—Enviaré un carruaje por ustedes y sus pertenencias en dos horas. No lleguen tarde; a Angelique le encanta usar la impuntualidad ajena como arma de desprecio.

Cuando la anciana salió de la cabaña, el silencio que quedó ya no era de paz, sino de preparación para la guerra. Killian rodeó la cintura de Eugenia, apoyando su frente contra la de ella.

—Creo que es momento de que te hable de mi familia materna —susurró, un tanto preocupado por lo que sucedería de ahora en adelante. Después de todo, no quería que nada malo le sucediera a la mujer que amaba—. No puedes confiar en ellos, ni siquiera en Flora.

La escuchó tragar con fuerza y entrelazó sus manos con firmeza.

—Tengo la sospecha de que Angelique y Damon quieren la herencia de Morag, y están dispuestos a ser tan ruines como mis difuntos padres para conseguirla.

—¿Qué? —lo miró con horror y Killian asintió.

—Por favor, no bajes la guardia por muy amables que parezcan.

Eugenia asintió, pero fue inevitable no preocuparse por Morag.

—No me desprenderé de su lado —sentenció y él se relajó en demasía—. Ella… es muy vulnerable, Killian.

—Y por esa razón espero que ellos muestren su verdadera cara lo antes posible.

Porque alguien que siempre finge ser bueno y perfecto, no daría muchas pruebas para demostrar su hipocresía.

***

El sonido de un carruaje rompió la monotonía de la tarde en Sussex. Ibrahim, que intentaba concentrarse en unos documentos, sintió que el aire se le escapaba de los pulmones al ver a través del ventanal el blasón del barón de Mountevans.

Cuando Seamus entró en la biblioteca, su sola presencia parecía reclamar el espacio. No traía la actitud relajada de un amigo que estaba de visita; traía la determinación de un guardián que avecinaba nuevos problemas.

—¿Seamus? —Ibrahim se puso de pie, forzando una calma que no sentía—. ¿Qué haces aquí? Te casarás en menos de una semana, ¿no deberías estar con tu esposa?

Nunca pensó que su mejor amigo lo visitaría en esa época del año, él siempre confió en su persona para cuidar de Eugenia y nunca puso peros ni cuestionó las decisiones de su prima, por lo que era de lo más normal que su visita lo tomara por sorpresa.

El barón de Mountevans no se sentó, sólo se quitó los guantes con parsimonia, clavando sus ojos claros en los del castaño.

—Me enteré de que los Cavendish están instalados contigo —soltó sin preámbulos—. Y también sé que Eugenia está contigo. O al menos, eso es lo que dictaría la lógica, dado que es tu empleada y amiga.

Ibrahim tragó saliva, sintiendo el peso de la culpa quemándole la garganta. Si Seamus supiera que Eugenia se quedó en Londres —totalmente sola— con el corazón roto por su causa, lo mataría allí mismo.

—Vine a buscarla —continuó Seamus, dando un paso al frente—. He hablado con Kathe y no consideramos justo, ni decoroso, que Eugenia tenga que soportar como cortejas a otra mujer después de todo lo que ella ha sacrificado por ti. Se vendrá con nosotros. Estará bajo nuestra protección en Mountevans hasta que decida qué hacer con su vida, como debió ser desde un principio.

—Seamus, ella... las cosas no son tan simples —balbuceó, buscando una mentira que no sonara a sentencia de muerte.

¿En qué momento consideró que traicionar a su mejor amigo, el hombre que le dio un techo y comida a su hermana y a él cuando no tenían nada, sería buena idea? La culpabilidad lo carcomió por dentro, no sólo lastimó a la mujer que amaba, sino que estaba a punto de romper la hermandad que siempre tuvo con Seamus.

«¿Qué fue lo que hice?»

Mentirle ya no era una opción, ¡ya no podía caer más bajo!

Lo único que podía hacer era disculparse y tratar de enmendar sus errores.

En ese momento, cuando separó los labios para revelar la verdad, la puerta del despacho se abrió y el conde de Snowdon entró con la arrogancia natural de su título, deteniéndose en seco al ver al visitante.

—Mountevans, no esperaba su visita —el conde enarcó una ceja, detectando la tensión en el ambiente.

—Lord Snowdon —Seamus hizo una inclinación de cabeza estrictamente formal—. He venido por mi prima, la señorita Eugenia Armitage.

El conde parpadeó, genuinamente sorprendido. Miró a Ibrahim y luego regresó su penetrante mirada al barón.

—¿La señorita Armitage es su prima? —preguntó con una sombra de duda.

—Así es.

El hecho de que Seamus reconociera su parentesco con Eugenia en voz alta sólo significaba una cosa: quería darle el lugar en

sociedad que ella nunca quiso aceptar por miedo a generarle problemas.

—Vaya, el mundo es pequeño. —Snowdon jugueteó con la cabeza de su bastón—. Sin embargo, me temo que su viaje ha sido en vano, Mountevans.

Seamus frunció el ceño y no pudo pasar por alto la palidez de Ibrahim.

—¿A qué se refiere?

—Seamus…

—Como todo Londres lo sabe, el señor Cumming quiere casarse con mi hija y una de las condiciones para permitir el cortejo fue que despidiera a la señorita Armitage.

—¿Qué? —el rubio abrió los ojos, atónito, e Ibrahim tragó con fuerza.

—La última vez que supe de ella, abandonó la casa de Cumming sin mirar atrás. Fue un día antes de venir a Sussex, ¿es que acaso su prima no lo contactó para mudarse con usted?

El silencio que siguió fue sepulcral e Ibrahim sintió que el suelo se abría bajo sus pies cuando la gélida mirada de su amigo se posó sobre él. Quería gritar, decirle que no era verdad, pero en realidad la situación era mucho peor de lo que quería admitir: dejó a Eugenia sola y desamparada en la ciudad, y en vez de ir en su búsqueda, seguía en Sussex, lamiéndole las botas al desagradable conde de Snowdon.

—Busque a su prima en otra parte —dijo el anciano, regresándolo a la realidad—, porque le aseguro que nosotros nunca más volveremos a vincularnos con ella. Cumming se casará con mi hija —

El aire se atoró en sus pulmones, acababa de ser aceptado por el noble— y por ende Armitage quedará lejos de su vista.

La piel se le erizó cuando Seamus esbozó una cruel sonrisa y todo su cuerpo se sacudió cuando finalmente hizo una venia para despedirse.

—Le aseguro que así será, milord —espetó con aspereza, y luego se dirigió a él—. Felicidades por tu compromiso, espero que seas muy feliz —la última palabra la dijo con desprecio e Ibrahim se quedó petrificado en su lugar.

La vergüenza lo había dejado sin palabras y la aceptación del conde le había generado más pavor que alegría.

«¿Qué diablos fue lo que hice?» Se preguntó con impotencia. «Debo detener esta locura».

Capítulo 31

El comedor de la mansión de Morag nunca se había sentido tan gélido, a pesar de las chimeneas encendidas. Cuando Killian y Eugenia ingresaron al lugar, la anfitriona aún no estaba en la mesa, y Angelique Drummond —la hermana mayor de la difunta madre de Killian— les regaló una sonrisa que no llegaba a sus ojos. La mujer de cabellera cobriza había elegido sus mejores sedas para asistir a la cena y no dudó un solo segundo a la hora de evaluar a la rubia.

La mueca de fastidio al final del escrutinio dejó claro que la odiaba, que no había esperado encontrarse con una mujer tan hermosa y delicada del brazo del salvaje de su sobrino.

—Buenas noches —saludó él, seguro de sí mismo, y su mirada se clavó en Damon, quien observaba a Eugenia con un hambre voraz y un interés real. Cerró las manos en dos puños y rodeó la cintura de su esposa con confianza—. Mi amor, te presento a la madre y al hermano de Flora, Angelique y Damon Drummond.

Angelique se reclinó en su lugar con descaro.

—Killian, querido —empezó, jugueteando con su copa de cristal—. Debo admitir que tienes valor al presentarte aquí, sabiendo que nunca fuiste bienvenido en nuestra familia.

Killian conocía su juego, por lo que no se permitió morder el anzuelo.

—Morag nos invitó.

—Y con... *ella* —ignoró su afirmación, disgustándolo en demasía.

Damon soltó una risa seca, recostándose en su silla con arrogancia.

—Mi madre tiene razón. La salud de la abuela debe estar realmente deteriorada si ha olvidado quién es el enemigo. Meter a un traidor y a su mujer de origen incierto en esta casa es, cuanto menos, un síntoma de demencia senil.

Killian ayudó a Eugenia a sentarse con una parsimonia que desesperó al pelirrojo. Luego, cruzó sus manos sobre la mesa, manteniendo una serenidad gélida. Ambos sabían que esto pasaría, pero atacar al enemigo tan pronto sería absurdo, por lo que lo mejor que podían hacer era estudiarlos en silencio.

—Si el criterio de "traición" es trabajar para tener lo mío, Damon, entonces acepto el título —respondió con voz firme—. Pero ten cuidado con tus palabras hacia mi esposa y mi abuela. La lengua suele ser el arma de quienes no tienen nada más que ofrecer.

—¿Quién diablos te crees? —escupió él, furioso, pero se vio obligado a mantener la compostura porque Morag ingresó al comedor, seguida de Flora, quien mantuvo la frente en alto y observó a su madre y hermano con altanería.

Su prima tenía coraje, debía admitir.

—Espero que no estén peleando —comentó Morag, tomando asiento a la cabeza de la mesa, y Angelique se rio por lo alto.

—Qué ocurrencias tienes, madre, ¿por qué discutiríamos? —Aleteó sus largas pestañas con fingida inocencia—. Estamos aquí para felicitar a Killian por su matrimonio, jamás pensamos que llegaría a casarse, y menos con una inglesa.

Morag sonrió con suficiencia.

—Es una inglesa muy lista, trabajó como arquitecta por años. —Killian miró a su abuela con sorpresa—. Juntos levantarán la

herencia que Killian recibió, estoy segura de eso —soltó con orgullo y no le pasó por alto la tensión que se cernió sobre su tía y primo.

—Pero para levantar la destilería y The Manor House se necesita una fortuna —siseó Damon, con envidia.

—Y la tienen, la dote de Eugenia les dio el capital necesario para iniciar con todo —aclaró su abuela y su primo le dio un largo sorbo a su copa de vino, inquieto.

—Te lo dije —le sonrió con suficiencia—. Mi esposa es mi más grande tesoro. Soy un hombre muy afortunado —Levantó su copa en seña de brindis y escuchó como Angelique pasaba saliva.

—¿Y conoces la historia de sus padres? —soltó su tía con malicia, provocando una gran tensión en los hombros de su abuela, pero Morag no reaccionó, sino que esperó la respuesta de Eugenia.

—Sí, fui la empleada de su primo, el señor Ibrahim Cumming —respondió ella, tranquila—. Es una historia muy triste e injusta. —Damon esbozó una cruel sonrisa, esperando que ella dijera algo horrible sobre su esposo, pero eso no sucedió—. Más si se considera que Killian debe cargar con los pecados de sus padres, me parece una decisión ruin y absurda.

—Los hijos siempre heredan los defectos de sus padres —bramó Damon, furioso.

Killian quiso intervenir, pero Eugenia le hizo una seña para que guardara silencio, podía defenderse sola

—¿Eso cree? —Eugenia observó a Damon con frialdad—. Tengo entendido que su difunto padre tenía problemas con el juego y vicios no muy decentes —Los invitados de Morag se tensaron—, es evidente que usted heredó esos “defectos” —le sonrió con fingida

ternura—, pero no veo a Flora ansiosa por ir a tabernas a apostar dinero, ni ahogarse en alcohol.

—¡¿Cómo se atreve?! —Damon golpeó la mesa.

—Es una insolente —chilló Angelique, sulfúrica.

—Sólo quiero aclarar que no todos son iguales, hay gente que sabe distinguir entre lo que está bien y mal —finalizó ella, tranquila, y Damon empezó a respirar con dificultad.

—¿Quién te crees?

—No me creo nadie —aleteó sus pestañas—. Soy la señora Cumming y no permitiré que un hombre que pretende vender a su hermana, para seguir con sus vicios, venga a darle lecciones de moralidad a mi marido.

Killian se tragó su carcajada, amando el temperamento y la astucia de su mujer, y gracias a los santos su abuela decidió poner un poco de orden en la mesa.

—¡Basta! —sentenció Morag, golpeando la mesa con el mango de su bastón—. Les prohíbo que vuelvan a atacar a Killian —ordenó, tajante—. Eugenia ha demostrado tener más cerebro y lealtad en menos de un mes que ustedes en una década.

—Pero madre…

—Killian es el único nieto que ha cuidado de mí. —Esa afirmación hizo que el pánico brillara en los ojos de Damon y su madre—. Me ha demostrado que no es como sus padres, así que…

—No te dejes engañar, madre —rogó Angelique, desesperada—. No sé qué sucedió en su viaje a Londres, pero él sigue siendo una amenaza para nosotros.

—Él hizo hasta lo imposible por hablar con sus primos y en el camino se enamoró de una buena mujer. Ahora ambos salvarán la

destilería con su ingenio y talento. Killian hizo todo eso en estos meses y ustedes ¿qué? —los miró con disgusto—. Además de endeudarse y querer vender a mi nieta a pesar de mi rotundo desprecio hacia ese tipo de transacciones.

Angelique enrojeció de furia y Damon se removió en su lugar con inquietud.

—Hicimos mal, estamos arrepentidos. —Killian enarcó una ceja, ahora su primo empezaría a ceder porque con Morag no se podía negociar—. De verdad lo siento, abuela, le prometo que encontraré la manera de saldar mis deudas.

—Si tocan a mi nieta —Morag se fijó en Flora con determinación— o vuelven a faltarle el respeto a Killian y Eugenia, los sacaré de mi testamento.

Un silencio sepulcral cayó sobre la mesa. Angelique y Damon intercambiaron una mirada de puro temor —que para Killian y Eugenia no pasó desapercibida—; habían subestimado la relación entre la anciana y el nieto "maldito".

«Esto acelerará las cosas», dedujo Killian con prontitud.

Angelique y Damon no se sentirían tranquilos con el cambio de su abuela y lo más probable era que tratarían de deshacerse de ella antes de que lograra tocar su dichoso testamento.

«No lo permitiré», se dijo a sí mismo.

No permitiría que otro familiar suyo muriera por culpa de la ambición. En esta ocasión, protegería a su abuela de la manera que le habría encantado proteger a los padres de Ibrahim y Lilias.

***

El aire frío y solitario de Londres no logró calmar el fuego que ardía en el pecho de Seamus. Tras dejar Sussex con el sabor amargo de la traición de Ibrahim, no perdió un segundo. Si lo que el conde dijo era cierto y su mejor amigo lo había traicionado, lo único que podía hacer era buscar a Eugenia y llevarla consigo.

Nunca quiso presionarla, siempre dejó que tomara sus decisiones para que nunca intentara huir de su cuidado, pero al parecer sólo hizo que ella se creyera un estorbo y siempre mantuviera su distancia, guardando sus problemas para sí misma.

—Fui un idiota —escupió.

Eugenia era su única familia y por esa razón siempre respetó sus reglas, porque si se acercaba mucho, ella terminaría huyendo.

«¿Cómo pudiste engañarme, Ibrahim?»

El repentino despido, el viaje a Sussex y la desesperación de su amigo no eran un buen presagio. Seamus era un hombre listo, uno de los mejores detectives de la corona, por lo que no necesitaba ser un genio para saber que Ibrahim acorraló a Eugenia para que aceptara la "única" oferta que tenía en su momento de vulnerabilidad.

Lo más probable era que su prima ni siquiera intentó buscarlo por miedo a arruinar los preparativos de su boda.

—Eres una tonta, niña orgullosa —farfulló, caminando por las oscuras calles de la ciudad. Ninguna posada la habría aceptado debido a los rumores con su jefe, por lo que sólo había un lugar al que ella asistiría por un techo seguro.

Seamus cruzó el umbral de Diamantes, un club dirigido a solteronas que debido a la época del año estaba más vacío que nunca, y barrió el lugar con ojos gélidos. Si Eugenia no se

encontraba ahí, lo más probable era que ya no estuviera en la ciudad.

Al entrar, su presencia autoritaria hizo que el murmullo de las pocas mesas que estaban ocupadas cesara.

—Mountevans —Diana, la administradora del club, se acercó—. ¿Puedo ayudarlo en algo? No esperaba su visita, menos cuando estamos a tan pocos días de su boda.

Sentía que el tiempo estaba en su contra. En cuatro días sería su boda y algo le decía que encontrar a su prima no sería tan sencillo. Quería estar con Kathe, era la mujer que amaba, pero tampoco podía ignorar que Eugenia estaba sola en alguna parte de Inglaterra.

—Busco a mi prima —espetó, sin rodeos. Todos en ese club sabían la relación que tenía con Eugenia—. Supongo que está aquí, ya que en la ciudad nadie la ha visto.

La mujer vaciló, pero ante la mirada gélida del rubio, terminó por ceder.

—Vino hace varias semanas, milord —admitió, pensativa—. Debía recoger todas sus pertenencias porque el señor Cumming las envió aquí.

Así que no era mentira, su amigo realmente la echó de su casa.

—Pero no vino sola, estaba muy bien acompañada —trató de relajarlo, pero no funcionó—. Vino junto a un hombre enmascarado, tenía un porte militar y hombros anchos y fuertes. Nunca antes lo había visto por estos lares.

¿De qué hombre estaba hablando?

¡El grupo social de Eugenia era muy reducido!

—¿Lograste hablar con él? —Diana negó con la cabeza—. ¿Quién más los vio? —exigió saber.

—Lady Aldrich habló con ella en su oficina —le informó, enviándole un escalofrío a su espina dorsal. No quería creer que su amiga también lo había traicionado—. La vigiló durante el resto de la noche y Eugenia jugó a la ruleta de la suerte con ese hombre.

—¿Ah sí? —enarcó una ceja, y la sonrisa de Diana creció.

—Justo cuando soltó su última esfera, se suscitó un temblor en la ciudad y terminó ganando.

¿Qué? ¿Su prima ganó las cinco mil libras que se suponía nunca saldrían de la cuenta bancaria de Diamantes?

—¿Se fue con todo ese dinero? —se preocupó, ¿y si algo malo le sucedió debido a ese premio?— O ¿finalmente rechazaron su victoria? —era una posibilidad, fue el temblor lo que provocó que la esfera bajara todos los niveles.

—Lady Aldrich aceptó su triunfo y al día siguiente se hizo la entrega de la orden de pago.

—¿Lady Aldrich no dijo nada al respecto?

—No, sólo me pidió que no le informara sobre lo ocurrido a su hermano.

—¿Sabes si sigue en Londres?

—Me temo que no, partió a Kent al día siguiente junto a su marido.

El rompecabezas empezaba a tomar forma y las piezas encajaban de una manera que dejaba a Ibrahim como un mentiroso de primera. Si Eugenia se había ido con un hombre bajo la bendición de Lilias, significaba que ella eligió irse, pero... él no se sentiría tranquilo hasta saber quién era ese hombre y si había hecho lo correcto para hacerse de su prima.

¿Qué tal si volvían a aprovecharse de ella?

Ya se encargó de Morrison en el pasado, no le temblaría la mano si otro idiota volvía a lastimarla.

Su siguiente destino era Kent. Necesitaba hablar con Lilias, la única persona que posiblemente sabría con quién se había marchado Eugenia y hacia dónde soplaban los vientos de esa huida.

«El tiempo está en tu contra» le dijo una vocecilla. «Tu boda es en cuatro días».

Hizo una mueca, avanzaría tanto como pudiera en su búsqueda y tendría que reanudarla después de su boda. No había manera de que esta situación fuera pasada por alto, él conocía el pasado de Eugenia y no quería que la historia se repitiera.

***

Tras la tormentosa cena, la alcoba que Morag les había asignado se sentía como un santuario de seda y fuego. Era una habitación espaciosa, con el techo de vigas oscuras y una chimenea que rugía con fuerza, manteniendo el frío tras los cristales.

Killian cerró la puerta con llave y soltó un suspiro de alivio, despojándose por fin de la rígida chaqueta negra. Se giró para ver a Eugenia, que se desataba las cintas del vestido frente al espejo, y no pudo evitar soltar una risa ronca que ella secundó por lo bajo.

—No creo que Angelique vuelva a recuperar el color en sus mejillas hasta la próxima primavera —se burló Killian, acercándose para rodearle la cintura por atrás—. Mi amor, estuviste implacable. Me dejaste sin palabras.

Eugenia apoyó la cabeza en el hombro de su esposo, disfrutando del calor de su cuerpo.

—Alguien tenía que poner orden en esa mesa. No iba a permitir que te trataran como a un criminal en mis propias narices. —No quería ni imaginarse el tipo de adolescencia que su esposo tuvo que vivir junto a esas personas.

—Pero, dime una cosa... —él la giró para verla a los ojos, con una chispa de curiosidad genuina—. ¿Cómo diablos sabías lo de los vicios del difunto esposo de Angelique? Nunca llegué a hablarte de eso.

Eugenia esbozó una sonrisa astuta, esa que Killian empezaba a adorar por encima de todas las cosas.

—Até los cabos sueltos. Tu tía no se ve como una viuda dolida, Flora me insinuó que su padre fue un mal esposo y Damon… es tan simple y predecible —se encogió de hombros con elegancia—. Los usé a mi favor. Nunca pensé que Damon sería tan fácil de alterar; un hombre con la conciencia tranquila no habría saltado así ante una simple mención de defectos heredados.

Killian la estrechó contra su pecho, escondiendo el rostro en su cuello mientras inhalaba su perfume.

—Te amo, Eugenia —susurró con una devoción que la hizo estremecer—. No sé qué haría sin ti.

Ella entrelazó sus dedos con los de él, poniéndose seria por un instante mientras miraba las sombras que las llamas proyectaban en la pared.

—Debemos estar atentos, Killian. La advertencia de Morag sobre el testamento fue un golpe muy duro para ellos. Están desesperados, y la desesperación los llevará a actuar tontamente.

—Lo sé —asintió él, su mandíbula tensándose de nuevo—. Al amenazar su herencia, Morag ha puesto un blanco en su propia

espalda. No permitiré que esa pareja de buitres le haga daño. A partir de mañana, no la dejaremos sola ni por un segundo.

Se quedaron un momento así, abrazados en el silencio de la lujosa habitación, sabiendo que, aunque las sábanas fueran de lino fino, el peligro que acechaba en los pasillos de la mansión era mucho más real que el de la humilde cabaña que acababan de dejar atrás.

Capítulo 32

La casa de los Aldrich en Kent solía ser un refugio de paz, pero esa tarde, la entrada de Seamus traía consigo un frío infernal. Lilias lo recibió en el salón —después de pedirle a su esposo que les diera unos minutos a solas—, notando de inmediato que el barón no venía en calidad de amigo. El rostro de Seamus estaba endurecido, y sus ojos verdes de detective buscaron respuestas antes de que ella pudiera formular un saludo.

—Sé que la viste, Lilias —soltó él sin preámbulos—. Sé que estuvo en Diamantes y que tú la dejaste ir.

Lilias suspiró, no muy segura de cómo sentirse al respecto. Por una parte, estaba feliz de que Seamus se hubiera cuestionado por el bienestar de Eugenia, pero por otra… ¿cómo tomaría él la noticia de que su hermano se burló de su prima?

«Él debe saberlo».

—Estoy profundamente molesta con Ibrahim, Seamus —comenzó —. Mi hermano ha perdido el juicio y el honor. Es verdad que fui por Eugenia e intenté convencerla de que viniera conmigo, de que se refugiara bajo mi techo, pero ella se negó.

—¿Cómo que se negó? —se pasó una mano por sus cabellos, nervioso—. Ella no tiene a nadie y en la ciudad nadie la ha visto. Ni siquiera intentó escribirme, no debiste permitir que se fuera.

—Seamus… —la suave voz de Lilias hizo que se relajara un poco, aún había más que contar—. Ella no quiso venir conmigo porque me aseguró, con una firmeza que no le conocía, que se iría junto al hombre que ama.

Seamus dio un paso hacia atrás, con la mandíbula tensa.

—¿Lo conociste? ¿Hablaste con él? ¿Cómo podría Eugenia estar enamorada cuando se supone que el hombre que ama es tu hermano? —preguntó con impotencia, no estaba entendiendo nada.

—Pensé lo mismo que tú, pero ella me dijo que no ama a Ibrahim. —Abrió los ojos, sorprendido—. Yo también me sorprendí, por un momento no pude creerle, pero luego…

—Luego ¿qué? —empezó a desesperarse.

—Eugenia no me dejó acercarme, me pidió que no invadiera su espacio, pero pude verla junto a ese hombre desde la distancia y… ya no tuve dudas.

—¿Qué dices?

—Cuando el temblor inició, ese hombre ni siquiera se preocupó por el juego, Seamus. Sólo protegió a Eugenia con su cuerpo, decidido a recibir cualquier golpe en su lugar, y cuando se les informó que ganaron, sólo pensó en sacarla del club y ponerla a salvo.

No tenía la menor idea de quién podría estar hablando Lilias. Se suponía que Eugenia no tenía muchos amigos, aunque… trabajar para Ibrahim debió haber provocado que conociera a todo tipo de personas.

—Ella dijo que nos escribiría cuando estuviera lista.

—No puedo fiarme, Lilias —soltó con frustración—. Ella se fue con mucho dinero, ¿qué tal si ese sujeto la lastimó para quedarse con las cinco mil libras?

La pelirroja hizo una mueca, se rehusaba a dudar de la elección de su mejor amiga.

—Debo encontrarla, ¿no tienes idea de adonde pudo haber ido?

Lilias meditó su respuesta, no muy segura de nada, y finalmente negó lentamente con la cabeza.

—Lo siento, pero no tengo la menor idea de cuál podría ser su paradero.

—Entiendo —susurró—. Gracias por no haber traicionado a mi prima, habría sido muy duro saber que fuiste tan ruin como Ibrahim.

—No lo odies, Seamus, él está… confundido.

No le dio una respuesta. A decir verdad, lo menos que quería por el momento era ver al castaño.

—Tal vez si vuelvo a Londres y…

—Tu boda es en dos días, Seamus, no puedes distraerte con esto. —Cerró las manos en dos puños, furioso—. Te aseguro que Eugenia está bien, yo los vi y ambos salieron muy felices de Diamantes.

—¿Y si él sólo está jugando con ella?

—Eugenia jamás caería en ese juego y lo sabes, ella es bastante lista. —Ambos rieron por lo bajo y él no se apartó cuando su amiga posó una mano en su brazo—. Cásate con Kathe, disfruta de tu día, y luego buscaremos a Eugenia hasta por debajo de las piedras.

—Está bien.

Lilias tenía razón, Kathe no podía seguir esperando por él. Ya retomaría la búsqueda una vez que todo estuviera más tranquilo y pudiera organizar sus ideas con más calma.

***

Esa mañana, Eugenia y Killian recibieron la mejor noticia que pudo llegarles a inicio de octubre. Las cinco mil libras ya podían utilizarse sin restricción alguna.

—Esto es grandioso, mi amor. —Lo abrazó por el cuello, llena de alegría, y él la levantó a volandas para hacerla girar en el aire.

—¿Sabes lo que eso significa?

—Ya podemos empezar a trabajar en la destilería —musitó con voz aguda, dando pequeños brincos de felicidad—. Los planos ya están casi listos, los terminaré en menos de una semana.

Killian abrió los labios para decirle lo que pensaba, pero un golpe sordo los obligó a romper el abrazo y girar sobre su eje. Era Morag, quien con su bastón golpeó el piso marmolado con fuerza para llamar su atención, y como de costumbre estaba junto a Flora.

—¿Puedo saber qué celebramos? —Ambos sonrieron abiertamente.

—El dinero llegó a la cuenta de Killian, Morag —Eugenia avanzó hacia ella, risueña—. Por fin podremos refaccionar la destilería.

—Esa es una excelente noticia —admitió la anciana, para después negar lentamente con la cabeza—, pero ¿por qué la destilería? Lo primero debería ser The Manor House, su futuro hogar —refunfuñó, y tanto Eugenia como Killian se tensaron en su lugar.

—La cabaña es muy acogedora —musitó ella, tratando de no alterar a Morag—. No necesitamos más por ahora.

Dudaba mucho que lo más prudente fuera invertir en The Manor House. Lo mejor para ellos y su capital era trabajar en la destilería para poner el negocio en funcionamiento antes de que abril comenzara, así podrían buscar una cadena de distribución que les permitiera llevar su whisky hasta los salones de baile y los clubes más exclusivos de Londres.

Si todo salía bien, Lilias podría ayudarla a conseguir sus objetivos.

—Por ahora —repitió Morag con reproche—. Pero deben pensar en el futuro. Quiero que comiencen a trabajar de inmediato en las reformas de The Manor House, me gustaría que se instalen en su nuevo hogar antes de que llegue la Navidad.

Eugenia buscó ayuda en Killian, ambos sabían qué era más importante.

—El negocio es lo primero —sentenció él con suavidad—. Cada moneda y cada minuto deben invertirse en la destilería para que el patrimonio crezca. La mansión puede esperar, abuela.

Morag los observó con fijeza, acariciando la cabeza de su bastón, y luego observó a su nieta, quien se encogió de hombros con indiferencia, dejando claro que no opinaría al respecto.

—No aceptaré un "no" por respuesta. —Eugenia abrió la boca para protestar, pero lo siguiente que escuchó hizo que guardara silencio—. Quiero ver a mis bisnietos corriendo por los pasillos de The Manor House, ¿no creen que ellos merecen un hogar estable y decente?

La mención de los hijos futuros golpeó a Eugenia en un punto sensible de su corazón, haciéndola flaquear. Claro que quería lo mejor para ellos, pero se suponía que existían prioridades y el tema de los hijos era algo que aún no lo había conversado con Killian. Lo buscó con la mirada, con la intención de preguntarle qué opinaba al respecto, pero su ceño fruncido le dijo más que mil palabras.

Los hijos aún no estaban dentro del plan.

—Lo siento, Morag, pero Eugenia y yo tenemos prioridades —zanjó con determinación, era la primera vez que se negaba a seguir las sugerencias de su abuela—. The Manor House y los niños serán para más adelante.

«Es lo correcto», musitó ella mentalmente, pero fue inevitable no sentir como su corazón se estrujaba. Lo cierto era que ansiaba convertirse en madre, pero Killian tenía razón... sus prioridades debían ser otras.

Y por esa razón…

—No te preocupes, Morag —recuperó el entusiasmo—. Seremos rápidos, me encargaré de que la destilería esté lista antes de navidad. —Así podrían pensar en su hogar y familia más tranquilos.

—Eso es muy poco tiempo —observó su esposo, tenso, y ella negó con la cabeza.

—Lo lograremos, yo me encargaré de todo.

Porque si de algo estaba segura, era que quería un hijo antes de que la siguiente navidad llegara.

***

Del otro lado del pasillo, Damon escuchaba la conversación con una sonrisa siniestra en el rostro. Su primo ya era rico, lo que quería decir que su muerte y la de su esposa les traería más beneficios a sus arcas, tomando en cuenta que nunca llegarían a procrear un heredero.

Era hora de ir por la curandera y encontrar la manera más efectiva de asesinar a su abuela sin levantar muchas sospechas. Le habría encantado inculpar a Killian, pero ahora que tenía dinero no sería fácil atribuirle la culpa —porque se suponía que su motor para asesinar a su abuela sería justamente la herencia—, por lo que en su caso inventaría una "trágica" muerte durante la refacción de la destilería.

***

El incienso y el perfume de las flores en la capilla a Ibrahim le resultaban asfixiantes. Se mantuvo en un rincón, casi fundido con las sombras de las columnas de piedra, sintiéndose como un intruso en un santuario. Seamus, en un gesto de nobleza que a Ibrahim le dolió más que un golpe, le había permitido asistir a su boda junto a los Cavendish, pero la distancia entre ellos era un abismo insalvable. Ya no había palmadas en el hombro ni bromas compartidas; solo el silencio gélido de un amigo que ya no lo reconocía como hermano.

Cuando las puertas de la iglesia se abrieron y Katherine Devine avanzó hacia el altar, Ibrahim sintió un vuelco en el estómago. No era envidia por la novia, sino por la verdad que emanaba de la pareja.

Vio a Seamus, el hombre que siempre había sido la voz de la razón, mirar a la novia con una devoción tan desnuda que resultaba casi indecorosa para un aristócrata. No había contratos de por medio, ni beneficios políticos, ni apellidos que salvar. Solo dos personas que se habían elegido en medio de la tormenta.

Ibrahim desvió la mirada, pero no encontró consuelo.

A unos metros, Travis mantenía una mano posesiva sobre la cintura de lady Humphrey, su esposa. El joven, que antes solo vivía para los negocios, ahora parecía haber encontrado su ancla. Se susurraban algo al oído y reían con una complicidad que a Ibrahim le quemaba las entrañas. Luego estaba Lilias, su propia hermana, quien apoyaba la cabeza en el hombro de su esposo con una paz que Ibrahim no recordaba haberle visto nunca.

«Todos ellos se casaron por amor», pensó con amargura. «Incluso Lilias, que sufrió tanto, encontró su refugio».

Él, en cambio, estaba a meses de entregar su vida a una mujer que no amaba, y todo por una ambición que ahora se sentía vacía. El recuerdo de Eugenia, sola en Londres o perdida en algún rincón de Inglaterra por su culpa, lo golpeó con la fuerza de un rayo. Imaginó por un segundo que era él quien estaba frente al altar con ella, recibiendo la bendición de una unión real, y el aire se le escapó de los pulmones.

El "sí, quiero" de Seamus resonó en la capilla como una sentencia de muerte para los pensamientos de Ibrahim. Mientras los invitados estallaban en aplausos y la alegría llenaba el recinto, él solo podía pensar en la red de mentiras que había tejido. La felicidad de sus amigos era el espejo más cruel: le devolvía la imagen de un hombre que había vendido su alma por un título y una fortuna que claramente nunca necesitó.

«Aún estás a tiempo de hacer lo correcto», le dijo una vocecilla, y él tragó con fuerza, mirando de reojo al conde y su hija, quienes parecían estar más en un entierro que en una boda.

Cuando los novios se subieron a su carruaje nupcial, la mayoría de los invitados se dispusieron a seguirlos para ir al banquete que se celebraría en la propiedad de los barones, pero Ibrahim se encontró con un obstáculo de camino a su propio vehículo.

—He visto a su hermana durante la ceremonia —comentó Snowdon, con fingida indiferencia, dejando a su esposa e hija atrás. Ambas damas preferían guardar silencio cuando el conde estaba cerca—. ¿Es muy cercano a los barones de Mountevans? —La garganta se le cerró, pero finalmente decidió hablar.

—El barón de Mountevans es como un hermano para mí, milord.

El conde le regaló una fría sonrisa.

—Él eligió mal —se atrevió a decir, helándole las entrañas—. Esa mujer nunca dejará de ser una paria.

—Es la mujer que mi amigo ama —empuñó las manos, furioso—. Le pediré que hable con más respeto de ella.

—Si quiere emparentar con nosotros, debe empezar a frecuentar personas más… —hizo un gesto con la mano, mientras buscaba la palabra correcta—. Adecuadas —dijo finalmente con regocijo—. Los Humphrey están metidos en muchos escándalos, lady Humphrey huyó con un americano, el duque se robó a la novia del conde de Warrington y en su lugar dejó a su otra hermana, ¿realmente cree que está rodeado de personas decentes?

—Le pediré que seleccione mejor sus palabras, milord —farfulló—. Ellos son mi familia y…

—Si se casa con mi hija, nosotros seremos su familia.

—¿Qué está insinuando? —arrastró sus palabras.

Él le había ordenado que despidiera a Eugenia y así lo hizo, creyendo que eso bastaría para complacerlo, pero todo indicaba que ese hombre quería mandar en su vida.

—Que lo mejor es que regresemos a su casa y no asistamos al banquete, mi esposa e hija no pueden relacionarse con esa gentuza.

Ibrahim contuvo el aliento, contando hasta diez, y finalmente soltó una ronca carcajada, que lo ayudó a liberar toda la tensión acumulada que sentía en el cuerpo.

—Esto es una locura —maldijo por lo bajo, y el conde se horrorizó.

—¿Qué dijo?

—¿Sabe algo, milord? —preguntó sonriente, y el anciano lo observó con recelo—. Creo que lo mejor es que ustedes regresen a mi casa, tomen sus cosas y se marchen cuando lo crean conveniente, pues yo tengo un banquete al cual no pienso faltar porque dentro de poco me casaré con la prima de mi mejor amigo, y me convertiré oficialmente en un miembro de esa familia.

Estaba harto de seguir fingiendo.

No podía continuar con esta farsa, jamás sería feliz junto a los Cavendish, y no permitiría que ese vejestorio entrara a su vida para darle órdenes de con quien debía o no juntarse. Cometió un terrible error al ambicionar algo que nunca fue para él, lo mejor que podía hacer era disculparse con Seamus y su hermana, e ir en busca de la mujer que amaba con cada fibra de su ser.

—¿Cómo dice? —el hombre se puso rojo de la cólera—. ¿Cómo se atreve a rechazarnos de esta manera?

—Seamos sinceros, usted quiere mandar en mi vida y yo no lo permitiré. Hagamos de esto algo menos incómodo —hizo una venia y pasó de largo al noble para plantarse frente a la condesa y su hija —. Ha sido un honor tratar con ustedes, pero me temo que el cortejo no puede continuar.

—¡¿Deja a mi hija por una simple secretaria?! —bramó el conde a su espalda, perdiendo los estribos, e Ibrahim lo observó con tan frialdad que la seguridad del hombre titubeó.

—Dejo a su hija porque tanto ella como yo, merecemos casarnos con las personas que amamos.

Los dejó atrás, cediéndoles su carruaje, y en su lugar alquiló uno para que lo llevara al banquete nupcial. Alborotó su cabellera con desespero, sintiéndose más libre y abatido que nunca, puesto que

cometió un terrible error al creer que cortejar a la hija del conde terminaría en algo bueno. Lo único que hizo fue ocasionar un sinfín de problemas y no tenía la menor idea de por dónde empezaría a buscar a Eugenia.

***

El salón de té estaba bañado por la luz mortecina de la tarde escocesa. Sobre el regazo de las tres mujeres descansaban bastidores y madejas de seda, creando una estampa de domesticidad perfecta que, de no ser por la tensión en el aire, habría parecido idílica. Sin embargo, el silencio no era de paz, sino de introspección.

Eugenia movía la aguja con precisión, pero sus ojos no dejaban de viajar hacia sus acompañantes. Morag, sentada en su sillón de orejas, mantenía la espalda tan rígida como su expresión; su labor apenas avanzaba, pues sus dedos castigados por el tiempo parecían más interesados en apretar la tela que en decorarla. Por otro lado, Flora era el vivo retrato del agotamiento. La joven apenas lograba mantener los ojos abiertos y su cabeza caía pesadamente hacia un lado cada pocos segundos.

Un bostezo sonoro y poco protocolario rompió el silencio. Flora intentó cubrirse la boca con rapidez, pero no llegó a hacerlo a tiempo.

—¿No has dormido bien, Flora? —preguntó Eugenia con suavidad, dejando su labor a un lado—. Tienes unas ojeras que ni el mejor polvo de arroz podría ocultar.

Flora se sonrojó, pero antes de que pudiera inventar una excusa, Morag soltó un bufido desde su rincón.

—¿Cómo va a dormir bien? La muy tonta decidió que mi alcoba era el mejor lugar para pasar las últimas noches —espetó la anciana, aunque había un rastro casi imperceptible de ternura en su voz áspera—. Se empeñó en usar el sofá frente a mi cama. Es un mueble del siglo pasado, duro como el granito. Claro que no ha pegado el ojo en más de tres noches.

Eugenia se quedó inmóvil, observando a su prima política con una nueva luz.

—¿Dormiste en el sofá de Morag? —preguntó, bajando la voz.

Flora jugueteó con su aguja, evitando la mirada de ambas.

—Mi abuela necesita de alguien que cuide de ella —murmuró—. Con la llegada de mi madre y Damon, pensé que sería mejor estar cerca. Por si necesitaba agua, o... o por si se sentía sola.

—Lo que quiere decir —intervino Morag, clavando sus ojos inteligentes en Eugenia— es que teme que sus propios parientes me asfixien con una almohada mientras duermo.

—¡Abuela! —exclamó Flora, escandalizada, pero no lo negó.

Eugenia sintió una calidez repentina en el pecho. Había entrado en esa mansión con la guardia en alto, sospechando de cada miembro de esa familia, pero en ese gesto de Flora descubrió una verdad fundamental: la joven no era una enemiga, ni una aliada silenciosa de su madre. Era una mujer asustada que amaba a Morag lo suficiente como para sacrificar su propio descanso para vigilar sus sueños.

—Es un gesto muy lindo de tu parte, Flora —dijo Eugenia, extendiendo la mano para rozar el brazo de la joven—. Eres muy valiente y a partir de hoy nos turnaremos si es necesario. Te aseguro que Morag no quedará desprotegida.

Flora levantó la mirada y, por primera vez, hubo una chispa de gratitud genuina y entendimiento entre las dos mujeres. Morag volvió a su bordado, ocultando una pequeña sonrisa.

—Más les vale —rezongó la anciana—. Pero no tienen que preocuparse por mí, soy una mujer saludable capaz de defenderse sola. —Acarició su bordado—. ¿Pueden ir por mi madre? Le mostraré mi labor.

En ese momento la pelirroja la miró con temor, por esa razón no quería dejarla sola, porque en el instante menos preciso Morag volvía a perderse en sus propios pensamientos.

Eugenia asintió, tratando de brindarle algo de consuelo en silencio, y abandonó su lugar con la intención de pedir que les prepararan un par de bocadillos. No obstante, todo su cuerpo se tambaleó al sentir como la visión se le nublaba y de un momento a otro sus piernas no le respondían.

—¡Eugenia! —Flora la sujetó de los brazos con fuerza, ayudándola a regresar a su lugar—. ¿Te sientes bien? Estás muy pálida, ¿deberíamos llamar al doctor?

—¿Qué? No —balbuceó, nerviosa, y frotó sus sienes con inquietud —. He estado trabajando arduamente en los planos, quizá sólo me falta dormir un poco más.

Flora hizo una mueca, pero finalmente aceptó su respuesta.

—Está bien, iré a pedir que nos preparen un par de aperitivos.

—Sí, tengo mucha hambre —admitió, abrumada, y la pelirroja se rio.

—Pero si comimos como hace dos horas.

Ese comentario hizo que Eugenia tragara con fuerza y mirara su vientre de reojo. Era la primera vez que su cuerpo atravesaba algo

así, pero considerando que llevaba seis días de retraso y estaba presentando síntomas que no conocía, no estaría de más contemplar la opción de que quizá, sólo quizá, estaba a punto de estropear todos los proyectos del hombre que amaba.

Se frotó las sienes, inquieta, y negó rápidamente con la cabeza.

¿Con qué cara le hablaría sobre sus sospechas cuando hace apenas unos días, él dejó claro que por el momento tener hijos no era su prioridad?

Capítulo 33

El salón de baile de los nuevos barones de Mountevans vibraba con la música y la alegría jovial de los invitados, pero para Ibrahim el aire era asfixiante. Se sentía tan inquieto y nervioso que quería gritar, ¿por qué Eugenia no estaba por ninguna parte?

¡Se suponía que era la boda de su primo!

Pasó saliva con esfuerzo, no muy seguro de qué le diría.

Su último encuentro fue… la piel se le erizó de sólo recordar como intentó seducirla —a la fuerza—, y sus pasos se ralentizaron. Lo más probable era que ella aún estuviera molesta y lo menos que quisiera fuera hablar con él.

¿Qué tanto tendría que hacer para conseguir su perdón?

Él, por ella, se arrastraría por cualquier prado y le suplicaría de rodillas por horas de ser necesario.

Intentó hablar con Seamus, pero él se veía tan feliz con su esposa, conversando con sus amigos, que prefirió mantener su distancia para no arruinar su día. Aún no era el momento de abordarlo para pedirle perdón por algo que jamás podría olvidarse, sin embargo… barrió el salón con la mirada.

Su hermana también merecía una disculpa.

La localizó en un balcón lateral, observando el atardecer. Estaba totalmente sola por lo que aprovechó para acercarse y tener una conversación a solas con ella.

—Lilias... —su voz sonó como una súplica y ella se giró con lentitud.

La calidez y felicidad que había mostrado durante la ceremonia desapareció al verlo.

—¿Por qué viniste, Ibrahim? —inquirió con dureza—. ¿Tu "nueva familia" te ha dado permiso para convivir con los escandalosos amigos de los barones?

Su hermana apenas y había tratado con el conde de Snowdon, pero fue muy hábil a la hora de descifrarlo.

—No habrá ninguna boda —soltó él, y el silencio que siguió fue sepulcral—. Tenías razón, cometí un terrible error al aspirar a un matrimonio por conveniencia. He mandado al diablo al conde y cancelé mi compromiso con su hija. No puedo seguir con esta farsa. Yo… amo a Eugenia y es la única mujer con quien quiero casarme.

Lilias apretó su abanico, estudiando la palidez de su hermano sin remordimiento alguno.

—La echaste de tu casa como si fuera una extraña, Ibrahim. La dejaste sin empleo, sin hogar y con el corazón roto solo para complacer a un viejo decrépito, y ni siquiera nos informaste de tus intenciones para que podamos cuidar de ella. ¿Ahora esperas que te aplauda por tu arranque de conciencia tardío?

—¡Cometí un error! —exclamó, bajando la voz al notar la mirada de algunos invitados sobre ellos—. Creí que el sacrificio valdría la pena por nuestro futuro, pero me equivoqué. Sé que fuiste a buscarla, dime que sabes algo, por favor —rogó, angustiado.

Lilias suspiró, ocultando su propia inquietud tras una máscara de frialdad.

No estaba lista para decirle que vio a Eugenia con otro hombre, uno que según su amiga amaba con todo su corazón, ni mucho menos para informarle que ambos se fueron juntos con una gran

fortuna en manos. Se suponía que Ibrahim se casaría con lady Cavendish —que su elección ya estaba hecha—, nunca se imaginó que terminaría cambiando de parecer.

—No sé nada, Ibrahim. Y si lo supiera, ¿por qué habría de decírtelo, para que vuelvas a usarla y a desecharla según sople el viento de tu ambición?

Lo mejor para su hermano era olvidarse de Eugenia, algo le decía que la rubia no volvería a su lado y ya era demasiado tarde para ir en su búsqueda.

—Porque la amo —susurró él, generándole una horrible presión en el pecho.

—Tienes que olvidarla —suplicó, dejando su enojo de lado. No quería que su hermano terminara con el corazón roto, ¡su amiga se fue con otro hombre!

—No lo haré, pienso buscarla y le pediré que se convierta en mi esposa.

Lilias negó rápidamente con la cabeza y dijo lo primero que se le vino a la mente.

—Ella se fue, Ibrahim, Seamus y yo la buscamos por todo Londres, pero no está por ninguna parte.

—¿Qué? —la voz le tembló, y ella asintió.

—Creo que se fue lejos para empezar una nueva vida, ¿no deberíamos respetar su decisión?

—No, eso no puede ser —empezó a respirar con dificultad—. Iré a buscarla, recorreré toda Inglaterra de ser necesario. —Eugenia no podía abandonarlo, no cuando él se enamoró de ella desde el primer día que la conoció, cuando sólo eran dos jovenzuelos de quince y dieciocho años—. No voy a descansar hasta encontrarla.

—Llegas tarde para jugar al héroe, Ibrahim —la voz de Seamus hizo que la piel se le erizara y observó en silencio como el rubio se plantaba junto a Lilias.

—Seamus... —intentó decir Ibrahim, pero él lo detuvo con una mirada gélida.

—He pasado mi tarde de bodas preguntándome en dónde estará durmiendo mi prima por tu culpa —sentenció el barón, furioso—. No quiero tus disculpas. Si has venido a interrumpir nuestra paz para que te digamos dónde se encuentra, pierdes el tiempo. Ella no nos ha escrito. Se ha ido, Ibrahim, y tiene todo el derecho de no querer ser encontrada por un hombre que la traicionó por un título.

—¡Quiero hacer lo correcto! —rugió, desesperado—. Contrataré investigadores, recorreré el país entero si es necesario. Prometo que la encontraré y le pediré perdón de rodillas.

Seamus dio un paso al frente, obligándolo a guardar la compostura.

—Si la encuentras, reza para que ella quiera verte. —La sentencia le heló las venas—. Porque para Eugenia, tú ya no eres alguien admirable. Sólo eres el jefe que la despidió cuando dejó de serle útil.

Ibrahim retrocedió, dándose la vuelta para abandonar el banquete. Estaba claro que no era bienvenido en ese lugar y lo mejor que podía hacer era no alterar la paz de su mejor amigo y su nueva esposa.

La música de la fiesta le sonaba a burla, mientras todos celebraban la nueva unión, él comenzaba una búsqueda desesperada hacia la nada, cargando con el peso de una promesa que quizá nunca podría cumplir.

¿Qué seguridad tenía de que Eugenia aceptaría convertirse en su esposa después de todo lo que le hizo vivir?

***

Quince días más tarde, Killian no sabía muy bien cómo tomar el entusiasmo y el sobresfuerzo que Eugenia estaba empleando para supervisar todos los avances en la destilería. Estaba claro que la situación la tenía disgustada, puesto que muchos de sus planes se habían retrasado debido a la falta de material y las fechas de entrega. No obstante, se suponía que eso era algo normal durante las remodelaciones, por lo que no lograba entender el motivo de su inquietud.

—Revisar los planos una y otra vez no hará que los obreros terminen todo más antes, mi amor. —Se acercó a la mesa que ella habilitó en su alcoba, levemente preocupado—. ¿Por qué no descansamos? Ya es tarde y...

—Ya estamos a mediados de octubre y no avanzamos nada —soltó ella con impotencia, y Killian se hincó en un pie al oír como la voz femenina se quebraba.

—¿Te encuentras bien?

¿De verdad lloraría por los retrasos? Nunca se imaginó que ella podría mostrarse tan sensible respecto al tema.

—No, estoy molesta —apartó la lágrima rebelde que se deslizó por su mejilla con impotencia—. A este paso no terminaremos ni en marzo. —No le gustó ver cómo el cuerpo femenino tiritaba e inmediatamente la tomó en brazos para recostarla en la cama.

—Necesitas dormir, no tienes que sentirte presionada. —Acarició su pálida mejilla, preguntándose si lo mejor sería pedirle que se

quedara en casa mientras él supervisaba los avances en la destilería —. Tenemos tiempo de sobra —trató de consolarla, pero en lugar de recibir una respuesta, ella le dio la espalda.

Killian parpadeó varias veces, confundido. Tal vez lo mejor que podía hacer era brindarle su espacio para que pudiera dormir bien, ya mañana hablaría con los obreros y duplicaría al personal para avanzar más rápido en la obra.

No le gustaba verla así y sentía que algo no andaba bien, ella no solía ser tan emocional cuando se trataba de trabajo.

—¿No te recostarás? —su tierna pregunta lo arrancó de su letargo y rodeó la cama para acomodarse junto a ella—. Lo siento, últimamente estoy muy sensible.

—Descuida, mi amor. —La abrazó con fuerza—. Duplicaré al personal, me encargaré de que la destilería esté lista lo antes posible.

Ella no le dio una respuesta y en su lugar cerró las manos en dos firmes puños contra su pecho, prendiendo nuevamente sus alarmas. Podría ser… ¿qué ella le estuviera escondiendo algo?

***

A la mañana siguiente, lejos de la calidez de la casa principal, donde el viento soplaba con una hostilidad que calaba los huesos, Damon y Angelique caminaban por los linderos de la propiedad. La neblina les servía de cortina, pero incluso allí, Damon no dejaba de mirar por encima del hombro.

—Killian no nos quita los ojos de encima —masculló, con la mandíbula tensa—. Sé que nos mandó a vigilar, sabe que estamos aquí por algo más que una visita familiar.

Angelique, envuelta en una costosa capa de piel que parecía fuera de lugar en aquel terreno salvaje, asintió con irritación.

—Esa chiquilla inglesa también es un estorbo. Y Flora... nunca pensé que mi propia hija se volvería en mi contra. No dejan sola a mi madre ni por un segundo, incluso se la llevan a la destilería para alejarla de nosotros.

Damon se detuvo en seco y extrajo un pequeño frasco de vidrio de entre los pliegues de su casaca. Era un objeto insignificante, pero la luz grisácea de la tarde lo hizo brillar con una advertencia siniestra. Se lo tendió a su madre con dedos temblorosos por la ansiedad.

—Debes poner esto en su taza de té —sentenció en un susurro—. Solo unas gotas. No podemos esperar a que el invierno avance y ella decida llamar al abogado para cambiar ese maldito testamento.

Angelique observó el tarrito con horror contenido.

—Te estoy diciendo que no la dejan sola, Damon. Eugenia es como una sombra y Flora está obsesionada con dormir en su alcoba. Darle esto será imposible.

—No es imposible, es cuestión de encontrar la oportunidad perfecta —la cortó él, agarrándola del brazo con una urgencia violenta—. Morag está vieja. Aprovecha un momento en que parezca confundida o que sufra uno de esos desvaríos, y llévala a su cuarto con la excusa de que necesita descansar y prepárale el té tú misma, madre. Solo necesitas unos minutos de distracción para completar la tarea.

Angelique tragó saliva, mirando hacia la imponente mansión que se alzaba a lo lejos.

—Tiene que ser rápido —continuó Damon, presionando el frasco contra la palma de su madre—. Si Morag se queda dormida y no vuelve a despertar, será el curso natural de su enfermedad. Nadie sospechará de un corazón cansado.

Aunque le habría encantado inculpar a su primo.

—¿Y si Killian lo nota? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Para cuando Killian se dé cuenta, nosotros ya habremos sellado nuestro futuro y heredado todo —farfulló—. ¿Sabes? Creo que ya tengo la excusa perfecta para poner este plan en marcha —sonrió con malicia.

—¿Cuál? —quiso saber, y Damon miró sus futuras tierras con orgullo.

—Tal vez es hora de convertir la herencia de mi primo en cenizas.

Killian nunca tendría más que él, Damon prefería morir antes que ver algo así.

Angelique cerró el puño sobre el veneno, ocultándolo en su manga. El aire se sentía más frío que nunca, y mientras regresaban a la casa, no podía dejar de cuestionarse qué tanto estaba ideando su hijo.

***

Después de meditarlo con más calma y paciencia de la que realmente tenía, Eugenia determinó que era momento de enviarle una carta a su primo. Al final, no sólo no asistió a su boda, sino que mantuvo un silencio descortés e inhumado. Los nervios la traicionaron, en ese momento le asustaba la posible reacción de Seamus a la noticia de su boda con Killian. Sin embargo, ahora pensaba de manera diferente y todo porque no sólo era una mujer

adulta que estaba casada con el hombre que amaba, sino que dentro de ella había una vida que ansiaba recibir en brazos.

La visión se le cristalizó, pero parpadeó varias veces para impedir que las lágrimas bajaran por sus mejillas.

Una parte de ella quería la bendición de su primo y por esa razón le envió un telegrama esa mañana —sólo era cuestión de horas para que él supiera dónde se encontraba y con quién—, porque ya sea para bien o para mal, necesitaba saber qué tipo de relación tendría con su único familiar de ahora en adelante.

«Tal vez me odie por elegir a Killian» pensó con preocupación. «O tal vez respete mi decisión y sea un grandioso tío para mi bebé».

Inhaló profundamente, sea como sea, ese día decidió vivir sin mentiras y por esa razón hablaría esa noche con Killian. Giró sobre su eje, buscando a su esposo con la mirada, y lo vio a lo lejos conversando con el capataz, el hombre que manejaba a todos los obreros con bastante facilidad.

Morag estaba junto a él, escuchando todo lo que los hombres decían, y ella esbozó una pequeña sonrisa en el rostro al ver a su abuela tan llena de vida y entusiasmo. Estaba segura que la noticia de su embarazo la haría muy feliz, pero… Su sonrisa tembló y observó a su esposo con un deje de angustia.

¿Por qué le inquietaba tanto su posible reacción?

Killian la amaba y era un gran hombre, su deber era confiar ciegamente en él y el amor que sentía por ella. No obstante, era inevitable no imaginar lo decepcionante que sería para ella si la noticia de su embarazo no lograba entusiasmarlo.

Torció los labios con disgusto y observó la destilería desde el exterior. Aún faltaba mucho por hacer, pero si lograban terminarla

antes de navidad, su embarazo ya no representaría un problema, ni mucho menos un retraso, y podrían empezar a trabajar en The Manor House, el hogar donde ansiaba recibir a su primer hijo.

Asintió con determinación, escondería su embarazo tanto como fuera posible.

Caminó con paso resuelto hacia el interior de la construcción. El aire de la destilería, cargado de polvo y serrín, se sentía como arena en los pulmones. Como temía, sólo necesitó barrer el lugar con la mirada para encontrar el primer error.

—¡Ese ángulo está mal! —gritó, su voz sonando más aguda de lo que pretendía—. ¡Si no aseguran la base ahora, el enfriamiento fallará en invierno!

El obrero la miró con desconcierto, pero ella ya no le estaba prestando atención. El calor de los alambiques parecía haber subido diez grados de golpe. Vio a dos hombres dudar ante una caja de herrajes que bloqueaba el paso y una furia irracional la invadió.

¿Por qué eran tan lentos?

—Quítense —masculló, apartándolos—. Yo me haré cargo. —Se inclinó, ignorando el pinchazo de advertencia en su vientre bajo.

«Puedo con esto. Tengo que poder con esto» se repitió con seguridad. Tiró de la madera con toda su fuerza, intentando arrastrar sus miedos junto con la caja.

Pero el esfuerzo fue el detonante.

—¡Ah! —se quejó, odiando que sus rodillas terminaran en el suelo y un dolor punzante se instalara en su vientre.

De repente, el rostro de Killian, que corría hacia ella con los ojos llenos de alarma, se convirtió en un borrón de colores cálidos. El estruendo de la obra se transformó en un zumbido acuático, como si

estuviera sumergida en el fondo del mar. Lo último que sintió fueron los brazos de Killian rodeándola, y un pensamiento fugaz y aterrador antes de que la negrura la reclamara:

«Pronto lo sabrá. En cuanto el doctor me atienda... él lo sabrá todo».

Capítulo 34

El sonido de las botas de Killian contra la madera de la alcoba era lo único que rompía el silencio sepulcral, un ritmo errático que competía con el latido desbocado de su corazón. Iba de la ventana a la cama, y de la cama a la puerta, como un animal enjaulado.

En la cama, Eugenia permanecía pálida, con la respiración superficial, rodeada por el aroma a alcanfor y el frío que parecía haberse filtrado en sus huesos. Morag estaba sentada a su lado, sosteniendo la mano de la joven con una serenidad que a Killian le resultaba insultante.

—¡Por el amor de Dios, doctor! —estalló, deteniéndose en seco—. Ha estado así casi una hora. Se desmayó por el esfuerzo, ¡la vi caer! Últimamente... —se pasó una mano temblorosa por el rostro—, últimamente ha estado tan nerviosa y ansiosa por la obra. Gritaba y se enojaba por cualquier cosa, cualquier mínimo error la sacaba de quicio.

El doctor terminó de acomodar sus instrumentos y se tomó un momento para ajustar sus anteojos. Se giró hacia Killian con una calma exasperante y, para sorpresa del pelinegro, esbozó una sonrisa pequeña y cálida.

—Cálmese, señor Cumming —pidió, poniéndole una mano en el hombro—. No se trata de ninguna enfermedad grave, ni de un colapso por el trabajo, aunque ciertamente el esfuerzo físico no ayudó.

—¿Entonces? —inquirió con voz temblorosa.

—Su esposa necesita reposo absoluto y muchos cuidados, pero no por debilidad. La ansiedad y esos cambios de humor que menciona son perfectamente naturales en su estado —el doctor hizo una pausa—. Sólo me queda felicitarlo. Su esposa está embarazada, y lo más probable es que su inquietud se deba a los cambios propios de la gestación.

El mundo pareció detenerse. Killian sintió que el suelo se inclinaba bajo sus pies; sus piernas, siempre firmes en el terreno más escabroso de las Tierras Altas, flaquearon hasta que tuvo que apoyarse en el poste de la cama.

¿Embarazada? ¿Eugenia estaba embarazada?

Su corazón empezó a bombear sin control alguno y quiso sonreír, alegrarse por la maravillosa noticia, pero entonces un pensamiento lo obligó a mantenerse serio y llenó su pecho de preocupación.

¿Ella lo sabía? De ser así, ¿por qué no se lo dijo?

«Lo siento, Morag, pero Eugenia y yo tenemos prioridades. The Manor House y los niños serán para más adelante» las palabras que se atrevió a decir hace más de dos semanas retumbaron en su cabeza y cerró los ojos con fuerza.

¿Cómo pudo ser tan imbécil?

¡Nunca consideró los planes ni los deseos de Eugenia!

—¡Un niño! —exclamó Morag, con los ojos brillando de una alegría ancestral, llevándose las manos al pecho—. ¡Mi nieto tendrá a su primer hijo!

Pero Killian no podía celebrar. Sus ojos se fijaron en el rostro dormido de Eugenia y, en lugar de felicidad, una oleada de náuseas y autorreproche lo golpeó con la fuerza de un vendaval.

Recordó las discusiones sobre los plazos de entrega, su insistencia en que la destilería debía funcionar antes del invierno, su obsesión con los libros de contabilidad. Eugenia se lo había ocultado. Lo había guardado dentro de sí, tiritando de miedo en la oscuridad de su alcoba mientras él le hablaba de duplicar el personal y acelerar la obra.

«Ella tenía miedo de mi reacción» pensó, y la verdad le dolió más que cualquier herida física.

Se sintió como un monstruo y se dio cuenta de que, en su ambición por recuperar la gloria de la destilería, se había olvidado de construir un hogar decente para la mujer que amaba. Había reformado almacenes, instalado tuberías de enfriamiento y pulido alambiques, pero no había movido un solo dedo ni gastado un solo penique para refaccionar absolutamente nada en The Manor House, el lugar donde su esposa e hijos vivirían más adelante.

Había priorizado el oro líquido de la destilería sobre lo que realmente importaba: su familia.

La piel se le erizó y empezó a temblar sin control alguno.

¿Y si en el fondo era igual que sus padres?

—¿Killian? —la voz de Morag lo devolvió a la realidad, pero él no podía dejar de mirar las manos de Eugenia—. ¿No vas a decir nada?

Se arrodilló junto al lecho, enterrando el rostro en las sábanas, cerca de la mano de su esposa.

—Soy un tonto —susurró, con la voz rota por la culpa—. He estado construyendo un imperio vacío, mientras ella intentaba proteger a nuestra familia. —La voz se le quebró y agradeció en silencio que su abuela despachara al doctor, no tenía cabeza para pensar en nada más que no fuera el estado de su esposa e hijo.

Se suponía que su deber era cuidarlos, pero todo este tiempo dejó que ella trabajara y se preocupara más de lo debido.

—Trata de calmarte, muchacho —musitó su abuela a su espalda, captando su atención.

—Lo mantuvo en secreto por mi culpa —la buscó con la mirada y su abuela asintió.

—Dejaste claro que la destilería es más importante y tal vez le asustó la idea de tener un hijo en un momento así.

Juntó los ojos con frustración.

—Fui un idiota, provoqué que mi propia esposa me creyera alguien ruin y…

—Esos son los síntomas del embarazo. —Su abuela regresó a su lugar, y él la miró con el ceño fruncido—. Las dudas, los miedos y las emociones se sienten de una manera diferente. Te aseguro que Eugenia sabe que eres un gran hombre y la quieres mucho, simplemente le preocupó la idea de estropear los proyectos que tienen juntos.

—El único proyecto que realmente me importa es hacerla feliz —acarició su rostro, y finalmente posó una mano sobre su vientre—. Seré padre —sonrió con emoción contenida—. Yo… nunca pensé que algo así podría sucederme.

Toda la vida le dijeron que pagaría el karma de sus padres, pero desde que Eugenia llegó a su vida, no hizo más recibir recompensa tras recompensa: encontró el amor en una mujer buena, hermosa e inteligente, y ahora ella le daría una familia.

Morag iba a decir algo, pero Eugenia soltó un suave gemido adolorido, por lo que abandonó su lugar con sumo cuidado y le guiñó un ojo. Les daría un momento a solas, algo que agradecía de

sobremanera porque sentía que tenía que aclarar muchas cosas con ella.

***

Eugenia parpadeó con lentitud y lo primero que registró fue el techo de vigas oscuras y, de inmediato, el peso del pánico en su pecho. Recordó el estruendo de la destilería, el dolor punzante y el cómo su cuerpo se desvaneció de un momento a otro. Sus manos buscaron instintivamente su vientre, pero se detuvieron a mitad de camino cuando sintió otra mano, cálida y áspera, entrelazándose con la suya.

—No te muevas —susurró una voz rota y profunda.

Ella giró la cabeza con esfuerzo. Killian estaba de rodillas junto a la cama. Tenía el cabello revuelto y sus ojos color cielo la miraban con súplica y un destello lleno de angustia y temor.

—Killian... yo... —Eugenia intentó incorporarse, pero su cuerpo no le permitió hacer un gran esfuerzo—. Lo de la caja, fue un error, yo solo quería que los obreros...

—Shhh. —Él le soltó la mano para acunar su rostro con una delicadeza que la dejó sin aliento—. El doctor ya se fue, mi amor.

—¿Qué? ¿Por qué llamaste al doctor? —la voz le tembló—. Sólo fue un desmayo, yo…

—Lo sé todo.

Eugenia cerró los labios en una fina línea y el aire pareció abandonar la habitación. Esperó el reproche, esperó que él le reclamara por haber puesto en riesgo su vida —o la del bebé— por una construcción de ladrillos y alambiques. Esperó que se enfureciera por el secreto, por lo mucho que este nuevo

descubrimiento cambiaría sus planes, pero lo que vio en los ojos de Killian no fue ira, sino una adoración tan pura que le quemó la garganta.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó él, y antes de que ella pudiera articular una mentira piadosa, él continuó—: No respondas. Sé por qué. —No le gustó la amargura que se impregnó en su voz—. He sido un bruto, un hombre cegado por la ambición de demostrar que podía ser mejor. Te hice sentir que este hijo era un estorbo para mis planes, cuando él... cuando ustedes son mi único plan real.

Una lágrima solitaria escapó de los ojos de Eugenia y se perdió entre los dedos de su esposo.

—Tenía miedo —confesó ella en un susurro apenas audible—. No quería decepcionarte. Sé cuánto significa la destilería para ti, cuánto te esfuerzas para que no nos falte nada... Pensé que, si lo ocultaba un poco más, podríamos terminar la obra y entonces...

—Nada de eso importa —la interrumpió él, inclinándose para besar su frente—. Si tengo que ver cómo la destilería se cubre de hiedra y se cae a pedazos para que tú y este niño estén a salvo, que así sea. No voy a permitir que vuelvas a cargar con un peso así sola.

Killian se subió con cuidado a la cama y se recostó a su lado, envolviéndola en un abrazo protector, evitando presionar su vientre, pero manteniéndola lo suficientemente cerca como para que ella sintiera el latido desbocado de su corazón.

—Perdóname, Killian —soltó con preocupación—. Nunca quise que te sintieras así, yo… sólo quería lo mejor para nosotros.

—El doctor dijo que debes hacer reposo —dijo de pronto, tomándola por sorpresa—. Por favor, quédate con Morag en casa a partir de ahora.

—¿Qué? —lo miró con preocupación—. Pero los avances…

—Yo me encargaré de todo, ¿sí? —acunó su mejilla y ella no tuvo más remedio que dejarse cuidar.

—Está bien.

—Te prometo que a partir de ahora no habrá razón alguna para que te preocupes por nuestro futuro y el de nuestro hijo.

Eugenia sonrió con felicidad genuina cuando él acarició su vientre, y enterró el rostro en su pecho.

—Serás un gran padre, Killian Cumming —murmuró.

—Y tú la madre más valiente de toda Escocia —respondió él, besando su hombro—. Ahora duerme. Yo me quedaré aquí, vigilando tus sueños. No me iré a ninguna parte.

Creyó en sus palabras y su cuerpo cayó en un sueño profundo, incapaz de imaginarse de que, a partir de ahora, su esposo no tenía pensando mover un solo dedo en la destilería, sino en el hogar que ansiaba levantar para ella y su hijo.

***

El último aliento del día se extinguía tras los ventanales de la biblioteca en Sussex, tiñendo la estancia de un azul violáceo y profundo. Seamus no prestaba atención a cómo las sombras se alargaban sobre las estanterías de roble, devorando la poca luz que quedaba; sus ojos estaban fijos en el papel que sostenía entre los dedos. Era un formulario oficial de la compañía de telégrafos, y bajo la luz vacilante de las primeras lámparas de aceite, la caligrafía apresurada del empleado local parecía quemarle la piel.

La nota, escrita con una tinta que aún conservaba un brillo húmedo en la penumbra, decía simplemente:

"Estoy casada con Killian Cumming. No debes preocuparte por mí, soy feliz en Escocia. Perdona mi silencio de estas semanas, entendería si después de esto no quieres saber más de mí. Sin embargo, estoy muy feliz por ti y Kathe. — Eugenia".

Seamus dejó caer el papel sobre el escritorio de caoba como si fuera una criatura venenosa.

—¿Killian Cumming? —masculló, y el nombre le supo amargo—. De todos los hombres en los que pudo fijarse... tuvo que ser en otro Cumming.

Seamus conocía bien la historia. Los padres de aquel hombre habían sido señalados por matar a los padres de Ibrahim y Lilias; se decía que su ambición no conocía límites y que su moral era tan volátil como el alcohol que destilaban. ¿Cómo podía Eugenia, su dulce y sensata prima, haber caído en las redes de un hombre cuyo linaje carecía de principios?

Una inquietud gélida comenzó a treparle por la columna vertebral. Recordó la desesperación de Ibrahim en el baile, su arrepentimiento tardío y su búsqueda frenética. Pero ahora, esto cambiaba todo de una forma alarmante.

Primero, porque Ibrahim odiaba a Killian, y segundo porque él no confiaba del todo en ese telegrama.

«¿Y si es una trampa?» pensó, cerrando el puño. «¿Y si ese hombre la ha coaccionado aprovechando su vulnerabilidad? ¿Y si esta nota es solo una fachada para que dejemos de buscarla y él pueda quedarse con ella y su dinero?».

No podía quedarse de brazos cruzados. No después de haberle fallado permitiendo que Ibrahim hiciese lo que se le viniera en gana con ella. Si Eugenia estaba en peligro, o peor aún, si estaba siendo

engañada por el descendiente de gente ruin, él era el único que podía rescatarla.

Seamus tomó una pluma y, con trazos violentos, redactó su propia nota para ser transmitida de vuelta por el cable. Era un mensaje dirigido a la única persona que compartía su preocupación por Eugenia:

"Lilias. He recibido noticias de Eugenia. Dice estar casada con Killian en Escocia y afirma ser feliz, pero no puedo confiar en ello. Partiré mañana a primera hora hacia el norte para confirmar que se encuentra bien. Te ruego que no le digas nada a Ibrahim todavía; su impulsividad solo empeorará las cosas. Te mantendré informada de lo que encuentre. — Seamus".

Entregó el papel al criado con una urgencia que no admitía réplicas.

—Lleva esto a la oficina central. Ahora mismo. Que salga en el primer envío.

Mientras el criado salía, Seamus se acercó al ventanal, mirando hacia el norte. Sabía que era tarde para partir a Escocia, pero mañana a primera hora emprendería ese viaje y por el bien del escocés, esperaba que su prima se encontrara en perfecto estado.

Capítulo 35

El crepúsculo se cernía sobre las colinas de Hertfordshire, envolviendo la residencia del marqués de Teingham en un manto de sombras azuladas que acentuaban su aire de joya arquitectónica fría y distante. Sus jardines, antes perfectos bajo el día, se desdibujaban ahora en la penumbra, y las imponentes columnas de mármol de la fachada ya no destellaban, sino que se alzaban como centinelas pálidos ante la llegada del carruaje de Ibrahim.

Cada salón por el que cruzaba estaba decorado con una opulencia que, a la luz vacilante de los candelabros recién encendidos, resultaba casi asfixiante. Sin embargo, para Ibrahim, lo único que importaba era llegar al salón donde su amigo, Isaac Kilbrenner, lo recibiría. Al entrar, el resplandor ámbar de la chimenea proyectaba sombras alargadas sobre las paredes, dándole al encuentro un aire de confesionario clandestino.

Isaac estaba sentado frente al ventanal, pero no miraba el paisaje que se perdía en la oscuridad. Su rostro, antes arrogante y afilado, estaba demacrado; las ojeras profundas daban testimonio de noches enteras en vela, algo que tomó a Ibrahim por sorpresa mientras el fuego chisporroteaba entre ambos.

—¿Todo en orden? —inquirió con cautela—. ¿Cómo está lady Kilbrenner?

La última vez que hablaron, él estaba muy preocupado por la salud de su esposa.

—Harriet despertó justo antes de que dejáramos la ciudad —dijo Isaac sin girarse, con una voz carente de toda emoción, y esa noticia

le generó un gran alivio—. Pero a veces desearía que el sueño la hubiera protegido un poco más de mí.

Ibrahim se detuvo a mitad de la habitación, Isaac se veía tan mal como él se sentía.

—¿No está bien? Creí que lo que más importaba era que volviera en sí. —Se plantó junto a él, entendiendo que no era el único que necesitaba de un amigo.

—Físicamente está mejor, pero su mente nos ha jugado una broma cruel. Abrió los ojos y me miró como si fuera un extraño —Isaac finalmente giró el rostro, y la desesperación en sus ojos hizo que Ibrahim retrocediera un paso—. No recuerda cómo me conoció, nuestra boda, ni los años de matrimonio, ni... ni el daño que nos hicimos —la voz masculina tembló—. Desconfía de mí. No puedo entrar en su alcoba sin que el pánico asome en su mirada. Siento que la he perdido para siempre, Ibrahim. Estoy viviendo con el fantasma de la mujer que me enamoró, y ella no tiene ninguna razón para volver a enamorarse de un hombre que no reconoce y le hizo tanto daño.

Ibrahim se dejó caer en un sillón de cuero, hundiendo el rostro en sus manos. El silencio que siguió fue denso, cargado de una culpa compartida.

—Al menos tú puedes verla —susurró Ibrahim con la voz quebrada—. Yo ni siquiera sé si Eugenia querrá volver a escuchar mi nombre. He sido un cobarde, Isaac. Un absoluto idiota.

Isaac lo observó con detenimiento, notando que Ibrahim estaba más pálido que de costumbre y que su elegancia habitual se había desmoronado.

—¿Qué ha pasado? Creía que estarías celebrando tu avance con la hija del conde de Snowdon.

—Elegir a lady Beatrice cavó mi propia tumba —admitió, sintiendo que las palabras le quemaban la garganta—. He lastimado a la mujer que amo de formas que no tienen perdón. Traicioné la confianza de Seamus y ahora incluso Lilias me desprecia. He perdido mi honor por ambición y ahora no tengo la menor idea de cómo haré para encontrarla. —Se frotó el rostro, nervioso.

Isaac se levantó con esfuerzo y caminó hacia la licorera. Sirvió dos vasos de whisky y le tendió uno a su amigo.

—Entonces detén esta locura antes de que el daño sea permanente —sentenció con una dureza nacida del arrepentimiento —. Elige a la mujer que amas, Ibrahim. El mundo te dirá que el deber es lo primero, pero el deber no te tomará la mano cuando seas viejo, ni te dará consuelo en la oscuridad. La señorita Armitage es tu compañera de vida. No cometas mi error; no esperes a que la tragedia te la arrebate para darte cuenta de lo que vale. Si ella sigue ahí fuera, ve por ella. Lo peor que puedes hacer es dejarla ir, porque el olvido de Harriet me ha enseñado que una vez que pierdes el derecho a ser amado, recuperarlo es una labor de titanes.

Ibrahim bebió el alcohol de un trago, sintiendo el ardor en el pecho.

—Ya lo hice. Cancelé el compromiso con la hija del conde el día de la boda de Seamus.

Isaac le sonrió.

—¿Cómo te fue?

—Es un conde. Se marchó sin decir mucho, su orgullo lo es todo para él.

—¿Y qué sigue ahora?

—El problema es la vergüenza. No me atrevo a mirar a Seamus ni a buscar a mi hermana. Llevo días buscando a Eugenia, sé que cuando la encuentre le rogaré de rodillas para que me deje enmendar mis errores.

Isaac suspiró, dejando su vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—La vi hace más de un mes, justo antes de mudarnos aquí a Hertfordshire. Vino a la casa para despedirse de Harriet.

Ibrahim se puso tenso, dejando el vaso a un lado.

—¿Se despidió? ¿A dónde se dirigía?

—No lo sé con certeza —admitió Isaac, frotándose las sienes—. Mi mente estaba tan nublada por el estado de mi esposa que no presté atención a los detalles. Pero recuerdo que se veía diferente... más firme, como si hubiera tomado una decisión definitiva. Se despidió de Harriet como si se fuera para siempre.

—¿Iba sola? —la urgencia en la voz de Ibrahim era casi dolorosa.

—No. —Lo observó con fijeza—. Iba con un hombre —se tensó—, con tu primo.

Ibrahim se puso de pie de un salto, y la silla retrocedió con un chirrido violento. El aire pareció escaparse de la habitación. Sus ojos se abrieron con un pánico genuino que desconcertó a Isaac.

—¿Killian? —su voz salió como un rugido sofocado—. ¿Dices que se fue con Killian Cumming hacia el norte?

—No estoy seguro, él la escoltó hasta mi casa y luego se fueron juntos. —Se frotó el mentón, pensativo—. ¿Es algo malo? Nunca me dijiste cuál es tu problema con ese escocés y dudo que sea peligroso si desde un principio la dejaste a cargo de él.

—No lo entiendes... —Ibrahim comenzó a caminar de un lado a otro, apretando los puños hasta que los nudillos se tornaron blancos —. Killian es un hombre peligroso. Si Eugenia está con él, está a merced de alguien que no tiene nada que perder y mucho que vengar. ¡Maldita sea!

Lo más probable era que Killian la tuviera cautiva para chantajearlo. Se dirigió a la puerta con una determinación frenética, el miedo por la seguridad de Eugenia había arrasado con la vergüenza.

—Debo ir a Escocia —sentenció, girándose un segundo hacia Isaac—. Si Killian Cumming ha puesto sus manos sobre ella, te juro que lo mataré con mis propias manos y vengaré a mis padres de una vez por todas.

—Tienes que salir mañana a primera hora. —Isaac lo detuvo a medio camino—. Ahora las estaciones están cerradas, de nada te servirá irte tan tarde y lo sabes.

Cerró las manos en dos puños, lleno de impotencia.

¡Fue un necio al no ir detrás de Eugenia esa noche que huyó de su despacho!

¿En qué estuvo pensando al creer que su primo no saldría detrás de ella?

***

El viento aullaba con una furia renovada alrededor de la propiedad de Morag, pero el sonido no lograba acallar los gritos internos de Damon.

—Un hijo —escupió, estrellando el puño contra la pared, haciendo que su madre respingara en su lugar—. Esa maldita inglesa está

embarazada.

Angelique, envuelta en su capa de piel, tiritaba no solo por el frío, sino por la maldad que veía en los ojos de su hijo.

—Damon, por favor... —suplicó—. Trata de calmarte, recuerda que Killian tiene su propia fortuna. Esto no tiene que afectarte tanto.

—Es momento de actuar—Damon se acercó a ella, ignorando sus palabras—. Ahora existe más riesgo de que Morag cambie su testamento, la llegada de ese niño podría arruinarnos.

La castaña tragó con fuerza, no muy segura de qué decir al respecto. Ella… ya no estaba segura de nada.

—Killian dijo que mañana se irá a la destilería. Yo estaré todo el día afuera para desviar la atención de los criados y tú te encargarás de unirte a las mujeres. La noticia del embarazo hará que bajen la guardia y es una buena oportunidad para matar a la vieja.

—Hijo…

—Es ahora o nunca, madre —soltó, desesperado—. ¿Acaso no te das cuenta de que necesitamos la herencia lo antes posible?

Angelique lo observó con fijeza. La ambición libraba una batalla feroz contra el miedo en su pecho, pero al mirar la determinación despiadada de su hijo, asintió en silencio.

Capítulo 36

Al día siguiente, durante el atardecer, la alcoba de Eugenia se sentía inusualmente cálida, impregnada del aroma a lavanda y el murmullo suave de Morag, quien le contaba historias de antiguos clanes a una Flora que escuchaba con los ojos muy abiertos. Era evidente de que la mujer y su nieta se llevaban muy bien y eso le generaba un gran alivio en el pecho.

La familia de Killian no estaba tan fracturada como él creía.

En cuanto a ella, ya se sentía mejor, pero aún estaba algo abrumada por la intensidad de las emociones del día anterior. Pidió disculpas por un momento para retirarse al servicio privado de la habitación y gracias a los santos ninguna intentó acompañarla.

No quería que la tratasen como a una inútil, su estado físico era bastante óptimo.

Se preguntó por qué Killian aún no había regresado, dado que consideraba que era lo suficientemente tarde, pero luego dedujo que quizá se distrajo con algunos pendientes. Lo cierto era que no le gustaba la calma que se había suscitado sobre la casa, de alguna manera ese hecho le generaba algo de inquietud.

«Es tu embarazo» dijo una vocecilla y ella asintió, disconforme.

Lo mejor sería descartar esos malos pensamientos de su cabeza. No obstante, cuando intentó regresar a su alcoba, con la mano aún en el pomo de la puerta, comprendió el porqué de sus sospechas.

Angelique estaba de espaldas, junto a la mesa donde reposaba una bandeja de plata con dos tazas de porcelana humeantes. No se había percatado de que Eugenia había vuelto. La mujer tarareaba

una melodía nerviosa, una canción de cuna que sonaba a réquiem, mientras sus dedos pálidos sostenían un frasco diminuto. Con un movimiento rápido y furtivo, vertió tres gotas incoloras en la taza de la derecha.

Eugenia sintió que el corazón se le detenía.

—...y así es como mi padre defendió estas tierras —dijo Morag desde el otro lado de la cama, ajena al ataque que se preparaba a pocos metros.

Angelique guardó el frasco en el pliegue de su vestido justo antes de girarse. Al ver a Eugenia, su rostro sufrió una metamorfosis grotesca: la culpa se transformó en una sonrisa excesivamente amplia, casi febril. Sus ojos brillaban con un nerviosismo eléctrico.

—¡Oh, querida! Ya estás de vuelta —exclamó Angelique, su voz un tono más agudo de lo normal—. Te ves... recuperada. Qué alegría. —Su desborde de amabilidad duplicó su desagrado.

—Me siento mejor, gracias —respondió, esforzándose para que su voz no temblara.

Sus ojos se clavaron en la bandeja.

—He traído té para todas. El tuyo ya está en tu mesa de noche, con miel para que asiente tu estómago —Angelique tomó la taza en la cual vertió el líquido extraño con manos temblorosas—. Y esta es para mi madre, Flora ya tiene su taza en manos.

Por todos los santos, ¿esa mujer pretendía lastimar a su propia madre por dinero?

Eugenia buscó desesperadamente la mirada de Flora. La pelirroja, captando que algo en el comportamiento de su madre era inusual, la encontró sin ningún problema. Eugenia le lanzó una mirada fugaz

hacia la bandeja y luego a Angelique, un destello de pánico que Flora interpretó con bastante lucidez.

—Madre, ese vestido parece ajustarte mucho —soltó Flora de repente, poniéndose de pie con una agilidad felina.

—¡Flora! ¡Qué impertinencia! —chillo Angelique, dejando la taza en su sitio para enfrentar a su hija.

—Es la verdad. Déjame aligerar los lazos —Flora estiró las manos hacia la bandeja con la "intención" de dejar su taza, pero en lugar de soltarla, fingió un tropiezo.

Con un movimiento calculado, la joven se estrelló contra su madre. El té caliente de la taza de Flora, que aún seguía en su mano, saltó sobre el corpiño de seda de Angelique.

—¡Mi vestido! ¡Niña estúpida! —La mujer se olvidó de su tarea por leves segundos, buscando frenéticamente un pañuelo para limpiarse la mancha que se extendía por su pecho.

Fue el caos que Eugenia necesitaba.

Con la rapidez de quien se juega la vida, Eugenia se acercó a la mesa. Sus dedos rozaron la porcelana caliente e intercambió la taza de la derecha —la que tenía las gotas— por la que Angelique había destinado para sí misma. Todo fue un borrón de movimiento silencioso mientras Angelique seguía reprendiendo a Flora.

—Lo siento, madre, soy tan torpe —murmuró la pelirroja, lanzándole a Eugenia una mirada de complicidad absoluta.

—No importa —siseó la castaña y se volvió para tomar la taza de la derecha—. Toma, madre —dijo, sonriente, entregándole a la anciana la taza que, según ella, contaminó—. Bebe mientras está caliente. Te ayudará a descansar, debes estar exhausta.

—Gracias —se limitó a decir Morag, mirando la taza con desconfianza.

Eugenia enarcó una ceja, ¿ella tampoco confiaba en su hija?

—Acabas de arruinar uno de mis vestidos favoritos, Flora —masculló Angelique, sujetando la taza que quedó para ella, y se la llevó a los labios. Bebió un largo sorbo, buscando la mirada de Morag con una expectación macabra.

Eugenia sintió que las náuseas volvían, pero esta vez no era por el embarazo. Observó, con el pulso martilleando en sus oídos, cómo Angelique terminaba su té con una sonrisa de victoria triunfal.

—El té está... un poco amargo hoy —comentó Angelique, dejando su taza vacía de lado.

Pero Morag no respondió, ni se atrevió a beber de su taza. Lo cual hizo que Angelique se exasperara.

—¿No querías té, madre? —simuló demencia—. ¿Gustas que te traiga algo en especial?

—Está bien, gracias —se limitó a decir la anciana y Eugenia contuvo el aliento cuando le dio el primer sorbo a su taza de té. Sabía que el té no estaba contaminado, pero incluso así se sentía nerviosa y en peligro.

¿Y si la madre de Flora contaminó todas las tazas?

«Killian… Necesito que regreses cuanto antes».

—¿Tú no quieres té, Eugenia? —preguntó con amabilidad y ella le sonrió.

—Lo siento, pero el olor no me está sentando del todo bien —acunó su vientre—. Supongo que es por el embarazo.

Ella no les dio mucha importancia a sus palabras, parecía conforme con el hecho de que Morag bebiera todo el contenido de

su taza. Minutos más tarde —cuando pensó que quizá todo fue parte de su imaginación— Eugenia vio cómo las pupilas de Angelique se dilataban de golpe. La mujer se llevó una mano a la garganta, su rostro pasando de la palidez al rojo vivo en cuestión de segundos.

—¡¿Qué sucede?! —abandonó su lugar, alarmada.

—Yo... me siento... —Angelique intentó ponerse de pie, pero sus piernas cedieron y cayó sobre sus rodillas—. Yo…

Eugenia llamó a la servidumbre, pidió que fueran por el médico y Killian, y observó con horror como Angelique convulsionaba en el piso.

«¿Qué fue lo que hice?» pensó, horrorizada, y tragó con fuerza.

—¡Madre! —gritó Flora, angustiada, y Eugenia se aferró al marco de la puerta.

Había salvado a Morag de la maldad de su hija, pero… ¿eso la libraba de toda culpa?

Ella era la responsable de que Angelique hubiera colapsado y Flora llorara sin control alguno. De haber encarado a la mujer, quizá ella no habría bebido el veneno, pero… ¿eso habría detenido sus deseos de matar a Morag?

***

Frente a la destilería, el aire del atardecer escocés era cortante, pero Killian no sentía frío. Se quedó allí un momento, observando los alambiques de cobre. Todo estaba en calma tras horas de trabajo frenético. Había sido una odisea trasladar los materiales de construcción hacia The Manor House en carretas pesadas por caminos de tierra, pero no sentía cansancio.

Se dio cuenta de que el negocio estaba, en esencia, vacío; los fondos se habían desviado a las reformas de la casa y la producción se había ralentizado. Era como volver al principio, al punto de partida, pero esta vez no había culpa ni presión en su pecho. Solo una alegría serena: ahora solo quería que llegara su hijo.

—Parece que el gran estratega no es tan sabio como creía —la voz burlona de Damon rompió la paz.

Killian ni siquiera se giró, no se le apetecía discutir con nadie.

—¿De verdad crees que podrás levantar este lugar otra vez, Killian? —continuó, acercándose con las manos en los bolsillos—. Has gastado una fortuna en arreglar esta vieja construcción y se ve igual de desastrosa.

Eso se debía a que ni siquiera había iniciado con el proyecto, pero eso era algo que prefería guardar para sí mismo.

—Estás cavando tu propia tumba financiera.

—No necesito que creas en mis capacidades —respondió con una calma que desarmó a su primo—. Mis prioridades han cambiado. Si este lugar tiene que esperar un año más para prosperar, que así sea.

—Te olvidas de algo —Damon se plantó frente a él, con los ojos inyectados en una envidia oscura—. Nada de esto es solo tuyo. Esto también es de Ibrahim y Lilias Cumming.

Killian abrió la boca para responder, para dejar claro que nunca les quitaría nada a sus primos, pero un grito desgarrador de un lacayo cortó el aire.

—¡Señor Cumming! ¡Señor Drummond! ¡Vengan pronto!

Killian notó algo extraño en ese segundo. Vio un destello de alegría macabra en los ojos de Damon, una chispa de triunfo que no

supo interpretar, pero también percibió una inquietud creciente cuando el lacayo, sin aliento, soltó la noticia:

—¡La señora Drummond ha colapsado! El doctor ya está con ella.

Killian salió disparado hacia la casa, con Damon siguiéndolo de cerca. Al entrar a su habitación, el silencio era tan denso que dolía. Morag estaba pálida, sentada en un rincón con Flora abrazada a ella, y Eugenia estaba de pie junto a la cama, blanca como una hoja, mirando un cuerpo inmóvil.

El doctor se giró hacia ellos, guardando su estetoscopio con un gesto solemne.

—Lo lamento —dijo en voz baja—. El corazón de la señora Angelique dejó de latir. Fue muy repentino. Quizá un infarto fulminante provocado por una crisis de nervios... pero todo es muy incierto. No hay nada más que pueda hacer por ustedes.

Damon retrocedió, y su rostro se desencajó. Killian sintió un escalofrío y se acercó a su abuela y Flora para abrazarlas. Quizá Angelique nunca fue una buena persona con él, pero su abuela y prima estaban lamentando su repentina partida. Cuando el doctor y el servicio salieron para preparar el traslado, los cinco se quedaron solos en una atmósfera asfixiante.

—¿Qué le hicieron? —rugió Damon, lanzándose hacia Eugenia—. ¡Tú! ¿Por qué está en tu cama?

Killian reaccionó a tiempo y bloqueó el camino de su primo.

—¡Damon, detente! —pidió con paciencia, y enojo—. El doctor lo dijo: tu madre sufrió un infarto. —Entendía su dolor, no quería ser duro, pero…

Eugenia se posicionó junto a él, con un semblante lleno de enojo y determinación.

—Ella no murió por un infarto, Killian —la afirmación hizo que la voz vibrara en la habitación—. Angelique intentó matar a Morag. Vertió algo en su té, yo lo vi desde la puerta del servicio.

Damon se quedó helado, pero sus puños se cerraron.

—Eso no es cierto —farfulló el pelirrojo.

Eugenia se acercó al cuerpo femenino y sacó algo del bolsillo de la falda de Angelique.

—Fue esto —se lo entregó, y Killian palideció—. Llegué a verla y cambié las tazas cuando ella se distrajo —continuó Eugenia con lágrimas en los ojos—. Ella bebió lo que había preparado para tu abuela. Solo quería protegerla, nunca pensé que…

—¡Tú mataste a mi madre, maldita inglesa! —Damon estalló en un grito primario y se lanzó contra Eugenia con la intención de atacarla.

Killian reaccionó con la velocidad de un rayo. Interceptó el golpe de Damon y lo estampó contra la pared con una fuerza brutal, provocando que todas las damas jadearan.

—¡No vuelvas a levantarle una mano a mi esposa! —le rugió al oído, apretando su garganta—. Se acabó, Damon. Se acabó tu veneno y se acabaron tus juegos. Pienso demandarlos, esto no se quedará así. ¿Crees que no sé que tú y tu madre quieren la herencia de mi abuela?

—¡Ese no es tu problema!

Empezaron a forcejear, una pelea sorda y violenta en medio de la alcoba, hasta que Killian logró lanzar a Damon hacia la puerta. Damon, con el labio partido y la mirada perdida, se puso de pie con dificultad. Miró el cuerpo de su madre, luego a Killian y finalmente a Eugenia.

—Creen que han ganado —escupió Damon, limpiándose la sangre, pero su mirada ya no era la de un hombre vencido, sino la de un demente—. Creen que ese niño nacerá en paz. Pero les juro por la tumba de mi madre que me vengaré.

—¡Tienes que parar, Damon! —Flora dio un paso al frente, con lágrimas en los ojos, intentando desesperadamente hacerlo entrar en razón—. ¡Nuestra madre está muerta! ¡Detén esta locura! ¡No hagas más daño!

Damon la fulminó con la mirada, y una sonrisa perversa curvó sus labios ensangrentados.

—Oh, Flora. Mi dulce, hermosa y traidora hermana. Tú vienes conmigo. Ya firmé los contratos y recibí el dinero por tu mano. No voy a perder esa inversión también.

—¡¿Cómo te atreves?! —Morag intentó levantarse, pero su cuerpo no logró abandonar la silla. La impresión por todo lo ocurrido aún la tenía aturdida.

Antes de que Killian pudiera reaccionar, Damon sacó un revólver de debajo de su casaca. El cañón brilló fríamente bajo la luz de las velas, apuntando directamente al pecho de Killian. Eugenia soltó un grito ahogado y se llevó las manos al vientre.

—Un paso más, primo, y tu heredero nacerá huérfano —siseó, con el dedo en el gatillo.

—No lo hagas —Flora cubrió a Killian con su cuerpo—. Iré contigo, pero no lastimes a nadie de esta habitación.

La impotencia lo carcomió por dentro.

Killian quería proteger a todas las mujeres de esa alcoba, pero Damon armado era alguien demasiado peligroso y atacarlo ahora podría traer más problemas que beneficios. Observó con enojo como

se hacía de Flora, tirando de ella con violencia, y chirrió sus dientes, furioso.

—Si me siguen, la mataré.

—¡No, deja a Flora tranquila! —suplicó su abuela, pero Damon la fulminó con la mirada.

—Todos lamentarán esto —los amenazó, usando a Flora como escudo humano mientras retrocedía hacia el pasillo. La pelirroja no podía dejar de llorar, era como si su cuerpo y su mente se hubieran rendido ante lo inevitable—. No dormirán tranquilos ni una sola noche. Si no los mato ahora, es porque quiero verlos sufrir.

Damon y Flora desaparecieron en la oscuridad del pasillo y cuando Killian se dispuso a seguirlos, Eugenia cayó sobre sus rodillas, prendiendo sus alarmas.

—¡Eugenia! —se acuclilló a la par suya—. ¿Estás bien? ¿Te duele algo?

—Él está armado, no puedes seguirlo —lo sujetó del brazo, inquieta.

—Mi prima…

—Eugenia tiene razón —musitó su abuela, nerviosa—. Si lo alteras, podría dispararle a Flora.

Cerró los ojos con frustración, ¡¿por qué las cosas terminaron de esta manera?!

—Quiero que vayan por las autoridades —añadió Morag—, no puedes atacarlo sin un plan previo.

¿Un plan?

Lo único que él quería hacer era deshacerse de Damon de una vez por todas. Escuchó a lo lejos como un caballo empezaba un trote furioso por la tierra y se acercó a la ventana.

El muy idiota estaba huyendo.

—¡Maldito seas! —golpeó la pared, y se volvió hacia Eugenia y Morag—. Lo siento, pero no puedo quedarme tranquilo.

—¡Killian!

Abandonó la habitación, ignorando el llamado de la mujer que amaba, y fue al despacho de su abuela para hacerse de un arma e ir por su propio semental. Damon estaba muy equivocado si creía que podría seguir causando más daño a su paso. Era cierto que quizá Flora nunca fue de su total agrado, pero su prima le demostró con hechos —cuidando de Morag a capa y espada— que era alguien que merecía más que su desprecio.

Capítulo 37

El reloj de péndulo en el pasillo marcaba las siete de la noche, cada tictac resonaba como un martillazo en los nervios de Eugenia. Había pasado una hora desde que Killian salió disparado tras Damon, solo, armado apenas con su furia y una pistola vieja. Afuera, la oscuridad de las Tierras Altas se tragaba cualquier rastro de esperanza, y eso no hacía más que angustiarla en demasía.

Eugenia apenas había podido articular palabra ante el sargento de policía. Sus respuestas eran erráticas, nubladas por el miedo y el cansancio. Los oficiales, con esa parsimonia burocrática que desespera, le habían pedido calma antes de retirarse para iniciar un peritaje en la casa de Damon y los alrededores de la propiedad.

Cuando la puerta principal se cerró tras ellos, el silencio que quedó fue sepulcral y ella se dejó caer en el diván, ocultando el rostro entre las manos.

—No debí dejarlo ir —sollozó—. Está solo, Morag. Damon ha perdido el juicio y Killian se está exponiendo por salvar a Flora... si algo le pasa, no me lo perdonaré. —Fue muy impulsiva al delatar las intenciones de Angelique, debió esperar a estar a solas con su esposo para abordar el tema—. No sé qué camino tomar, me siento tan perdida e inútil sin poder hacer nada por él.

Morag, sentada en su sillón, no respondió de inmediato. Su mirada estaba fija en la chimenea, pero no podía vislumbrar emoción alguna en sus ojos.

—Es mi culpa, Eugenia —dijo de pronto la anciana, angustiada—. Todo esto es mi culpa. Durante años permití que Angelique y

Damon, incluso Flora, pisotearan a Killian, en vez de obligarlos a convivir en armonía. Juzgué a mi nieto erróneamente, lo tuve como a un criado, sin brindarle un solo privilegio, cuando él fue el único que estuvo realmente dispuesto a cuidar de mí.

Eugenia la miró con pesar, ella se veía muy arrepentida.

—Killian no salió en busca de Ibrahim y Lilias por mí, porque no quería dejarme sola, e incluso así lo relegué a esa cabaña y lo convertí en un empleado más —su voz tembló—. Permití que Damon y mi hija se creyeran dueños de mi hogar y mi fortuna, nunca les puse un límite, ni mucho menos tuve el valor de defender a Killian de su maldad.

—Morag…

—Si yo lo hubiera protegido con la misma intensidad que tú lo haces, nadie se habría atrevido a subestimarlo.

Eugenia se acercó y la abrazó por los hombros, conmovida.

—No digas eso. Killian te quiere mucho, y lo menos que querría sería verte sufrir por algo que ya es parte del pasado.

La anciana contuvo el aliento y se separó apenas unos centímetros, mirando a Eugenia con una lucidez aterradora.

—Tal vez deje de quererme cuando sepa la verdad —susurró, generándole una horrible tensión en el pecho—. No estoy enferma, querida. No tengo desvaríos ni olvidos. He fingido durante años... me escondí tras la máscara de la demencia para observar quiénes eran realmente los miembros de mi familia. Así supe que Killian era el único con alma noble, y que mi hija y Damon no merecían nada de mí.

Eugenia retrocedió, parpadeando con sorpresa, pero Morag continuó con lágrimas en los ojos.

—Nunca dije la verdad porque tenía miedo. Miedo de que Killian, el chico que cuidé como si fuera mi propio hijo, me abandonara si se sentía ofendido. Fui una cobarde y no tengo la menor idea de cómo podré compensarle todo el daño que le hice.

Lejos de indignarse, Eugenia sintió que una calidez nueva la invadía y tomó las manos de la anciana con emoción contenida.

—Él se pondrá muy contento al saberlo, Morag. Tu salud siempre fue su mayor preocupación. No importa el pasado, ahora sabemos quién es quién y eso es lo único que importa.

La anciana se sorprendió, pero no pudo decir más al respecto. Era su manera de agradecer su comprensión y cariño, dado que en ningún momento Eugenia se atrevió a juzgarla o hacerle ningún reclamo.

—Tengo miedo —reconoció Morag, angustiada—. Killian y Flora son lo único que me queda, no quiero perderlos por la ambición de Damon.

La garganta se le cerró, jamás pensó que vería a la anciana en una situación tan vulnerable.

—Iré a buscarlos.

Estaba decidido, no pensaba esperar más. Ni siquiera estaba segura si las autoridades podrían dar con ellos.

—Estás demente, ni siquiera conoces las tierras —rugió, sulfúrica —. Debes pensar en tu hijo, Eugenia, lanzarte al bosque podría ser muy arriesgado para ti.

En contra de su voluntad, la visión se le cristalizó y empezó a temblar sin control alguno. ¿Es que no había nada que pudiera hacer por su esposo y Flora? ¿Acaso debía pedir un milagro para que la situación empezara a ser más alentadora para ellos?

En ese instante, la puerta principal se abrió provocando un fuerte estruendo por toda la propiedad y Eugenia cubrió a Morag con su cuerpo, fijando su vista en la puerta del salón.

¿Quién acababa de llegar? ¿Damon había regresado para completar la tarea de su madre?

—¡Eugenia!

Esa voz… Su corazón empezó a bombear sin control alguno e hizo el ademán de ir hacia la puerta, pero esta se abrió sin previo aviso, mostrándole la imagen de su primo bajo el umbral de la puerta.

—¡Seamus! —corrió hacia él y lo abrazó como si de eso dependiera su vida, para después romper a llorar contra su pecho—. Gracias a Dios, acabas de llegar en el mejor momento.

—¡Dime dónde está ese malnacido! ¡Voy a matar a Killian Cumming con mis propias manos por haberte traído a este infierno!

—No —sollozó, negando rápidamente con la cabeza—. Por favor, tienes que ayudarme a encontrar a mi esposo.

Su primo se tensó.

—¿Ayudarlo? —farfulló—. Eugenia, he venido a rescatarte de ese secuestrador, no a salvarlo de sus propios líos. Vámonos ahora mismo. —La sujetó del brazo con toda la intención de arrastrarla al exterior, pero ella se zafó de su agarre.

—¡Es mi esposo y lo amo! —gritó, mirándolo con una determinación que lo dejó mudo—. Si no vas a ayudarme a encontrarlo, entonces vete, pero no me pidas que lo abandone cuando su vida corre peligro.

Seamus bajó la guardia, visiblemente turbado por la intensidad de sus palabras, y Eugenia, en un torrente de palabras atropelladas, le

narró todos los sucesos de esa tarde: el veneno, la muerte de Angelique, el rapto de Flora y la huida de Damon.

—¿Damon tiene a una rehén? —preguntó Seamus, su instinto de detective despertando finalmente.

—Sí, a mi nieta. —Morag decidió unirse a la conversación—. Si usted la rescata, juro que lo compensaré.

Eugenia lo miró con súplica.

—Son mi familia, Seamus, no puedo abandonarlos.

El rubio tragó con fuerza, analizando la situación con más calma.

—Él odia a Killian, está desesperado porque ha sido descubierto, tiene una rehén y quiere destruirlos. —Ambas mujeres asintieron con desespero—. ¿Hay algún lugar que Killian atesore, algo que ese hombre quiera destruir para herirlo?

—Su cabaña —sugirió Eugenia con voz temblorosa.

—No —intervino Morag, ganándose una mirada curiosa de Seamus—. Damon siempre ha envidiado a Killian y todo empeoró cuando se enteró que heredó la destilería. Para mi nieto lo sentimental es lo de menos, él irá por el tesoro monetario de su primo.

Eugenia tragó con fuerza.

Killian nunca pondría la destilería por encima de su cabaña, ni mucho menos de Flora, por lo que, si Morag tenía razón, su esposo no se preocuparía por nada más que no fuera salvar a su prima.

—Entiendo —musitó Seamus finalmente—. Sé donde queda la destilería, fue la primera parada que hice, por lo que les pediré que se queden aquí mientras yo voy por las autoridades.

Él le estaba pidiendo mucho.

—Pero…

—Damon está armado y fuera de sí, lo mejor para ustedes es quedarse en esta casa —zanjó, autoritario.

Eugenia y Morag cerraron los labios en una fina línea, viendo como el rubio abandonaba el salón. Escucharon el galope de su caballo alejándose, pero no se miraron con alivio, sino con una complicidad silenciosa.

—No vamos a esperar, ¿verdad? —preguntó Eugenia, ajustándose el manto.

—Ni un segundo —respondió Morag, llamando a un lacayo con un gesto imperioso—. Preparen tres carruajes. Y que los hombres traigan linternas y palos. Mi nieto no va a pelear esta batalla solo.

***

La noche había caído sobre las Tierras Altas con una pesadez asfixiante, envolviendo a The Manor House en un silencio que parecía venir de otra época. Ibrahim detuvo su caballo frente a la imponente estructura de piedra. El aire estaba impregnado del olor a tierra mojada y pino, pero para él, olía a recuerdos.

Bajó del caballo y empujó la puerta principal, que cedió con un gemido prolongado de las bisagras. Al entrar, el sonido de sus propias botas sobre el suelo de mármol retumbó en el vestíbulo vacío. Todo estaba en penumbras, los muebles cubiertos con sábanas blancas que parecían fantasmas bajo la débil luz de la luna que se filtraba por los ventanales.

Caminó por el salón, sintiendo una punzada de nostalgia que no esperaba. Aquí, bajo este techo, habían reído sus padres. Aquí, Lilias y él habían corrido por los pasillos antes de que la tragedia borrara los colores de su infancia. Pero, a diferencia de otras veces, el dolor

no lo paralizó. Miró las columnas firmes y las vigas de roble, y sintió un orgullo silencioso. A pesar de la ruina, a pesar del exilio y la pobreza inicial en Londres, había logrado salir adelante. Había regresado no como un méndigo, sino como un hombre que sabía lo que quería y valía.

—Nunca imaginé que volvería a pisar estas tierras —susurró para sí mismo, su voz perdiéndose en la oscuridad.

Se dirigió hacia la parte trasera de la casa, buscando un poco de aire fresco. Al salir al balcón de piedra que daba hacia las colinas, se apoyó en la barandilla y escudriñó el horizonte oscuro. Sabía que Killian no estaba allí; la casa estaba deshabitada, pero… ¿dónde podría buscarlo?

¿Encontraría respuestas en el pueblo?

Necesitaba localizar a su primo, necesitaba enfrentarlo y, sobre todo, confirmar que Eugenia se encontraba bien.

—¿Dónde estás, Killian? —masculló, apretando los puños mientras la gélida brisa del valle le calaba los huesos.

La respuesta no llegó de la manera esperada. En la profundidad de la penumbra, justo donde se alzaba la silueta de la destilería, una luz pequeña y anaranjada comenzó a parpadear con un ritmo inquietante.

—Te tengo.

Sin perder un segundo, Ibrahim corrió hacia el caballo que había rentado hace menos de media hora y lo montó de un salto, espoleando al animal con una urgencia frenética. Mientras galopaba colina abajo, con el viento azotándole el rostro, Ibrahim no sabía que no solo encontraría a Killian, sino que se toparía de frente con un destino que cambiaría su vida para siempre.

Fue entonces cuando la realidad lo golpeó con la fuerza: frente a sus ojos, aquella llama anaranjada no hacía más que crecer, informándole cruelmente que el legado de sus padres se estaba incendiando.

***

El silencio del prado era absoluto, roto solo por el resoplido cansado de su montura, hasta que lo vio: una silueta errática recortada contra la penumbra. Era el semental de Damon, el mismo que había desaparecido en una nube de polvo hacía más de una hora. El animal deambulaba sin jinete, con las riendas colgando como lazos rotos y los flancos cubiertos de sudor seco.

—Maldita sea, Damon —susurró Killian, tirando de las riendas para detenerse.

Se bajó de su caballo de un salto, sintiendo el crujido de la hojarasca bajo sus botas. La desorientación lo golpeó de inmediato; el paisaje era una mezcla de sombras y árboles nudosos que no terminaba de reconocer. Caminó unos pasos, tratando de ubicar algún punto de referencia en aquel vacío, hasta que sus ojos se posaron en un hito de piedra medio oculto por la maleza.

El frío en su estómago no tuvo nada que ver con la brisa nocturna. Reconocería ese escudo tallado en cualquier lugar. Estaba en los límites de The Manor House.

El corazón le dio un vuelco violento. Si el caballo de Damon estaba aquí, vacío y errante, el peligro no era una posibilidad, sino una certeza. Sin mirar atrás, Killian se montó sobre su caballo y se dirigió hacia la destilería. Sus pulmones ardían con cada bocanada

de aire gélido, pero solo un pensamiento martilleaba en su mente con la fuerza de una condena.

Flora tenía que estar bien, y él tenía que llegar antes de que una nueva maldición terminara de cerrarse sobre ellos.

Capítulo 38

El aire dentro de la destilería era rancio, cargado del olor a moho, polvo acumulado de años y el vaho sofocante de la brea fresca que Damon había esparcido. Las enormes calderas de cobre, antaño brillantes, se alzaban como cadáveres metálicos oxidados en la penumbra. Flora, con las muñecas en carne viva por la fricción salvaje de las cuerdas, estaba maniatada contra la base de una de esas estructuras frías y silenciosas.

Damon no caminaba; acechaba. Llevaba una antorcha apagada en la mano, utilizándola para golpear rítmicamente los barriles de madera seca que se alineaban como ataúdes en las sombras.

—Pudimos haber sido reyes, hermanita —siseó Damon, su voz un arrullo quebrado que rebotaba en las vigas podridas del techo. Se detuvo ante un barril al que le había arrancado el tapón, dejando que un hilo de alcohol viejo y amarillento se derramara sobre el suelo manchado de brea—. Con la herencia de la abuela, con mamá... habríamos construido un imperio mejor que este.

—Damon, por favor... —Flora sintió como la bilis trepaba por su garganta. El silencio del lugar hacía que cada palabra de su hermano sonara más desquiciada—. Aún puedes parar. Mira este lugar... está muerto. No ganas nada destruyéndolo. Aún puedes hacer lo correcto.

Él se detuvo en seco. La falsa nostalgia desapareció de su rostro, reemplazada por una mueca de puro odio. Se giró hacia ella con una lentitud de reptil, clavándole una mirada que destilaba veneno.

—¿Lo correcto? —Carcajeó, un sonido seco que hizo eco en el vacío de la nave—. ¿Lo correcto para ti fue elegir a Killian? —escupió, rojo de la cólera—. Elegiste al criado que heredó estas ruinas. Elegiste al enemigo por encima de tu propia sangre. —Se acercó a ella, invadiendo su espacio—. Y eso, mi dulce y estúpida Flora, es un pecado que ni siquiera el fuego puede lavar.

—Yo nunca quise robarle nada a nuestra abuela... —respondió con voz temblorosa, pero manteniendo una dignidad que lo enfurecía aún más—. Nunca me sentí una Drummond... y doy gracias a Dios por ello. Prefiero pudrirme en este lugar antes que ser una monstruosidad como tú.

El golpe no fue una bofetada; fue un puñetazo directo e inhumano. El sonido del impacto resonó como el estallido de un madero seco. La cabeza de Flora rebotó contra el metal frío de la caldera antes de que ella cayera de lado, impactando con fuerza sobre la piedra cubierta de polvo y brea, mareada y sangrando por la comisura de la boca.

Damon dejó caer la antorcha al suelo, olvidando por un momento su plan de incendiarlo todo. Al verla allí, tirada, vulnerable, con su cabellera pelirroja desparramada como una mancha de sangre sobre el suelo gris... algo oscuro y podrido que siempre había latido bajo su piel terminó por romperlo. La furia asesina se transformó instantáneamente en una lascivia enferma y depravada. Sus ojos recorrieron el cuerpo de su hermana con una codicia insaciable que le heló la sangre a Flora más que la propia muerte.

—Pero qué delicia nos ha preparado el destino —susurró él, bajando hacia ella, como un animal depredador sobre una presa herida—. Tan hermosa, tan frágil... y tan mía.

—¡No me toques! —Flora intentó retroceder, arrastrándose con los codos, pero el dolor en su cuerpo y sus manos atadas se lo impedían.

Él la sujetó del muslo con una fuerza brutal, inmovilizándola contra el suelo. Sus dedos se clavaron en su carne a través de la tela del vestido, ignorando sus súplicas.

—Antes de enviarte al infierno junto con este montón de basura —se relamió los labios, con una expresión de absoluto éxtasis demente—, voy a tomar lo que me corresponde. El verdadero tesoro Drummond... siempre fuiste tú. Y yo voy a ser el primero y el único en reclamarlo. Al menos me servirás para algo antes de que toda esta pocilga arda.

—¿Qué estás haciendo? —la voz femenina tembló—. ¡Soy tu hermana! —El grito de Flora fue puro pánico cuando él se abalanzó sobre ella.

Con un movimiento violento, Damon hundió las manos en el escote de su vestido y desgarró el corpiño de un solo tirón, exponiendo su piel al aire gélido de la destilería muerta.

—¡No! ¡Suéltame, Damon! —Ella rompió en un llanto desgarrador que rasgó el silencio sepulcral de la noche, pero el sonido fue cortado en seco.

La puerta principal de la destilería estalló hacia adentro con un estruendo ensordecedor que hizo temblar el polvo de las vigas.

Damon se congeló sobre ella, el hechizo depravado fue roto por la intrusión. Flora sollozó, una mezcla de terror y alivio agónico, mientras el peso de su hermano desaparecía. Mientras luchaba por respirar entre sollozos, un solo pensamiento la martilleaba: ¿En qué

momento el niño con el que solía jugar se había convertido en este monstruo sin alma?

***

La puerta de la destilería no solo se abrió; estalló contra la pared de piedra bajo el peso de la furia de Killian. Al entrar, el horror lo golpeó con más fuerza que el hedor a brea. Vio a Damon sobre Flora, vio el encaje desgarrado y la palidez de los hombros desnudos de su prima, que sollozaba contra el suelo sucio.

—¡Maldito seas, Damon! —su rugido, lleno de impotencia, vibró en las vigas oxidadas.

Damon se puso de pie de un salto, con una risa histérica bailando en sus labios, mientras Killian se lanzaba contra él. No fue una pelea elegante; fue un choque de bestias. Killian lanzaba puñetazos cargados de un odio puro, pero su atención estaba dividida. Cada vez que lograba apartar a Damon, su mirada se desviaba hacia Flora, que luchaba inútilmente contra sus ataduras en medio de los charcos de alcohol y brea.

Él quería quemar la destilería con su prima dentro.

—¡Flora, tienes que salir de aquí! —gritó, pero al verla incapaz de moverse, el pánico lo distrajo un segundo de más.

Damon, con los ojos inyectados de rabia, aprovechó ese instante. Agarró una viga de madera suelta que colgaba de un soporte cercano y la estrelló contra el costado de Killian. El sonido de las costillas crujiendo fue sordo. Killian cayó de rodillas, jadeando, y antes de que pudiera recuperar el equilibrio, Damon sacó su pistola.

El estallido ensordecedor fue seguido por un alarido de agonía, y los gritos de Flora. La bala atravesó la pierna de Killian, enviándolo

al piso sin reparo alguno.

—Si tanto amas este lugar, quédate a ver cómo brilla —siseó Damon y con un movimiento desquiciado, prendió la antorcha y la lanzó hacia el rastro de brea.

El fuego cobró vida al instante, una línea naranja que terminó rodeando a Flora.

—Debiste quedarte en tu casa, ¿quién en su sano juicio arriesgaría su vida por ella? —Miró a su hermana con desdén, y Killian tragó con fuerza.

Damon levantó de nuevo la viga, dispuesto a reventarle el cráneo, cuando una sombra surgió de entre el humo de la entrada.

Ibrahim apareció como un espectro de venganza, embistiendo a Damon por el flanco y derribándolo antes de que el golpe descendiera. Damon impactó contra el suelo, quedando aparentemente inconsciente por el choque y Killian inhaló con pesadez.

¿Acababa de morir y estaba alucinando?

¿Por qué Ibrahim lo rescataría?

—¡Killian! ¿Estás bien? ¿Qué diablos está pasando? —Ibrahim intentó ayudarlo a levantarse, pero él le señaló hacia las calderas. Las llamas devoraban todo lo que estaba a su paso, tenían poco tiempo para salir de ahí.

—¡Olvídate de mí! —rugió, con el rostro desencajado por el dolor —. Saca a mi prima de aquí. ¡Sácala a ella primero, por favor!

—¿Qué? —El castaño miró el punto que le señaló y no perdió un solo segundo al ver que había una mujer allí.

Ibrahim solo necesitó una mirada a la escena —la ropa destrozada de la joven, las cuerdas y el fuego cerca de sus pies—

para entender la magnitud de la depravación de Damon, el hombre que en su adolescencia nunca fue de su agrado. Sin dudarlo, se quitó el abrigo y corrió hacia la caldera. Con la agilidad de quien no tiene nada que perder, saltó sobre las llamas, cubrió el torso desnudo de la pelirroja con su prenda y cortó las cuerdas de un solo tajo.

—Tranquila, ya te tengo —susurró, cargándola en brazos mientras ella se aferraba a él, temblando violentamente.

Ibrahim cruzó la cortina de fuego con la pelirroja en brazos y se dirigió hacia la salida, odiando que el fuego empezara a cobrar más fuerza.

—¡Killian!

—¡Sácala de aquí! —ordenó el pelinegro desde algún punto de la neblina de humo, y él esquivó las llamas con prisa.

Tenía que volver por él, no había manera de que lo dejara morir ahí dentro.

Killian, apretando los dientes, intentó incorporarse.

—Ya voy, puedo hacerlo —susurró para sí mismo.

No pensaba morir en ese lugar, él saldría con vida porque Eugenia, su hijo, Morag y Flora lo necesitaban. Se levantó, conteniendo la respiración con esfuerzo, pero el infierno aún no había terminado de cobrar su cuota. Detrás de él, entre las sombras que el incendio proyectaba en las paredes, Damon se puso de pie. Su rostro estaba cubierto de hollín y sangre, y su mirada era la de un hombre que ya no pertenecía al mundo de los vivos.

Sin previo aviso, se abalanzó sobre la espalda de Killian, clavándole los dedos en la herida de la pierna y hundiéndolo de

nuevo contra el suelo mientras las llamas comenzaban a lamer las vigas del techo.

—¡Argh! —rugió adolorido, incapaz de controlar el volumen de su voz.

—¿Crees que te dejaré huir? —le siseó al oído, con una voz que parecía venir de la tumba—. No voy a pudrirme solo en el infierno, primo. Tú vienes conmigo.

***

—No, Killian —musitó la pelirroja, captando su atención, e Ibrahim salió de la destilería, logrando que ella por fin pudiera respirar un poco del aire de la noche—. Por favor, vuelve por él —empezó a toser, y él la depositó en el suelo con mucho cuidado—. No es un mal hombre, vino a salvarme y mi hermano lo atacó.

En ese momento, la imagen de una niña de cinco años, corriendo detrás de Killian, exigiendo un lugar en sus aventuras porque su hermano mayor nunca quería jugar con ella, llegó a su cabeza.

—Trata de calmarte, Flora —susurró finalmente, recordándola en su totalidad, y la ayudó a cubrirse mejor.

¿Qué diablos estaba pasando?

Se suponía que llegó a Escocia con la intención de enfrentar a Killian por llevarse a Eugenia, pero en lugar de dejar que Damon lo matase, decidió ponerse de su bando.

—Volveré por él —dijo finalmente, alejándose del cuerpo femenino, pero el estruendo de un carruaje lo obligó a parar en seco y desviar la vista.

De él descendió Eugenia, deshecha, con el cabello alborotado y el terror pintado en las pupilas, justo cuando un rugido bestial emergía

del interior de la destilaría.

—¡Killian! ¡Killian está dentro! —gritó ella, ignorando cualquier explicación, y se lanzó hacia la boca del infierno que empezaba a devorar la entrada.

—¡No entres, muchacha! —gritó una mujer adulta, bajando del carruaje con esfuerzo.

—¡Espera, Eugenia! —Ibrahim la interceptó, pero no hubo resistencia ni sorpresa por parte de ella, solo una súplica descarnada. Lo tomó de las solapas de la camisa, sacudiéndolo con una fuerza nacida de la desesperación.

—¡Ibrahim, por favor! —suplicó, con el rostro bañado en lágrimas —. Salva a Killian... te lo ruego. Saca a mi esposo de ahí. No dejes que muera... por lo que más quieras.

Ibrahim se quedó inmóvil, mirando esos ojos que alguna vez creyó que le pertenecían con tristeza. En ese ruego entendió la verdad que se había negado a aceptar: ella no era una cautiva de las Tierras Altas, era la dueña de su propio destino, y su destino era Killian, su primo. Sentir el calor del incendio en su espalda mientras el frío de la pérdida le calaba el pecho fue desgarrador, pero ya no quedaba espacio para el orgullo.

—Quédate aquí —pidió con una voz que arrastraba su amarga y nueva madurez—. Yo me encargo de esto.

Se dio la vuelta y se adentró en el humo, no como el pretendiente despechado, sino como el hombre que salvaría la felicidad de la mujer que amaba, aunque eso significara rescatar a su rival.

Una vez dentro, vislumbró a Killian forcejeando con Damon. Su primo tenía una pistola en mano y el pelirrojo se la quería quitar.

—¡Killian! —su llamado provocó que ambos se distrajeran y cuando una viga del techo se soltó, tanto Damon como su primo rodaron por la piedra y el arma por el que estuvieron peleando terminó a sus pies.

La garganta se le cerró.

—No dejaré que te salves —bramó Damon, dirigiéndose a Killian, e Ibrahim no tuvo tiempo para pensar en la situación.

El muy cobarde se estaba haciendo de un fierro para atacar al pelinegro. Levantó la pistola y una vez que se cercioró que estaba cargada, apuntó y disparó sin duda alguna. Damon cayó al piso boca abajo e Ibrahim se abrió paso entre las llamas para ayudar a su primo.

—¿Ibrahim? —tosió Killian, confundido por el esfuerzo que estaba empleando para ayudarlo a levantarse—. ¿Por qué me salvas? Si yo muriera…

—Si tú mueres, Eugenia nunca volverá a sonreír —le cortó con dureza—. Ella está afuera, Killian. Y si no salimos ahora, entrará a buscarte.

Esa mención fue el combustible que Killian necesitaba para ignorar el dolor en su pierna y ayudarlo a controlar su peso. Salieron de la estructura justo antes de que el armazón principal cediera, terminando sobre la hierba con la respiración agitada y el cuerpo bañado en sudor.

Ibrahim se apartó, sintiéndose como un fantasma en un banquete ajeno. Observó cómo Eugenia envolvía a Killian en sus brazos y cómo la anciana protegía a la joven pelirroja... Era un círculo de hierro, una familia forjada en el fuego y la sangre, un lugar donde él, por primera vez, aceptaba que no tenía un asiento reservado.

—Gracias, Ibrahim... —El llanto de la rubia lo obligó a volver en sí —. De verdad, muchas gracias —musitó entre llanto, y llamó a los lacayos para que ayudaran a Killian—. ¡El doctor debe atenderlo cuanto antes!

—Para un escocés, eso es un rasguño —farfulló, y Killian lo miró de reojo.

—Gracias por regresar —espetó él, e Ibrahim asintió.

Era una manera muy peculiar de decirle que nunca lo odió lo suficiente como para desear su muerte.

—¡Flora! —el grito de la mujer adulta los alertó y cuando Killian quiso levantarse, un gruñido adolorido brotó de su garganta.

—¡No puedes levantarte! —chilló Eugenia, asustada.

Ibrahim pudo percibir la frustración de su primo, Killian odiaba saberse herido y no ser capaz de cuidar de su esposa y Flora en un momento tan importante. Evitó sonreír, tal vez llevaba años evitando parecer un escocés, conteniendo cada una de sus emociones, pero incluso así era capaz de reconocerlas con bastante facilidad.

Lo juzgó erróneamente, Killian no podía ser tan cruel si estuvo dispuesto a morir con tal de que su prima se salvara. Cometió un terrible error al creer que sería igual que sus tíos.

Los lacayos llegaron para ayudarlo a levantarse, pero Killian gruñó.

—Vayan por Flora, quiero que el doctor la revise.

—Yo me encargaré de ella —espetó finalmente, captando la atención de la pareja, y se incorporó con movimientos resueltos para ir por la pelirroja, y dejar que su primo y la mujer que amaban se fueran solos.

«No puedes seguirlos, no puedes reclamar y, sobre todo, no puedes desear lo que no es tuyo» le dijo una vocecilla y él contuvo la respiración. «Busca una excusa, algo que te impida volver a Eugenia».

—Acaba de desmayarse —dijo la anciana ni bien se acuclilló junto a ella—. ¿Qué fue lo que pasó? Mi nieta está herida.

Ibrahim levantó a Flora sin esfuerzo alguno, percatándose del gran hematoma que se estaba formando en su pómulo, y se encargó de ajustar su abrigo para que nadie más pudiera observar la desnudez de su torso.

—Cuando llegué, ella ya estaba así. —Se dirigieron hacia el carruaje, y las piernas le temblaron al ver como Seamus llegaba seguido de las autoridades.

—¡Ibrahim! —El rubio saltó de su semental, alarmado—. ¿Qué pasó? —miró la destilería—. ¿Cuándo llegaste? ¿Cómo diste con ellos? —Sus ojos se posaron en Flora—. ¿Es la joven que Damon secuestró?

—Él está muerto —miró el fuego por encima de su hombro—. El doctor debe atenderla, ¿podemos vernos en la casa Sinclar?

Jamás olvidaría ese apellido, ni mucho menos el nombre de Morag.

En su adolescencia, cada vez que se reunía con Killian, él siempre le contaba lo valiente e inteligente que era su abuela materna, una mujer respetable y muy consciente de su valor. Miró a la anciana de reojo, quien lloraba en silencio y miraba el camino que había tomado el carruaje en el que Killian se había ido.

—Está bien.

Cuando llegaron, fueron los gritos de Killian quienes les dieron la bienvenida. Todo indicaba que el doctor estaba extrayendo la bala de su cuerpo. Morag se alarmó, pero tuvo que ser valiente para guiarlo hacia la habitación de su nieta.

—¿Por qué está aquí? —inquirió una vez que dejó a la pelirroja en la cama e Ibrahim se volvió hacia ella—. ¿Qué hacía en ese lugar? ¿Por qué salvó a mis nietos? —Él miró a la joven de reojo—. Ella llegó a decirme algo, dijo que primero la sacaste a ella y luego a su primo.

—Fue una coincidencia.

—Las coincidencias no existen —soltó con desespero—. El destino quiso que las cosas sucedieran así.

—Vine por Eugenia —fue sincero y la anciana apretó la mandíbula —. Pero descuide, soy muy consciente de que me iré con las manos vacías.

—La perdiste, muchacho. —La piel se le erizó ante sus duras palabras—. Mientras tú te preparabas para botarla, mi nieto creó todo un colchón para que su caída no fuera tan dura. —Su corazón se encogió—. Se casaron hace más de un mes, ellos se aman y…

—Lo sé —le cortó con frialdad, odiando que las piernas comenzaran a temblarle—. Ahora si me permite, necesito tomar un poco de aire fresco.

Quizá era un escocés, pero no era un salvaje que armaría todo un escándalo por una mujer. Reconocía su derrota, aceptaba la pérdida y se rehusaba a convertirse en un bárbaro por simples emociones.

Él nunca perdería el juicio por una mujer.

Salió de la propiedad con pasos lentos y cortos, odiando que a cada segundo su respiración se hiciera más irregular.

—Ibrahim… —la voz de Seamus a su espalda hizo que terminara sentado en los escalones de piedra—. ¿Te encuentras bien? —su amigo se sentó junto a él—. ¿No quieres que el doctor te revise?

Dudaba que el doctor tuviera los conocimientos necesarios para reparar un corazón roto.

—Estoy bien —musitó, aturdido.

—¿Cómo diste con ellos?

—Eso ya no importa —negó lentamente con la cabeza, observando el cielo estrellado—. Lo importante es que llegué a tiempo para hacer lo correcto.

De alguna manera, sus actos le hacían creer que logró recuperarse a sí mismo. Agradeció en silencio que su amigo lo abrazara y contuvo la respiración al entender que su ambición lo llevó a perder aquello que amó durante tantos años.

—La perdí, Seamus, ella lo eligió a él.

El rubio no pudo decirle nada e Ibrahim sollozó con impotencia.

—Pude dejarlo morir, no tenía la obligación de salvarlo, pero… Él es mi primo.

Y por mucho que quisiera engañarse, nunca sería capaz de lastimar a Killian.

—Hiciste lo correcto —su amigo lo sujetó de los brazos con firmeza—. Eugenia no era para ti. —¿Sería verdad o sólo eran palabras de consuelo?—. Estoy seguro que cuando el amor llegue a ti, serás el escocés que te rehúsas a aceptar y jamás la dejarás ir.

Ibrahim lloró por largos minutos, agradeciendo en silencio que su amigo no lo hubiera abandonado después de todo el daño que le hizo a su prima.

—Perdóname, Seamus —arrastró sus palabras, y el rubio asintió —. Yo… cometí muchos errores, te prometo que no volverá a suceder.

—Lo sé —musitó finalmente—. La lección que recibiste ha sido muy dura.

—Pero justa —añadió finalmente, mirando a la nada.

Quería volver a Londres, pero si quería disculparse con Eugenia por todo el daño que le hizo, lo primero que debía hacer era darle su bendición. Después de todo, la amaba tanto que sólo quería que ella fuera feliz.

Capítulo 39

La luz pálida de la mañana se filtraba por las cortinas, pero el olor a humo parecía haberse quedado impregnado en la piel de Killian. Cuando sus párpados pesaron menos y logró abrir los ojos, lo primero que vio fue el rostro de Eugenia, marcado por ojeras profundas y el rastro de lágrimas secas.

—Estás despierto —susurró ella, y el alivio en su voz fue como un bálsamo.

Killian intentó incorporarse, pero un gemido de dolor escapó de sus labios al sentir el tirón de la venda en su pierna. Eugenia, en lugar de ayudarlo de inmediato, lo empujó suavemente de vuelta contra las almohadas, con el ceño fruncido.

—No te muevas, Killian Cumming —le ordenó, y aunque su voz tembló, el regaño fue firme—. Eres un terco, un impulsivo... ¡Te fuiste solo! Armado apenas con esa pistola. ¿En qué estabas pensando? Jamás, ¿me oyes?, jamás te habría perdonado si te hubiera pasado algo malo —sollozó con angustia, pero a la vez aliviada de que todo hubiera terminado bien.

Killian la miró, cautivado por el fuego que aún ardía en sus ojos a pesar del cansancio.

—Perdóname, mi amor —musitó y ella sujetó su mano con firmeza—. Tenía miedo que la historia se repitiera —confesó con voz rota—. No quería que otro familiar mío muriera, yo… sólo quería proteger a Flora.

—Y llegaste a tiempo —le dijo con orgullo y él asintió, pero algo oscuro brilló en sus ojos—. ¿Killian…?

—Damon intentó violarla. —Eugenia palideció, comprendiendo mejor que nadie la situación—. Yo… ni siquiera sé qué debo hacer ahora para que ella se sienta mejor.

Eugenia apartó las lágrimas de su rostro con rapidez, no muy segura de qué decirle.

—Morag ha venido a verte, está muy preocupada por ti y me dijo que Flora ya despertó y físicamente está bien, pero que no desea hablar con nadie.

Killian asintió, pensativo. Sabía que las heridas que Damon le infligió a su hermana no se curarían fácilmente. De haber tardado un minuto más… Negó lentamente con la cabeza, ¿en qué momento Damon se convirtió en ese monstruo?

—¿Qué sabes de mi primo? —inquirió con suavidad—. Ibrahim le disparó, pero no estoy seguro si fue algo letal. ¿Qué tal si logró huir del incendio?

Eugenia negó lentamente con la cabeza.

—Murió calcinado, Seamus me lo confirmó esta mañana.

—¿Armitage? —frunció el ceño y ella asintió.

—Yo… olvidé decirte, pero le envíe un telegrama el día de ayer para informarle la situación.

—Hiciste bien —acunó su mano con ternura—. Tanto él como Ibrahim fueron de mucha ayuda.

—Pero no le escribí a Ibrahim, ni siquiera sé cómo llegó a Escocia —se sinceró y él tragó con fuerza.

—¿Hablaste con él?

—No, no me he movido de aquí. No quería dejarte solo ni un segundo, al menos lograste dormir toda la noche.

—Eugenia… nuestro hijo…

—Estoy bien —entrelazó sus manos con firmeza—. Ambos queríamos cuidar de ti —susurró con ternura, haciéndolo sentir más abrumado que nunca.

¿Qué habría pasado si Ibrahim no llegaba?

¿Habría logrado detener a Damon o todos estarían muertos?

—Ya no pienses en eso —pidió Eugenia, como si pudiera leerle la mente.

—Ibrahim me salvó la vida —la voz le tembló.

—Sí —sonrió con ternura—. Tu abuela está tan agradecida con ambos que les cedió dos alcobas para que pasaran la noche aquí. Creo que al igual que todos, están esperando noticias tuyas.

—No lo entiendo —frunció el ceño, conmovido—. Siempre pensé que él…

—En el fondo, Ibrahim sabe que no eres como tus padres —no lo dejó terminar, no quería que tuviera pensamientos negativos al respecto—. Ha terminado, Killian, y todos estamos bien dentro de lo que cabe.

—¿Cómo está mi abuela? La muerte de Angelique y Damon…

—Ella sólo estaba preocupada por ti y Flora, los nietos que realmente valen la pena.

¿Sería verdad? ¿Qué tal si en un desvarío preguntaba por su hija y nieto favorito?

—¿No irás por ella? —le dio dos suaves golpes al espacio vacío de la cama y, temerosa, Eugenia se recostó a su lado.

—Me gustaría estar unos minutos a solas contigo —lo abrazó con fuerza, evitando rozar su pierna herida—. Me diste un susto de muerte.

—Lo sé.

Incluso él, se atrevió a pensar que no lograría salvarse. Los minutos se convirtieron en horas y ambos fueron ajenos a todo lo que estaba sucediendo en el exterior de su dormitorio.

***

Morag era muy consciente de que el barón de Mountevans e Ibrahim Cumming hicieron mucho por sus nietos la noche anterior; sin embargo, era una mujer desconfiada y por esa razón no podía quitarles los ojos de encima.

¿Por qué no volvían a Londres?

Garantizaron con sus propios ojos que Eugenia estaba bien, por lo que no había motivo alguno para seguir quedándose en Escocia.

—¿Dice que Killian ya despertó? —inquirió el barón, captando su atención.

—Sí, la criada entró a su cuarto y los vio durmiendo juntos. —Ella también quería hablar con su nieto, pero sabía que Killian estaría mejor en compañía de la mujer que amaba—. ¿Por qué quiere hablar con mi nieto? Espero que no pretenda lastimarlo.

El rubio esbozó una sonrisa socarrona.

—En un principio, esa era mi intención —admitió, entretenido—. Pero ahora sólo quiero saber si mi prima es correspondida para poder volver con mi esposa en paz.

—Cuando estuve en Londres, no me pareció alguien que se interesara por su bienestar —fue sincera y el barón bajó el rostro, apenado.

—Eugenia es terca y orgullosa, mantuve mi distancia por miedo a que intentara huir de mí.

—Ya veo… —asintió, creyendo en sus palabras—. ¿Y usted, Cumming? ¿Por qué sigue aquí?

El castaño se removió en su lugar, inquieto.

—Quiero disculparme con Eugenia.

—Le aseguro que después de lo que hizo por su esposo, ella no le guarda ni un poco de rencor.

—Lo sé… —reconoció, pensativo—. Pero… hay algo que no me permite abandonar Escocia por el momento.

Morag frunció el ceño, pero dejó de verlos como una amenaza.

Un toque en la puerta del salón hizo que los tres se pusieran alerta, y terminó enarcando una ceja al ver como una hermosa mujer de cabellos rojos, vestida con ropa costosa y de viaje, ingresaba al lugar seguida de un apuesto hombre de cabellera oscura y ojos penetrantes.

Él era un inglés, pero ella…

—Lilias —susurró Ibrahim, recibiendo a su hermana en brazos, y Morag sonrió.

Ellos odiaban sus raíces, pero nunca podrían dejarlas atrás.

—¿Qué haces aquí, hermano? —preguntó la pelirroja, nerviosa—. Seamus, ¿qué pasó? ¿Por qué se ven tan mal? —Sus ojos verdes se posaron en ella—. Mil disculpas, mi nombre es Lilias Aldrich —la saludó con propiedad—. Fuimos a The Manor House y nos dijeron que la destilería se incendió el día de ayer. Cuando pedimos información de Killian, nos dieron su dirección —habló con tanta desesperación, que su esposo tuvo que acercarse a ella e invitarla a tomar asiento.

—Lo siento, ha estado muy nerviosa en las últimas horas —su acento inglés se oía aristocrático.

—La entiendo —espetó Morag, pensativa—. Han sucedido muchas cosas en las últimas horas y supongo que están aquí porque quieren hablar con Eugenia y mi nieto.

—Sí —dijo Lilias, acelerada—. Quiero saber cómo se enamoraron. —En sus ojos no había reproche—. Cuando leí que el hombre que se llevó a Eugenia fue mi primo, sentí mucha curiosidad.

—¿Curiosidad y no miedo? —preguntó, sorprendida.

—Confío mucho en el juicio de Eugenia, así que quiero hablar con mi primo.

Morag escondió su alegría, estaba segura de que Killian se sentiría muy feliz cuando descubriera que su pequeña prima, esa que siempre quiso como a una hermana, no se atrevió a pensar lo peor de él como lo hicieron el barón e Ibrahim cuando descubrieron que trajo a Eugenia consigo.

—Está bien —abandonó su lugar con esfuerzo—. Veré si pueden atenderlos.

Se dirigió a la alcoba de Killian y Eugenia, sintiendo un profundo martilleo en las costillas, y tragó con fuerza cuando llamó a la puerta. Cuando tuvo la autorización para ingresar, miró con alivio como la rubia alimentaba a su nieto, quien ahora estaba sentado contra el cabezal de la cama.

—Killian… —se acercó a la cama con rapidez—. Casi me matas de un susto, muchacho —su voz sonó suave, muy diferente a sus reproches habituales.

—Estoy bien, abuela —sujetó su mano con firmeza—. Y ahora que sé que todo ha terminado, me siento mejor que nunca.

«Yo también» pensó más tranquila, y recordó la razón de su visita.

—Hay varias personas que desean hablar con ustedes, ¿puedo hacerlos pasar?

—¿Se refiere al barón y mi primo? —inquirió él, serio.

—Sí, pero llegó alguien más —curvó los labios, entretenida—. Lady Aldrich llegó con su esposo y quiere hablar contigo.

—¿Qué? —tal y como lo predijo, los ojos de su nieto brillaron con ilusión.

—¿Lilias está aquí? —Eugenia se emocionó y dejó el plato de su esposo de lado—. ¿Crees que es hora de hablar con ellos? ¿Te sientes listo para hacerlo?

—Diles que pasen —dijo finalmente Killian, agradeciendo que Eugenia acunara su mano con firmeza—. Quiero hablar con mis primos. Es hora de aclarar las cosas de una vez por todas.

Morag mandó a llamar a sus visitas y en lugar de quedarse, visitó a su nieta, quien seguía hecha un ovillo en su cama, incapaz de emitir palabra alguna mientras miraba a la nada.

¿Algún día ella podría reponerse de todo lo vivido?

***

Cuatro minutos más tarde, la puerta de la habitación se abrió y Lilias entró primero, seguida de cerca por un hombre de porte sereno —su esposo—, mientras Ibrahim y Seamus cerraban la marcha. El aire en la habitación se volvió denso, cargado de años de ausencia y malentendidos, pero Killian sólo necesitó entrelazar su mano con la de su esposa para encontrar la calma que necesitaba.

—¿Qué fue lo que pasó realmente? —soltó Lilias, con la voz quebrada mientras sus ojos iban de la pierna vendada de Killian al

rostro cansado de Eugenia—. ¿Por qué no me dijiste que el hombre del que te enamoraste era mi primo?

Eugenia miró a su amiga con una calma que desarmaba.

—Cuando Ibrahim me pidió que me encargara de Killian en Londres, las cosas fluyeron en una dirección que ninguno de nosotros vio venir —se sinceró—. Él estaba empecinado en reunirse con Ibrahim, no había día que no visitara La Alianza, y un día… cuando fui a la casa de las afueras y no pude regresar por la tormenta. Todo cambió.

Killian lamentó ver el deje de tristeza que atravesó los ojos de su primo. Su intención nunca fue robarle a Eugenia, fue él quien la dejó en libertad.

—Fue esa noche —admitió él, sosteniendo la mirada de Ibrahim —. Estar allí, cuidarla y hablar con ella... marcó un antes y un después en mi vida. Me enamoré y decidí que no la dejaría ir.

—¿Mi prima te correspondía? —inquirió Seamus, y él suspiró.

—Estaba confundida —reconoció, captando la palidez del castaño —. Quería ser leal a su promesa, al compromiso que tenía con Ibrahim, pero…

—Entiendo —le cortó Seamus, nervioso.

Todos en esa habitación sabían que fue el error del castaño lo que provocó que ellos terminaran enamorándose.

—Les pido perdón por no haberles informado sobre nuestra boda —añadió Eugenia con firmeza—, pero siendo sincera, ¿alguno de ustedes habría escuchado la versión de Killian? ¿Lo habrían aceptado sin juzgarlo?

El silencio que siguió fue sepulcral. Ibrahim, que se mantenía apoyado contra el marco de la puerta, dio un paso al frente.

—Quiero escuchar tu versión, Killian —dijo en voz baja—. La verdadera. No la que Lilias y yo decidimos creer todo este tiempo.

Killian soltó un suspiro largo, como si soltara un peso que llevaba cargando décadas.

—Cuando se fueron, intenté abogar por ustedes con mi padre —admitió, inquieto—. Pero en lugar de tocar su corazón, sólo logré que él me expulsara de su vida.

Lilias jadeó, pero no se atrevió a interrumpirlo.

—Mi abuela materna fue la única que me abrió las puertas de su casa, pero no fui recibido como un miembro de la familia. —La voz le tembló—. Ella me juzgó como si fuera igual que mis padres y me puso a trabajar en su tierra. Debía ganarme la vida por mi cuenta para sobrevivir. Para ella, yo no era su nieto; era una amenaza.

Al menos, así fue al principio.

—Fui un criado —continuó—. Trabajé el campo, cargué barriles y dormí en una cabaña que se caía a pedazos. Muchas veces me planteé la idea de buscarlos, irme a Londres y dejar todo esto atrás... pero no pude hacerlo —su voz tembló—. No podía dejar a mi abuela sola con Damon y Angelique acechando. Sabía de lo que eran capaces y no quería perder a más familiares por la ambición ajena. Me quedé para proteger lo poco que quedaba de esta familia, aunque eso significara que ustedes me odiaran desde la distancia.

Lilias se cubrió la boca con la mano, ahogando un sollozo. La imagen del primo que creían un usurpador viviendo como un esclavo para proteger a una anciana que lo rechazaba era una realidad que nunca había imaginado.

Ibrahim miró a su alrededor, a las paredes de la habitación, a su primo herido y a la mujer que amaba a ese hombre con tanta

devoción. La fortuna de la que tanto se jactaba se sintió pequeña, casi ridícula, comparada con el sacrificio de Killian.

—Cuando mis padres murieron, sólo pensé en devolverles lo que por derecho les pertenecía, pero…

—Tus padres dilapidaron todo —completó Ibrahim y él asintió.

—Eugenia y yo estamos dispuestos a refaccionar la casa y la destilería, sin quitarles su parte de la herencia —admitió rápidamente, y la rubia asintió con rapidez—. Tal vez ahora no vale nada, pero…

—No quiero nada —musitó Lilias, tomando a todos por sorpresa —. Tomen mi parte de la herencia como mi regalo de bodas.

Eugenia se alarmó.

—No es necesario, Lilias, nosotros…

—Por favor —suplicó y Killian negó con la cabeza—. No pienso mudarme a Escocia, mi lugar está en Londres —miró a su esposo con cariño y Randall Aldrich la abrazó por los hombros.

—Podemos aceptar The Manor House —musitó él, agradecido—. Pero la destilería puede ser una gran fuente de ingresos, me encantaría que sigan siendo mis socios.

—Está bien —espetó Ibrahim, serio, y Killian lo miró con sorpresa —. Aceptaremos, pero The Manor House es suya.

¿Él también les cedería su parte de la casa?

—Pero Ibrahim… —Eugenia intentó hablar, pero él no se lo permitió.

—Eres muy importante para Lilias y para mí —la voz masculina tembló—. Deja que te demostremos nuestro afecto de esta manera, Eugenia —rogó y, olvidando cualquier motivo de rencor, Eugenia le sonrió con cariño.

—Muchas gracias.

La rubia hizo el ademán de incorporarse, pero Killian se alarmó al ver como se encogía en su lugar.

—¡Eugenia! —Lilias se plantó junto a su esposa, y esta le sonrió.

—Lo siento —acunó su vientre, haciendo que todos abrieran los ojos con sorpresa—. Con todo lo ocurrido, olvidé comentarles que estoy embarazada.

—Oh por Dios… —Lilias abrazó a Eugenia con fuerza, robándole una pequeña sonrisa a Killian. Deseó que, con el tiempo, su prima también pudiera llegar a abrazarlo así—. Me siento tan feliz por ti, yo… yo… te echaré mucho de menos cuando regrese a Londres —sollozó y ambas amigas se fundieron en un fuerte abrazo.

—Los visitaremos —dijo él finalmente, haciendo que su esposa lo mirara con sorpresa—. Si quieres, claro está —se vio obligado a decir y Eugenia regresó a la cama para abrazarlo con fuerza.

—Eres el mejor esposo del mundo —susurró y respondió el gesto con cariño.

La pareja estaba tan sumida en su amor que ninguno pudo percibir la amargura y el dolor de Ibrahim, quien tenía el corazón roto y cada vez le resultaba más difícil mantenerse de pie.

—Confiaré en ti, Killian —espetó el barón de Mountevans finalmente, brindándoles su bendición, y él asintió.

—Yo también —añadió Lilias con timidez.

—Les prometo que la cuidaré con mi vida.

Eugenia abrió la boca para decirles que estaría bien, pero se preocupó al ver como un lacayo se paraba junto a la puerta, alarmado, con una carta en manos.

—¿Qué sucede? —se incorporó, nerviosa, y el hombre se disculpó antes de ingresar a la habitación.

—Acabo de recibir esto —le entregó la carta a Eugenia—. Es del duque de Montrose.

Killian se alarmó y tomó el sobre con rapidez para abrirlo con movimientos torpes.

¿Era normal que se sintiera tan inquieto? ¿Podría ser que sus problemas aún no hubieran terminado?

—No puede ser —susurró con voz ronca, angustiado.

—¿Qué sucede? —Eugenia se estremeció.

—Damon no nos mintió, sí llegó a vender la mano de Flora. —Un tenso silencio se cernió en la estancia—. El duque es un hombre que enviudó siete veces, tiene más de sesenta años y se lo conoce por ser un esposo ruin y déspota. Quiere pasar por ella en dos días.

Capítulo 40

—No, no puedes permitirlo, Killian —suplicó Eugenia, inquieta.

Él tragó con fuerza y miró sus piernas con impotencia.

—Tengo que sacarla de Escocia —contempló su única opción—. Llegaré a un acuerdo con el noble, le devolveré su dinero y le daré una compensación —dijo aceleradamente e intentó levantarse, pero la pierna no le respondió del todo y terminó aferrado a Seamus e Ibrahim, quienes reaccionaron a tiempo para ayudarlo—. Maldición, ¡¿por qué tiene que pasar esto justo ahora?!

Se sentía un inútil, alguien incapaz de proteger a su propia familia.

—Trata de calmarte —ordenó Ibrahim, regresándolo a la cama junto a su amigo.

—Pero… ¿quién es Flora? —inquirió Lilias, incapaz de recordar a la niña, y Eugenia suspiró.

—La prima menor de Killian, han pasado muchas cosas en las últimas horas.

—Puedo llevarla a Londres conmigo —espetó Seamus de pronto, instalando un halo de esperanza—. Cuidaría de ella junto a Kathe, pero si ese duque es tan cruel como dices —lo observó con seriedad —, tal vez no se dé por vencido tan fácilmente.

Killian se frotó el rostro, nervioso.

—Incluso podría lastimarte —añadió Lilias, preocupada—. ¿Y si todos vienen con nosotros? —sugirió y él negó con la cabeza.

—Huir no servirá de nada —gruñó, ofendido ante la idea de escapar de ese vejestorio—. Yo…

—¿Su prima no tiene un pretendiente? —El esposo de Lilias, quien hasta ese momento se había mantenido al margen de todo, dio un paso en su dirección—. Si informamos que es una mujer casada, podremos decir que su hermano estaba mal de la cabeza y lo estafó, pero que la familia está dispuesta a devolverle el dinero y compensarlo por la pérdida de tiempo.

—¿Un pretendiente? —musitó en voz baja, angustiado—. No estoy seguro —alborotó su cabellera, inquieto—. Tendría que hablar con mi abuela, pero…

—Yo me casaré con ella —espetó Ibrahim de pronto, generando una terrible tensión en el ambiente.

—¡Hermano! —chilló Lilias, horrorizada, y Seamus miró al castaño con preocupación.

—Pero lady Cavendish… —susurró Eugenia, alarmada, e Ibrahim negó con la cabeza.

—Rompí el compromiso, soy un hombre libre.

Lilias se plantó junto al castaño, preocupada.

—Ni siquiera la conoces, no puedes apresurarte de esta manera. Yo creo…

—Maté a su hermano, Lilias. —La pelirroja palideció—. Lo correcto es que a partir de ahora yo cuide de ella.

Killian quiso decir que tampoco era como si Damon hubiera sido un buen hermano, pero no pudo emitir palabra alguna al respecto. En el fondo, necesitaba salvar a Flora e Ibrahim parecía ser la opción más adecuada para ella.

—Yo… —balbuceó, inquieto—. Debo hablar con ella y mi abuela primero.

Ibrahim asintió, comprendiendo que no podían elegir por la pelirroja, y quince minutos más tarde —una vez que todos abandonaron su alcoba y él mandó a llamar a su abuela y prima— sólo necesitó mencionar al duque para que Flora entrara en pánico y quisiera huir de Escocia.

—Por favor, Killian, no puedes permitir que el duque me lleve.

Él la abrazó con fuerza.

—Ibrahim Cumming está dispuesto a casarse contigo. —Las dos mujeres de la habitación se tensaron—. Él te cuidará, pero tendrás que mudarte a Londres, ¿estás dispuesta a aceptar su oferta?

—¿Acaso no hay otro camino?

—Me temo que no —su voz tembló—. Yo… no sé qué hacer, Flora —admitió y su prima sollozó, angustiada.

—La decisión es sólo tuya, querida —añadió su abuela, resignada, y una vez más maldijo a Damon en silencio.

—Está bien, me casaré con Ibrahim Cumming.

La boda fue rápida. Fueron en busca de un herrero y a la mañana siguiente, Killian tuvo que consolar a su abuela, viendo en silencio como Flora se iba con su nuevo marido, junto al matrimonio Aldrich a Londres.

¿Cómo era posible que su vida hubiera dado un giro tan brusco en menos de tres días?

—Gracias por quedarte, Seamus —musitó Eugenia, abrazando a su primo, y el rubio asintió.

—Es lo mejor, Killian no está en posición de enfrentar a ningún duque.

Era verdad, aún no podía mantenerse de pie sin ayuda de un bastón. El doctor le aseguró que sería momentáneo, pero él odiaba

que justo en esos días su cuerpo decidiera ser totalmente inútil. Sin embargo, para sorpresa de todos, al día siguiente se dieron cuenta que nunca hubo necesidad de efectuar ninguna boda, dado que el duque sufrió un infarto esa mañana y por ende el compromiso quedaba totalmente anulado.

¿Aún era muy tarde para ir por su prima y anular su matrimonio?

***

Londres se sentía extraño. Era una ciudad de ecos de carruajes y neblina que no lograba disipar el olor a ceniza que Flora aún creía sentir en su cabello, sin importar cuantas veces se bañase.

En su alcoba de la residencia de su nuevo esposo —un completo desconocido para ella—, Flora estaba hecha un ovillo sobre la inmensa cama de seda, ocultando el rostro entre las rodillas mientras intentaba conciliar un sueño que se le escapaba entre los dedos.

Se quedó sin su madre, sin su hermano e incluso perdió a Morag y Killian al tener que mudarse a esa ciudad. Siempre se sintió sola, pero en esta ocasión era diferente porque realmente lo estaba, dado que no conocía a nadie de su nueva familia y no tenía la menor idea de qué podía esperar de ellos.

¿Por qué la aceptaron?

¿Qué razón llevó a ese hombre de cabellera oscura y ojos café a aceptarla en su vida?

Ella… nunca tuvo nada realmente valioso para ofrecer.

El silencio de la estancia fue interrumpido por el leve quejido de una madera. Flora se tensó de inmediato, con el corazón martilleando contra sus costillas, cuando la puerta que conectaba su

habitación con la de su esposo se abrió lentamente. Se sentó sobre su lugar con rapidez, consciente de que prefería ver a ese hombre a los ojos antes que a recibir un ataque a ciegas.

Se aferró a su ropa de dormir, no muy segura del por qué terminó aceptando ese matrimonio. Una parte de ella pensó que podría huir del duque, esconderse el tiempo que fuera necesario, pero otra… sólo necesitó recordar cómo Ibrahim Cumming la sacó del fuego para querer saber más de él.

¿Y si era un mal hombre?

¿Si estaba apunto de vivir un infierno junto a ese escocés que prefería ser un inglés?

Él estaba envuelto en una bata de seda oscura. Sus movimientos eran suaves, despojados de la urgencia depredadora a la que Flora tanto temía.

—Flora… —musitó en voz baja, y ella se estremeció—. Sé que tienes miedo —dio un paso más en su dirección, con cautela—, pero tú y yo necesitamos hablar.

La garganta se le cerró y él se sentó en el borde de la cama, frente a ella.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí —susurró con esfuerzo, llevando sus bucles rojizos tras sus orejas.

—¿Esa noche… él llegó a lastimarte? —La visión se le cristalizó y fue incapaz de emitir palabra alguna—. Cuando te encontré, tú estabas…

Negó con la cabeza, abrazándose a sí misma a la altura de sus pechos.

—Sólo llegó a rasgar mi vestido, Killian llegó a tiempo —sollozó, apenada.

—Entiendo… —pudo percibir el cansancio en su voz—. Es necesario que tú y yo tomemos una decisión. —Le dio la impresión que él aún no estaba listo para consolarla, ni mucho menos tocarla —. Nuestro matrimonio debe consumarse, Flora, así nadie podrá reclamarte. Ni el duque, ni la ley, ni el pasado.

Lo buscó con la mirada.

—Serás una Cumming ante Dios y ante los hombres.

—Yo…

—¿Estás lista para eso o prefieres que espere?

Flora tembló violentamente. La imagen del duque de Montrose, con sus manos ancianas y su fama de sádico, cruzó su mente como un rayo, y luego pensó en el rostro de Ibrahim bajo la luz del incendio.

Lentamente, como si cada músculo le pesara, bajó los brazos y asintió en respuesta.

Ibrahim no se abalanzó. En su lugar, estiró una mano y, con una delicadeza que ella no creía que él poseyera, le acarició el rostro y apartó las lágrimas de sus mejillas.

—Señor… —se encogió, pero él chasqueó la lengua, entretenido.

—Ibrahim, por favor, llámame por mi nombre. —Se acercó más y en esta ocasión acarició sus bucles rebeldes y abundantes, mirándolos con una intensidad escalofriante—. Eres realmente hermosa, Flora Cumming —admitió él, casi para sí mismo.

—Yo…

—¿Puedo desnudarte? —se acercó más, invadiendo su espacio personal, y todo su cuerpo tiritó cuando le abrió los botones de su

camisola. Pero no por miedo, sino por algo más—. Quiero hacerte el amor como corresponde.

Se rindió, dejó que su esposo la despojara de la única prenda que escondía su desnudez y muy lentamente se tendió en la cama, otorgándole su confianza y corazón. Una vez Eugenia le dijo que no debía generalizar y le hizo creer que podía encontrar el amor, algo que ella anhelaba porque no deseaba tener la vida que su madre tuvo junto a su despiadado padre.

Quizá… sólo quizá, su marido sí llegaría a amarla de verdad.

Cuando Ibrahim se acercó para besarla, cerró los ojos y, por un instante, la imagen de Eugenia cruzó su mente. Pero al sentir la respiración agitada de Flora y la suavidad de su piel, comprendió que esta joven era su tabla de salvación. Necesitaba una excusa para no volver nunca la vista atrás, para no buscar a Eugenia en sus sueños, porque ella ya era feliz en los brazos de otro.

Flora era su realidad, el castigo que él mismo se había impuesto por haber perdido a la mujer que amaba.

La tomó con una delicadeza extrema, despojándola del miedo centímetro a centímetro. No hubo brusquedad, solo un descubrimiento mutuo en la penumbra de la alcoba londinense. Mientras la hacía suya, Ibrahim reconoció con una sorpresa punzante que el autocastigo que creía haberse impuesto al casarse con ella no sería, ni de lejos, tan duro como había imaginado.

No podía negar el placer, crudo y vibrante, que sentía al poseerla, ni la extraña paz que le brindaba el saber que, al protegerla a ella, finalmente estaba salvando una parte de sí mismo que creyó perdida hace mucho tiempo.

—Ibrahim —lloriqueó, aferrándose a sus fuertes brazos, y él gimió por lo bajo.

—Déjate llevar, Flora, relájate y déjate ir.

—¡Ah! —se arqueó en sus brazos, cayendo en un abismo sin fin, e Ibrahim gruñó por lo alto cuando lo presionó con fuerza, y derramó su semilla en el interior de su mujer.

«Mi mujer. Sólo mía».

La abrazó con fuerza y no salió de su interior, se quedó así por largos minutos, imaginándose qué tipo de vida lo esperaría ahora que se casó con una mujer que jamás podría amar.

***

Dos días más tarde, Killian aún no podía dejar de lamentar el giro de los acontecimientos.

—¿Te sientes bien? —Eugenia se sentó junto a él y ambos observaron el crepitar de las llamas con preocupación.

—¿Crees que hicimos lo correcto? Tal vez aún podemos anular todo, dudo que Ibrahim le haya puesto una mano encima.

—No lo sé —hizo una mueca—. Conozco a Ibrahim y su sentido de propiedad es muy intenso.

—Tu primo le envió un telegrama, ¿sabes algo?

Su esposa asintió, inquieta.

—¿Y bien?

—Le dijo que Flora es su esposa y no piensa dar marcha atrás.

Killian se tensó.

—¿Y si la usa como medio de venganza porque te quedaste conmigo?

—¡No pienses lo peor de Ibrahim! —lo regañó—. Te aseguro que, si él hubiera querido generar problemas, lo habría hecho desde el primer día.

—Tienes razón —se frotó el rostro, nervioso—. Es sólo que me preocupa el bienestar de mi prima, yo…

—Te entiendo —entrelazó sus manos, brindándole su apoyo—. Pero Flora eligió su destino y, pase lo que pase, ella siempre tendrá un lugar al cual regresar.

—Tienes razón —la atrajo a sus brazos, fundiéndose en un fuerte abrazo—. ¿Hablaste con mi abuela? ¿Cómo está?

—Mejor que nunca —le sonrió con picardía, llevándolo a fruncir el ceño—. Con todo lo ocurrido, olvidé contarte algo.

—No te estoy entendiendo —fue sincero y ella se recostó contra su brazo.

—Morag nunca estuvo enferma y lleva años adorándote, temiendo perderte, y por eso fingió demencia todo este tiempo.

Killian no pudo explicar cuántos sentimientos lo invadieron, pero finalmente se rio por lo alto y abrazó a su esposa con fuerza.

—Bien, eso quiere decir que mis hijos podrán disfrutar de su bisabuela muchos años más.

No tenía planeado sobre pensar las cosas, ni hacer reclamo alguno ante el juego retorcido de su abuela, puesto que gracias a eso ella pudo ver que su amor nunca fue una mentira. Viviría cada día con plenitud, disfrutando de la paz que tanto le costó ganar, en el refugio eterno de los brazos de la mujer que amaba.

FIN

Epílogo

Siete años después

Eugenia aún podía recordar el día que llegó a esas tierras, cuando todo parecía incierto, pero junto a Killian tenía la certeza de que todo estaría bien. Encontró un mundo totalmente diferente al que conocía, con gente maravillosa y oportunidades únicas, y nunca más sintió la necesidad de regresar a Londres.

Inhaló profundamente, el aire olía a hierba fresca y al inconfundible aroma dulzón de la malta fermentada que viajaba desde la destilería.

A lo lejos, la estructura de piedra se alzaba imponente, con sus chimeneas humeando con un ritmo constante y próspero. La destilería Cumming no solo había renacido de sus cenizas, sino que se había convertido en el corazón del valle, un negocio que florecía con la misma fuerza incontenible que el amor que sentía por su esposo.

Los gritos infantiles la obligaron a regresar a la realidad y miró a sus hijos sonriente, pero a la vez levemente preocupada.

—¡Aiden! ¡Evelyn! ¡Morag! ¡Regresen aquí ahora mismo! —les gritó con enojo mal fingido, y como era de esperarse sus hijos decidieron pasar por alto su orden.

Aiden y Evelyn, de seis y cuatro años, ambos de cabello oscuro y rebelde como su padre, corrían en círculos, perseguidos por Morag, la rubia de apenas dos años que avanzaba a trompicones, soltando carcajadas agudas.

Ver a sus hijos tan felices era todo lo que necesitaba para sentirse feliz, porque eso quería decir que tanto Killian como ella lo estaban haciendo bien. Estabilizaron su hogar, amasaron y multiplicaron su fortuna, y una vez más estaban en dulce espera.

Acunó su vientre, ese que llevaba cinco meses creciendo sin control alguno, y cerró los ojos cuando los brazos de su esposo la abrazaron por detrás. Su hora laboral había llegado a su fin y por fin pudo alcanzarlos.

—Son iguales a ti —susurró él, besándole la sien mientras observaban a sus tres hijos jugar entre las flores silvestres—. No conocen el miedo, solo la libertad.

—Eso se debe a que saben que siempre estarás ahí para cuidarlos —respondió ella, girándose en sus brazos para encontrar esos ojos que seguían siendo su refugio—. Tenemos todo lo que alguna vez soñamos.

Él le devolvió la mirada con una devoción que los años solo habían profundizado. La destilería era su sustento, pero ella y sus hijos eran su verdadero tesoro, el que Damon nunca pudo entender y que Ibrahim finalmente tuvo la nobleza de respetar.

—Debemos apurarnos —dijo Killian, dándole un último beso rápido antes de llamar a los niños con un silbido potente.

—No es justo —frunció el ceño, viendo como sus hijos corrían en su dirección—. Ellos nunca me obedecen.

—Eso se debe a que los conscientes mucho. —Enarcó una ceja y él se rio—. Pero no más que yo —le guiñó el ojo y ambos rieron por lo bajo.

—Aún es temprano —observó ella, y sujetó la mano de Morag mientras Killian se hacía de Aiden y Evelyn, ambos peleando por un

lugar en los brazos de su padre.

—Ya saben cómo se pone la abuela si llegamos tarde —dijo él, entretenido, y Eugenia asintió. Morag adoraba pasar mucho tiempo con sus bisnietos y para ella cada minuto era una muy valioso.

—En su nota mencionó que tiene noticias de Londres —le contó de pronto, viendo como sus hijos caminaban por delante de ellos para llegar al carruaje—. Llegó un telegrama de Flora esta mañana. Parece que los mellizos y ella se mudarán a Escocia por una temporada.

Killian cuadró los hombros, pero se dio unos segundos para acomodar sus ideas.

—¿Te preocupa? —inquirió Eugenia, curiosa.

—No estoy seguro, aún lamento que mi prima no se haya casado con un hombre que la ame de verdad.

—Pero tienen dos hijos, los mellizos…

—Los mellizos tiene la misma edad de Aiden, cariño —entrelazó sus manos, obligándola a analizar la situación—, y después de ellos no tuvieron más hijos.

¿Estaba insinuando que los mellizos fueron un error de Ibrahim?

Se rehusaba a pensar de esa manera, además Lilias adoraba a sus sobrinos y siempre le escribía sobre ellos en sus cartas.

—¿Qué harás si ella quiere regresar?

—Flora y sus hijos siempre tendrán un hogar aquí.

Eugenia se tensó.

Esperaba, de todo corazón, que el regreso de Flora no volviera a generar ningún tipo de problema entre su esposo e Ibrahim. Hasta la fecha, ambos habían intentado tener una relación saludable y cordial, por lo que no deseaba que sus avances se perdieran. Desde

su punto de vista, con lo poco que pudo observar y sabía de la pareja, tenía la leve sospecha de que su antiguo jefe jamás permitiría que su mujer viviera en otro lugar que no fuera bajo su mismo techo.

Decidió dejar esas preocupaciones de lado y disfrutó de su tarde, su cena y el momento familiar que compartieron junto a la mujer que estuvo junto a ella y Killian desde un principio, apoyando cada una de sus locuras.